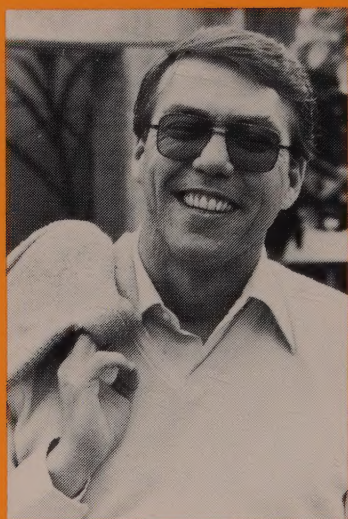


Abelardo Sánchez León

Por la puerta falsa



ediciones noviembre trece



Abelardo Sánchez León (Lima, 1947) realizó sus estudios secundarios en el colegio Markham y los universitarios —especialidad de sociología— en la Católica y Nanterre, París X. Ha llevado a cabo numerosas investigaciones en el Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, Desco. En 1980 obtuvo la beca Guggenheim, y en 1989, bajo los auspicios de la Fundación Fulbright, dictó cursos y conferencias en Cornell College, Iowa.

Ha publicado *Poemas y ventanas cerradas* (1969), *Habitaciones contiguas* (1972), *Rastro de*

Por la puerta falsa / Abelardo Sánchez León

Por la puerta falsa

ediciones noviembre 1996

Abelardo Sánchez León

Por la puerta falsa

ediciones noviembre trece

© Abelardo Sánchez León

Carátula: Elena González

Ilustración: René Magritte

La respuesta imprevista (1933)

La edición estuvo al cuidado de Rosario Rey de Castro
y Annie Ordóñez.

Ediciones noviembre trece

Baca Flor 175. Lima 17 ☎ 627193

Lima, octubre de 1991.

A la amistad de los amigos

uno

RICARDO ESTABA HECHO UN HUEVO FRITO en la esquina donde había corrido demasiada agua, tanta, como si fuese un resquebrajado puente de piedra.

«Eso —se dijo—: un huevo frito, un peje, una lorna, una reverenda cojinova».

Allí podía observar la ventana desde la cual, hace muchísimos años, contemplaba la esquina donde estaba ahora esperando la luz verde del semáforo. Acostumbraba observarla cuando el joven Alejandro y su amigo Gustavo estaban en el colegio; cuando su mamá, la cocinera Sarita, la lavandera Asunta, el chofer Bernabé, el mayordomo Jacinto y el profesor Ramos lo dejaban tranquilo y no andaban preguntándole qué demonios hacía, que estudiara, tomara su lonche, dejara de fastidiar y se estuviera quieto.

Todavía no se decidía a cruzar la avenida y estuvo un rato, un instante que pareció un siglo, contemplando a los vendedores de baratijas, frutas y demás objetos que muchachos, mujeres y ancianos ofrecían sin mayor convicción a los automovilistas. Era una mancha desplazándose como si estuviese encima del mar, aceitando el asfalto. Los objetos y las baratijas se apiñaban en las esquinas imitando a las tiendas de su barrio: cajas, unas encima de otras, botellas y alimentos envueltos. Casa tomada, calle tomada, ocupada, invadida. Ricardo respiró hondo, sintiendo una extraña sensación de seguridad. Aguas revueltas, maretazos.

«Dónde estarán —pensó—. Seguro se habrán ido cada cual a lo suyo».

En verdad, no lo sabía ni lo podría saber, pues desde el día en que se fue con su mamá para siempre, no volvió a pisar esa casa, a ver a todos esos señores a la hora de las visitas que entraban a la sala, al comedor y al porche, ni a los sirvientes que trajinaban por toda esa comarca que era la cocina, la repostería, el patio y el garaje.

El destino, que todo lo puede y nos juega siempre malas pasadas, jugarretas, verdaderas perradas, quiso que Ricardo tuviera que pasar por esa casa en su recorrido hacia los jardines. Ni la casa ni la esquina aquella eran lo mismo que en los tiempos de su infancia. Había un movimiento intenso, un tráfico endemoniado que provenía de diversos lugares de la ciudad, de lugares remotos que traía a gente como él: gente mestiza, mal trajeada, mal alimentada, de mirada oscura y profunda como el ardor de una navaja. La antigua quietud selectiva que caracterizaba antaño a esa esquina dejaba su lugar a la vorágine.

Ricardo no quiso mirar a la serrana con sombrero y faldón descolorido que andaba pidiendo limosnas. Tampoco al paralítico que hacía de su movimiento imperfecto un motivo de asco, tristeza, compasión y ganancia. Menos aún a los niños de las loterías. Su interés se concentraba en ese señor de modales atildados y andar elegante pidiendo limosna entre los autos cada vez que el semáforo estaba en rojo, como si caminara por los distinguidos salones de aquellas residencias.

Era un señor de cabellos y barbas blancos y bien recortados, extremadamente erguido, que vestía camisa a cuadros como si fuese un leñador. Nunca hablaba, y eso que Ricardo lo había visto muchas veces, todas las veces que tenía que atravesar la avenida, cuando bajaba del microbús. Su rostro inexpresivo jamás tuvo un gesto de agrado o desagrado cuando le alargaban una mano desconfiada por la ventanilla del automóvil o cuando se la negaban con un movimiento brusco.

Ricardo lo miraba con curiosidad y secreta alegría. No todos los que andaban vendiendo tonterías para ganarse unos bocados eran como él, o como aquellos parecidos a él, desde el

día en que dejó con su mamá la casa que tenía en esos momentos a la vista. La enorme casa de escalinatas hacia la puerta principal, con su jardín delantero hoy pisoteado por los transeúntes.

«Putá, soy un huevo frito —se repitió a sí mismo—: una reverenda cojinova».

No le era difícil sentir lo que sentía, pues desde siempre aprendió a reconocerse fuera de lugar. La palabra huevo frito la escuchó por primera vez en aquella casa, la había escuchado en carne propia cuando, una tarde, hace muchísimos años, Juan Pablo se la dijo en plena cara: «eres un huevo frito». Nadie en la cocina podía castigar al niño Juan Pablo porque no era lisura lo que había dicho. Era un chiste, una gracia, una palabra inventada para insultarlo a sus anchas.

«Huevo frito, huevo frito», resonaba en sus oídos... En vano pasaba el tiempo, por gusto cambiaban las cosas, las gentes, las casas del barrio, porque siempre, en el fondo, como si fuese el lecho de un río pedregoso, quedaban las acciones que lo habían marcado, maltratado, tatuado, tasajeado, humillado.

Ricardo estaba acostumbrado a las modificaciones físicas de aquella esquina. La casa al frente de la suya fue demolida. Años que se convirtió en un terreno baldío, cercado por el mismo muro con que se protegía cuando era una mansión inalcanzable. Aquella otra, que estaba hacia el extremo, se convirtió en una tienda de automóviles, luego en una dependencia de la policía y, por último, en una construcción especulativa en espera de mejores tiempos. Dos edificios de mediana altura traían por los suelos la armonía de las mansiones de dos pisos, y la casa, la suya, como si lo fuera, porque lo era, también lo era, era su casa, qué cojones, era ahora un hostel de tres estrellas.

Ni siquiera podía antojársele tocar el timbre, ingresar como si nada por el garaje, husmear en el cuarto donde dormía con su madre, subir las cuatro gradas que daban a la cocina y darle una sorpresa a Sarita, a la inmortal Sarita, alimentada con yerbas del campo, criada hasta los diez años en las provincias del país, sólida como una estatua a pesar de su tamaño reducido.

—¡Ni eso puedo carajo! —exclamó Ricardo.

Pero podía merodear por el barrio, por todas las manzanas, cruzar la avenida que lo llevaría a la casa del frente o a pararse en el islote del semáforo, pequeño óvalo que no llegaba a ser óvalo y menos aún plazuela. Era, a lo sumo, el encuentro de dos avenidas anchas que vinculaban el norte con el sur y el este con el oeste de manera caótica.

Esperó un rato más, esperó que hubiese otra vez luz roja deteniendo a los automóviles, y que el conjunto de seres miserables, entre ellos el anciano de porte digno, de caballero venido a menos, se les acercaran para venderles sus baratijas o estirasen la mano con su palma abierta. Entonces, recién la cruzaría.

Ricardo empezó a conocer aquel barrio cuando lo dejaron salir de la casa para trabajar con su padre como jardinero en los jardines de familias amigas del doctor Pinillos. En aquella época tenía casi nueve años y ya acentuaba sus rasgos introvertidos, manteniendo su silencio intercalado solamente con una sonrisa bastante estereotipada. Cuando su madre lo regañaba por algo, generalmente de nervios, pensando que alteraba el ritmo natural de la casa, su sonrisa significaba algo así como: «no me fastidies mamá, ya entendí». Cuando Juan Pablo le decía «huevo frito», su sonrisa expresaba una extraña combinación de odio y miedo. Cuando Alejandro o Gustavo le hacían un comentario sobre sus tareas o que repasara las tablas de multiplicar, esa sonrisa, sin palabras, expresaba algo así como: «no jodan, pues».

Sus primeras salidas de casa coincidieron con la salida definitiva del mayordomo Jacinto, que se fue, nunca se supo por qué, a trabajar como guardián en un centro comercial que acababan de inaugurar a unas cuantas cuadras de la casa. Algunos años más tarde, cuando Gustavo acostumbraba caminar después de visitar a su enamorada Rosa, se enteró de que estaba casado y tenía una hija. A los nueve años, Ricardo mantenía una estrecha amistad con Jacinto. Era como su hermano mayor, casi su padre dentro de la casa. Aunque no podía defenderlo de Juan Pablo, su presencia significaba una especie de seguridad que aliviaba sus desesperaciones.

«Por los mismos sitios, qué vida de mierda esta» se decía Ricardo a sí mismo, mientras caminaba por esa inmensa avenida de árboles frondosos, donde una vez, en los años aquellos, hubo laureles en el medio, e incluso bancas para quien deseara descansar, pues no había ni ruido ni humo ni camiones ni este tráfico de ahora que zumba como un río iracundo cayendo entre las piedras.

Ricardo no sólo era consciente de los cambios ocurridos; se sentía mucho más a gusto por esas calles. Estaba seguro de que nadie se fijaba en él, que pasaba desapercibido; en todo caso, si era alguien, era cualquiera, uno más en ese mar de gente dispersa que caminaba como él dirigiéndose a casas que no eran necesariamente las suyas. Antes, y Ricardo era muy sensible a este detalle, todos los que vivían por allí salían o entraban a sus casas. Nadie era extraño, nadie venía de lejos. Las sirvientas eran reconocidas como sirvientas, vestidas como sirvientas, con sus uniformes azules o blancos, nada de andarse con jeans como si fuesen señoritas. Ellas tenían sus amigas sirvientas a la hora de la panadería, donde el italiano de bigotazos, serio a las siete de la mañana, las trataba como sirvientas.

Ricardo rechazó la bicicleta de su padre, la que utilizaba para desplazarse entre los jardines que debía regar o podar. Además, ya no había muchas casas donde dejar la bicicleta o la máquina de cortar el pasto, porque ahora hasta la casa del doctor Pinillos era un hostel de tres estrellas.

—Ya no la necesito —le dijo en una oportunidad a su padre.

—¿Y cómo vas a ir a los jardines?

—A pie.

—A pie cansa, y tendrás que demorarte.

—No importa. Si tengo que ir, que sea a mi gusto.

—Pero allí está, es la mía, está buena. Yo no voy porque estoy viejo, Ricardo.

Damián, su padre, fue el legendario jardinero de toda la zona, un amplio radio de acción que cubría con disciplinada eficacia a pesar de su magra contextura. El no vivía en casa del doctor Pinillos, porque en realidad lo hacía en todas las casas del vecindario. Desayunaba en algunas, almorzaba en

otras y tomaba lonche en cualquiera. Damián vivía en su bicicleta, una antigua y sólida Raleigh que le compró a uno de los muchachos Sayán al cumplir los quince años. Era la bicicleta que Ricardo rechazaba utilizar airadamente, perdiendo la compostura, como no era su costumbre, porque ya no había casas en el barrio, papá, ahora hay edificios, oficinas y hostales.

Pero la verdad era que a Ricardo le llegaba altamente la bicicleta de jardinero, porque le llegaba altamente continuar siendo como su padre. «No por gusto ha cambiado el país, para que yo siga igual». Mientras caminaba podía darse muy bien cuenta de todos esos cambios. La casa de don Luis era un pampón abandonado, apenas protegido por ese portón de acero en el que hubo una caseta al costado para el guardián y se escuchaban adentro los ladridos de los perros. «Hasta podríamos invadirlo», pensaba, cuando pasaba por allí. La mansión de los Cisneros, donde antes ayudaba a su padre en las tareas de recortar los geranios, que era enorme, se había convertido en tres inmensos edificios residenciales, de cuyas innumerables ventanas asomaban unas mezquinas luces de entrecasa. Y la casota de piedra, que se parecía a un castillo de fantasmas que lo asustaba de niño, era ahora el local de una nueva y bullanguera universidad.

Definitivamente, Ricardo se desplazaba por esa zona a disgusto, pero esta vez no por el simple hecho de estar allí, sino porque todavía lo hacía como jardinero. Recordaba esa conversación entre el doctor Pinillos y su madre, cuando estaba prácticamente abrazado a su pierna, oliendo las frituras impregnadas al mandil. Los había mandado llamar al escritorio de los bajos, al lugar prohibido de entrar; si su madre lo veía merodeando por allí, simplemente era capaz de meterle una paliza, aunque fuera de palabras. Era el escritorio, el recinto sagrado, todo de madera, repleto de libros, con los enormes sillones de cuero.

—Bueno, Emilia, y qué has pensado hacer con tu hijo. Está en edad de trabajar. A sus años yo hice las dos cosas. Trabajaba y estudiaba, pero primero trabajaba.

Ricardo recordaba perfectamente la transpiración inquieta de su madre, el terror que la petrificaba, la ansiedad que humedecía sus muslos agarrotados. Tenía que responderle algo al doctor. Nunca se le dirigía la palabra, pero siempre se le respondía.

—No lo sé, doctor.

—Deberías saberlo. Que vaya con su padre, entonces. Que esté a su lado. Que lo ayude. Yo lo hice con el mío. Así aprendí a gobernar la hacienda. Que tu hijo aprenda lo mismo con los jardines.

Con esos recuerdos Ricardo llegó hasta la casa de la familia Galderisi. Ellos vivían a la altura de la cuadra catorce de aquella avenida que retenía la prestancia en algunos rincones, en algunas mansiones que aún persistían, y no así en los nuevos edificios de fachada de ladrillos o con ascensores instalados en el vacío. En esa zona de la avenida los cambios eran menores, a pesar de que el parque contiguo a la casa de la familia Galderisi fuese un antro de muchachos bien, de partidos de fútbol que destrozaban el pasto y las enredaderas, que con tanto cuidado mantenían las señoras del barrio. El parque era un lugar de encuentro de las amas durante el día y de chapes durante la noche. Ricardo gustaba de ese parque: era como el símbolo de una furia que arrancaba de raíz los árboles; un aletazo ensombreciendo las claridades del mediodía o la sombra de un gallinazo picoteando las hojas de ese reducto donde todavía existía gente que no sacaba sus narices de allí. Pero también lo odiaba. Juan Pablo acostumbraba llevarlo a veces, a jugar con sus amigos, unos adolescentes que lo ponían de lado con sólo verlo, relegándolo en los partidos de fútbol o, simplemente, diciéndole que se fuera, que a eso de las cinco de la tarde llegaban las hembritas. Las hembritas, hombre, las hembritas, esas maravillas vestidas de blanco en el verano que no lo mirarían nunca. Armando, Peter, Patrick, todos se sacaban la transpiración de encima, y Ricardo debía regresar para que no se molestara su mamá.

—No podemos perder el trabajo en la casa del señor Galderisi —le dijo en una oportunidad Damián—. Ellos han sido siempre buenos conmigo. Donde ellos debes ir.

«Si —pensaba Ricardo— pero me llega al huevo. Me llega regarle los jardines y cortarles el pasto».

—Debes ir, Ricardo. Yo no puedo trabajar todos los jardines como antes. Debes darme una mano. Me duelen las piernas. Ni pedalear puedo.

Había terminado el colegio hacía dos años, en la escuela fiscal de su barrio. Desde que dejó la casa del doctor Pinillos, su vida abandonó la coherencia, que en cierto sentido tuvo, para adquirir otro tipo de coherencia, esta vez en relación a la dureza de las piedras que estaban dentro y fuera de su casa. Había terminado el colegio mal y por gusto. Eso era todo. Su quinto de media lo guardaba bajo el colchón como un billete de trapo, hecho mugre, por las puras. Los exámenes eran pruebas que no conducían a ningún lugar, y lo sabía, pero igual las daba, porque el profesor estaba hecho leña desde rato atrás, y la sola idea de tener que subir hasta la punta de ese cerro, lo cansaba de antemano.

—Al colegio van los cojudos —exclamó una vez Anselmo, un cholo fornido, de los pocos, que provenía de los viejos barrios de la ciudad—. Los rosquetes van, los que se han comido el cuento de que quien estudia triunfa. Tremenda mentira para meternos el dedo a su gusto.

Ricardo terminó el colegio, pero ahora le hacía caso a Anselmo. ¿Para qué? ¿Para seguir como su padre, como Damián, el leal y encantador Damián, hasta el ocurrente Damián —las cosas que dice— hasta que se le cayeran los dientes, enflaqueciera como él, y tuviera el pulmón como chaqueta, tosiendo por las noches en el cerro?

—¡Qué carajo! —exclamó Ricardo; y apenas le abrieron la puerta, se encontró con don Pietro Galderisi.

—Ricardo, ¿cómo va tu papá? —lo recibió con una enorme sonrisa que se dibujaba en su rostro enjuto.

—Bien, gracias.

—¿Sigue trabajando?

—Poco. Yo lo ayudo.

—Buen hombre tu padre, Ricardo. Buen hombre. Entretenido. Siempre bueno, siempre en su sitio.

—Gracias —dijo Ricardo.

Llevándolo del brazo hacia el jardín interior, don Pietro Galderisi le demostraba un afecto heredado, el que había tenido por su padre durante los casi quince o veinte años que Damián trabajó en su casa.

—La señora te quiere mostrar unos libros de jardinería que ha comprado en Europa, dice que te pueden dar ideas. ¿Qué te parece? Hasta puedes convertirte en un jardinero profesional. ¿Sabías que en Europa los jardineros son artistas bien remunerados?

Si no fuese por su acento, don Pietro Galderisi podría pasar por un nacional. En realidad, era de acá e italiano. Un italiano de acá. Una excelente combinación favorecida por el hecho de vivir seis meses acá y seis en Italia. Era un comerciante cultivado, ilustrado, que desde hacía sus buenos años andaba jubilado de los negocios. Sus hijos resultaron mejores comerciantes que él, y en pocos años duplicaron sus ingresos. Don Pietro sólo tenía que gozar de su dinero, visitar a los antiguos parientes, visitar museos, ver buen cine, algo de teatro y un poquito de ópera. Pagaba impuestos acá y allá, porque allá tenía familia y dinero, más dinero que acá.

—Tienen muchas láminas —le dijo— y el idioma no te será ningún problema, porque el italiano es primo hermano del castellano. ¡Podrás entenderlo!

—Gracias, señor.

—Don Pietro. Llámame don Pietro.

—Gracias don Pietro —dijo Ricardo en voz muy baja—. Supongo que las plantas son iguales en todas partes.

—Las plantas, pero no los jardines. Se ve que eres un muchacho despierto, pero te voy a explicar. Déjame explicarte... El jardín es como el alma, y como cada país tiene su alma, cada país tiene su jardín.

Don Pietro Galderisi y Ricardo estaban sentados en una de las bancas del jardín, justo debajo de un jazmín que debía podarse ya para que oliera maravillosamente en el verano que se viene dentro de unos meses.

—Mira —continuó—, Francia, conoces Francia, ¿no?... debes conocerla por la revolución francesa... es pretenciosa, jactanciosa, centralista—. Don Pietro elevaba la voz mientras se

iba compenetrando con las ideas que deseaba trasmitirle a Ricardo. —¿Conoces París? París, París es el centro de Francia. Y quiere ser —esbozó una sonrisa que despellejó la sequedad de su cutis— el centro del mundo. Quiere, es un decir. Por eso sus jardines están ordenados de tal forma que los caminos conducen a una piletta, a una estatua, a un centro. Los jardines de las Tullerías, el jardín de Luxemburgo, muchacho, son obras de arte racionales, casi filosóficas.

—Sí —respondía Ricardo— asustándose cada vez más.

—Inglaterra, en cambio, es expansionista —sentenció don Pietro Galderisi—. Su alma salvaje pretende reproducir en sus jardines a la madre naturaleza, nada menos. ¿Te das cuenta, muchacho? ¡A la madre naturaleza! Sus jardines son como bosques, inmensas praderas, cuyos caminos no conducen a ningún centro. Allí no hay centro, Ricardo. Hay comercio, sí, comercio, pero un comercio salvaje, sin filosofías que lo justifiquen. Por eso no necesitan demostrar que son el centro del mundo. Una estatua de Henry Moore puede estar en cualquiera de esos jardines, como lo más natural del mundo, de la naturaleza, casi como si estuviese calato. Ricardo lo escuchaba con atención, tratando de entenderlo. Movía los dedos con cierta impaciencia, como preguntándose a sí mismo si debía decirle a qué hora empezaba a trabajar o si ya estaba trabajando. Por su padre sabía que don Pietro era siempre así, una persona conversadora, que había conversado mucho con Damián en los tiempos en que iba a arreglarle los jardines.

—Los jardines japoneses son totalmente distintos —continuó don Pietro Galderisi—. Enigmáticos, llenos de sorpresas, de caminitos escondidos, de grutas, de lagunitas, de misterios y pescaditos. En la ciudad hay uno, muy pequeño, encerrado, como es el Japón. Debes conocerlo, Ricardo. Si eres un verdadero jardinero, de corazón, quiero decir, habrás ido a verlo. ¿Has ido?

—No, señor. Perdón —dijo Ricardo—. Don Pietro.

—¿No has ido? —exclamó don Pietro Galderisi, volviéndose de pronto colorado, estirándosele toda la cara, secándosele más todavía el cutis, parándose, moviendo los brazos hacia el cielo—.

No puedo creerlo. ¿Qué juventud es esta que no tiene curiosidad por su oficio?

—¿Dónde queda, don Pietro? —preguntó en voz muy baja Ricardo.

—En la ciudad, muchacho, en la ciudad. El jardín japonés, al costado del parque de la Cabaña, junto al teatro, por allí, cómo explicártelo... en el centro. Bueno, casi en el centro...

—¿Cuál centro, don Pietro?

—El único, pues. El centro es el centro.

—Yo sólo conozco el cerro y este barrio. El microbús me trae directo.

—Esa es la desgracia de este país —exclamó don Pietro Galderisi—. No tiene centro. Está como chorreándose siempre sin un sitio que lo ajuste.

—¿Y cómo son los jardines de nuestro país? —se atrevió a preguntarle Ricardo.

—Tú debes conocerlos mejor que yo. Eres jardinero, ¿no?

—Conozco el suyo, y unos cuantos de por acá.

—El mío no es jardín, muchacho. Es un pedazo de tierra que cuido para entretenerme en mi vejez. En Italia sí que hay jardines. Allá los jardines son alegres, ruidosos, bullangueros. Hay hasta unos jardines llenos de fontanas. A nosotros, a los italianos, nos encanta el agua cuando cae y se repite, y gotea y nos hace guiños bajo el sol. ¡Ah!... las fontanas de Tivoli... Ah esos jardines, Ricardo, le hacen bien al alma. Son los jardines del paraíso. Allí, en el libro, vas a verlos.

—¿Y los de este país? —volvió a preguntar Ricardo, tratando de acercarse más a los temas de don Pietro Galderisi, y entender un poco, porque ya estaba asustado del continuo cambio de colores en su rostro.

—Acá no hay jardines —se atrevió a responder don Pietro Galderisi—. Mira ese parque no más cómo está, mira lo bestias que son, todos lo pisan, lo machucan, lo rompen. El jardín es cultura, es el alma, como te dije, y este país no tiene alma.

—Yo sólo conozco estos jardines —dijo Ricardo—. Creo que Ud. sabe más que yo.

—Y donde tú vives, seguro no hay jardines... insinuó don Pietro Galderisi.

—Tierra y piedras. Donde vivo hay tierra y piedras. Tierra. Polvo —dijo Ricardo.

—¡Tierra y piedras! —exclamó don Pietro Galderisi. ¿Dónde vives, muchacho?

—Yo vivo en un cerro.

—¿En un cerro? Pero claro —hizo un alto, como tomando aire, reponiéndose, estirando las piernas de tanto estar sentado en la banca—. Este país es de cerros. ¡De montañas! ¡De cordilleras! ¡De minerales! ¡De piedras! Duro, tosco. Esos deben ser sus jardines... cómo los llaman... los andenes... las terrazas verdes... los jardines de las cordilleras, famosos en el mundo después de los de Babilonia... Sí, jardines brutales, iracundos, furibundos, salvajes, desolados, pero, ¿en la ciudad? ¿De qué cerro me hablas, muchacho?

—De mi cerro.

—¿Un cerro en la ciudad? ¿Un cerro donde vive gente?

—Allí no hay plantas. Ni una.

—Mira muchacho, tu padre, Damián, conocía mejor que tú de jardines. Siempre tenía ideas. La señora estaba feliz con él: «que póngala acá, que allá estará mejor, que las macetas necesitan sol, aire, sí, sí señora», Damián era un artista muy entretenido, muchacho. Pero tú, ¿qué pasa contigo? No puede ser que sólo me hables de tierra y piedras. ¿Es ese tu jardín? ¿Es esa tu alma?

—No sé, señor —respondió Ricardo, ya sin ganas de corregirse—. No tengo mi alma tan clara.

—Pero tienes colegio. Tu padre me lo ha dicho. Tienes quinto de media. Damián era un amateur del jardín. El nunca tuvo la suerte de tener instrucción. Ese fue el problema que tuvo cuando quisimos que ingresara a trabajar como jardinero municipal, porque iba a tener su jubilación. Y esos bellacos no lo dejaron porque no tenía instrucción secundaria. Imagínate, querían jardineros suizos, y eso que los suizos serán buenos relojeros, pero son pésimos jardineros. Tan aburridos... Pero tú, con educación completa, no entiendo que no sepas nada de jardines, y me respondas que sólo conoces de tierra y piedras.

—Voy a ver en su libro, don Pietro —se animó a responder Ricardo—. Voy a ver en las láminas. Allí voy a aprender.

—Pero si está en italiano, muchacho.

—Las láminas, pues.

—Las láminas —repitió apesadumbradamente don Pietro Galderisi— son solamente las fotografías del alma. ¿Cómo es tu alma, Ricardo?

—¿Mi alma?

—Eso, eso que tienes allí adentro, metido, tienes que sacarlo en mi jardín.

«Pero mi alma es como una piedra», pensó Ricardo y no supo responder.

De regreso al cerro, una vez en su casa, Ricardo observaba a su padre cómo sorbía ruidosamente su sopa de fideos. La penumbra en que se hallaban le impedía reconocer los gestos del rostro, pero sabía muy bien que acostumbraba contraer los músculos, y encogía la boca para aspirarla mejor. Desde que murió su madre, existía entre los dos una extraña sensación de dependencia, un pasado y futuro mal acoplado, dos lenguajes. Cuando Ricardo estuvo en casa del doctor Pinillos, lo veía muy poco, casi nunca, pues en esa casa sólo estaba con su madre y toda la corte de domésticos que pululaba por el sector de la cocina y el patio.

Damián vivía fuera, sin lugar fijo, mientras iba construyendo en su terreno, en su terrenito como le decía a Emilia. Ricardo nunca fue a ayudarlo, en parte debido a que era muy pequeño y en parte por la oposición de su madre, que prefería mantenerlo en la casa bajo otras costumbres y necesidades. Al principio, en algunas ocasiones, Damián iba al cerro a verificar que el terreno no hubiese sido ocupado por otras personas. Tenía un familiar al cual le pagaba para que estuviera atento ante cualquier posibilidad de violación de su propiedad. Después, con frecuencia, iba caída la tarde a pernoctar bajo las

esteras levantadas. Lo hacía solo, pues Emilia no lo acompañaba a esas faenas. Su matrimonio era formal, expeditivo, de satisfacciones primarias. Era, casi, la suma de sus ingresos. No podían darse el lujo de vivir juntos. Ese lujo no se lo daban los jardineros ni las empleadas de la ciudad. Las empleadas debían agradecerle a sus patrones que les dieran casa y comida, y en el caso de Emilia, casa y comida para su hijo, y educación de paso, y buena compañía, además, como era la de Juan Pablo.

Emilia trabajaba en casa del doctor Pinillos desde soltera, incluso lo hizo en casa de la señora antes de que se desposara con el doctor. Damián, más bien, era un independiente, un subempleado, de acuerdo a las clasificaciones oficiales del Ministerio de Trabajo. Desde que llegó a la ciudad se las ingenió para no tener bienes propios, sólo su bicicleta, que obtuvo a precio de remate de la familia Sayán. Ahora tenía esta casa y a su hijo Ricardo. Pero tampoco los sentía tan suyos: su casa a oscuras le servía para comer y reponer las energías gastadas, y su hijo era un muchacho que estaba mal acá y allá, en todas partes. Damián estaba viejo, solo y abatido. Sus piernas ya no tenían las fuerzas para pedalear entre jardín y jardín y sus brazos carecían de la energía necesaria para hacer el vaciado del techo, última parte de la casa, cubierto tan sólo con cartones, pajas, latas, sostenido por piedras a los costados.

Ricardo le dijo:

—El señor Pietro me ha dicho que le cuide su casa ahora que se va de viaje dentro de unos meses. La señora Gloria se va a su pueblo y no tiene a nadie de confianza para que se quede allí de guardián.

Damián seguía absorto en terminar su sopa y lo miró después fijo a la cara.

—¿No te dijo que se la cuidara yo?

—Me preguntó por ti, y yo le dije que estabas bien, pero cansado. Que no trabajabas como antes. Que yo te estaba ayudando.

—¿Quieres ir? —le preguntó Damián.

—Todavía no sé.

—La casa es grande y hay que tener mucho ojo con las cosas.

—Me dijo —afirmó Ricardo, empleando un tono poco frecuente en él— que me lo pedía por ser tu hijo. Me dijo que eras de su confianza.

—El señor Pietro es un caballero —dijo Damián, limpiándose la boca con un trapo que guardaba entre las rodillas.

—Habla cosas raras. Me tuvo horas contándome de unos jardines en unos países raros. En Japón, en Italia, de donde viene. Era para cagarse de risa el viejo.

—Es un caballero, Ricardo. Me ayudó para entrar como jardinero municipal.

—¿Y acaso pudo? —exclamó Ricardo—. ¿Acaso Gustavo te ha conseguido algo para mí cuando se lo pediste? Ni Gustavo ni sus amigos ni nadie nos ayuda. Y eso que Gustavo me conoció en casa del joven Alejandro.

—Gustavo todavía es un muchacho —lo corrigió Damián—. Lo conozco desde que era niño, pero él todavía estudia, no tiene plata ahora.

—Pero sí influencias —dijo Ricardo—. Como dice Anselmo, en este país si no tienes palanca, estás hecho. A mí ya me llega, papá, mirarle las caras a todas esas personas. Nosotros vivimos en el cerro y no tenemos nada que ver con ellos.

—Pero sólo los tenemos a ellos —dijo Damián taciturno—. Aparte, no conozco a otros. Entre pobres no podemos ayudarnos. Mira a la gente de acá, todos nos miramos como enemigos. Antes no era así. Ahora, todos se encierran en sus lotes.

—No todos son así —dijo Ricardo—. Yo conozco gente distinta.

—Ten cuidado con tus juntas. En el cerro la gente se vuelve dura, porque acá la vida es como de perros. Ellos se muerden por la basura.

—Los ricos también —dijo Ricardo—. Yo los conozco. He vivido con ellos. A los pobres nos miran como ladrones, como cholos, como indios.

—Tu madre no diría eso del doctor, Ricardo.

—Mi madre está muerta. Ahora quedamos los dos. Y tú estás viejo, papá. Sólo nos queda esta oferta del señor Pietro, pero todavía no me ha hablado de plata.

—Plata, plata, con tal de que nos dé comida es bastante.

—Anselmo dice que a los indios de la sierra les pagan con hojas de coca para tenerlos brutos y que no piteen. Pero yo no voy a dejarme.

—¿Pero qué ha cambiado? ¿Acaso algo es distinto? Este cerro está peor que antes, con más gente, con más perros, con más basura, y menos aire para respirar. Ahora hasta nos robamos entre nosotros.

—Tú ya no deberías ni montar bicicleta —dijo Ricardo.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Damián—. Tú no encuentras trabajo fijo y no quieres ser jardinero ni cuidarle la casa a don Pietro.

—¿Qué quieres que haga! De guardián a guachimán, de jardinero a mensajero, de cargador a qué... Estoy harto de ser un huevo frito.

—¿Qué es eso? —exclamó Damián.

—Eso —dijo Ricardo—: una lorna, una reverenda cojinova.

Ricardo recordó que cuando vivía en casa del doctor Pinillos acompañó, en una oportunidad, al joven Juan Pablo y a sus amigos a un club de playa, al sur de la ciudad. Al momento de ingresar, decidieron que Ricardo lo hiciera por la playa contigua, nadando. No se atrevían, como en otras ocasiones, a convencer al portero para que entrara. Le explicaron que eran socios menores y no podían traer invitados, pero la verdad, la verdad, era que no se atrevían a meterlo por la puerta principal.

Ricardo se quitó la ropa, se colocó una trusa bastante inoportuna para el ambiente y se metió al mar. Nadó bordeando el muelle y cuando llegó al extremo se topó con varios muchachos, miembros del club, que se arrojaban al mar desde el muelle y luego subían por la escalinata, que servía, a su vez, de embarcadero a las lanchas. Cuando intentó subir, un guardián del club se lo impidió:

—Oye —le gritó— esto es un club, tú no puedes entrar.

Ricardo trataba, desde el mar, de encontrar algunas respuestas. Cuando intentó subir por segunda vez sin la angustia de estarse hundiendo o dar manotazos, el guardián sacó una vara y la blandió en el aire:

—O te vas por las buenas o te arrimo un palazzo —le gritó.

Los otros muchachos seguían arrojándose al mar y subían luego por la escalinata. Ricardo olía el penetrante olor. Por un instante se distrajo al contemplar una enorme estrella atada a una de las patas de madera del muelle. Los choros eran una inmensa mancha negra. Olía también a gasolina y aceite.

Cuando Juan Pablo y sus amigos se acercaron caminando por el muelle, y vieron al guardián gritando, detuvieron sus pasos, titubearon, le hicieron señas, que se fuera, regresara, y luego desaparecieron por el club hacia las playas atiborradas de sombrillas de paja.

—No me dieron una mano —le dijo Ricardo a su padre—. Me miraron como si no me conocieran. Después, a la salida, me dijeron que era un huevo frito por no haberme escondido, que debía haber buceado, por dejarme chapar.

—Putá, que eres un huevo frito —le dijo Juan Pablo—. ¡Para eso te sacamos! Ojalá no te hayas resfriado, que si tu mamá se entera me va a sacar la mierda.

—Mi mamá sacarle la mierda —exclamó Ricardo—; qué tal raza. Qué va a sacarle la mierda. Está bien que sea el ama del joven Alejandro y que el joven Alejandro sea mi padrino, pero no me creo de que iba a sacarle la mierda. —Hizo un alto y continuó—: lo que más rabia me dio era que el guardián era como yo, o como tú, pero con uniforme se cree otro.

Damián lo miro en silencio, y después dijo:

—Eso te pasa por no ser jardinero. A mí jamás me han llamado huevo frito.

—Buenas, Damián —lo saludó Gustavo con la naturalidad del joven que todavía vive en su barrio, en su casa y con sus padres.

En efecto, era viernes, y como todos los viernes, desde años, Damián venía a arreglar los dos jardines de la casa, el de la entrada y el de adentro. Sus padres como que se preparaban para el acontecimiento y le ordenaban sacar las macetas de la terraza para que las limpiara, les sacara las hojas marchitas y las regara.

Gustavo era capaz de distinguir los días viernes desde la época del colegio por la sola presencia de Damián en el jardín. Sus padres se ponían una toilette de entrecasa —o de carácter como decían— en contacto con la naturaleza, con la pequeña naturaleza muerta de su jardín.

—Joven —le dijo Damián en voz muy baja y pensando en cada una de las palabras que iba a decir, como era su costumbre—. Entre sus amigos no tendrá uno que le pueda ofrecer un trabajo para mi hijo... ya ha terminado el colegio y no tiene ...

Gustavo era todavía un estudiante de la universidad y Damián envejecía adelgazando y empequeñeciéndose tanto, que los pantalones que le pasó le quedaban flojos. Casi no tenía dientes. Hablaba bajo. Casi silbaba las palabras. Sudaba poco, porque sólo se suda cuando hay grasa y Damián apenas era hueso y pellejo.

—Déjame pensar, Damián.

No era la primera vez que Damián le pedía trabajo para su hijo, y Gustavo empezó a reconocer que algo iba mal en su vida. Su amigo Fernando, quien trabajaba en una empresa como relacionista industrial, colocaba a la hija de su cocinera en una fábrica y al hijo del tío de su mayordomo en otro trabajo, convirtiéndose en una especie de mecenas de la servidumbre.

—Uno de sus amigos, joven, algo que sea fijo, porque hasta ahora sólo encuentra por días o lo hace como jardinero en las casas que yo le voy dejando.

Años que Gustavo no veía a Ricardo, porque años que no veía a Alejandro, que se fue a estudiar a Vermont, en los Estados Unidos, apenas terminaron el colegio. Y Ricardo se

había ido antes, cuando estaban en cuarto o tercero de media, no lo tenía claro.

—Mira, Damián, cuando sepa de algo te aviso. Descuida—. Y le dió una palmada en el hombro bastante estúpida: una palmada que no significaba ni confianza, ni seguridad, ni dinero, ni protección o amistad.

Lo único que hizo Gustavo fue pensar en que ni sus padres ni Damián ni el jardín eran ya lo mismo, a pesar de que Damián siguiera creyendo que él era aún capaz de satisfacerle un favor en el ordenamiento que mantenía incólume en su visión del mundo, de las cosas, es decir, de las personas, claro. Porque Gustavo ya no lo miraba con la certeza que Damián le atribuía y porque su barrio, su casa, su vereda y el jardín delantero iniciaban un proceso, lento pero irreparable, de deterioro. Volaban papeles, papeles higiénicos, vasos de cartón, cáscaras de plátano, residuos de basura que provenían de otras personas, de otros transeúntes, desconocidos pasajeros por las cuadras, y no aquel rocío transparente que eran las florecillas amarillas de entre abril y mayo, la única basura del jardín que Damián se encargaba de barrer con pasmosa lentitud.

—Gracias joven —y entró por la puerta del garaje, después de tocar el timbre, empujando la bicicleta.

Gustavo lo hizo por la puerta principal, después de buscar la llave que guardaba en el bolsillo. La llave convivía con unos billetes sucios, siempre escasos, sólo para sus necesidades de pasaje, unas cervezas y cigarrillos.

—Gustavo —lo llamó su madre al escucharlo entrar.

Era raro, pero en su casa nadie veía entrar a las personas; las escuchaba. Gustavo era capaz de distinguir las diversas maneras en que su padre abría la puerta, según las horas. Sobre todo a la hora de almuerzo, en que lo hacía casi violentando la chapa de la puerta, para quedarse con él y su madre unas dos horas y regresar después a su trabajo.

—Tu papá está en el escritorio, anda, salúdalo, y trata de no tocar temas que puedan fastidiarlo. Tú sabes que no está de humor para discusiones.

Su padre no era el mismo y nunca más volvería a ser el mismo, porque, aparte de que un padre jamás será el padre que fue para uno de niño, estaba golpeado, humillado, debilitado y asustado desde que lo sacaron del Ministerio donde ejercía sus funciones de abogado. Lo habían sacado por razones políticas. ¡Ni eso! Ni siquiera por razones políticas, lo habían botado porque botaron a todos, había que hacer cambios, el gobierno militar hacía cambios, remecía las estructuras, limpiaba, hacía incursiones, y un buen día salió su nombre junto al de los otros en el periódico, en la primera plana, al costado, arriba, hacia la izquierda, informando que cesaban en el cargo.

—Papá —le dijo aquel día Gustavo— hoy no vas al Ministerio.

Desde ese momento, la voz de Gustavo cambió, porque desde ese día, después del desayuno, más allá de los cambios en la política, en el Ministerio y en el país, cambió su padre. De aquel caballero de contextura, de recortados bigotes, de terno todos los días, que llegaba a almorzar o a eso de las seis de la tarde, y salía a eso de las nueve de la mañana y de noche, a cenas y fiestas y conferencias y reuniones, no quedaba nada, nada, excepto el inicio de la vejez.

La noche anterior, una extraña llamada telefónica le aconsejó a Gustavo que comprara el diario de la mañana, muy temprano, porque su padre estaba en la lista de los que iban a cesar en el Ministerio.

—¿Cesar?

Y colgó.

Su cabeza estaba sacudida por las discusiones de la universidad, donde todos, unos más y otros menos, le añadían calificativos al gobierno militar. Unos aplaudían, otros despotricaban, lo jalaban a la izquierda, al centro, a la derecha; era reaccionario, fascista, nasserista, nacionalista, gorila, de cachacos; por favor, Gustavo, no toques esos temas a la hora del almuerzo, que tu papá está cansado.

—Buenas tardes, doctor —lo saludó Damián quitándose su enorme sombrero de paja y mostrando las encías de su boca desdentada. Además de entretenido, Damián era cortés y bien

educado. Don Pietro Galderisi solía decir que conservaba la educación del pueblo de este país—. ¿Sacamos las macetas?

—La madre selva está frondosa, Damián —interrumpió de pronto su madre, como queriendo desviar la conversación, segura de que no quería sacar ninguna de las macetas y, más bien, tenía la tentación de dejarlas para siempre en las oscuridades de la terraza.

—No es época, señora. El verano acaba de terminar y debemos esperar después de agosto, para el próximo verano.

—Pero podríamos podarla un poco. Hacerle arreglos.

—Hace quince días que no sacamos las macetas —dijo Damián.

—Hoy no sacamos nada —dijo su padre, sin salir de la terraza.

Por aquella época en que Gustavo estaba en sus últimos años de universidad, Alejandro retornó al país después de estudiar administración de empresas en los Estados Unidos, justo cuando el gobierno militar iniciaba sus reformas. Encontró cambiado a Gustavo, mientras Gustavo lo encontró igual. Mantenía su misma sonrisa, su enorme y abierta sonrisa, su misma bonomía, su misma capacidad de trato con la gente. Gustavo, en cambio, estaba más huraño, más hosco e introvertido.

A su padre lo habían botado del trabajo y no se atrevía a mantener contactos con una realidad en la cual los pisos eran otros, ¡había varios pisos!, sótanos y arenas movedizas. Gustavo se repetía a sí mismo el nombre del general que firmó el documento por el cual cesaron a todos los funcionarios del Ministerio. Ni siquiera fue el titular del portafolio, porque el Ministro se encontraba de viaje.

Alejandro, en cambio, regresaba radiante a incorporarse a los diversos negocios de su padre. Le compraron un auto, le consiguieron un empleo para que reactivara contactos y conociera mejor los hilos invisibles de la comunidad financiera y política, para que, dentro de un tiempo, tiempo razonable y prudente, se hiciera de una posición en su campo, se casara y formara un hogar. Lo único que se mantuvo incólume entre ellos dos fue una amistad de infancia y de siempre.

Pero sobre todo fue una amistad de colegio. La salud de Alejandro, bastante resquebrajada por un asma crónica, le impedía practicar deportes, actividades en las cuales Gustavo sobresalía y estimulaba para evadirse un poco más de la realidad. Gustavo había llegado a ese colegio británico en cuarto de primaria, y su primera necesidad fue la de ganarse el cariño de esos alumnos que se disputaban con los recién matriculados el poder absoluto. Ganarse el respeto era demasiado para Gustavo, pero el cariño, era una manera sutil de alcanzarlo. Felizmente hizo su primera aparición con Mario Barrantes, un mechador proveniente de un colegio de curas, y que a falta de inglés, buenos son golpes. En menos de una semana había derrotado a los posibles líderes, y negociado con el Chino y David que le dijeron que el poder estaba empatado. Mario Barrantes formó parte, entonces, de un triunvirato cuasi romano, que permitió que la amistad de Gustavo y Alejandro se fuese cultivando en un ambiente de intenso compañerismo.

Para los extraños, su amistad fue siempre bastante rara, porque a primera vista eran totalmente distintos. El respaldo económico de Alejandro fue sutilmente contrarrestado por la fragilidad de su salud, permitiéndole desarrollar así una personalidad sensible. Era el último de una familia conservadora y generosa, procreado cuando su padre tenía sesenta años. Fue hijo con personalidad de nieto, pero sobre todo, fue cuidado por una corte de domésticas, encabezada por su mamá Emilia, quien jamás dejó que conociera el verdadero sentimiento de la soledad. Entre los salones y la cocina, Alejandro se sentía en casa.

Gustavo nunca fue capaz de reconocer el preciso momento en que esa amistad de risas se convirtió en una amistad de confidencias. Lo que sí supo, y antes de terminar la secundaria, fue que sería una amistad para toda la vida. Eso siempre resulta difícil, porque la amistad, por lo general, se amolda a las situaciones en que se vive, sacando a luz algunos aspectos, pero ocultando otros. La amistad es, además, una necesidad que puede ser instrumentada, para sobrevivir ante determinadas contiendas. La suerte fue, y en eso sí creía Gustavo, que

entre ellos nunca hubo una amistad relacionada a intereses compartidos. A ellos los unía algo más oscuro, más profundo, más ambiguo: una cierta aproximación a los sucesos y a las personas. Reaccionaban ante las circunstancias. Sentían lo mismo.

Y ninguno de los dos intentó buscar una explicación a aquéllo que no lo tiene ni lo puede tener, contentándose con constatar que ambos, a pesar de no parecerse físicamente, necesitaban la misma medida de lentes y les entraban los mismos sacos o zapatos.

Al año siguiente de salir del colegio, Gustavo y Alejandro vivieron experiencias distintas. Mientras Alejandro se fue a Vermont, en los Estados Unidos, Gustavo se inscribió en una academia pre-universitaria ubicada en la periferia del centro de la ciudad. Sintió, porque no podía dejar de hacerlo, la necesidad de acomodarse otra vez a un recinto y a unos alumnos que le resultaban totalmente nuevos. El aula estaba en el segundo piso de un inmueble arruinado, adonde se llegaba a través de una escalera chirriante. Pachín Maldonado, de Huánuco, era tan retraído como él, pero poco a poco fue moldeándose un grupo heterogéneo de amigos, tan amigos, que Gustavo reconoció que el cariño era y es la mejor virtud de la comunicación. Durante todos esos años de distanciamiento, Alejandro y Gustavo practicaron una intermitente correspondencia, tratando de explicarse cada uno a sí mismo, en qué estaban y cómo los trataba la vida. Hasta que regresó, igual, y con la misma confianza. Su amistad no necesitaba fortalecerse con experiencias comunes. Una risa, un abrazo, resultaban suficientes para demostrarse que las aguas del lago conservaban el enigma intacto. Sin embargo, Gustavo sí había cambiado. Reía con mayor dificultad. Su mundo, porque tuvo uno, lo cuestionaban desde distintos ángulos los textos universitarios, los líderes estudiantiles, uno que otro profesor, un jefe de práctica, los revolucionarios.

Gustavo estaba por terminar ahora sus estudios de ciencias sociales en el país, escuchando y escuchando diversos calificativos sobre el régimen, y participando en una que otra marcha universitaria en contra de las autoridades y el gobier-

no. La que más retenía era aquella en que fue al Coliseo del Puente del Ejército con motivo de la liberación de los presos políticos, detenidos años antes a causa de los movimientos guerrilleros. Durante las guerrillas, Gustavo iniciaba sus estudios en la universidad, y seguía, con temor e interés, los resultados de aquel combate bélico que se desarrollaba en las serranías.

La manifestación en el Coliseo del Puente del Ejército la retendría para siempre en su memoria. En aquella oportunidad, el personaje central fue Hugo Blanco, un famoso líder barbudo que conmovió el valle de La Convención y Lares, nombre que con sólo pronunciarlo ponía la carne de gallina, ya sea por miedo o admiración. En su discurso de fondo, Hugo Blanco, vestido con su clásica camisa a cuadros, exclamó: «después de todos estos años en El Frontón, el hecho de salir a la calle puede marearme. El tráfico puede marearme. Pero yo tengo mis ideas y convicciones políticas muy claras y muy bien puestas».

Gustavo sí estaba mareado, y después de caminar a oscuras por la acera central del paso a desnivel alejándose del Coliseo del Puente del Ejército, su cabeza soportaba a duras penas el bullicio que hubo adentro, los gritos, las barras, la alegría, los puños cerrados y en alto. Caminó en silencio, siguiendo los pasos de sus amigos de universidad, entre los cuales había unas lindas muchachas a las que, aunque sea por sensibles, Gustavo hubiera sido capaz de declarar su amor.

—Tú no tienes razones para rebelarte contra tu familia —le dijo alguna vez don Fernando Távara, amigo libre pensador de su padre, amante del arte y la tertulia, que Gustavo frecuentaba como parte de una formación humanista fomentada en su casa—. Tu padre es una persona honesta. No hay razón para que le echés críticas encima. El no ha estado envuelto en cosas sucias, turbias, en negociados.

¿Esas serían las motivaciones de sus compañeros de universidad para plegarse a las filas de la izquierda? ¿La furia contra sus padres explicaba la furia destemplada de sus discursos en las aulas? «¡Qué va!», y caminó con las manos en los bolsillos atormentándose al no poder dar cabida a sentimientos

que sentía antagónicos, pero que todos sus compañeros excluían sin piedad, sin sufrir, o haciéndolo a escondidas como en una masturbación desangrada.

—Veinticuatro horas, veinticuatro horas al día —le decía Javier a Gustavo mientras salían de ese hoyo que era el paso a desnivel del Puente del Ejército—. Uno debe dedicarse veinticuatro horas al día a la revolución para ser un verdadero revolucionario.

A Gustavo le estaba llegando el momento de asumir responsabilidades en su vida, como era buscar trabajo, responder a las inquietudes —sobre todo expectativas de Rosa— ser de izquierda y sociólogo. Todo al mismo tiempo, todo a la vez, sin cometer errores, porque los errores se pagan, le decía su padre, y uno es el arquitecto de su propio destino, frase de contenido filosófico que lo atormentaba y que su padre le repetía cuando lo veía enfrascado en sus dudas.

Durante su carrera, si podían merecer ese calificativo los estudios de ciencias sociales, porque no era una carrera, ¡bah!, ¡cómo lo iba a ser, era cambiar de raíz las cosas en el país!, Gustavo nunca tuvo un modelo de sociólogo, del profesional, de la persona que le dijera, «ven, hijo, es así y asá, toma las riendas y arre». ¿Acaso iban a trabajar, a ganarse la vida, a jubilarse y a envejecer como sociólogos? Algunos ya cachueleaban en la misma universidad, eran asistentes de investigación, practicaban en las primeras computadoras con el profesor Mac Donald, hacían trabajos de campo, encuestas, entrevistas, repasaban estadísticas, los márgenes de error, todo eso hacían, mientras Gustavo miraba a su padre como diciéndole: y yo, y yo, yo qué hago... y Javier le decía que para hacer la revolución había que dedicarse a ella en cuerpo y alma, las veinticuatro horas del día. Del santo y maldito día, carajo, para que lo entiendas, Gustavo.

—Te angustias —le dijo en una oportunidad un dirigente universitario— porque siempre has visto a tu padre vestido de terno, y tú, en cambio, vienes todavía a la universidad en blue jeans. Es normal que sea así —continuó— porque el hijo busca aproximarse a la imagen que le proyecta su padre, para reemplazarlo después. Pero tú no has escogido estudiar leyes. Ese

ya es un mérito. No tendrás que reemplazarlo nunca. Has escogido otro camino, y por eso te angustias, porque no conoces el final. Esa es la definición de la aventura, cualquiera que sea: política o intelectual. Incluso la amorosa...

—No seas cojudo —le respondió Gustavo en aquella oportunidad.

Pero tenía razón. Su padre en esos momentos esperaba de él una actitud decidida, madura, después de toda la paciencia que tuvo durante su época de estudiante. Sin saberlo, quizá instintivamente, buscaba su reemplazo. El hecho de haber sido descartado de su trabajo, humillado, vapuleado, podría explicar las ganas que tenía de reconocer en Gustavo a una persona adulta.

—La historia se repite —le contó su padre el día en que Gustavo le hizo leer el periódico para que se informara con sus propios ojos—. Lo mismo le sucedió a mi padre durante la purga que hizo Sánchez Cerro entre los magistrados. Así, de un día para otro, sin que mediara una explicación.

Su padre estaba sentado en el pequeño sofá de su dormitorio. Andaba con la pijama puesta, sin afeitarse, y con el olor del café con leche en la boca. Gustavo lo miraba mirando la ventana, aquélla que daba a la calle, y que a esa hora empezaba a movilizarse. Lo vio gastado. Quería llorar, y lo hizo, Gustavo supo que lo hizo, cuando se pasó la mano debajo del antejo haciendo como que se limpiaba la cara. El teléfono empezó a sonar cada vez con más frecuencia. Eran los amigos que llamaban para averiguar qué pasó, si era cierta la noticia, que estaban con él; no faltaron algunos que le ofrecieron hablar con el ministro, tenían contactos, siempre había contactos, era el país de los contactos.

—En lo que canta un gallo terminaron con su carrera —le dijo su padre—. Y nunca, nunca más volvió a salir de su casa, hasta que murió.

Pero la madre de Gustavo, que lo conocía muy bien, no estaba dispuesta a que eso ocurriera. Ella contestó todas las llamadas, dio las explicaciones precisas, que estaba bien, pero que no se sentía con ánimos para hablar sobre el asunto.

Gustavo pensó que el hijo reemplaza al padre cuando éste se muere. Pero, mientras viva, mayores son las expectativas de continuar en el mundo. Si no muere, el hijo sigue allí, empujando, arremetiendo, golpeando. En el caso de su padre, las cosas resultaron distintas. Su padre había muerto en vida, vivía biológicamente, pero estaba encerrado. Encerrado como los muertos. Tapados. Tapiados. Sin olor. Ahora su padre, que vivía, le pedía a Gustavo que lo reemplazara mediante una conducta pujante, pero él no lo podía hacer porque estaba mareado. En el caso de su padre había sucedido lo mismo: él rehuyó la carrera judicial —que era su vocación, donde estaban sus amigos Alberto, José y Domingo, según confesión propia— para no tener que reemplazarlo. Si fuese juez, sería como su padre. Entonces, se sacrificó. Ingresó al Ministerio donde hizo carrera burocrática, perdió treinta años de su vida detrás de un escritorio revisando papeles, imprimiendo sellos, firmando y otorgando vistos buenos, tan sólo para no representar el papel de su padre en el Palacio de Justicia, mientras éste se pudría en su dormitorio.

«Así sería la revolución», —se decía Gustavo, mientras caminaba por las calles del centro de la ciudad, después de salir de aquella enorme plaza, donde se realizaban todos los mítines políticos—. «Carajo, qué tal palabra» —pensaba— aquella noche en que vio con sus propios ojos, sus desconcertados ojos, a los líderes liberados por el gobierno militar. El Coliseo del Puente del Ejército fue una fiesta de aplausos y vivas, de gritos y consignas. Uno a uno salían al estrado, colocado al centro, levantaban los brazos y mostraban el puño.

En la universidad, la palabra revolución se pronunciaba todos los días con extrema naturalidad. Era casi la palabra, pero Gustavo apenas la pronunciaba, y cuando lo hacía, le entraba un escalofrío por todo el cuerpo. Durante los almuerzos en su casa no la decía nunca, porque los tres amigos del teatro, como se llamaban a ellos mismos su padre, su madre y él, eran tres amigos que vivían en perfecta armonía. Los veía tan contentos allí sentados, tan seguros en su pequeño mundo, tan inmutable y ordenado, rodeados de los objetos que les daban confianza en sí mismos, en su pasado, en su tradición,

en su propia familia, que decirla podría resultar gracioso o dramático. Después, esos almuerzos se volvieron taciturnos y estrechos. Su padre empezó a vivir de una jubilación que llegó tarde, y cuando lo hizo, su ingreso era muy inferior.

Gustavo recordaba el día en que tuvo que acompañarlo al Ministerio para que recogiese sus cosas. Su padre dejó pasar casi una semana, para reponerse, y le dijo a Gustavo que por favor, sí, fue por favor, un favor inmenso, enorme, que fuese con él a su oficina. Las dos secretarias lo recibieron con el cariño de siempre. Los empleados estaban allí, desconcertados, viendo cómo el doctor, el apacible doctor, que nunca estaba con los de arriba, pero era de arriba, eran sus amigos, y andaba más con los del medio y era atento hasta con el ascensorista, recogía sus papeles. No eran muchos. Y Gustavo reconoció en ese instante, en ese terrible instante, que su padre nunca fue una persona importante en ese monstruo institucional de Pablo Bermúdez.

A la hora del almuerzo, Gustavo sentía su mirada como un reto: «es tu turno, hijo», porque no cabía que Gustavo le exigiera: ¡búscate otro trabajo, todavía tienes fuerzas, energías, amistades, vínculos! Hacerlo era prolongar su condición de hijo y otorgarle una paternidad que el gobierno militar le había arrebatado. Ya no se sentía padre de nadie. Estaba viejo, era viejo, pero sobre todo estaba débil y asustado. Sin darse cuenta, Gustavo podía exponer todos sus puntos de vista durante las sobremesas sin que su padre pudiera responderle. Poco a poco fue creciendo en esos almuerzos de entre semana, afirmando y proponiendo, respaldándose, presuntuosamente, en las ideas que algunos cursos de ciencias sociales le daban. Su padre se iba encerrando en un mundo de sombras y enigmas. Se entretenía con su cuaderno de recortes teatrales (una antigua afición que mantuvo en secreto, casi clandestinamente) y en cultivar su jardín hasta que lo atrapó la desidia. Ni siquiera Damián era capaz de hacerle sacar las macetas los viernes a eso de la una, cuando llegaba con su andar cansino y su sonrisa dibujada en su boca deformada por las encías. Pero Gustavo no se atrevía a reemplazarlo. No lo quería hacer. Y, para ello, debía continuar enfermizamente como hijo de fami-

lia, como miembro de esa pequeña comunidad que era la de los tres amigos del teatro, siempre a la una, a la hora del almuerzo.

A Alejandro le unían los recuerdos. Es curioso, pero pareciera ser que después de cierto tiempo, nos resultara más vital e interesante aquello que sucedió y no el presente. El tiempo que estuvo fuera no fue suficiente para borrar los momentos de la adolescencia, pero sí para trazar rumbos distintos. En verdad, los rumbos están señalados con anterioridad como en el mar, y el tiempo no hace sino delinearlos con mayor fuerza. Ambos estaban más hechos, como se dice. Pero aún no tenían la expresión de aquel que siente su vida partida en dos: entre lo que fue y lo que es. El pasado era demasiado reciente para ser disecado y analizado o para amargarlos con lo que eran. Porque todavía eran jóvenes, jóvenes con toda la existencia por delante, pero ya los síntomas del desmoronamiento mostraban las primeras señales en el caso de Gustavo, mientras en Alejandro se insinuaba una continuidad fluida, como si fuese agua deslizándose sin mayores obstáculos.

A su regreso, Alejandro no encontró mayores cambios, a excepción de uno que sí sintió radical: su familia se había mudado, intuyendo transformaciones futuras en la sociedad. Ahora sus padres vivían en una casa pequeña, pero funcional, con una de sus hijas. El mismo Alejandro tenía reservado un terreno en una zona de expansión de la ciudad, para construir en un futuro próximo. Era la cuesta de un cerro civilizado, al este, que Gustavo visitaba con Alejandro de cuando en vez, para imaginar cómo sería esa casa, ese hogar, esa familia. Allí, Gustavo sería el invitado especial. El, y no otro, y para siempre.

La familia de Gustavo, en cambio, se quedó en su casa, en su barrio, en su zona. De nada de esto se percataba Gustavo, cuya mente mareada, discutida, analizada, destripada, sólo era capaz de reconocer un futuro de tinieblas. Como si él no tuviera derecho a un futuro. El fin, la zaga de la zaga, el último capítulo ridículo y absurdo de una dinastía que jamás existió.

Y todavía era capaz de seguir exigiéndole a su padre que fuese él quien tomara las iniciativas, que fuera capaz de renovarse, decidir, ser moderno, ejecutivo, radiante, y los llevara por el mundo de la mano como siempre lo hizo. ¡Que

todavía viviera! Desde su juventud, Gustavo lo retaba con sus silencios, con sus interpretaciones sociológicas, incluso cuando su padre decidió exiliarse del mundo activo. Ya no le llegaban regalos por navidad. Lo invitaban menos. Lo puenteaban. Hasta el pavo que le correspondía como jubilado del Ministerio se lo comían otros, quiénes serían, nuevos empleados, nueva gente, siempre gente nueva, Gustavo, mientras a ti se te pasaba la misa de una, se te paseaba el alma, paseadito de mierda.

Qué podía decir Gustavo, en esas circunstancias, del gobierno militar en las interminables discusiones de la universidad. Que era de izquierda, sólo porque botó a unos cuantos empleados pasados de moda de algunos ministerios... Que era de derecha, porque botó a un asustadizo empleado de ese Ministerio... Reformista... Nasserista... Quién sería ese cojudo, conocido en este país sólo porque tuvo un entierro de la puta madre... y se lo contó a Gustavo un diplomático que estuvo durante esos años en misión en El Cairo...

Los militares, con el mismo deprimente uniforme verde oscuro, que no era oliva, retenlo Gustavo, desconcentraban al espectro político. Afirmaban los entendidos que su discurso dejó sin piso a varios de los partidos clásicos, incluso a la izquierda, y su sola presencia en el escenario producía remezones y reagrupaciones y reacomodos. La gente andaba buscando su sitio en medio de los cambios. Ante cada medida, porque lo que hacía era dar medidas, los políticos se reunían para analizar cómo demonios seguían vigentes y no convertirse en unos obsoletos personajes del pasado. Varios estaban ya en esa incómoda situación; no sólo los hacendados —miopes y ciegos— sino los mismísimos hombres que encarnaban la idea del cambio, incluso de la revolución. Ahora, carajo, gritaban los milicos, la revolución tiene dueño. La ansiada revolución estaba en casa, poseía vestimenta, se mostraba, y no era necesario seguir buscándola porque ya, ya existía. Existía, caray. Muchos amigos de Gustavo estaban hechos unas vergas con los militares; pero otros, los de la universidad, no se comían el cuento.

Gustavo estaba intrigado con la conducta de un tío suyo, perteneciente a la marina, rama que guardaba su prudente distancia del régimen. Se trataba de una persona muy bien formada, PhD en MIT, casi rimando, como lo recordaba su madre para poner un poco de orden en las discusiones familiares. Este tío, excelentemente preparado, casi científico, era, para muchos, un traidor a los suyos, y para otros, un reformista, introducido como cuña en el gobierno. En una oportunidad, su padre, más desconcertado que nunca con los cambios que no terminaban de cambiar, contó en una de las sobremesas cómo los amigos del pariente de su mujer lo habían dejado solo durante un matrimonio. Bajo el toldo, distante de los bocaditos y los licores, el tío famoso se soplabla la indiferencia de los invitados. El padre de Gustavo se le había acercado sin cautela alguna, corriéndose todos los riesgos, si es que era un riesgo acercarse al tío en una recepción, en un matrimonio, en una fiesta donde se casan todos, los novios y los invitados, los intereses y la sangre, la clase maldita y famosa. El tío, políticamente, cumplía con los novios, pero se marchó sigiloso para no continuar con el desaire, única y mortal arma de la que hacían gala. Al padre de Gustavo de nada le valió su gesto, su valeroso y desapercibido gesto, porque a ese matrimonio no estaba invitado ningún militar, como corresponde.

—Ah, Damián —le dijo aquella vez en que le pedía un trabajo para su hijo, como una costumbre que se repetía cada vez que se encontraban los viernes— ¡a qué buen palo te arrimas!...

Y era verdad, los cambios no siempre tienen manifestaciones externas; ocurren por dentro, en las sensaciones, en la seguridad o inseguridad que tenemos para comportarnos ante una situación. Gustavo no veía a Alejandro, porque todavía estaba de viaje, pero supo que le costaría darle el encargo de Damián. No le saldría con naturalidad. Y reconoció en ese instante que Damián jamás lo había mirado como miraba a Alejandro. Por Emilia y Ricardo debía saber que el hijo del doctor Pinillos era el hijo de un verdadero doctor, sólido y seguro, establecido, capaz de mover una piedra con sólo patearla. Y Gustavo, en cambio, era el amigo del joven Alejandro.

Damián no le creyó, estaba seguro Gustavo, pero seguía fiel a un estilo que consideraba clásico: de tinterillo, a veces, cuando había que defender una posición insostenible, y de diplomático, cuando había que escabullirse o utilizar un recurso para alcanzar la meta deseada. Damián era, a su modo, un conocedor del poder, de la mentalidad, de las costumbres de las familias de ese barrio. Las conocía al dedillo. Conocía muy bien quién era quién: el libro de oro de los patios y las cocinas, dónde trabajaban, cuánto ganaban, sus amistades, sus relaciones. Desde su bicicleta, en los garajes, desde los jardines tocando los geranios y las begonias y las margaritas, reconstruía perfectamente el mundo de aquella zona de la ciudad.

Damián era parte de su paisaje: magro, con sus pantalones bolsudos, prendidos con un gancho de colgar la ropa en la basta, se desplazaba en su bicicleta despacio, muy despacio, especulando con sus energías, haciendo equilibrio cuando debía llevar la máquina de cortar el pasto. Su enorme sombrero de paja lo protegía del sol, del viento, de las garúas o de sí mismo. Lo llevaba siempre puesto. Gustavo no recuerda haberlo visto nunca sin su sombrero, cuando, por casualidad, lo distinguía montado en su bicicleta por las calles del barrio. Iba y venía, se alejaba y se acercaba, saludaba, conocía, reía, mostraba sus dientes carcomidos sin vergüenza alguna, con sus dos ojos pardos siempre fijos, profundos y sinceros.

—Tú no sabes nada, papá —le dijo Ricardo, cuando se disponía a acostarse—. Esa gente no va a ayudarnos.

—El colegio no te da derecho —respondió Damián.

—Así son los ricos —dijo Ricardo—. Años que les riegas sus jardines, y mira como estás. No tienes seguro, protección, van a dejar que te mueras como un animal después de haberte sacado toda la mugre.

Damián, en silencio, estaba cerca de la puerta de su casa, un astillado tablón, remojando su plato en el pilón de agua.

—Comes tallarines para que creas que has comido —le dijo Ricardo, casi como burlándose, pero no. Luego, alzando la voz, agregó: ¿crees que van a ir a tu entierro? ¿Crees?

—La vida es así —dijo Damián, regresando hacia su cama, un colchón arrojado al suelo, casi como se tira a un moribundo—. Los zapatos viejos se botan.

—Qué...

—Es la vida. Como si no la conociera. No creas que tú me la vas a enseñar.

—Tu vida —dijo Ricardo.

—La vida, hijo. Uno es pobre siempre, no sólo cuando nace. También cuando muere.

—Eso será en el país que conociste. Yo no tengo que morir pobre.

—Tú también has nacido pobre.

—Pero criado en casa de ricos —lo corrigió Ricardo.

—Pero como pobre. Me lo acabas de contar. Eras el hijo del jardinero y del ama del joven Alejandro. Por eso te decían huevo frito. No creas que no entiendo.

—Pero crecí allá.

—Y vives acá, donde te corresponde.

—Acá y allá.

—En la cocina y en el cerro. No creas que soy idiota, Ricardo.

Antes de dormirse, Ricardo volvió a preguntarle si Gustavo le había conseguido trabajo o si, al menos, se lo había vuelto a pedir.

Damián le contó que el joven Alejandro acababa de regresar de viaje y que Gustavo le daría el encargo. El joven Alejandro sí le podría dar trabajo, de eso estaba seguro Damián, y le recomendó dormir, dormir para descansar, para no soñar, para no pensar, para no seguir conversando.

—Entonces, mientras tanto, tendré que aceptar lo de la familia Galderisi —dijo Ricardo en tono apesadumbrado—. Por lo menos me darán comida. Anselmo siempre tiene razón.

A veces Ricardo se animaba a cruzar la gran avenida y deambulaba por calles donde el movimiento era tanto o mayor que en la esquina donde lo dejaba el microbús. El capital inmobiliario curiosamente estaba concentrado en ambos extremos de la gran avenida, dejando al medio una especie de oasis con casas de dos pisos y jardines delanteros. Al fondo, en el cruce con otra gran avenida, estaban a la mano agencias bancarias, casas de cambio, restaurantes, restaurantitos para esos empleados, hostales y unos lugares de comida al paso, donde servían emparedados y gaseosas.

Caminando, en una ocasión, llegó hasta uno de esos lugares en el cual conviven cantidades de muchachos y muchachas de una universidad que empezó a funcionar en una buena casa del vecindario, luego transformada en una casa con nuevos pisos y, por último, ya era un edificio que recordaba haber sido una casa de familia. Todos hablaban en voz alta, todos eran altos, fuertes, blancos y estudiantes de economía, la nueva carrera que el país necesitaba. El sitio no le gustó mucho a Ricardo, pero se sentía atraído por el bullicio, la seguridad que expresaban y el tipo de conversación que debían tener.

Muy pronto, adquirió la costumbre de aparecerse por allí, una vez que terminaba de trabajar en alguno de los jardines. Se acercaba lentamente y pedía su gaseosa. Escogía una hora en que no había muchos estudiantes, más bien empezando la tarde. Quien primero le metió letra fue un limpiador de carros, un extraño personaje difícil de ubicar ya sea como adolescente o como adulto. Era, más bien, oscuro de piel, casi zambo, pero de rasgos mestizos. Algo gordo, fofa, mal trajeado, andaba con el trapo de limpiar sobre el hombro, como si fuese un adorno o una seña particular, y con la camisa siempre afuera, desabotonada. Quizá el hecho de trabajar en las inmediaciones de la universidad explicaba su obsesión por los grandes temas de la filosofía, la historia o la ciencia. Para los alumnos era un loco al que había que escuchar un rato, seguirle la cuerda, y después darle la espalda. A principios del año académico gozaba de una buena audiencia, pero con el correr de los meses, la iba perdiendo. Por octubre tenía como único interlocutor al muchacho encargado de atender detrás del mostrador, un

alumno, a su vez, de alguna universidad de segundo o tercer rango que pululaban cada vez más en la ciudad.

—Estás como el burro —escuchó Ricardo que le decía el limpiacarros al muchacho del mostrador—. Ni para atrás ni para adelante. No quieres entender, eso es lo que pasa.

El muchacho, que antes lo escuchaba con atención, comprendió que hacerle caso significaba un desprestigio ante los estudiantes de la universidad. Lo miraba resignadamente, cual un entretenimiento o un castigo que debía soportar como parte de su trabajo. Porque era, debía reconocerlo, su único amigo en ese sitio.

—Mira —le dijo entonces a Ricardo, que se había aproximado con su lentitud característica, aprendida desde niño en casa del doctor Pinillos para pasar desapercibido—. Este hombre se niega a entender. Uno que le quiere enseñar, y él nada. Como el burro. Tiene las orejas por gusto. No escucha.

Cuando Ricardo lo vio la primera vez, concentraba la atención de un grupo de universitarios. Hablaba, como si fuese un sabio, sobre la relatividad y el conocimiento absoluto. Ricardo, a un costado, lo escuchaba y miraba de reojo.

—La verdad es relativa, no hay una sola verdad —decía— pregúntenle a su profesor, para que vean.

Algunos reían, otros seguían comiendo sus emparedados, sus triples, sus sanguches de pollo, sus hot dogs, y otros le hacían preguntas. Ricardo sólo sacó una cosa en claro: que no lo tomaban en serio, porque un limpiador de carros es como un jardinero, y como tal, debe saber menos que un alumno. De otro modo, no haría lo que hace, ni sería lo que es.

—Tiene un sancocado en la cabeza —escuchó decir una vez Ricardo. Después, Ricardo ya no iba para tomarse una gaseosa, sino para escucharlo, aunque su prestigio estuviera por los suelos.

—Y tú —le dijo la primera vez que le dirigió la palabra— ¿estudias algo?

—Ya acabé el colegio hace dos años —le respondió Ricardo, apoyándose en el mostrador, imitando el estilo de Anselmo, que era, según pensaba, el mejor modelo del que podía echar mano en esa situación.

—El colegio, no. En la universidad...

—No —dijo Ricardo—. Trabajo.

—En qué...

Ricardo le mintió. Negó ser un jardinero y vivir en el cerro. Construyó una historia confusa que el limpiacarros seguía con muy poco interés, pues nada, excepto los grandes temas del pensamiento, le interesaba. Escribía en unas servilletas lo que iba diciendo, sentado en uno de los banquitos del pequeño negocio en que se había convertido el garaje de esa casa.

—¡Los grandes temas de la humanidad! El budismo, el kharma... El budismo y el kharma son filosofías, son teorías, mientras la relatividad es un concepto, —le dijo al muchacho del mostrador—. La teoría del kharma es la lucha entre la acción y la reacción, entre lo positivo y lo negativo, entre el bien y el mal. El saldo es el kharma, lo que te queda, y puede ser lo uno o lo otro. ¿Me entiendes? ¡Este burro no quiere entender! Me tiene acá, a la mano, y no quiere oír. Es como el burro.

—Ya, ya —dijo el muchacho a regañadientes, mientras se disponía a preparar un emparedado en la cocinita del costado.

Todos se habían acostumbrado a hacerle hablar con sólo proponerle un tema, incluso con sólo pronunciar una palabra, y el limpiacarros se arrancaba con una perorata de nunca acabar. Hasta que un día, Ricardo fue testigo del acoso que un muchacho desató sobre él, sin tomar en cuenta si era sabio o loco, limpiacarros o estudiante de economía de la universidad. Ricardo fue más temprano de lo de costumbre, y se mantuvo en un rincón con su gaseosa en la mano.

—Y para qué quieres saber tanto —le dijo el alumno— si no tienes plata.

—Para formar parte del conocimiento absoluto —respondió el limpiacarros, colocándose el trapo en el hombro, como si fuese su escudo.

—Pero no te has tirado un discurso del carajo el otro día sobre la relatividad y que todo es relativo, para repetir lo que dice mi tía, y sin tanta pose: «todo depende del cristal con que se mira...».

—Eso es otra cosa.

—¿Cuál otra cosa, compadre? Al pan, pan, y al vino, vino. ¿Qué haces con todo lo que sabes? ¿Te lo guardas para comértelo después?

—Yo, yo leo mucho... más que ustedes...

—Tú limpias los carros, compadre. Y el otro día has limpiado el mío sin agua, de puro pendejo que eres. Déjate de filosofías baratas y límpiame el carro como se debe. Sacá tu balde, llénalo, mójate las manos, carajo, y sécalo con ese trapo de mierda que tienes en el hombro.

—Mira...

—Mira qué... Uno viene a comer y tiene que soportar tus cojudeces... Franco que...

El limpiacarros miró por primera vez a Ricardo como pidiéndole ayuda, pero supo, desde el primer instante, que Ricardo no sabía nada de nada, y que si hablaba la embarraría aún más. El muchacho del mostrador estaba en lo suyo. Era la hora de mayor congestión y preparaba los emparedados con una maestría increíble.

—Por qué no vas a la clase de historia universal, que es un plomo —continuó el universitario— y le dices al profesor tus conocimientos. Ese profesor es un huevo frito, se la pasa hablando huevadas. Papaya, franco que te lo comes vivo. ¿Qué dices?

—Bravo, vamos —gritaron todos.

—Mañana a las once, entonces. No te chupes, filósofo. Dejas tu trapito ese y lo cambias por una capa de torero. ¡En el ruedo se conoce a la gente!

Se había armado un alboroto. Sus compañeros aplaudían la iniciativa, y lo invitaban en tropel a asistir mañana, a las once en punto.

Ricardo lo miraba ponerse colorado, verde, amarillo, blanco, ensanchándosele el pómulos y abriendo la boca para dibujar una sonrisa.

—A las once —dijo el limpiacarros—. La verdad nunca tiene miedo.

Ricardo dejó de ir al restaurantito-garaje por un buen tiempo, debido a que Damián se había puesto muy enfermo. Estaba débil. Y casi no salía de su casa en el cerro. Por eso,

Ricardo tuvo que trabajar en prácticamente todos los jardines de su padre, en los de la familia Labarthe, en los de los Romero, los Sayán, los Coronado. En un primer momento, se negó a utilizar la bicicleta, pero después no tuvo más remedio que aceptarla. Montaba rápida y agresivamente, como si fuese un microbús.

Hace años, su amigo Germán trabajó en un microbús como cobrador, y le contaba que era el deshuevo sentir el viento colgado desde el estribo posterior, y gritarle a la gente que se metiera adentro, carajo, de un ave. «Por lo menos allí eres tú quien grita», le dijo Germán en una oportunidad. «Después no eres nadie, ni en el colegio, ni en tu casa, ni en el cerro ni en la ciudad, buenas cagadas...». La bicicleta no era un microbús, y estaba vieja además, pero Ricardo le encontró su lado positivo. «Puedo meterle la bici a la vieja –pensaba– hasta dárme-las de carterista si me da la gana, un arranchón y no me chapa ni san puta».

Ricardo también fue un huevo frito en el cerro, y no se atrevía a acompañar a la patota del colegio a bolsiquear en el mercado. Anselmo se convirtió en el jefe de una pandilla que operaba en La Clínica, cerca a la Sexta Zona, conocida así porque acababan operando a los clientes, cumpa, tú no ampa-yas la movida, le decía Anselmo, el significado de la vida: acá todos somos doctores, Ricardo, doctores de la chaira, diplomados en la universidad del cerro. Mira, mira mis títulos, y le mostraba los estragos del botín.

En esas semanas de intenso trajín Ricardo volvió a pensar en su destino y en su futuro, tratando de distinguir ambos significados, sin aceptar que su futuro ya estaba escrito: sería un jardinero de por vida o el guardián de la familia Galderisi. Se detenía con frecuencia a observar a la gente de ese barrio, que era como suyo, y no lo era. Señoras jóvenes entraban y salían de los bancos sin mirar a nadie: agradecían y regresaban a sus autos. En la bodega de la esquina aquella, agrandada, renovada y modernizada, salían acompañadas de un ayudante que les llevaba la mercadería hasta sus autos; luego los despachaban con una propina.

Ricardo iba de un lado a otro por el barrio. Ya los árboles no protegían la calma como durante su infancia, ni el silencio de la quietud merodeaba en la atmósfera de las tardes. El tiempo ensanchó las avenidas y pobló la zona de nuevos establecimientos comerciales, e incluso un destartalado ómnibus transitaba por allí llevando a gente como él hasta el cerro.

Caminando, sin darse cuenta, se aproximó hasta el restaurante-garaje y pensó inmediatamente en el limpiacarros. «Quién será ese huevo frito; sabrá tanto o se hace». Ricardo nunca supo nada ni cuando estuvo en el colegio del cerro ni cuando vivía en casa del doctor Pinillos. Se convenció a sí mismo de que para ser alguien o mandar en esta vida se debía saber, y solamente así podría escapar a este terrible peregrinaje que le hacía ya doler los pies. Recordaba aquellas tardes en casa del doctor Pinillos cuando el joven Alejandro, su padrino, y su amigo, el joven Gustavo, le repasaban las tablas de multiplicar a la hora del lonche. ¡Ni la del cinco podía memorizar! Con las manos atadas a la cintura por la parte de atrás, la cabeza gacha, escuchaba cómo el joven Alejandro lo resondraba. «Esa cagada debe darse poses para atarantar a la gente —pensó—, pero se ha equivocado de barrio: allí, esos blanquitos se lo comen vivo». Cuando hizo su aparición, el limpiacarros y el muchacho del mostrador se encontraban conversando a solas.

—Einstein dedicó toda su vida a descubrir la fórmula de la relatividad —explicaba el limpiacarros sentado en una banqueta con su camisa chorreada—. No creas que la sabiduría cae del cielo. Hay que leer. Hay que estudiar.

La presencia de Ricardo no perturbó la conversación. En parte, porque no les era muy conocido, pero también porque ellos mismos establecieron su propia jerarquía. Como sólo estaban los tres le resultó muy difícil pasar desapercibido, tal como era su costumbre y habilidad, aprendida desde niño en casa del doctor Pinillos. «Caminas como los gatos» le decía su madre, y era cierto: un huevo frito, por naturaleza, pasa sin ser mirado; no deja huella. Pero esta vez no pudo hacerlo. Estaba allí y tendría que participar en la conversación. Sin

idea de quién podría ser Einstein, por instinto de conservación no le importó.

—Una gaseosa —pidió Ricardo.

—Te has perdido —le dijo el limpiacarros levantando la mirada lentamente, como si fuese un rinoceronte.

—Por allí, como siempre —respondió Ricardo—. ¿Qué tal te fue el otro día?

—¿Cuándo?

—En la universidad. ¿Fuiste?

—¡Claro! —contestó el limpiacarros—, pero no me dejaron entrar. El guardián, ese idiota, que no sabe nada de nada, me pidió el carné. Me dijo que si no tenía carné no me dejaba entrar.

—Es que para entrar allí tienes que tener carné —intervino el muchacho del mostrador—. No todos pueden entrar.

—Lo del carné es una reverenda cojudez —dijo el limpiacarros—. El conocimiento es universal, no necesita de carnés. De todas maneras el profesor no hubiera podido responderme. En esa universidad sólo enseñan economía, y cómo hacer plata, como si la plata fuera lo más importante. No saben nada de filosofía.

—¿Y quién sabe, entonces? —preguntó Ricardo mientras sorbía su gaseosa recostado en el mostrador—. ¿Tú sabes, acaso, más que los profesores que enseñan?

—Claro —dijo el limpiacarros—. Yo leo.

Ricardo jamás estudió filosofía, ni en el colegio del cerro, pero de pronto dejó de tener respeto por los que sabían o decían saber.

—Einstein —continuó el limpiacarros casi dándole la espalda a Ricardo— jamás ha entrado a esa universidad. No lo conocen ni de vista.

Ricardo pensaba para sí mismo qué podría ser la relatividad, pero como los otros, no podía dar crédito a lo que el limpiacarros andaba diciendo. Como podría, con esa facha de muerto de hambre, de misio, de arrancado. El limpiacarros se la pasaba buscando interlocutores, prácticamente asaltaba a los clientes para hablarles de filosofía o de asuntos científicos, especialmente a la hora del almuerzo, cuando los estudiantes

iban a comerse un emparedado a la volada. El muchacho del mostrador, más humilde, le hacía preguntas a los profesores o les demandaba bibliografía básica, para las tareas que su oscura universidad de medio pelo, probablemente, exigía. El limpiacarros, en cambio, altivo y parlanchín, trataba de atarantar a cualquiera. Y Ricardo no quería ser una de esas lornas que lo escuchaba sin más remedio.

—Mira —se animó a decir Ricardo— he pensado que para vivir no es necesario saber tanto. Yo tengo que cortar camino. Jamás seré como los de esa universidad, por más que lea toda mi vida. Pero ya no me importa, porque si quisiera saber como ellos, tendría que caminar tanto que nunca los alcanzaría.

Acababa de beber su gaseosa. Lo hizo a pico, como siempre, como lo hacían todos, refregándose la boca con la manga, dando a entender que estaba concluida su tarea. Retuvo el eructo, se alejó del mostrador, y pensó que era la primera vez que hablaba de ese modo, y trató de leer en la cara del limpiacarros su reacción. Nunca hablaba, siempre había sido el silencioso huevo frito, el eterno huevo frito acá y allá, pero cojones, uno no es de piedra: miraba, olía, husmeaba, comparaba, le hablaban al oído, le susurraban, lo atarantaban, lo empujaban del hombro: ves, mira, y para nosotros las sobras, ah...de eso desde que estaba en el colegio del cerro, cerca a la bomba de agua malograda y sucia, húmeda, donde nadie iba de noche, al menos que fuera de la zona o a culear en un rinconcito, trepado al muro y ella paradita, agarrándola por atrás.

—Para nosotros ya no cabe estudiar —terminó diciendo Ricardo antes que el limpiacarros pudiera responder—. Hay que cortar camino, ese es el camino, ya no nos queda otra.

—Yo sí estudio —intervino algo molesto el muchacho del mostrador, alejándose a su vez y recostándose casi donde estaban los dulces y los chocolates.

—Tú —dijo el limpiacarros— tú qué vas a estudiar. Lo que quieres es sacar un cartón. Te están meciendo. Te la hacen larga. Te la hacen creer. Pobre idiota, eso es lo que eres. No estudias nada de nada, vas a esa universidad de porquería, pagas tus chivilines, y después, después yuca.

—No olvides que eres un limpiacarros cualquiera. Tú eres el que se la cree.

—Quieres tu cartón. Eso quieres, burro de orejas paradas.

—Con cartón o sin cartón, igual terminas pateando latas —intervino Ricardo.

—Yo trabajo de día y estudio de noche —dijo el muchacho del mostrador.

—El joven modelo —dijo Ricardo.

—¿Y tú quién mierda eres? —respondió el muchacho del mostrador sorprendentemente molesto.

—¿Y acaso no puedo andar por acá? ¿Quién me lo prohíbe? Yo nací en este barrio.

—Ah, sí —se burló el muchacho del mostrador—, ahora cuéntamela en colores.

De pronto, inesperadamente, apareció la propietaria de la casa en que se había adaptado el restaurantito-garaje para los emparedados y los jugos y las gaseosas. Era una señora delgada, de mediana edad, seria, casada con un militar. Tenía un hijito de unos trece años que merodeaba por allí, tratando de ayudar, pero siempre incomodando. No dijo nada, pero con la mirada les dio a entender que su local fue concebido para atender a los estudiantes de la universidad y no a individuos que trabajaban en la zona como consecuencia de la expansión de los servicios. Para ellos estaban las carretillas en las esquinas con sus galletas de soda, sus caramelos, sus sublimes, y todas esas porquerías que pican los dientes, engañan al estómago o le sacan a uno una panza inútil. Para ellos también estaban las famosas bodegas de los chinos de la esquina, convertidas, a veces, a eso de las cinco de la tarde, en antros de jardineros y trabajadores manuales. Miró, revisó algunos papeles, puso en orden el mostrador, y les dirigió una profunda mirada de odio, como una contraseña. Sólo dijo:

—Aquí no se conversa, ni se toma ni se fuma.

Lo hizo por Ricardo, que prendió un cigarrillo en el calor de la discusión que, sin darse mucha cuenta, había iniciado. Ricardo le devolvió la mirada, pagó la gaseosa, y se marchó.

«Qué va a ser de mí —se lamentó Ricardo mientras se alejaba por entre esas casas de enormes jardines delanteros—.

Si mi padre se muere cómo es que voy a conseguir trabajo. El conoce a esta gente, y si no son estos, quién, ante quién voy a ir, carajo...».

El cerro estaba lejos. En verdad, estaba muy lejos. La bicicleta estaba ahora en casa de los Romero. Pietro Galderisi había postergado su viaje por razones de salud. Eran casi las cuatro de la tarde. Mala hora. Hora muerta. Ya había regado todos los jardines del día. Las calles, pronto, empezarán a moverse de nuevo, los carros irrumpirán con sus bocinas, lo harán de lado, fuera o rápido, pero camina, mula, anda, caballo. Había que regresar, pues, a cuidar de Damián. Había que trepar ese cerro, escoger las escalinatas de tierra y piedra rota, subir las gradas, casi escalarlas, esquivar los excrementos, esquivar la basura, llegar a San Pedro. De allí se ve la ciudad: todo esto. Se la ve chiquitita, inmunda, gris. Abajo hay un montón de luces de noche, como un cielo al revés. Autos, camiones, van y vienen.

«Relatividad —pensó Ricardo— qué buena concha. Relatividad, quién habrá sido el pendejo ése».

Y decidió ir a la esquina y tomar el ómnibus de la empresa Perales, el que lo dejaba más cerca, directo a su casa, el ómnibus destartado que lo sacaba de este barrio.

Por aquellos años Gustavo empezó a reconocer vagamente al tiempo, siendo capaz de percibirlo en el aroma, en el peso que transportaba. El tiempo modificaba de hachazo a las personas y a los objetos, esas maneras de mirar, que, sin darse cuenta, alteraban el rostro de las gentes. Era ese tiempo que todavía no está necesariamente en la forma de envejecer ni en la persona que compara lo que es de lo que ha sido, como si se tratara de un bloque compacto de años capaces de ser tocados, analizados, descuartizados. No creía mucho en eso que su

padre llamaba «etapas», etapas hijo que todos pasamos y ante las cuales debemos ajustarnos, como una manera sana y natural de ser feliz. Todavía no le interesaba la felicidad, porque no la andaba buscando, y no lo hacía, seguramente, porque a su edad, en esos años, se vive sin mayor conciencia del tiempo cronológico.

Estaba al margen de la conducta que se guía por la obtención o se basa en el reconocimiento de la pérdida. El hecho, sin embargo, de ver a su padre en entrecasa, sin su toilette de batalla, es decir, el terno y la corbata, sin horizonte ni brújula, lo desasosegaba. De golpe, como un portón que retumba al cerrarse, habían desaparecido los almuerzos del domingo, las salidas a la calle con sus padres, la actividad bulliciosa que rondaba en la casa. Si bien ocurrió en forma progresiva, tomó consciencia de ello bruscamente, y pensó que esa actividad se debía haber trasladado a otro lugar, a otro grupo social, a otra casa. No se detenía a reflexionar en la muerte ni su sensación del tiempo significaba que su vida se acortaba. No: en aquellos tiempos tan sólo se percató de un tipo de tiempo, aquél que muestra cambios al espíritu sensible de darse cuenta de que ya no se es el mismo.

Hasta aquel instante su vida de hijo único lo condujo hacia una timidez insoportable, protegida en la sensación banal de que las cosas tenían un orden por el solo hecho de estar allí, limpias y mantenidas, funcionando por sí solas, como si hubiesen existido siempre, tal cuales, sin preocuparse por averiguar cómo y de dónde se había originado esa rutina, esa seguridad, que sus padres tan bien y sin angustias administraban. Eso, tan difícil de explicar, se perdió de pronto y para siempre. Contribuyó a aumentar su inquietud el simple hecho de tener que convivir cada vez más con el exterior, no sólo en la universidad, en donde fue un introvertido espectador, sino con Rosa, la mujer, la primera mujer, la enamorada, la primera enamorada de carne y hueso, sobre todo de carne, que tuvo en su lastimosa vida.

Rosa lo sacaba de su familia permitiéndole comparar modos de vivir, si bien no tan disímiles, sí con matices. Era una muchacha con los pies en la tierra, dura, fuerte, acostum-

brada a sufrir desde bastante joven debido a la muerte prematura de su madre. Mantenía con su padre una relación cercana, y cuando Gustavo la conoció sólo estaba dispuesta a reemplazarlo por otro hombre que mantuviera con ella una relación estable y prolongada. Le gustaba la seguridad y las cosas claras. Todo tenía un nombre y las cosas debían ser llamadas por su nombre, y no por otro. Eso no significaba que Rosa descartara la aventura o el riesgo; al contrario, estaba dispuesta a curiosear, a salir, a ampliar experiencias, a escuchar y a discutir. Todo esto con un trasfondo equilibrado, sin perder jamás los papeles ni poner en duda sus severas convicciones, como, por ejemplo, saber dónde se va, con quién, qué se quiere y hacer lo imposible por lograrlo. La vida para ella no era un juego. Se podía reír, pero las cosas eran serias. Para Gustavo, si no fuera por la fragilidad de su cuerpo, que era como un acordeón por lo maravilloso, ductil y sensual, y la nostalgia de su sonrisa, hubiera sido imposible abordarla y pensar en la posibilidad, remota posibilidad, en ella como mujer.

Cuando Alejandro estuvo de regreso encontró a Gustavo en los inicios de esta relación, que él llamaba de la puta madre por romántica, por maravillosamente cojuda, y porque era la primera vez que reconoció a Gustavo pisando tierra, tocando carne, apachurrándola seguro, y no con las interminables listas de mujeres fantaseadas. Gustavo seguía de hijo de familia, conservando a como diera lugar esa posición y encontrando, como podía, seguridad en ese trío ya desafinado que eran sus padres y él, los famosos tres amigos del teatro y muy pronto, como le diría un amigo burlón, el envejecido trío Los Panchos. Tenía, por fin, veinticinco años. Y recién sacaba la cara, recién sacaba la verga —debes estar sacándola, huevo frito, le decían algunos en la universidad, me han contado que andas con hembra, vamos, muéstrala— y visitaba a Rosa como todos los enamorados convencionales de la ciudad. La visitaba, y regresaba a culminar la noche en casa con sus padres en la terraza de los bajos, con el propósito de animar esos espíritus que el tiempo arrojaba a las sombras del insomnio.

En aquellos tiempos empezó a reconocer en él las expectativas creadas de sus padres, porque ahora le tocaba su turno,

emprender algo, iniciar algo, pero qué... caray... qué... Qué y cómo. Mal podía su padre introducirlo en la idea de que el mundo también es una lucha, un juego de empujones, una guerra soterrada, la famosa jungla de asfalto en la cual hay que desarrollar el hábil juego de las máscaras, las garras y las sonrisas. La bondad que su madre veía en él se convirtió de pronto en defecto. «A Gustavo le falta pisar tierra» decía, cada vez que Gustavo se atoraba de dudas, y Rosa, a pesar de su carácter convincente, no era del todo la mujer que hubiese querido para su hijo. Le faltaba esa seguridad que da el respaldo económico, un poquito más de apellido, una familia más fácil de ubicar sin tanta pregunta.

En los primeros años de su carrera Gustavo aceptó, por las dudas, o para salir de las dudas, saber cómo era la carrera de abogado. No es fácil decir por qué su padre lo llevó como primera experiencia, para constatar si tenía o no vocación por las leyes, a recorrer las escribanías contiguas al Palacio de Justicia. Qué cojones. Gustavo estuvo un par de meses indagando en ese mundo de oficinas apolilladas, haciendo de mensajero, recogiendo expedientes del Ministerio y llevándolos a otras dependencias, esperando en pasillos interminables o en oficinas atiborradas de gente. Algunos de sus amigos, cierto que ya seguían la carrera, practicaban en estudios conocidos de la ciudad, de renombre, de bien merecido renombre, como le decía su padre, y él, en cambio, andaba metido en ese periplo. Rondó escribanías, callejuelas del centro antiguo, por la calle Mapiri, la de los bares abiertos en las tardes, ensuciándose las manos con el polvo de los expedientes.

A Gustavo le incomodaba sentir lo que sintió aquella vez, pero no podía dejar de reconocer que era malditamente cómodo, débil y cobarde. Acaso si hubiese entrado como practicante en un bufete conocido, de renombre y prestigio, qué tal risotada, bufete, puta qué tal nombre —el sobrino de un amigo se acababa de ir como practicante a un bufete en Chicago, y con las justas escribe, entró a la universidad por la puerta falsa, pero su familia planifica su vida, se la ordena, tiene vínculos— y yo, ay, se repetía Gustavo, a las escribanías del centro de la ciudad. «¿Hubiese escogido el camino de las leyes

—se preguntaba— si me doran la píldora o me pasan la película en colores?»

De repente sí, de repente no. Pero lo cierto es que ahora, jodido como estaba, con sus 25 años encima, hijo único, nadie le planificó su vida, ni su carrera, porque, ¿entiendes Gustavo!, tu familia tampoco tiene respaldo económico, ni acciones ni propiedades, ni negocios ni nada de nada. Gustavo sólo tenía a su padre, abogado de un ministerio de mierda, hoy jubilado por los militares a la fuerza.

Si no pudo resistir el mundo de las escribanías por su proximidad al enredo y a la calle contigua de abogados pobres, porque sí, Gustavo también aprendió durante esos dos meses de trajines que existen abogados pobres, abogados de corbatitas enanas que se meten por el cuello torpemente, abogados de baja estatura, gesticulación en el hablar, muchas venias y nada en los bolsillos, tampoco pudo con el de la enseñanza.

En esos mismos años su padre le consiguió un empleo como profesor de Historia en el colegio San Luis. Su tío Augusto Ibáñez enseñaba, para ganarse baratamente la vida, Lengua y Literatura a los alumnos de quinto de media, y fue él quien le propuso a su padre que Gustavo, ese muchacho, inyectara con un poco de sangre fresca y bien alimentada ese vetusto local de quinchas y madera, totalmente apolillado y orinado, que recibía a unos jóvenes con actitudes de adulto. Gustavo aceptó. Estaba en las finales de una carrera que ignoraba, tenía muchas dudas, más todavía después de recorrer las escribanías del centro. Enseñar podía ser el empleo digno de un alumno sin brújula.

Su tío, un hombre maravillosamente gordo, era un pésimo abogado, que trabajaba en un bufete, vaya con la palabreja, de un pariente. Vivía solo en una pensión del centro de la ciudad y para Gustavo fue siempre un placer conversar con él o pasear por esas calles que su tío conocía y reconocía según los olores. Tenía la calma de quien ya pagó sus cuentas y ajustó todas sus cuentas con la vida.

—El próximo lunes arrancas —le dijo.

Gustavo repasó su bibliografía, redactó su syllabus, expuso en voz alta ante el espejo lo que iba a decir en clase, escogió la ropa adecuada, saco sin corbata le pareció lo más natural y oportuno, se recortó el pelo y tomó su microbús hacia el centro. Una vez delante del colegio aspiró el aire contaminado, observó a los nerviosos peatones, e ingresó.

El alumnado estaba disperso a la hora del recreo por todo el patio central y por todo el segundo piso, en una especie de cuadrilátero que en sus buenos años debería haber sido el patio principal de aquella mansión. Eran numerosos rostros traspirando y gritándose unos a otros. Se insultaban. Se jalaban la corbata de su comando. Se escupían. Se perseguían. Unos caían al suelo y los demás se tiraban encima, haciéndole cargamontón. La oficina del director estaba al fondo, pero Gustavo no llegó a ella. No se atrevía a dar otro paso. Estaba parado en la entrada, cerca al portón, abierto como si lo hiciera entrar a uno hacia un foso. De pronto fue distinguido por los alumnos de arriba, que al unísono, como si respondieran a una consigna pre establecida, empezaron a gritarle «rosquete, rosquete, papito, qué te gusta más», y movían los dedos mientras exclamaban: «ésta, cómete ésta». Le rozó un escupitajo. Alguien le gritó: «gringo, tómate tu pichi». Gustavo pensó por un segundo en su tío, si estaría por allí, si realmente era capaz de estar enseñando en un colegio como el San Luis ese tío venido a menos, que se gastó toda su pequeña fortuna cuando se largó a vivir a Madrid una vez que lo divorciaron a la fuerza, su mujer se encargó de humillarlo en todas las cortes de justicia y de mierda de este país, para decir en público que no se le paraba, que el hombre era un cague de risa, simpático, bueno, inteligente, conversador, pero impotente. Sí, ese tío maravilloso, que regaló todo de un día para otro, porque lo que hizo, según su madre, no fue vender, sino regalar, se largó a vivir a Madrid hasta que se le acabó la plata y tuvo que regresar. Ahora se la ganaba en el bufete del familiar y dictando Lengua y Literatura a estas bestias, qué carajo les diría del Arcipreste de Hita, su poeta preferido, su poeta porque conocía y se nutría de la vida, qué, qué podría decirles.

—Oye, mierda ¿qué haces allí parado como un huevo frito?

—Lorna ¿has perdido a tu mamita?

Gustavo estaba petrificado. De pronto, observó que alguien se le acercaba.

—¿Busca a alguien?

—Al profesor Augusto Ibáñez.

—El viene en el horario de la noche. ¿Desea que le deje algún mensaje?

—No, no es necesario.

Y se fue.

¿Lorna...?

¿Pejesapo...?

«Oye, oye...» se repetía Gustavo a sí mismo después de cruzar al frente, dando la espalda al colegio San Luis, para no volverlo a mirar nunca más. Por las calles del centro tropezó con los peatones, buscó jadeante un sitio entre las carretillas de los vendedores y los automóviles, avanzó por la vereda y la pista indistintamente, hasta que desembocó en la plaza, enorme, atestada, con niños correteando, y se sentó en una de esas bancas de mármol mirando a la estatua que se erguía pretenciosa en el centro de ese espacio congestionado a las once de la mañana de un día de semana. «Sólo los cojudos están sentados acá. Los misios. Los cagados. Los que buscan chamba por el periódico. Los provincianos. Los recién bajados a ver si les hacen del saque el cuento del tío, y les venden esta plaza con toda la gente adentro». Prendió un cigarro y se puso a ver pasar a la gente. «Qué pobre gente de París y esas cojudeces. Pobre es esta gente. Mira cómo va, apuradita a la pura mierda». Gustavo volvía a pensar, como ahora, que no escaparía a su destino. El solo hecho de estar sentado en una de esas bancas ya lo marcaba con un estigma de hierro y lo separaba de sus antiguos compañeros del colegio. Durante un buen tiempo se había dado el lujo de no preocuparse por lo que iba a ser, leyendo y discutiendo en la universidad cómo cuernos se leía este país, y cómo se viviría acá, sí, acá y ahora, dejémonos de cojudeces, Gustavo.

—Eso está bien para agarrar cancha en la vida.

—El mundo, Gustavo, desde que el mundo es mundo, está dividido en ricos y en pobres. En los de arriba y en los de abajo.

Hay que preocuparse por estar arriba; de lo contrario, estarás con los de abajo.

—Los padres no son eternos, Gustavo. Date un tiempo, piensa en ti.

—¿Y que has decidido hacer?

—Mira Gustavo: en este mundo no tienen lugar los cojudos. Los botan a patadas. Y duele. Hazme caso.

—Lo dice el tiempo: cuidado, que acabas en el chifa. Y ni siquiera en el de tu barrio.

Gustavo repetía y repetía imágenes que ya tenían algunos años acumulándose en su retina. Recordaba perfectamente aquel momento sentado allí, no podía dejar de volver mentalmente a esa plaza, a ese colegio, aun cuando fue designado Jefe de Práctica en la universidad y tuvo que afrontar al alumnado que esperaba atento su primera palabra, la primera vez que tuvo que enseñar.

—Con esta gente no hay problemas —lo tranquilizó un viejo profesor suyo—. Serán comunistas, pero blancos, de entre casa. No olvides que la cabra tira pal'monte. Después, lo único que quieren es su cartón. Gustavo sonreía cada vez que recordaba esa conversación. Aquel maestro, porque lo era, años ya que enseñaba en esa universidad, fue una de las famosas víctimas del mitin en el cual Gustavo logró participar. Toda la facultad de ciencias sociales estaba movilizada por una huelga de empleados y obreros de la universidad y pudo, en una noche, convocar a un buen número de estudiantes para ir e interrumpir el vernissage que preparaban en la escuela de artes plásticas con motivo del fin de año académico. Allí estaban reunidas las altas autoridades y aquel antiguo maestro, viejo conocedor de estas lides, hábil mangonero en las jugadas del toma y daca, dame que te doy, etc., y claro, Gustavo también estaba allí, disciplinadamente como miembro de las bases. «Las bases —recordaba Gustavo casi suspirando— cuán numerosas son y cuán fugaces». Ordenadamente, el pelotón de los alumnos de ciencias sociales enrumbo protegido por la noche, entre los jardines de la universidad, hacia el local de artes plásticas. De pronto, bajo las órdenes de Javier y Julián Pintado, los alumnos se lanzaron como felinos en el mismo instante en que el

decano de aquel programa leía su discurso. Entre consignas e insultos desaparecieron entre las sombras y los arbustos. Ambos líderes, sin embargo, fueron suspendidos por varios meses de la universidad.

—Así es, Gustavo —le dijo el viejo maestro palmeándole el hombro— ahora te tenemos en casa. Es un gusto, un verdadero gusto trabajar con gente joven y capaz como tú—. Tosió varias veces, como era su costumbre, carraspeó, eso es, y se alisó los pequeñísimos bigotes que le adornaban la cara desde hacía años. —¿Qué tal con tus alumnos? Estoy seguro de que no son como los de antes. Ah, —suspiró irónicamente— los tiempos de antes: todo tiempo pasado fue mejor, ¿no, Gustavo?

Así iba siendo paradójicamente su vida: cada vez peor. Por un tiempo Gustavo pensó «sarna con gusto no pica», porque parecía buscar su destino con verdadera obsesión, rechazando toda oportunidad de instalarse, salir adelante, labrarse un futuro mejor, sacando provecho aunque sea de las antiguas amistades de su padre, algo, aunque sea algo, o de sus amistades del colegio que ya empezaban a sentar cabeza. El mejor colegio de la ciudad y por gusto. Aunque nunca se lo sacaron en cara sus padres, Gustavo estaba convencido de que así lo sentían. El tiro por la culata. El disparo patético en la noche. La bala que no mata ni una paloma. O quizá, sin saber bien por qué, Gustavo pensaba que su destino estaba íntimamente ligado a la personalidad dubitativa de su padre. Era injusto reprocharle a su padre —un ciudadano honrado y trabajador— pero por eso, justamente por eso, de repente, por inseguro y desamparado, amparándose siempre en las formas, por eso quizá, sí, por eso, no podía ingresar al mundo de la vida como entran las bestias llevándose todo de encuentro. No podía salir del cascarón a patada limpia.

—Si todos los caminos conducen a Roma —le dijo el viejo maestro— éste, por lo menos, te conduce a casa. Bienvenido, Gustavo. Siéntete cómodo.

«Tanta vaina», pensó Gustavo. Después de tantas dudas y remordimientos antes de iniciar la carrera, uno terminaba en el mismo punto inicial: en el principio. Imposible jugar con el destino, pretender hacerle tretas. El San Luis fue, sin duda,

una violenta sacada de nariz. Las escribanías un agónico recorrido por las caricaturas de su padre, y la universidad, la universidad, tenía el aire de los jardines revisitados, por donde podía perderse imaginando un mundo ordenado por innumerables jardineros silenciosos, provistos de sus negras botas de jebe, con sus uniformes marrones, color caqui o caca, conduciendo el rumbo de las aguas, abriendo o cerrando las compuertas de las acequias.

En sus caminatas por el campus de la universidad Gustavo recordaba a Damián, casi como una necesidad. Todos tenían su misma cara, su mismo tamaño, sus dientes destrozados, la misma fragilidad, pero sobre todo tenían su paz. Ese trabajo debía ser tan maravilloso que los convertía en una especie de creadores esenciales de la tierra, sucios y limpios, simples y profundos. ¿Verdad, Gustavo? En realidad, era un vanidoso. Tras esa humildad y aire de derrotado se ocultaba una tremenda vanidad: jugar con su destino: cambiarlo.

A la universidad entró por la puerta falsa, como practicante, hasta que, luego de dos años, se instaló mejor en sus tres cursos. Obtuvo un contrato por medio tiempo y estaba por lograr la estabilidad laboral. Fue entonces que formó parte de un equipo de jóvenes asistentes para hacer trabajo de campo en la ciudad, alternándolo con la investigación que realizaba el profesor Rivadeneyra. Al principio no entendió bien de lo que se trataba. En fin, era un trabajo múltiple, con varias tareas y objetivos, entre las cuales sobresalían la de contribuir a la investigación del profesor Rivadeneyra, organizar a la población de aquel asentamiento humano, activar la conciencia política de los pobladores y explicarles cómo se estructuraba la ciudad en su conjunto. Gustavo pensó que el tiempo le enseñaba una verdad: las cosas se hacen para responder a las obligaciones: y había que hacerlas, esa era una verdad tan clara como aquella que nos muestra que los dorados años de la juventud han terminado y nos dirigimos, sin más remedio, a los de la adultez.

¿Era así, Gustavo?

«Qué va». Pero tendría que creerlo y aceptarlo, porque no solamente se vive una vez, no: se vive tantas veces como

volvemos al pasado a través del recuerdo, con nuestras diferentes miradas; cuando la sopesamos, la repasamos y nos la contamos.

Cuando ingresó al aula prefabricada sintió un escalofrío. No pudo evitar reconocerse sentado al fondo, cuando era alumno, totalmente despistado, con el cutis hecho trizas, transpirando después de los innumerables partidos de fútbol con Ovación y El Diablo, inolvidables compañeros que encontraron en el deporte una insuperable evasión de la realidad. Gustavo se presentó ante los alumnos:

—Gustavo Ibáñez, su jefe de práctica.

Lo primero que hizo Ricardo fue dirigirse donde el señor Pietro Galderisi para informarle que su padre estaba enfermo. Tosía en exceso, estaba pálido y demacrado. Dos semanas sin levantarse y Ricardo estaba preocupado porque debía dejarlo solo durante demasiadas horas, todas las horas que salía de casa, sin cuidado alguno. Hablaba y comía poco. Además, Ricardo no sabía cocinar. Esa era una de las terribles taras que le dejó la casa del doctor Pinillos. Y ni tiempo tenía para ir y hacer las compras al mercado. Desesperado, fue donde Pietro Galderisi para pedirle ayuda.

La sirvienta de la casa lo hizo pasar por la puerta falsa hasta la cocina. Don Pietro Galderisi estaba en cama. Le dijo que por favor tomara asiento y le acercó un banquito. Llamaría a la señora Hilda, una mujer de mediana edad, muy bien conservada, alta y activa. Cuando ella hizo su ingreso a la cocina Ricardo se levantó violentamente, sin atinar a pronunciar palabra, a saludarla, y optó por quedarse callado, contemplándola. Ella lo calmó, le ofreció un vaso de agua, y le preguntó a qué se debía su visita a estas horas de la mañana. Por un instante, Ricardo estuvo desconcertado, pero aceptó el

favor que le ofrecía la señora Hilda de llamar al doctor y que el chofer fuera a recogerlo.

La repostería de la familia Galderisi guardaba similitudes con la de la casa del doctor Pinillos. Esta era, sin embargo, más pequeña y recuperaba en los diversos adornos reminiscencias europeas: algunos afiches de paisajes italianos y vasijas de algunas regiones típicas de Europa le daban un inusitado calor, y era, a su vez, un lugar que la señora Galderisi acostumbraba frecuentar, pues era una eximia artista preparando la polenta conservando los ingredientes y el sabor de los campesinos de donde, seguramente, procedía. «Siempre en la repostería», pensó Ricardo, mientras esperaba sentado en su banquito que se apareciera el chofer con el doctor de la familia Galderisi. «Siempre acá, sin poder ir más lejos».

Durante su infancia, la cocina y la repostería fueron los únicos lugares donde ese niño podía estar, ¿entendido? Por mucho tiempo quiso darle un significado a esos lugares, reconocerlos como propios, aunque fuera por el olor que se le metía entre la camisa, pero no pudo. Allí estaba de un modo que quería decir que no estaba o que no debía estar o debía estar tan sólo por un tiempo. Que no fastidiara. Que no incomodara. Que no se le sintiera. Sin hablar, sin toser, sin enfermarse, sin hacer chiiss... Era como si el arquitecto hubiese pensado que él iba a estar allí. Sin duda, el arquitecto tenía en la cabeza su figura, su peso, su voz, el hilo de su voz, y planificó todo ese espacio de tal modo como si fuera el corral de una chacra, donde los animales están sin estar, gritan sin ser oídos, porque gritan por dentro, como las gallinas de las chacras. La casa podía seguir perfectamente su ritmo natural y no saber nada de él por semanas y meses y años y siglos. Podía morirle si le daba la gana. La única presencia de esa casa en la cocina la traían su padrino, el joven Alejandro, o el niño Juan Pablo, cuando su madre lo depositaba para que tomara su lonche y lo cuidaran las sirvientas.

Ricardo miró el reloj con desesperación. Habían pasado 45 minutos desde que la señora Hilda le ofreció traer al doctor con el chofer de la familia. La cocinera, inmutable, lo miraba de reojo.

—¿Sabe usted dónde está la señora Hilda? —preguntó Ricardo.

No lo sabía. Debía estar en el jardín, arreglando las plantas. La casa de los Galderisi obedecía las órdenes implacables de dos personas mayores, bien conservadas, pero con horarios maniáticos. Salían a actos culturales, visitaban galerías de arte, asistían a conciertos, iban a cine-clubes, invitaban a cuatro o seis personas a comidas ordenadas bajo esquemas europeos: con horarios marcados, un aperitivo, una entrada ligera, un plato de fondo, un postre, café y un bajativo. Siempre tenían lugar en su jardín, una mezcla de patio y grass, de civilización y rebuscada naturalidad.

—El chofer acaba de salir a recogerlo —exclamó de pronto la señora Hilda, haciendo un ingreso triunfal por lo aparatoso a la cocina, mientras iba al lavatorio a lavarse las manos—. No te preocupes Ricardo, que estará aquí dentro de un momento. Todo saldrá bien, ya verás...

Pero Ricardo, carajo, señora, recordaba la muerte de su madre hace solamente dos años, cuando todavía estaba en el colegio, en ese, en San Pedro, tratando de acostumbrarse al cerro, después de haber sido criado en casa del doctor Pinillos. Su muerte había ocurrido de golpe y de noche. Era tanta la oscuridad que no pudo verle la cara. Y cuando tuvo que bajarla con Damián cargándola por las gradas —que eran la escalera, la escalera de piedra y terrones, magullada por el viento árido de las tardes— Damián resbaló y el cuerpo de su madre rodó varios metros abajo. Quedó tendido encima de un montón de basura, espantando a los perros de mierda que se disputaban los restos de un pescado, basura que nadie iba a recoger jamás en su puta vida.

—El tobillo —gritó Damián—. Me duele el tobillo.

—Mi madre —gritó Ricardo—. Sácala de esa cochinada. ¡Sácala!

No podía verle la cara. Al cerro se subía o se bajaba a través de unas estrechas escalinatas que desembocaban a terrazas de tierra, como si fuesen plazoletas. Los focos del alumbrado público estaban quemados, rotos, o no existían, de lo espaciados o débiles que eran. Entre los dos la volvieron a

cargar, volvieron a resbalarse, a caerse, a maldecirse, hasta llegar a la avenida principal, donde ningún auto se atrevía a recogerlos.

Ricardo jamás iba a olvidar esa muerte golpeándose la cabeza entre las piedras. Cuando pudo verla en los salones de emergencia del Hospital Obrero, estaba blanca, muy blanca, con el color de la muerte posándose en su cara. Damián gemía de pena y dolor. Y él, él, carajo, estaba tan duro como las piedras del cerro. La señora Hilda estaba incapacitada de comprender la vida y la muerte de esa gente, aunque la tuviera allí sentada en el banquito de la cocina. Agonía y convalecencia eran palabras que no existían en el cerro: allí se moría de golpe.

—El doctor no ha podido venir —dijo el chofer, quitándose la gorra. Era un hombre pequeño pero robusto, de unos 40 años, orgulloso de tener unos bigotes ralos y sumamente cuidados—. Lo llamaron de urgencia de la clínica. Su esposa dice que lo llamemos dentro de dos horas.

—Lo sabía —dijo Ricardo, parándose y alejándose del banquito donde ya se sentía incómodo—. Lo sabía. Y ahora...

—Pero cómo, si lo acabamos de llamar y estaba allí —exclamó la señora Hilda—. Entonces, que Ruperto lleve pronto a este joven. No se olvide, Ruperto: va y viene, que tenemos que estar en un almuerzo a las dos de la tarde. Ya sabe cómo es de puntual el señor Pietro...

El viaje lo hicieron en silencio. Era la primera vez que Ricardo iba en auto desde aquel barrio hasta el cerro, y conoció calles y avenidas que no estaban en su recorrido diario ni en los recorridos de los microbuses. Ruperto se jactaba de ser una persona de la ciudad, y miraba con distancia y recelo a todos estos migrantes provincianos que habían invadido las calles, ensuciándolas y desordenándolas. La gente que vivía en los cerros y en los arenales eran animales, acostumbrados a convivir con la basura, sin educación, unas bestias, que ni siquiera entendían el idioma de los humanos ni cantaban ni se divertían con sus canciones. Esa gente era gentuza, analfabeta, serrana. Entonces, prendió la radio y condujo sin cruzar palabra.

—¿Y ahora, por dónde es? —le preguntó a Ricardo—. Hasta acá conozco.

La tarde empezaba a apoderarse del día, y en esos barrios parecía ya casi los inicios de la noche, porque la luz era más desteñida, más gris, más humilde. Color terroso de las casas atiborradas en el cerro. Tierra y ruido. La zona era un enjambre de vehículos que se embestían entre sí, furiosos animales de lidia, odiándose por el solo hecho de verse, de encontrarse, de tropezar.

—Das la vuelta al óvalo, y de allí a la derecha —le explicó Ricardo.

—No creas que voy a meterme al cerro.

—Al cerro no entran carros.

—Aunque entren. Este no lo hace ni de a huevas.

—Acá, a la derecha.

—Sigo mientras haya asfalto. Apenas me encuentre con la tierra te bajas.

—Falta poco para llegar a la Sexta Zona.

—No conozco ni la Primera, compadre —le respondió socarronamente el chofer—. Anda, apúrate, dime dónde te dejo.

—En la próxima esquina. Después subo a pata.

—Ese es tu problema. El mío es cuidar este carro. Chamba es chamba, muchacho. Y la mía es mantener a esta hembra con el motor bien aceitado.

La tarde se había instalado en el cerro. Una tenue neblina pretendía cogerlo por la cintura, atraparlo, ahogarlo, atragantarlo de un aire pesado y turbio, casi enfermizo. Ricardo empezó a subir a la carrera. Trancos largos: uno, después el otro, otra vez un pie, luego el otro, y así hasta arriba, corriendo, sin detenerse, esquivando los excrementos, la basura, mirando bien para no caerse. Así, distinguió su casa rodeada de gente, gente que era vecina, curiosa, de la zona, del cerro, pero que no podía reconocer por sus nombres.

—Se han llevado todo esos miserables —le dijo un vecino—. Se han llevado todo y así quieren llamarse gente decente. Pero le han dejado el cadáver. Su padre murió hará unas horas, muchacho.

dos

EL CERRO ES UNA INMENSA MOLE de tierra y piedra que irrumpe en el centro mismo de la ciudad. Desde hace más de treinticinco años vive gente en su ladera izquierda, hasta la cima. Luego, con el correr de los años, fue poblándose su otra ladera y, posteriormente, se reubicó a pobladores en las áreas conocidas como Nocheto, Los Perales, Los Arboles. Es una erupción de la tierra. Un eructo. Una amalgama de dientes congestionados. Un amoratado rostro invicto en cientos de batallas que se iniciaron en 1947, cuando unos yanaconas del fundo de doña Isabel Panizzo viuda de Riva Agüero lo ocuparon una noche, para ser desalojados días después, volviéndolo a ocupar otra noche y así durante meses, avanzando y retrocediendo, hasta quedarse definitivamente.

Ese cerro, el más grande y el más duro, forma con los de El Pino y San Cosme una trilogía urbana, en una nueva versión de los tres crucificados en el cerro del Golgota, tres estrellas efervescentes que se prenden con la luz eléctrica que se ganaron a puro puño. En un inicio, los tres cerros estaban en la periferia de la ciudad, pero con los años avanzaron a su mismo corazón. Zona de gente misia, rateros, carteristas, borrachos, sí señora, de la puta madre. Por allí, al lado de Tacora. Del mercado. Por la Aviación. Allí, cerca a los músculos vitales entre el hígado y el páncreas. La Riva Agüero es la avenida principal, una larga arteria de doble sentido que llega hasta el Cuartel, para perderse, luego, ya como callejuela, en el Hospi-

tal de los Tuberculosos. Tos de mierda esta. Tos que se lleva a la gente. A Damián. Sí, Ricardo, tápate bien por las noches que la tos se lleva a la gente preferiblemente cuando anda dormida. Ni cuenta se dan, dicen los doctores, las enfermeras contagiadas, el obrero que incinera la basura del hospital.

El cerro está rodeado por un tráfico ensordecedor de vehículos: microbuses, camiones, camionetas, que lo cercan sin atreverse. Allí se acumula la basura. La basura cae del cielo como el maná, con porquerías, restos que ni los puercos se atreven a meterse a la boca. En ese cerro, Gustavo iba a empezar a trabajar de sociólogo como parte del equipo de promoción dirigido por el profesor Rivadeneyra.

—Allí tenemos los contactos —les explicaba el profesor Rivadeneyra a los miembros del equipo—. Esa es una de las razones por las cuales lo hemos escogido. Uno de los aspectos más difíciles del trabajo de promoción —decía el profesor—, es trabajar con los sectores populares sin imponerles nuestra presencia, sin crearles nuevas necesidades, sin hacerles creer que tenemos dinero y que se pueden recostar. El trabajo de promoción es un trabajo político. Por esa razón debe escogerse el lugar con un criterio político.

—Pero me han dicho que es una zona muy manoseada —intervino Gustavo—. Desde hace tiempo otras universidades han escogido el cerro para hacer encuestas, diversas investigaciones, y me imagino que la gente debe estar cansada de responder a estos cuestionarios.

El profesor Rivadeneyra estaba dispuesto a demostrar en la práctica que tenía una concepción diferente y novedosa del trabajo de promoción en las ciencias sociales. En sus últimas publicaciones realizaba un aporte conceptual significativo respecto a los sectores populares urbanos, y se cuidaba mucho de no emplear términos como los pobres, el pueblo, los necesitados, asociados al trabajo parroquial o al asistencialismo que fomentaban los organismos internacionales. Esto no lo alejaba de una contradicción que él llamaba, con gran sentido político, táctica o estratégica, qué sé yo, diferencias que a la larga poco importaban, porque sus contactos en el cerro eran justamente los miembros de la parroquia.

—Pero esa no puede ser la única razón —intervino Abel Samaniego—. Un cura es siempre un cura. No entiendo cuál puede ser el vínculo entre la política y la parroquia.

—Depende —respondió el profesor Rivadeneyra, bajando la cabeza para demostrar que estaba concentrado, como era su costumbre, y que lo que iba a decir era la verdad. En todo caso, el resultado de un estudio previo, serio y concienzudo, que no daría lugar a réplica—. Estos curas hace años que viven y trabajan allí, están legitimados. Además, es fácil hacer un convenio entre la universidad y la parroquia, porque ambas instituciones son hermanas. Ambas salen ganando. La parroquia nos da la llave del cerro y nosotros los técnicos que necesitan para hacer su trabajo más eficiente.

La promoción era un asunto aún verde en las ciencias sociales. Las experiencias realmente existentes estaban plenamente en el campo, en esa parcela del territorio, ancha y ajena, que producía en algunas personas transformaciones inimaginables. Pitucos con infancia de balneario se convertían en fogosos defensores de los indios; diestros pilotos de Mustangs mutaban en pasajeros de microbús; habitantes legítimos de los barrios de jardines empezaban a odiar los árboles y preferían la sequedad de las áreas contiguas al centro o abiertamente las barriadas inmoladas al sol. Cooperación Popular había resultado ser un experimento previo de insólitas consecuencias entre los jóvenes de la universidad.

Pero ahora se trataba de un proyecto seriamente formulado, con una metodología propia, sin imitación y con mucho de heroísmo, producto de las investigaciones del profesor Rivadeneyra. La premisa de fondo, sin embargo, conservaba bastante las ideas gaseosas de la entrega y el compromiso, justificándose en la también frágil premisa del sudor de la camiseta. Gustavo solamente había traspirado en las contendas deportivas, y el profesor Rivadeneyra traspiraba en su escritorio, pero ahora, ahora, la experiencia de la traspiración era un asunto inevitable así como la idea de fondo del proyecto de promoción en el cerro.

Jamás, sin embargo, el profesor Rivadeneyra sería capaz de imaginar las consecuencias futuras, en el larguísimo plazo,

del concepto de promoción propuesto. Durante una década, la promoción se convertiría en la actividad privilegiada por las ciencias sociales y como la gran oportunidad para conocer, de cerca, bien de cerca, la cara de este pueblo organizado, luchador, comprometido, lleno de plataformas, asociaciones, federaciones, cúpulas, dirigencias, sabores y sinsabores. La cosa como que se le fue de las manos, de una mano, y como que se le quedó bien apretujada en la otra. Porque la promoción se fue sofisticando, planificando, evaluando, a través de balances y medidas de impacto, indicadores, indicando qué actividades eran las nuestras y cuáles las de ellos, porque no éramos los mismos estando ambos en el mismo proyecto. Nadie quiso escribir sobre este asunto humanamente comprometido y complejo; no fuimos capaces de sacarle la punta o filo; nadie imaginó, al llegar al cerro, las complicaciones realmente existentes que le eran propias a la actividad de promoción.

Gustavo aceptó la propuesta de trabajar con el profesor Rivadeneyra, y excitado se compró una novela de barriadas, cuyo título, más o menos, se refería a varias muertes. No solamente una, Gustavo, varias, tantas, que nunca se podría tener la certeza de quién fue el piña al que le tocó la equivocada.

Gustavo todavía no había puesto los pies en ese lugar, y cuando les contó a sus padres y a Rosa sus planes de trabajar como sociólogo en una barriada de la ciudad, ellos lo tomaron de diferente manera. Para Rosa era un noviciado que tendría que afrontar. Tanto le había hablado de los pobres del país, que era bueno que les conociera la cara. Y a los veinticinco años hay que trabajar en algo, aunque sea en un cerro. Ella, y se lo recalca siempre, lo hizo desde el primer día que salió del colegio.

Para sus padres era el principio del fin; pero, mientras fuera por la universidad, no todo estaba perdido. En ese ir y venir, nunca se iría.

—Mientras no dejes de ir al club porque vas a una barriada, todo está bien —le dijo su madre.

«Putá, que seré un huevo frito —se dijo a sí mismo Gustavo—. Ellos creen que ir a una barriada es una aventura, un acto

heroico, una motivación mística o espartana. ¡Si se puede ir en micro en cuarenta minutos, carajo! ¡Cuál es el asombro! Todas las sirvientas lo hacen una vez por semana. Para la cojuda de mi madre me estoy yendo al Africa, como si fuera una monja o un cura. Creen que los que viven en una barriada son marcianos».

—¿Y cómo son?... a ver cuenta...

—Váyanse al diablo. Es un trabajo como cualquier otro.

Ni que fuera gratis.

—No, hijo, no lo es. Nadie se va a un cerro a trabajar.

—Para eso estudié.

—Estudiaste para aprender, para mejorar, casarte y tener hijos, y no para ser como ellos.

—Para ayudarlos. Estudié para ayudarlos.

—Para eso no se estudia. En mis tiempos ese trabajo lo hacían los curas y algunas señoras caritativas.

Los curas eran cuatro personas de diferente procedencia: dos muchachos de buena familia de la ciudad, que estaban cumpliendo su período de formación social; un curita zamarro, bajo y gordito, muy astuto y muy simpático; y un gringo de Chicago, bien plantado, algo pelirrojo, con el típico acento del gringo de las barriadas al hablar.

Los dos muchachos tenían dibujada en el rostro una eterna sonrisa y, aunque provenían del mismo colegio religioso, no eran parecidos físicamente. Tampoco lo eran en temperamento, y las sonrisas no tenían en ambos el mismo significado. Micky —Miguel Roberts— poseía un inconfundible aire irlandés metido entre las pecas de la cara. Hijo único, era el orgullo de su madre, una viuda bonachona que se ganaba honradamente la vida enseñando inglés. Micky era gordito, buenísimo y pecoso. Estaría en el cerro unos años y luego partiría a Santiago y después a Roma. El cerro no era asumido como un castigo por Micky; al contrario, lo veía espiritualmente hermoso.

Esteban, en cambio, provenía de una familia muy española, muy numerosa y muy religiosa. Uno de ellos tenía que ser cura, por convicción o a la fuerza. Esto nunca se logró saber en el caso de Esteban Revilla, pues era en el fondo un animal

político, tal como se suelen llamar a sí mismos los políticos. Esteban organizaba a los jóvenes del cerro en los núcleos zonales, en los clubes de estudio, en la reflexión, el análisis e interpretación de la realidad nacional. Sus facciones duras se acentuaban por unos anteojos de montura ancha y por una nariz que, en momentos, se asemejaba a un garfio. No le gustaba andar con las señoras y niños del barrio, y se le veía siempre organizando actividades al margen de lo estrictamente parroquial. Esteban Revilla, a pesar de su edad, era el nexo entre la parroquia y la universidad. Conocía al profesor Riva-deneyra, a Alfredo Guerra, a Abel Samaniego y a Luis Cárdenas. A Gustavo, algo mayor que ellos, no lo había tratado en intimidad.

Romano Pellegrini era un curita de pequeña estatura; siempre prefería hablar con los ojos, de tal modo que cada quien entendiera lo que más le convenía, guardándose el verdadero significado de sus ideas. Sin mayores aspavientos se hizo de un sitio en el cerro, y su función era, dejándonos de cosas, impedir que alguno de estos tres curas se desbandara por su cuenta y riesgo o cometiera estragos y motivara problemas con la parroquia y la jerarquía. Micky no debía ser atrapado por ninguna buenamoza del cerro, por ejemplo; Esteban Revilla debía emplear un lenguaje político-político, pero no tan político, y John, que nadie llamo Johnny en el barrio, y sí Juan en muchas ocasiones de ceremonia, tampoco debía enamorarse de ninguna muchacha, porque todas ya estaban enamoradas de él, o así lo creían, y lo que querían de verdad era que colgara el hábito (aunque nunca lo llevaba puesto: usaba camisa blanca, siempre blanca, un blue jean y botines), se casara de una vez por todas y la llevara a Chicago, donde hace frío, hijita, mucho frío, pero no había este polvo que se le mete a uno por las narices y saca carnosidades en los ojos, mucha nieve, pero no estas gradas entre caca y orín, sin agua porque la bomba anda siempre malograda, y viento, hijita, un viento helado que arrastra el lago de Chicago hasta la fachada de la torre Sears, la más alta del mundo, hijita, con sesentiocho ascensores, dieciseismil ventanas, imagínate, me imagino,

padre, pero sin esta tierra dura, de palo, seca, de piedra, cascajo, barro solidificado.

Romano Pellegrini miraba todo lo que sucedía a su alrededor, en la parroquia y sus anexos, porque el brazo de la parroquia se proyectaba hacia otras zonas y barrios del cerro. No tenía el mal gusto de hacer preguntas a la gente, ni necesitaba hacerlo, porque con sus miradas —penetrantes y risueñas a la vez— lo averiguaba todo. Romano Pellegrini no aspiraba a ir a Roma. Su trayectoria se circunscribía al territorio nacional: alejados poblados andinos, ciudades intermedias, algunas parroquias urbanas y, ahora, el cerro, donde tenía más de seis años, unos ocho, y podría quedarse seis u ocho años más.

John Caselaw era el gringo pelirrojo de la ciudad de Chicago. Fuerte, bien alimentado, después de una adolescencia azarosa, plena de aventuras y romances intrincados, había recibido el llamado de Dios. Jamás habló de su pasado (allá por el West Chicago) ni de cómo ni por qué decidió venirse a estas tierras lejanas, y al cerro en especial, pero algunas actitudes, un leve movimiento de cejas y maneras de caminar, delataban al muchacho en moto, con casaca negra, de aquellos años a finales de la década del cincuenta.

John Caselaw era, sin duda alguna, la atracción de la parroquia. Alto, corpulento, buen mozo, y gringo. Los pobladores del cerro tenían una idea del cura gringo —porque varios pasaron antes— pero eran viejitos, todavía conservaban el cuellito blanco, acostumbraban usar el pelo muy corto y sandalias con medias en el invierno, siempre sandalias. El, no. Camisa blanca, ancha sonrisa, blue jeans y botines, despertaba más la imagen de un granjero que la de un cura.

Ninguno de los cuatro conocía a Ricardo. Ricardo nunca estuvo en los dominios de la parroquia, ni siquiera para prepararse en la academia pre-universitaria que funcionaba allí. Cuando Gustavo llegó, acompañado de Alfredo Guerra, Abel Samaniego y Luis Cárdenas, el equipo de jóvenes profesionales conducido por el profesor Rivadeneyra, no tenía la menor idea de que Ricardo podía vivir en el cerro.

—Ricardo Sifuentes, así me llamo —dijo Ricardo.

Estaba delante de un hombre de mediana edad, muy gordo, panzón, de cabellos ensortijados, que llevaba parte de la camisa desabotonada, los zapatos sucios y movía con la lengua un palillo que, por momentos, retenía entre los dientes.

—¿Y qué edad tienes?

—Dieciocho años.

—¿Eres del barrio?

—Vivo acá desde que tengo doce. Allá arriba, en San Pedro.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Sin familia?

—Huérfano, si quiere. Pero a los dieciocho ya no se es huérfano.

—¿Y de qué vives?

—De todo un poco.

—¿Eres mano larga?

Hizo una pausa, sonrió, botó el palillo y se arregló el pantalón con un movimiento brusco. Luego continuó su interrogatorio: —¿no será que eres amigo de lo ajeno?

—No...

—Seguro, porque a la primera te boto y nadie del Comité, o de otro Comité, te va a dar chamba. No me gustan los mentirosos.

—Nunca he robado —respondió Ricardo.

—En este negocio no hay lugar para mentiras ni para ladrones. No olvides que tenemos un sistema de seguridad capaz de chapar a cualquiera: al más pendejito de todos.

—Nunca he robado —insistió Ricardo.

—Bueno... tienes edad para el trabajo. Los niños y los viejos se me marean rápido, y se les confunde el sencillo, se enredan con los billetes, no tienen voz para guiar al chofer, ni equilibrio para quedarse quietos en las curvas. ¿Me dijiste dieciocho?

—Dentro de unos meses cumplo diecinueve.

Después de merodear un tiempo por el barrio, Gil Bonilla lo había recomendado al Secretario General de la Línea de Microbuses Cocharcas-José Leal para que lo emplearan de cobrador. Ricardo no había roto lazos con la familia Galderisi, que apenas se enteró de la muerte de Damián, corrió con todos los gastos del sepelio y le dio a Ricardo una cantidad de dinero, a manera de indemnización, con la cual pudo vivir un cierto tiempo. Consideró que no era conveniente abandonarlos y una vez por semana iba a arreglar su jardín. Las relaciones de Ricardo con los grupos de su barrio eran distantes. Anselmo era considerado peligroso pues con frecuencia se dedicaba a realizar robos —operaciones aclaraba Anselmo— en la zona de La Clínica, y Ricardo prefería andar con Gil Bonilla, un solitario compañero del colegio en San Pedro, tranquilo a su manera, reservado, pero pendejo, pendejo choche, porque los cojudos no tienen lugar en este cerro.

Lo que más le fascinaba a Ricardo de Gil Bonilla era el respeto que se granjeaba entre las gentes, incluso de parte de Anselmo. No necesitaba demostrar fortaleza física ni pericia en el manejo del idioma para hacerse de un sitio. Tampoco debía emborracharse o frecuentar los establecimientos donde la ley del más fuerte era la ley. No: Gil Bonilla era callado como las piedras, y miraba de frente, a la cara, o no miraba en absoluto. Jamás ponía la vista en el suelo o en el cielo.

Después de unas semanas, Ricardo adquirió destreza como cobrador. Había que tener la rapidez mental necesaria para realizar varias tareas simultáneamente; hacer ingresar a los pasajeros, empujarlos si el microbús estaba lleno, empujarlos más si estaba muy lleno, guiar al conductor, ordenarle que girara a la izquierda o a la derecha, «¡toda, toda!, que metiera el carro: ya, ahora...» Cobrar a los que bajaban por ambas puertas, darles el vuelto, anunciar el nombre de las

calles o de los edificios por donde iban pasando o iban a pasar dentro de muy poco, todo eso a la vez, le decía Gil Bonilla en su primera semana, pero es el deshuevo, allí mandas tú, gritas, los gritas, los empujas, y vas colgado del estribo limpiándote la cara con este aire de mierda.

Ricardo le agarró el gusto. Además, se paseaba por la ciudad. Salía de ese cerro, del infierno de piedra viva, tomaba la Riva Agüero, asomaba por La Parada, se metía por unas callejuelas y después lograba cruzar la Salaverry, verde, frondosa, para seguir por la Residencial San Felipe, meterse a Jesús María, a Pueblo Libre, por La Mar, llegar a la universidad Católica, a la universidad San Marcos, y de allí hasta San Germán, donde el Comité había extendido aún más su extenso recorrido. Además de ser el cobrador estaba encargado de su limpieza: barría primero y luego rociaba kerosene por el piso de lata, sacudía los asientos y pasaba un trapo sucio por el agarramanos pegajoso, sudoroso, gastado por la transpiración de millones de manos que se cogían a él como los naufragos a las balsas, cada vez que el microbús daba una curva cerrada empujando al montón de carne asfixiada de un extremo a otro.

Adquirió la habilidad de hacer sonar las monedas juntándolas entre sus dedos, para hacerles saber a los pasajeros que debían pagar ya; a enrollar los billetes de cien entre los dedos, los de cincuenta y los de diez entre el dedo gordo y el meñique. Cuando no estaba muy lleno caminaba de un lado a otro o se quedaba adelante, junto al conductor, escuchando la radio o mirando a la calle. Pero su turno era en las tardes, entre las tres y las nueve, unas cuatro vueltas seguidas al recorrido, cuando estaba repleto de pasajeros, porque tenía dieciocho años.

Este trabajo le modificó la personalidad. Lo hizo algo más mandón, más gritón, duro y seguro. Allí no cabían timideces. Gil Bonilla le había advertido: «o gritas o te jodes». Y lo amenazó: «el micro es como el cerro. Es un cerro ambulante. Los que no pueden subir son los cagados. En el micro no hay lugar para cochos, para mocosos. Tú cobra nomás; cobra, grita y empuja».

Muy pronto Ricardo reconoció ese estado de gracia del que hablaba Gil Bonilla, cuando caminaban o conversaban en alguna bodega de San Pedro. Era el deshuevo empujar a patadas a esa recua de gente hasta el fondo del microbús. Los pasajeros no los querían, requintaban contra ellos, los llamaban serranos, provincianos, sin educación. «Qué se habrán creído... de dónde vendrán... creen que somos ganado...». En Jesús María sentía especial atracción por gritar o empujar a los muchachos o muchachas que iban a la universidad. «Esas cojudas riquísimas ni nos miran, pero su empujadita les gusta», le dijo Gil Bonilla. «Putá, que debo ser más feo que Mandrake, porque apenas me acerco me quitan la cara». «Chuchumecas concha de sus madres».

Ricardo se las emprendía más bien contra los hombres. Le había nacido una bronca contra aquéllos que iban lavados, bañados, peinados, bien ventilados a la universidad, tranquilos con sus libros bajo el brazo. A ellos les movía el sencillo como si los estuviera asaltando para que pagaran de una vez el pasaje, y todavía pagaban la mitad, qué tal concha: a ver, tu carné, y se quedaba mirándolos en silencio. También les llevaba bronca a los estudiantes nocturnos que iban o volvían de las academias o de oscuras universidades, pero universidades al fin, como a las que iba el muchacho del mostrador: sentaditos, flaquitos, obedientes, con sus pantalones lustrosos, andaban revisando cifras, datos, cuadros, números, muy ensimismados. Solamente a los que dormían con la cabeza tirada para atrás, con la boca abierta, les guardaba simpatía. Era gente mayor que regresaba a las inmediaciones del cerro destrozados por la jornada, totalmente laxos, despreocupados, ajenos al ajetreo del microbús que, por instinto o costumbre, se despertaban justo en el momento en que debían bajarse.

Romano Pellegrini seguía atentamente la reunión convocada por Esteban Revilla para planificar las actividades que se llevarían en el primer semestre de trabajo, sobre todo para compaginar estilos entre aquellos que provenían de la parroquia y los que lo hacían por la universidad. Las primeras semanas sirvieron para mostrar que entre ambos no existía un espíritu común: los jóvenes profesionales no estaban dispuestos a pasarse horas enteras durante las noches metidos en el cerro, y reclamaban un apoyo de carácter técnico, mediante el cual se les viera como sociólogos y no como asistentes sociales, que ese era trabajo de las hembritas, y para ello estaba La Normal o como se llamara. Tampoco eran agentes pastorales, para eso estaban los curas, sin responsabilidades con el mundo: ni mujeres ni militancia, y ellos, carajo, no eran ni lo uno ni lo otro.

En verdad, inauguraban un nuevo estilo de trabajo sin normas precisas. Las huevas que iban a ser como las amigas de la madre de Gustavo repartiendo ropa usada todas las navidades entre los niñitos pobres de nuestras barriadas; o como las monjas de avanzada —grandes hembritas, porque esas sí que ya tenían rasgos de hembritas— pero andaban metidas todo el santo día entre la tierra y la comida, sin una verdadera vida propia. Y si la militancia estaba prohibida en esta tarea concreta de promoción, como se quejaba Abel Samaniego, para qué van a obligarnos a estar metidos acá de cinco a diez de la noche.

—Para hacer un trabajo en el cual crea la gente, hay que estar acá —afirmaba Esteban Revilla—. No sólo en las horas de trabajo, sino durante sus vidas. Y ellos están acá, en el cerro, por las noches.

Romano Pellegrini no intervenía. Dejaba que cada quien expresara sus razones. Una vez que estuvieran todas encima de la mesa de discusiones, las evaluaría y formularía sus propuestas.

«Impregnarse», sí, esa fue la palabra que utilizó Esteban Revilla para justificar sus ideas. «Impregnarse, codearse, darse un baño de pueblo...».

—Si quedamos con el profesor Rivadeneyra y Alfredo Guerra en armar un proyecto, fue para hacer un trabajo de asistencia técnica, pero también de promoción. Sí, de promoción, es decir, político y pastoral.

—Pero no podemos militar como militantes de un partido —objetó Abel Samaniego—. Rivadeneyra fue claro en ese punto: al proyecto no va nadie en condición de militante. Si lo hace, que sea a sus horas, con su gente y sus consignas. Pero acá trabaja a título personal, como representante de la parroquia o de la universidad.

Abel Samaniego levantó la mirada y escogió de su repertorio uno de sus muchos tonos de voz y una de sus varias miradas, y preguntó: —y a qué hora vamos a trabajar los militantes como militantes...

El dilema estaba planteado, a pesar de que en gran medida Romano Pellegrini había dado luz verde para politizar en algo el proyecto. Como dijo al final de la reunión, el proyecto no le pertenecía a ningún partido político. Era de la parroquia y de la universidad, pero estaba destinado a las organizaciones de base de la población, sus verdaderos propietarios. Cada quien debía dejar su militancia, si la tenía, y convertirse en un promotor: un promotor es una persona de izquierda que trabaja con los grupos de base con el propósito de despertar su conciencia social y aportar al cambio que necesita nuestra sociedad. Sí, eso decía Romano Pellegrini, y no hacía sino repetir las mismas palabras que utilizó en la sesión del acto inaugural. De modo que sólo le incumbe a la parroquia y a la universidad, y no a los partidos.

—Y es que nuestro trabajo no es con las cúpulas —dijo Alfredo Guerra— es con la gente.

—¡Cómo! —exclamó Abel Samaniego— ¿y eso cómo se mas-tica?

Esteban Revilla lo miró un rato y dijo tajante:

—Viviendo con ellos. Así de claro: fomentando sus organizaciones de base. Y eso los políticos no lo hacen. A ellos les interesan los dirigentes, copar con sus dirigentes las cúpulas partidarias. Nuestros destinatarios, Abel —le dijo Esteban Revilla—, es la gente, pero en ese sentido.

A Gustavo estas discusiones lo tenían sin cuidado, porque no militaba en ninguna parte. Era un muchacho cuyas dudas y peculiar sensibilidad lo alejaban tanto del marxismo como del cristianismo. A Romano Pellegrini le gustó su sinceridad cuando lo acompañó en una oportunidad a la reunión en la Sexta Zona a dar su primera charla de presentación al grupo de prensa barrial del club José Carlos Mariátegui. Gustavo les había dicho:

—Yo no soy de la Sexta Zona. No soy cura. Y si vengo es porque es mi trabajo, y por ello me pagan. No podría hacerlo gratis. Yo, como ustedes, tengo que comer.

Gustavo seguía el curso de la reunión de una manera tan distante como lo hacía Romano Pellegrini. Ambos tenían en común el hecho de haber vivido más que los otros, y si bien no era el escepticismo lo que los emparentaba, había en los dos un cierto aire de comprender la relatividad de las posiciones. Mientras avanzaba la reunión de planificación de actividades, más preguntas se formulaba a sí mismo, pero sin tener la capacidad de darse respuestas. Pensaba en Alejandro y en cómo sus vidas tomaron, de pronto, no tan de pronto, vaya, rumbos distintos. Felizmente, el hecho de seguir viéndose, llamándose, preocupándose por lo que le pasaba al otro, le hacía pensar que una parte de su persona estaba clavada en este cerro y la otra todavía en su casa.

Después de concluir sus apáticos cuatro años de estudios de sociología estaba logrando, sin tener mucha consciencia, un trabajo en la universidad, trabajo que lo llevaba ahora a este cerro, conocido de lejos cuando iba de chico al cerro de Chacacayo. Ese era un cerro salvaje en aquellos años, cuando jugaba con su primo a los buenos y a los malos, queriendo ser los dos el mismo joven de la película. Para Gustavo el problema de la militancia en el proyecto era un asunto secundario. Más le preocupaba saber cuánto lo alejaría de su vida esta experiencia; si sería capaz de separar y distinguir trabajo y razón de ser, si podría conservar intacto todo lo anterior y tomar al cerro como una etapa, nada más, una etapa de formación, como una especie de capítulo que una vez concluido se pasa la página, que luego fuera revisado como se visitan los recuerdos, como

un trabajo, en fin, que forma parte del currículum: sí, proyecto de promoción en el cerro, en el distrito, en la ciudad, años 1974, etc...

La voz de Luis Cárdenas lo sacó de su ensimismamiento:

—Lo que ocurre, Esteban, es que hay gente en la parroquia que nos tiene bronca. Dicen que nos vamos a aprovechar de su trabajo.

—¿Quiénes? —interrogó de pronto Romano Pellegrini—. ¿Puedes señalarlos?

—Los de los Núcleos Zonales.

Los Núcleos Zonales, creación de la parroquia, fueron los primeros en iniciar los trabajos de promoción en el cerro. No eran, en sentido estricto, grupos de promoción, ni tampoco agentes pastorales. En cierto sentido, eran grupos de estudio, semi universitarios, semi barriales, semi políticos. En fin, semi casi todo como era el estilo privilegiado de la parroquia, modalidad que aprendió en su larga marcha hacia una forma de trabajo donde la sospecha estuviera fuera de toda duda, y su trabajo no pudiera ser catalogado de esto o de lo otro. Micky Roberts era quien más familiarizado estaba con estos Núcleos Zonales. Entre sus miembros había gente de todo tipo de procedencia, menos del cerro. Sabe Dios cuáles serían sus ambiciones o, simplemente, sus expectativas, pero lo cierto es que miraban con reticencias a estas cuatro personas que, además, querían imponer sus condiciones y sus maneras de entender la promoción urbana. Algunos de ellos pasaron por la universidad, otros se recostaban en la parroquia como una manera de ganarse honestamente la vida. Cuando Guillermo Paz dijo en una oportunidad: «yo no subo al proscenio ni de a vainas». Gustavo detectó inmediatamente que esa persona no era del cerro. Y, cierto, Guillermo Paz era de El Cercado, y hasta el día de hoy Gustavo no supo qué diablos hacía allí, entre los de la parroquia. Sus movimientos eran distintos a los de los pobladores. Sí, pues, no era un poblador. Esa manera de llamar a los habitantes de las barriadas le daba risa y cólera a Gustavo, poblador... qué miércoles querrá decir poblador... De pueblo, de pueblo joven, habitante, residente, y, claro, los pobladores no eran como Guillermo Paz. Movía mucho las

manos al hablar; su rostro intercalaba innumerables gestos cuando estaba diciendo algo; tenía una confianza, quizá en su procedencia, en ser de la parte vieja de la ciudad, en no ser provinciano ni serrano. Jugaba con las palabras y con el movimiento de los hombros. Le encantaba peinarse, despeinarse, peinarse de nuevo, coquetear con los vientos de la tarde y mirar de reojo a las hembritas. Sin duda alguna, Guillermo Paz se había criado en una esquina.

—No sé si será bronca —continuó Luis Cárdenas— pero sí desconfianza. No nos quieren enseñar su trabajo, y menos aún sus contactos. Dicen que son de ellos.

—Por esa razón —intervino Esteban Revilla— ustedes deben pasar más horas acá. Los pobladores trabajan de día y están en el cerro a partir de las siete de la noche. La promoción urbana se hace de noche, eso, sí, eso, es hora de que lo entiendan de una vez por todas. ¿Acaso no se los dijo el profesor Rivadeneyra?

Esta discusión no se saldó del todo, y Gustavo siempre tuvo la sensación de que una cosa era la revolución en la universidad y otra, muy distinta, en el cerro. Pero, dejándonos de vainas, acaso estaban en el cerro para hacer la revolución... Lo que iban a hacer era promoción, tan sólo promoción, financiada por instituciones cercanas a la universidad y al profesor Rivadeneyra, cuya habilidad en los contactos internacionales estaba fuera de toda duda. Esa era, si tenía una, su habilidad. Los contactos. Los vínculos. La capacidad de vender ideas. Ideas nuevas, revolucionarias en el campo de las ciencias sociales, en franca competencia con la derecha que andaba en la búsqueda de nuevos ideólogos, tecnólogos, promotores y hasta revolucionarios. Sí, pues: la promoción era una manera de ganarse los frijoles, y eso era lo que Gustavo le explicaba a Rosa; lo que estaba haciendo en el cerro era un trabajo, raro, no muy bien pagado, pero un trabajo, que los llevaría al altar como todos los trabajos culminan en el matrimonio. Con ese dinero podría ahorrar si seguía viviendo con sus padres unos años más, comprarse con mucho esfuerzo un autito de segunda mano, intentar algunos enseres electrodomésticos, pensar en

una casita...pensar, soñar, no cuesta nada, y sí que cuesta, decía Rosa, todo cuesta.

Rosa soñaba con un huequito propio. Que fuera chiquito no importaba, pero propio, de los dos, para los dos. Sí, pues, no se diferenciaba mucho de Alejandro: pero lo hacía por lo bajo, seguía el mismo camino, dejando el mismo rastro, la misma baba, subterránea, hedionda, humana, pobretona, sin que se diesen cuenta. El cerro debía alejarlo de ser un universitario, a pesar de que era la universidad la que lo mantenía vivo.

Romano Pellegrini los miró con su sonrisa sabia y propuso un recorrido por el local del proyecto que la parroquia había acondicionado. Se trataba de una construcción rústica, estilo campo, de madera, prefabricada, de cuatro ambientes: uno para la línea de prensa barrial, otro para la línea de audiovisuales, otro para la de teatro y música, y el último para el de análisis de coyuntura barrial. Todo esto bajo el manto protector de la parroquia.

—Aquí van a trabajar ustedes —les dijo—. Alfredo Guerra y Esteban Revilla deben armar un plan de trabajo. Los Núcleos Zonales seguirán con sus respectivos coordinadores. Ustedes tres serán los responsables de cada una de estas líneas.

A pesar de reconocer la astucia de Romano Pellegrini —ese viejo no le da más importancia a las cosas de la que tienen— sintió un amargo sabor en el paladar. «Todos nos debemos huevear los unos a los otros —pensó— así debe ser la política en el fondo. Hacerles creer que no nos hemos dado cuenta, que nos han metido toda la verga o el dedito, qué más da, la cosa es hacerles creer que ellos han ganado y así vis à vis, como los franceses». Le gustaba sentir que pensaba como los franceses, tal como le decía su padre, los amos de la política cortesana, aunque, cada vez que Gustavo lo pensaba, decía para sí mismo: «y cómo no te diste cuenta, viejo afrancesado, que te estaban serruchando el piso en el Ministerio. Pensando en Colbert, un pobre cachaco te sacó a patadas de tu oficina».

Romano Pellegrini era, sin duda, el más astuto de todos. Se parecía a los maestros de la universidad, grandes herederos del poder de la iglesia, al profesor Rivadeneyra, su mejor y más

distinguido discípulo. «¿Acaso cuando estábamos en la universidad —recordaba Gustavo— no nos enfrentábamos a las autoridades? ¿Acaso no participé disciplinadamente en aquella marcha contra el rector, esa vez? ¿No era, acaso, la universidad la gran pendeja contra la cual debíamos estar en contra? ¿No le pillábamos las mentiras? ¿Por qué creerle ahora que trabajo para ella, en ella, con ella, carajo? ¿Por qué creerme a mí? ¿Por qué ellos van a creer en mí?».

Romano Pellegrini les había enseñado que para quedar dentro del juego debían obedecer no solamente las reglas del juego, sino su espíritu mismo. De otro modo, se estaba fuera: y afuera —pensaba Gustavo— estas muerto, hecho cadáver. Esos pobladores también tienen una parte en este juego. Agotados se soplan nuestros cursillos técnicos, nuestras charlas sobre realidad nacional, y mientras andaba de regreso observaba los departamentitos pegados al cerro del tugurio ese, el gran ejemplo de cómo entre el tugurio y la barriada hay un nexo que nadie puede negar, un vínculo peor que el del hombre y la mujer, el marido y la señora, taponeado contra las rocas; después venía la Aviación y la avenida México, la basura achicharrándose al medio como una hembra enloquecida; después Lince, reseco, aprisionado en sus calles que nunca salen de Lince, y San Isidro, luego la casa de sus padres abriendo la puerta a eso de la medianoche, ya a oscuras, dirigiéndose a la cocina donde Cupertina le dejaba algo para recalentarlo, y luego subir despacio sin despertarlos: en qué soñarían, sin reconocerse en sus cuerpos, ignorando el cerro, la Sexta Zona, la parroquia, el club José Carlos Mariátegui, porque la única parroquia que conocían sus padres era la del cura Constancio, sí, viejo, imposible que entiendas, Rosa tampoco sabe de lo que se trata... y Alejandro le decía que no perdiera el tiempo, estás grandecito —le decía— para seguir experimentando sensaciones, piensa en Rosa, en tu futuro, y se lo decía porque lo quería, porque era su amigo, lo sabía inteligente, distinto, idealista. Sí: le decía idealista cuando algo le parecía que estaba correcto, pero cuando no lo llegaba a entender.

El barrio de Gil Bonilla era el de Huáscar. A diferencia de la zona rocosa del cerro, donde los pobladores tuvieron que enfrentarse a una tierra difícil y escarpada levantando sus viviendas durante años, esta zona era reciente, plana, sin ninguna protección natural que contuviera la ventisca sucia del verano. Prácticamente no pertenecía a la invasión original y sus habitantes no se reconocían, necesariamente, como parte de ella, a pesar de estar en la misma jurisdicción. La parroquia no llegaba hasta Huáscar. Romano Pellegrini había decidido concentrar sus actividades en las zonas más cercanas y dejar, por el momento, a los barrios que se extendían fuera de las laderas.

En el plan de actividades que programaron Esteban Revilla y Alfredo Guerra no estuvo considerado, y si no hubiese sido porque allí, en Huáscar, se constituyó un frente que reunía a diversas organizaciones, Gustavo, Abel Samaniego y Luis Cárdenas jamás habrían sabido de su existencia. Después de meses de iniciado el proyecto, Alfredo Guerra entendió que era imposible cubrir las numerosas zonas organizadas que constituían las partes del cerro. En un inicio, de acuerdo a las conversaciones con el profesor Rivadeneyra, Gustavo pensó que el cerro era una masa única y compacta; una sola roca tensa enclavada en la ciudad, dura como un estómago, que entraba en un puño. Pero, después de este ir y venir, de abrir y analizar el mapa del distrito, entendió que el cerro era como un libro: al abrirse, enseñaba los misterios de un organismo, y mostraba vísceras e intestinos donde circulaban microbios distintos y enfrentados entre sí.

Esta constatación perturbó a Alfredo Guerra. El objetivo principal del proyecto era el de potenciar los trabajos artesanales que realizaban las organizaciones de base y, desde el

proyecto mismo, inyectarles una dosis de técnica y consciencia a través del soporte material que representaba el proyecto.

—La idea —les había dicho Alfredo Guerra a sus colegas antes de iniciar los trabajos— es que no vayamos a reemplazar a las organizaciones de base, a las organizaciones autónomas de pobladores, sino, más bien, a potenciarlas.

A pesar de las enormes diferencias entre los dos, Alfredo Guerra conservaba una secreta afinidad con Abel Samaniego. Ambos provenían de una Unidad Vecinal. La trayectoria de Alfredo Guerra era compleja, y gran parte de su personalidad consistía en armonizar las piezas de un pasado que se rebelaban a cuadrar entre sí. Su matrimonio lo sacó de su barrio, llevándolo hacia otras zonas de la ciudad que, si bien tenían el atractivo de la paz y los jardines, lo hacían extrañar la pública intimidad de su Unidad Vecinal. Alfredo Guerra hizo lo imposible por no romper con sus amigos de infancia. La mayoría de los sábados se las ingeniaba para regresar a la Unidad Vecinal, donde se había criado, pero tanto su esposa, como antes la universidad, lo alejaban paulatinamente. Esas escapadas —y eso era lo que eran: escapadas— se hacían cada vez más difíciles, pues si bien su esposa entendía el cariño hacia su pasado, le pareció que el pasado era el pasado, y que ahora, en el presente, se debía mirar al futuro.

Abel Samaniego, en cambio, desde que murió su madre, se había guarecido en su Unidad Vecinal, como si fuese un enorme útero. Hacía esfuerzos por comportarse como una persona de mundo, pero la Unidad Vecinal era una sombra pegada a todos los movimientos de su cuerpo, una especie de alter ego, una madre vívida, que lo delataba siempre. No le incomodaba, incluso se jactaba, encontraba allí su verdadera personalidad. Su identidad estaba ligada a ese reducto urbano de casas unidas por escaleras y corredores degradados por el uso, en los cuales los apartamentos cobran identidad por una letra, de acuerdo al corredor o al bloque o conjunto de viviendas.

A pesar de compartir ese pasado, Alfredo Guerra prefería la amistad de Gustavo, a quien consideraba un buen tipo, de sangre ligera, y con una vida bastante armoniosa, si es que puede considerarse que irse a la porra lentamente, día a día,

significa tener coherencia con uno mismo. Cuando Gustavo tocaba este tema en el bar de San Carlos, Alfredo Guerra le respondía con gracia: «sarna con gusto no pica, compadre». Y en verdad, a Gustavo parecía gustarle su destino, el cual iba haciendo suyo a fuerza de voluntad y decisión. En el fondo del pozo, donde parecía querer sumergirse, encontraba una grata sensación, purificadora, una extraña libertad, que parecía decirle que allí era más libre, porque desde allí no se pretendía ser alguien o algo; no se anhelaba, y nada ni nadie lo consideraría o lo estimaría por lo que era o poseía. Por esa razón, quizá, mantenía en el rostro una eterna sonrisa petrificada, natural, agradable, bonachona, cojuda, pero que no le desagradaba.

—Olvídense de Huáscar —les aconsejaba Romano Pellegrini—. Zonas sobran. Podemos empezar por aquellas donde la parroquia tiene presencia.

—Algo así como mejor es lo conocido que lo por conocer, al menos por el momento —intervino Esteban Revilla. Y se reclinó sobre su silla, sin saber bien si su intervención fue oportuna.

—Trabajo hay —dijo Micky Roberts—. Por eso ni se preocupen.

Después de revisar el plan de trabajo, a Gustavo le tocó la zona de Los Arboles, a Luis Cárdenas la de Los Perales y a Abel Samaniego la Sexta Zona. Ninguno se quejó, porque no las conocían. Eran intimidades del cerro. Túneles. Guaridas. Reductos que las piedras irían revelando de a pocos. Los primeros meses fueron de verano; un calor pegajoso, sofocante, bajo un mismo color marrón claro, que algunas viviendas trataban de alterar sacando de raíz un resoplido.

—Chamba fácil —dijo Abel Samaniego—. Para empezar el año no está mal. Pero, qué quieren: ¿que mi gila me bote de la casa? Ella no va a creer que trabajo de noche, ¡y menos en un cerro!

Esteban Revilla hizo cuanto pudo por armonizar estilos de vida y de trabajo, pero se topó con una muralla imposible de superar. Estas personas, pensaba, son pura boquilla, gente que en la universidad estaba en las filas de la izquierda, pero que en la vida diaria piensa en su gila, en su carro, en su casa.

—Si quieren me borro de mi hembra —decía Abel Samaniego—. Es mejor ahora que casado. Me transfiguro, me transformo, me pongo encima una sotana y ya, y ya me tienen acá de por vida...

Abel Samaniego se quejaba en el bar de San Carlos, una vez que terminaban su trabajo en el cerro e iban allá para matarla, todos los lunes:

—Por lo menos en eso somos originales. La gente chupa los viernes, pero nosotros, los bacanes, chupamos los lunes, como la gente decente.

—Bórrate de la chamba —le decía Alfredo Guerra—. Nadie te obliga. Tómalo como es: renuncia y trabaja en otra cosa.

—¿Desde cuándo la revolución es una chamba? —preguntó Luis Cárdenas, queriendo indignarse.

—¿Revolución?

—Sí: la revolución.

—No jodan —intervino Gustavo—. Nos hemos soplado una reunión de planificación con los curitas, y ahora, a la hora de desintoxicarse, tomándonos unas chelas, ustedes siguen con la cantaleta.

—Pero si van a estar acá dos años, es mejor que sepan ahora a lo que se meten —dijo Alfredo Guerra.

—Revolución no es —dijo Abel Samaniego—. Para eso me quedo en mi partido.

—¿Y quién te paga? —le preguntó Gustavo—. Que yo sepa, los partidos no te pagan por hacer la revolución. Al revés: tú debes cotizar, compadre. ¿O no?

—Tómenlo como es, entonces —dijo Alfredo Guerra, que se esforzaba por asumir el papel de responsable que le había asignado el profesor Rivadeneyra—. Si es una chamba, que sea una chamba. Con sus exigencias, horarios, responsabilidades. Que yo sepa, eso es una chamba en el sistema capitalista...

—Ya, ya —intervino Abel Samaniego—. Las clases en la universidad, y no en el San Carlos.

—Sí, pues: es una chamba —y la pronunció lentamente, sílaba por sílaba—. Una cham-ba. ¿Ya?

—Pero qué tiene de malo que la revolución sea una cham-ba —preguntó Gustavo—. La verdadera chamba es entrega,

dedicación, constancia, para que salga bien. Además, seamos grandecitos: hasta la revolución está en el mercado. Vende. Da ganancias. Y hay mucha gente que se pasa toda su vida de mierda haraganeando con la palabra revolución.

—Putá, que te pusiste anarco, mi pituco preferido —le dijo Abel Samaniego.

—Ya salimos de la universidad —gritó Gustavo—. ¿Hasta cuándo van a prolongar la mocosería de la revolución?

—¡Mercenario! —le gritó Abel Samaniego.

—Sincero: eso, sincero.

—Conchudo. No me jodas, pues, Gustavo.

—Nadie se viene al cerro por las huevas —intervino Luis Cárdenas.

—¿Dos más? ¿Dos más? Vamos, qué les pasa —dijo Gustavo—. Yo, por las huevas, voy a cualquier lado.

—No —dijo Luis Cárdenas.

—¿Y por qué crees que Rivadeneyra no viene por acá? El se está forrando con plata que le viene de fuera. Así no vale, caray, cobra por la universidad y por su proyecto. Hace carrera, mangonea, se infiltra entre las autoridades, quiere ser autoridad, y acá nos tiene a nosotros: sus pinches. Sus míseros pinches. Los pincharratas del cerro. Ah, ¿que no? —gritó Gustavo—. Pruebas al canto: ha amarrado su proyecto con la parroquia que le da cobertura en la universidad, y listo: la plata le llega segura, y sigue siendo una persona comprometida, ven, una persona comprometida no tiene por qué ser revolucionaria. Su compromiso es con el pueblo. Se debe al pueblo. Actúa y habla en nombre del pueblo. Sí: este pueblo de mierda que se pudre en el cerro. A control remoto maneja su proyecto y todo queda como la puta madre. Creo que Rivadeneyra no ha tomado un micro en su vida.

—Eso dices porque tú no militas —le dijo Abel Samaniego—. Pero yo sí. Y me jode estar en el cerro atado de pies y manos, sin poder hacer nada.

—Como qué —le preguntó Alfredo Guerra, ya casi amargo.

—Qué sé yo...

—Qué, pues: pon un ejemplo.

—Hablan por gusto —dijo Gustavo.

—Sí, carajo —dijo Alfredo Guerra—. Desde tu posición todo es muy cómodo. No crees en Dios, no crees en la revolución, no crees en el proyecto, no crees en Rivadeneyra, en la universidad, en nada, carajo, en qué crees...

Alfredo Guerra sí creía. Debía creer. Estaba obligado a hacerlo, porque su pasado, su casa, su barrio, debían pervivir en el futuro: ser el país que recogiera aquel mundo popular que dejaba atrás como una sombra y que recuperaba en el proyecto del cerro.

—El otro día —empezó a contar Gustavo, sin hacer caso a las preguntas de Alfredo Guerra— fue el deshuevo. Fui a Los Arboles para formar un grupo de trabajo de prensa barrial en el club José Carlos Mariátegui y no había nadie. Ni un concha de su madre estaba por allí. Entré a la casa esa, al salón, que parece haber sido el de una casa hacienda, y estuve como una hora esperándolos. Nada. Después de un rato se aparecieron dos niños y una viejita. Con tres no arrancaba ni de a vainas. Entonces decidí ir a buscarlos, casa por casa, oye...oye... los llamaba, vengan al curso, vamos al colegio, a trabajar, es hora. Les hablaba bonito, les rogaba, casi les pago para que vayan, pero me pareció exagerado. De otro modo, no cumplía mi actividad ni mi meta. El objetivo ya sé que no voy a cumplirlo al menos que les pague un chupo de plata, porque estos serán pobladores, pero no cojudos.

—Ese club es de mocosos, pues —dijo Abel Samaniego—. Yo lo que digo es trabajar con gente politizada. Con los dirigentes. Allí estamos perdiendo el tiempo.

—Y es que yo no tengo alma de profesor rural —dijo Gustavo.

—Somos promotores —dijo Alfredo Guerra—. ¿Es que no entienden?

—No jodas, que estamos en el San Carlos —dijo Abel Samaniego—. No te me hagas el cura, que eso es contagioso como los maricones. Si no vamos a hacer la revolución, por lo menos digámoslo.

—Los curas también son pendejos —dijo Alfredo Guerra—. Mira bien a Romano y aprende la lección. Tienen veinte siglos haciendo pendejadas, pero las hacen bien. Gorréales su expe-

riencia para tus partidos, para tus partidos de cuatro cojudos, ocho divisiones, y no sé qué mierda más...

Gil Bonilla estaba asado. Era la primera vez que Ricardo lo veía en ese estado de nervios, descontrolado, atragantándose las palabras mientras sorbía, lentamente, una cerveza tibia, abierta hacía rato, con las moscas fastidiándolo por las orejas, la nuca, los nudillos. Los dos estaban sentados en una cantina construida con palos y esteras, casi transparente, donde podía verse el exterior por cualquier agujero. Hacía horas que estaban allí casi en silencio, ante la cerveza recalentada por el sol del mediodía. Ricardo no era de tomar, y Gil Bonilla tampoco, pero Gil Bonilla quería hablarle, y como quien calienta motores estaba dándose ánimos. Por fin le dijo:

—¿Y cómo te va en la chamba?

—Allí...

—¿Contento?

—Más o menos.

—¿Te mareas con las vueltas?

—Ni que estuviera viejo... Las vueltas es lo más papaya.

—¿Y ya te has levantado algo?

—¿Qué quieres decir, Gil?

Gil Bonilla prendió un cigarrillo y se lo puso lentamente en los labios. Miraba a todos lados y a Ricardo a la vez. Esa era su gran habilidad: mirar sin mirar, decir sin decir, creando un leve clima de intriga y suspenso que provocaba en Ricardo una secreta admiración.

—¿Qué quieres decir? —repitió Ricardo.

—Si ya te levantaste algo —insistió Gil Bonilla.

—¿Como qué?

—Un sencillo, pues...

—¿Plata? ¿Quieres decir si he robado algo?

—Vaya, te pones saltón.

—Qué te pasa, ya no confías en mí... El responsable de disciplina me amenazó del saque de que si...

—Así son —lo interrumpió Gil Bonilla—. Atarantadores, pero no les tengas miedo. Ya vas a cumplir diecinueve años y es hora que te pongas en tus dos patitas y a caminar como los hombres.

—Sí, ya sé, pero...

—Quería hablar contigo, Ricardo.

—¿De qué? ¿Quieres que les robe? ¿Crees que les he robado? ¿Dime qué quieres de mí? Ya sabes que no soy bueno para el juego.

—Nadie habla de robar.

—Qué, entonces...

Gil Bonilla estuvo por pedir otra cerveza, pero se abstuvo. En realidad no la quería. Deseaba ser claro y mantener la admiración que Ricardo le profesaba. Miró a su alrededor, espantó las moscas de su cabeza, escupió al suelo y le dijo:

—Me han llamado los de la Coordinadora de los Barrios de la Zona Baja.

—¿Y qué es eso? —preguntó Ricardo, acomodándose en la silla.

—Es una agrupación política.

—No los conozco —dijo Ricardo, tratando de mantenerse tranquilo.

—Es una organización del cerro, de donde vives, Ricardo.

Hizo un alto, levantó la vista, casi por primera vez, y estando seguro de que no había nadie en esa cantina de tierra y piedra, le preguntó: —¿dónde vives tú, ah?

—Vivo en San Pedro, arriba. Junto a la bomba de agua. Por el colegio. En la misma casa, Gil, la que conoces de siempre.

—Conozco —dijo fríamente Gil Bonilla—. No hay piedra de este cerro que no conozca. No hay nadie acá que yo no conozca, Ricardo.

—Allí no he oído hablar de esa Coordinadora —dijo Ricardo.

—Nadie ha oído hablar de la Coordinadora.

—Y por qué me lo dices a mí... Yo...

—Porque me han llamado. Y como tú eres mi amigo, yo te lo digo a ti. No creas que se lo voy a decir a cualquiera. Confío en tu silencio y en que habrás de acompañarnos.

—¿Es una banda?

—No, Ricardo. Esto es política.

—¿Política? Pero yo no sé nada de política. Ni siquiera escribo bien.

—¿Y para qué quieres escribir? La política se hace, no se escribe.

—Pero hay que saber.

—Hay que saber lo necesario —dijo Gil Bonilla—. Quiénes son los concha de sus madres, y quiénes somos nosotros. El resto está de más, Ricardo.

—Sí, ya sé, pero la política la hacen los que saben, y yo no sé tanto de...

—Ese es un cuento de pendejos —dijo Gil Bonilla—. Los conchudos quieren tenernos de lado vendiéndonos la idea de que para hacer política hay que saber. ¿Saber qué, ah? Esta mierda la conozco desde mocosos. Desde que era así. A mí no me la va a enseñar nadie.

Ricardo optó por mirarlo de frente. No estaba acostumbrado a hacerlo, porque desde la época de la casa del doctor Pinillos, se acostumbró a mirar al suelo cuando le hablaban a la cara. Era incapaz de sostener las miradas. No podía. Sentía escalofríos. Alejandro se desesperaba cuando trataba de repararle las tablas de multiplicar y no le encontraba los ojos por ninguna parte. O cuando Juan Pablo lo batía, y lo batía, y Ricardo tenía que tragarse todas las puyas.

Gil Bonilla logró disponer de un conocimiento bastante acertado de la personalidad de Ricardo, aunque una personalidad como la suya consistía en escabullirse todo el tiempo. Ricardo no quería dar la cara. Para darla, primero debemos saber que la tenemos; segundo, ser valiente, conchudo, alguien, Ricardo. El cambio de la casa del doctor Pinillos al cerro no podía significar, de ninguna manera, un remezón traumático. Por las pocas veces que pudo sonsacarle algo, Gil Bonilla tuvo claro que Emilia se debatía en una terrible contradicción: sujetar a Ricardo a las costumbres de Juan Pablo y sus amigos

o alejarlo definitivamente, buscándole amigos como él, con su facha y su talla, con su piel y su silencio. Hubiera dado la vida por encontrar apoyo en Damián. Pero su esposo era un cónyuge a medias, un vagabundo de los jardines que construía una casa en un cerro sin saber quién viviría allí. Si solo, si los tres, si... Emilia estaba amarrada de por vida a la familia del doctor Pinillos; esa era su familia, su identidad, su lealtad. ¿Y Ricardo? ¿Quién podría ayudarla en el menester de proyectar la vida de su hijo, destripado entre dos mundos?

Ricardo levantó la mirada, la sostuvo, tomó aire, y le preguntó:

—¿Quieres que vaya contigo?

—Sí —dijo Gil Bonilla—. Quiero que seas uno de los nuestros. Que pertenezcas a la Coordinadora de los Barrios de este cerro, que es donde tú, carajo, vives.

—¿Y para hacer qué?

—Ya nos dirán.

—¿Política?

—Política. Pero nuestra política. La de nosotros.

—¿Pero cómo?

—Ya nos dirán —repitió Gil Bonilla, empleando la misma voz, esa voz que intercalaba tan bien la seguridad y la persuasión—. Son gente como nosotros, no te preocupes, hablan igualito que tú o yo. Entiende, Ricardo, son de acá. Los tuyos.

Gil Bonilla conocía la historia personal de Ricardo. Los años que pasó en casa del doctor Pinillos y cómo esa experiencia moldeó su personalidad. La muerte de su madre, primero, y luego la de Damián. Lo conocía desde las épocas del colegio, en San Pedro, cuando no podía repetir las tablas de multiplicar y con las justas se podía leer lo que escribía por la caligrafía de mierda. Cuando Ricardo llegó al cerro hizo amistad con Anselmo Ruiz, el jefe del colegio, quien mandaba a alumnos y profesores, amenazándolos con robarles si no lo pasaban en los cursos. Gil Bonilla iba a ese colegio porque vivía con una tía, en la época en que su padre viajaba a la sierra como conductor de un camión. Con Gil Bonilla no se metía nadie, porque él no se metía con nadie. Era callado. Y a las personas calladas se les respeta porque no se sabe en qué piensan, qué tienen

dentro, cómo son sus vísceras y su corazón, ni qué fuerzas tienen o qué pueden hacer el día que hablen. Anselmo Ruiz siempre lo respetó. Y por eso Ricardo lo admiraba.

—Sí —repitió Gil Bonilla—, quiero que seas uno de los nuestros.

—Vamos a ir ahora...

—No, ahora no. Sigue trabajando en tu micro. Sigue dando vueltas, tranquilo nomás, sin hacer mucho ruido. Pero no le tengas miedo a ese responsable de disciplina. Ya te daremos un trabajo para con él. Ahora tranquilo, y después ya le dirás con quién se ha metido. Tendrá que aflojar sin chistar. Y será a las buenas, por una causa que merece la pena.

—¿Y cómo quieres que lo haga, si siempre me revisan al toque cada vez que llegamos al último paradero? Sólo tengo dos bolsillos. Y la bolsita esa, que llevo amarrada al cinturón, me la quitan apenas llegamos.

—Así no es —respondió Gil Bonilla—. Ya te explicaremos. Todo a su tiempo. Lo primero que tienes que aprender es a tener paciencia, a que todo llegará cuando las condiciones estén dadas. El mismo te va a entregar el dinero, sin que tú muevas un puto dedo.

—Entonces, ¿no le voy a robar?

—No —dijo Gil Bonilla—. Robar suena feo. Es una palabra burguesa. Va a colaborar. Eso es: colaborar. Aprende esa palabra y ya vas a entender qué es hacer política para nosotros.

El cerro es duro, musculoso, de piedra y tierra. En los veranos hierve como un caldero; lejos del mar, las brisas saladas jamás llegan hasta sus cuevas remojadas con basura. La ciudad lo ha ido incorporando de a pocos, creándole mercados y mercadillos, abriéndole calles y corredores, colocándole focos hasta la cima, pertrechándolo con aguas negras cada vez

que se rompe una cañería, inundándolo de aniegos. De arriba, puede tenerse una idea bastante general de la ciudad. Las lucesitas de las noches, prendidas a todo lo largo y ancho, como velitas en la torta del cumpleaños de Juan Pablo —pensaba Ricardo, que recordaba muy bien cuando miraba detrás del vidrio, por el jardín, hacia el comedor de la casa del doctor Pinillos—, no le dañan los ojos a nadie.

En sus cinco años exactos que vivía en el cerro, poco era lo que había cambiado. Recordaba que su padre le contaba cómo era en los tiempos de la invasión, luchando palmo a palmo contra las piedras y durmiendo con un ojo cerrado y el otro abierto para que no le robaran o lo sacaran en vilo los policías que defendían la propiedad de doña Isabel.

Ricardo estaba cumpliendo diecinueve años. Por primera vez se sintió solo, sin nadie a su costado, sin conocer a alguien que se preocupara por él o supiera lo que podría anhelar. Anselmo Ruiz, fuera de circulación, después que lo atraparon en un atraco por las puras huevas, no tenía el coraje necesario de visitarlo. Su padre estaba muerto y la tía con quien vivía se mandó mudar a otro barrio de la ciudad, donde la gente viva como la gente, y no como animales.

—Anselmo está en Canadá —le dijo en una oportunidad Gil Bonilla—. En cana, pues. Eso le pasa por desesperado. Por querer actuar solo. A mí nunca me vas a ver en una de esas jaulas, Ricardo.

Ricardo estaba ahora en su covacha, en la casa que Damián levantó con su esfuerzo de años. Jamás pudo, sin embargo, colocar el techo, y las paredes tenían unos forados por donde el viento las atravesaba como una navaja. Hacía sus buenos tiempos que no iba por el barrio de los jardines; por el jardín de los Romero o los Labarthe o los Sayán, ni siquiera por el jardín de Pietro Galderisi. Después de la muerte de Damián, Ricardo olvidó el jardín de los Ibáñez y no tenía idea adónde diablos se había marchado la familia Pinillos.

Cumplir diecinueve años y estar solo, carajo. Gil Bonilla desapareció desde el día que le habló lleno de misterios de la Coordinadora. Que colaborara, qué habría querido decir con eso. Tenía miedo, estaba solo. Contó su dinero y apenas unos

cuantos de a cincuenta. Pensó en las vueltas diarias en el microbús y en el viento golpeándole la cara trepado en el estribo. «Si por lo menos viniera Gil», dijo Ricardo. «Si por lo menos viniera una persona, una, tan sólo una». Se tumbó en el colchón de Damián, porque el suyo lo arrojó para hacer espacio. No habría podido venderlo. «Debe tener pulgas —le dijeron—. Sarna. Nadie duerme en el colchón de un muerto». Pero el cerro olía a sarna quemada con la basura. La basura era arrojada a puntapiés desde la cima hasta la Riva Agüero, a ver si un día pasa el camión y se la lleva. En esa basura podría convivir el cadáver de alguien, comido por las moscas. El olor del cerro impregnaba el cuerpo de sus pobladores, y le otorgaba un cierto sabor dulzón. Por ley natural, la basura se acumulaba entre las dos arterias principales y era sacudida, desde sus raíces, por la vorágine del tráfico. «No pensarás que el camión municipal va a subir hasta tu casita —le dijo una vez Anselmo—. Si sube, nos confunde y nos mete adentro. Pa' ellos somos lo mismo».

Tumbado en el colchón de Damián se quedó pensando con los ojos abiertos. La imagen del limpiacarros le atravesó la garganta como si fuese una manzana podrida. No lo había vuelto a ver desde que murió Damián, pues tuvo que vender la bicicleta, «tuve», se repitió a sí mismo, malditos diecinueve años, y tuvo que venderla para comer, comer, qué razón más cojuda. La bicicleta sí se la compraron. «Es de fierro. No contagia. Las enfermedades de los muertos andan en los sitios donde duermen. Las bicicletas son de fierro, como si fuesen de nadies».

El dinero de los Galderisi le alcanzó para el entierro y algunos días más. «Al Angel van los ricos —le dijo Anselmo —de otro modo no se robarían las lápidas». De la morgue, Ricardo llamó a don Pietro Galderisi para decirle que había llegado tarde, cuando subí, traspirando, mordiéndome la lengua, vi a un montón de gente curioseando y se habían robado todo, don Pietro, no tengo nada, y Damián estaba tirado en el colchón. «En el colchón donde estoy tirado», pensó Ricardo. Y don Pietro mandó al chofer de nuevo con un fajo de billetes para el entierro. Ese hijo de puta se tuvo que subir todos los escalones,

y se gastó un culo de esa plata, que era para mí, en gente que le cuidara el carro. El carro, ya sé, es más importante que las personas. A veces valen más. Y ese sí que vale, le dijo el chofer.

Parte del dinero que le quedó lo gastó en un taxi, para sacarlo de allí. En vestirlo con algo mejor, aunque sea con una camisa limpia. En trasladarlo, tapiarlo, enterrarlo en una casa mejor que la del cerro. Por lo menos allí no entrará el aire que se mete por estas paredes. «Tuve», pues, que vender la bicicleta de los jardines, la de Damián, la que compró a precio de ganga a la familia Sayán.

A su vez, a Gustavo se le removían los pisos y las piezas astutamente colocadas en el tablero. Empezó a entender, por fin, que los años no pasan en balde. Que las decisiones tienen consecuencias e, incluso, las que no se toman también las tienen. Que su amistad con Alejandro lo mantenía cerca al mundo que él, con su desidia, apartaba, y reconocía que la desidia era, también, un arma mortífera como la rebelión, y aún peor: la desidia permitía ir borrando las fronteras de manera más profunda que un grito destemplado en los patios y jardines de la universidad; que un carajo, un discurso inflamado, porque tenía el significado de ir borrando todas las huellas.

Estos años, sin embargo, hicieron de Alejandro otra persona. Desde que regresó de los Estados Unidos se había integrado perfectamente en el circuito financiero, y vivía en otros barrios, ya más lejanos, esta vez, casado, con su mujer esperando el primer hijo. Por fin las diferencias económicas se expresaban en todo su esplendor: tenía cuenta bancaria, cuenta corriente, tarjetas de crédito, tenía un banco, trabajaba en un banco, era la finanza. Gustavo, en cambio, sólo tenía el recuerdo ya resquebrajado de su abuelo banquero. En el colegio nunca se notó la diferencia económica entre los dos, y si bien para el padre de Alejandro ese colegio era algo natural, para el de Gustavo representó un esfuerzo, al cual, caray, no había correspondido. Ir ahora a la casa de Alejandro no le resultaba tan fácil. Vivía en un cerro, sí, en un cerro, caray, pero en un señor cerro. Con piscinas y enormes jardines, al sur este de la ciudad, desde donde podía verse el mar en los días

abiertos, cuando la neblina no ocultaba las heridas. En ese cerro no podría vivir de ninguna manera La Menacho, zona tugurizada, densa como la neblina invernal. La Menacho, quién le habrá puesto esa chapa, pensaba Gustavo, tratando de encontrar contenido en las palabras, porque era una de tres: una desgraciada, una señora de agallas o una dirigente que le consiguió luz a todo el barrio. Acá La Menacho sería la empleada. La empleada no; la cocinera de años y confianzuda con los niños, juguetona con el señor, cómplice de la señora. O una especie de ama de llaves, historia, porque la mansión de Alejandro se modernizaba a su modo, y La Menacho, de estar allí, sería la respondona: la criada respondona, la de cosas que se acordaba Gustavo.

A Gustavo le encantaba ir con Rosa cuando Alejandro los invitaba. Había conocido el terreno antes, mucho antes de que construyeran algo por allí; el terreno tizado, libre, abandonado. Poco a poco, enormes casas fueron poblándolo y domaban esa tierra áspera colocando fronteras, esto es mío y esto es tuyo, hasta que sólo se pudo entrar diciendo quién lo había invitado. Como Alejandro lo recogía de la casa de sus padres, entraba en su auto, sin necesidad de explicarle a los guardianes quién era y adónde iba. Durante los aperitivos en el bar, Rosa lo miraba como si lo interrogara, haciéndole saber con sus ojos si ya había decidido algo, tener algo, algo, poco, cualquier cosa, pero algo, algo de los dos.

En sus dos años de enamoramiento, Gustavo nunca pudo zafarse de la idea absurda de su responsabilidad en las relaciones; Rosa, a quien había conocido jugando, coqueteando, se convertía, en su cabeza, en un asunto serio. Cierto que ella lo miraba con esos ojos grandes y negros, directo a sus ojos chinos y marrones, pero lo miraba con el cariño y el amor que siempre dijo y mostró tener, pero ahora Gustavo lo interpretaba como una manera de exigirle una serie de iniciativas para ver si llegaban a algún lado. A Gustavo le encantaba verla reír; gozaba cuando sabía que estaba bien, relajada, instalada en el presente. Su cuerpo adquiría en esos momentos una suavidad maravillosa, como cuando estaban en las playas del sur, echados al pie del mar, besándose como locos, dispuestos a morir si

era necesario, sin futuro alguno. Su enamoramiento no tuvo un inicio, porque comiéndose las palabras, Gustavo decidió por cogerle la mano, juntarla a su lado, mirarla bien, y quedarse callado. ¡Felizmente que Rosa lo había entendido! ¡Gracias a Dios que Rosa respondía que sí con su silencio! Pero ahora, con el transcurrir del tiempo, las palabras se hacían necesarias; era preciso hablar, abrir la boca, decir algo. Algo: pero ¿qué? Los enamoramientos se van formalizando en noviazgos y estos se comprometen y fijan fecha, hora y lugar, para convertirse en matrimonios. Le encantaba su cuerpo bronceado y cubierto eventualmente por la sombra de una bandada de gaviotas; le fascinaba su sonrisa cuando suavizaba los gestos en su rostro; pero se atemorizaba, cuando en casa de Alejandro y Susana, intuía en su mirada el ansia de la palabra.

A Gustavo le gustaba treparse en uno de los inmensos banquitos del bar y jugar a que era un bebedor del saloon norteamericano. Maldita educación de hot dogs y hamburguesas la que recibió en su infancia, y maldito ese maravilloso cerro en Chaclacayo donde jugaba salvajemente a los vaqueros con su primo. Un par de vodkas y el otro cerro quedaba en el olvido. Empezaba a confundirlos, a pensar que eran el mismo, pero cómo podían serlo: aquel tenía unos enormes árboles hasta su misma punta, donde una acequia regaba los jardines con tan sólo desviar sus aguas hacia abajo. El otro era seco, como la piel de un muerto picoteado por los pájaros. Y éste quería parecerse a los jardines del Edén, tapiado y cercado por murallas. Cerrando los ojos, dejaba de ver los dos enormes ojos negros de Rosa que insistían en interrogarlo.

Alejandro no hacía otra cosa que repetirle, «déjate de vainas, hombre, y decídete a trabajar de una vez por todas». Susana, su mujer, hablaba con temor con Rosa. Quería compartir su felicidad y sus cosas, pero, al mismo tiempo, temía despertar en ella desasosiegos. Cuando la conoció, Rosa llevaba ya dos años enamorándose con Gustavo, y todavía no formalizaban su relación. Gustavo pensó que esos almuerzos maravillosos lo ponían contra la espada y la pared; le planteaban dilemas y le exigían decisiones. Se moría de miedo de perder la amistad de Alejandro, único vínculo sobreviviente

que lo relacionaba a un mundo seguro, al cual, por incapacidad, no pertenecía plenamente. Si dejaba de verlo, sólo se quedaría en el cerro; en la universidad y en el cerro.

Su padre envejecía apresuradamente mientras la pensión de la jubilación resultaba cada vez más estrecha. No era ya el hombre fuerte de antaño, y su madre perdía las esperanzas de que su hijo se casara con la hija de una de sus amigas. Que todo lo hago mal, llegó a pensar Gustavo: todo mal por gusto, por capricho, por convicción, testarudez, o sentimentalismo. ¿Por qué dejar de aspirar y tener, si le daba tanta cólera cuando otros lo anhelaban con tanta vehemencia? Sube y baja. Hoy, yo, mañana, tú. Rubén Ortiz le exasperaba con su afán de conectarse con sus amigos del colegio; buenos amigos, buenas conexiones, ganchos, escaleras, varas: chancho de mierda. Si me invitan, se decía Gustavo, es porque me quieren como soy. Un huevo frito, pero así me quieren. Y se reía de orgullo, chancho de mierda.

Rivadeneira no lo quería tanto. Gustavo no fue un alumno comprometido en la universidad, y menos aún con los pobres. Nunca pudo entender la pobreza como una virtud, como si fuera de la puta madre, mientras él se comía todos los jamones, se engullía la torta a escondidas para que no lo pescaran. Varias fueron las veces en que los de la fundación enviaron a un consultor al cerro para comprobar la pobreza de la que tanto hablaba el profesor Rivadeneira. Gustavo lo paseaba con Alfredo Guerra por los corredores, las escalinatas y callejuelas del cerro, metiéndose en las entrañas de la mole viva, y no se impacientaba cuando tomaba fotos metido entre los curiosos. El famoso pobre podía arrecharse en una de esas y arrancharle la cámara al gringo... Cuando formulaba preguntas de cómo vivía esa gente y de dónde venían, si del campo o de la sierra, si eran indios, si seguían comportándose como indios o si eran semi indios, indios a medias, si todavía tocaban quena, si mantenían sus costumbres, o el rock, el maldito rock que se mete por todas partes, sí, carajo, Gustavo lo escuchaba y le respondía... Si extrañaban el olor del campo, si olvidaron ya lo que habían sido, y un flash, y otro, a mí, a mí, gritaban los niños saltando alrededor suyo, hasta que el gringo enorme

y atolondrado por las casas una encima de la otra, se topó una vez con un hombre que le dijo: «cobro veinte lucas por foto, gringo. O sea que desembucha de una vez o te me largas». El gringo le pagó e hizo el viaje de regreso callado, tratando de entender lo que Alfredo Guerra y Gustavo ya entendían: ver la miseria todos los días —menos sábados y domingos— de cinco a diez de la noche.

Rivadeneyra le pedía empeño; compartía con Esteban Revilla la necesidad de confraternizar con los pobladores, y no sujetarse como los burócratas a un horario. Promover, decía, es conocer y aprender; proyectar, comprometerse, generar, impulsar, potenciar, todas esas palabras juntas. Rivadeneyra sabía perfectamente que a Gustavo le entraban por una oreja y le salían por la otra. Hasta por el ojeté se me escapan, profesor.

Gustavo dejó de ver, sin embargo, a Alejandro con la frecuencia de antes. Comprendió que el trabajo y el matrimonio cambian a las personas, más allá de su propia voluntad, por la sencilla razón de que las horas del día se consumen en esas dos actividades. Un mes sí, dos meses no, seis meses, ocho meses pasaban sin verse, y así se veían menos y menos, y su padre le dijo: «la amistad es como una planta; si no se riega, se muere». Gustavo lo presentía, y le desesperaba la idea. Su relación con Rosa se hizo taciturna, como si su rosa envejeciera de golpe, sin luces, con una mirada ahora resignada, sin brillo. El sofá de su casa le quedó enano. El sofá de los aparres y los chapes era ahora ridículo, carente de grandeza. Lo que necesitaban era una cama, carajo. Una cama, Gustavo, le pedía a gritos el cuerpo de Rosa. El trabajo durante las noches en el cerro lo alejaba también de ella, y las veces que iba a visitarla como un enamorado a quien se le pasó la misa de una y todas las misas, lo hacía sin furor, irritado, desagradado consigo mismo. No había sido capaz de meterle un buen polvo, todavía; un buen polvo en el momento debido, y una mujer no perdona que no le metan un buen polvo cuando abre las piernas, sobre todo cuando uno se las cierra porque no sabe qué rayos hará después.

El matrimonio de Alejandro significó para Gustavo el fin de una etapa, etapa que ya había finalizado, entendiéndolo, y agonizaba sin heroísmo alguno. Después de dos años de haber regresado al país le estaba diciendo que era la hora de poner las cosas en orden y dar un paso adelante.

Gustavo lo había acompañado con Rosa en todas aquellas salidas que tenían como finalidad decidirse con cuál, de entre todas aquellas niñas de sociedad, podía establecerse y dar el paso siguiente —que ya debía haberlo dado, según su padre— en la evolución natural o forzada de las personas. El doctor Pinillos no quería morir sin verlo casado. El matrimonio era la garantía de la estabilidad y la estabilidad era la garantía de la felicidad. Debía, pues, formar un hogar. Pero ya. Estaba en la edad y las muchachas —muchacho— están allí, a tu disposición.

Para los hombres, el matrimonio suele ser la coronación de una etapa que culmina, mientras para las mujeres es, sin duda, la coronación de una nueva era. Alejandro vivía en secreto una probable angustia durante todas esas citas programadas por sus padres, a las cuales asistía como una bestia repentinamente despojada de su energía. Cabizbajo sería exagerar, pero sí algo resignado. La vida tenía etapas y era menester cumplirlas al pie de la letra, a menos que se quisiera perpetuar una forma y expectativa sin correspondencia con la evolución del cuerpo. Empezaba a perder la vista y la cabellera, su estómago funcionaba a medias, las piernas no acompañaban sus eventuales deseos de sorpresa. Estaba en la maldita edad, según su padre.

Gustavo, como resulta obvio, intentaba prolongar un estado de gracia civil que consistía en responder por sí mismo y por nadie más. Menos aún por una mujer, a quien la vida colocaba como un animal distante. Debía resolver su propio enigma, estúpido probablemente, cuyas claves eran herramientas que desconocía por completo. Rosa estaba allí, cerca, como una puerta que se junta: ni abierta ni cerrada, esperando tan sólo una palabra suya para que todo se volviera cierto. Ah, las palabras dichas en el momento correcto y correctamente...

Las que no llegó a pronunciar con la claridad debida. Su edad era la misma, casi era como Alejandro, pero no disponía de un futuro, un plan, un proyecto, una perspectiva que permitiera el desenlace. Era y estaba hecho un nudo.

Gustavo y Rosa cumplían su función a cabalidad. Eran amables con cada una de ellas y no cometían el error, imperdonable, de mencionarle a la compañera del momento el nombre de la muchacha que había salido la vez anterior con Alejandro. A Gustavo le divertía ser testigo ocular de cómo las mujeres se esforzaban por mostrar su mejor cara, intuyendo (o tratando de intuir) lo que Alejandro era o podría ser. Esto duró algo más de un año. Pero Gustavo sabía que Alejandro había tenido también su gran amor de joven, perdido de joven, extraviándolo durante su permanencia en los Estados Unidos.

—Lo que me fastidia —le decía a Gustavo— es que nunca me haya conocido. Piensa, me llegó a decir que yo no la dejaría ser.

Alejandro la conoció en la víspera de su viaje, y decidió allá, después de establecer un intenso amor por correspondencia, dejarla libre, para que no se atara a un fantasma maravilloso, pero que vivía a miles de kilómetros, en Vermont, USA. Después se encontrarían, le escribió, porque él tenía dieciocho y ella catorce.

—Jamás me lo perdonó —le decía Alejandro.

—Pero la viste después, ¿no es cierto?

Después, como todo, caray, ella había cambiado. Alejandro la petrificó en su adolescencia, junto al muro de su casa, y su enorme cabellera rodándole hasta la cintura. ¡Cómo olvidar sus ojos verde-uva italia sin lavar! En el recuerdo de Alejandro permanecía delgada, blanca, muy blanca, tímida y melancólica. En verdad, había cambiado poco, y mostraba, después de la muerte de su padre, su esencia desnuda. Estaba desprotegida, pero no quería protección. Era frágil, y anhelaba mostrar su fortaleza. Quería irse del país en el momento preciso en que Alejandro regresaba, y mientras él ordenaba su futuro, ella lo desordenaba. Se marchó, sin despedirse, después de haber sido una de las muchachas con las cuales salió en una de esas salidas, y que Alejandro nunca quiso salirse de ella. No había

vuelto a saber de su vida, estaba lejos, dejó de existir, se extravió, se hizo humo. Ya no estaba.

Alejandro se casó con una muchacha no designada por el doctor Pinillos en esas veladas de reconocimiento. Fue por su cuenta y riesgo, de casualidad. Era una mujer de personalidad y fortaleza física. Durante sus seis meses de noviazgo, Gustavo y Rosa eran los fieles acompañantes de la nueva pareja. Lo curioso, angustiante y, por momentos, desgarrador, era que la pareja Gustavo-Rosa se estancaba en una relación dilatada, sin avanzar hacia ningún lugar.

Gustavo perdía sus bríos rebeldes (sus tímidos bríos) y se encontraba rumiando una apatía que desesperaba a Rosa. Su trabajo en el cerro lo complementaba con unas estruendosas borracheras en el San Carlos, en aquella cantina de hombres agotados, por la avenida Grau. Y, si después de unos tres años, una pareja de enamorados no ahorra para casarse, para comprar lo indispensable, para pensar en el futuro, la relación se estanca.

—Después de un tiempo tienes que tirártela —le decía Samuel Barreto, un antiguo compañero de universidad—. El amor es así: tienes que avanzar, hasta la cama, cuñado...

Gustavo reía, mientras tomaba unas cervezas en uno de los ambientes del bar El Triunfo. Esos aspectos de su relación eran privados, pero le gustaba mantenerlos en la ambigüedad. No decía ni sí ni no, y le gustaba pensar que sus amigos creyeran que ya habían tenido relaciones, que eran modernos, progresistas, izquierdistas, por lo menos en lo que a sexo se refiere. Sí: que pensarán que ya se la había comido, brincado, soplado, tirado. Y reía de buena gana mientras pensaba que aún había tiempo para no dar ningún paso.

El matrimonio de Alejandro lo ponía en aprietos. Ellos se conocieron mucho después, hacía verdaderamente poco, y ya formalizaban su compromiso. De Rosa le gustaba su recato, su capacidad de estar en cualquier sitio de la ciudad, y su pasión, su ardorosa pasión que él, curiosamente, controlaba. No se la había tirado del todo, pero casi: le encantaba acariciarla hasta el orgasmo, levantándole el vestido a la cintura. Después, quedaba extenuado contemplando su cielo, acariciándole el

cabello mientras ella se arreglaba la ropa. No les importaba amarse a medias en los parques, pero a él le desagradaba no haber sido capaz de penetrarla del todo. «Ni en la militancia ni en el sexo», se recriminaba Gustavo. «Soy un huevas tristes». En una época pensó que desflorarla podría perjudicarla, porque no sabía si iba a ser capaz de casarse, de dar ese paso, saltar a esa etapa, y después nadie la recogería. Cuando tiempo después recapacitó en esos pensamientos, se dijo que era un cojudo a la vela. Una amiga de la universidad le contó que era el hombre quien a las finales se chupaba, y matándose de risa, le contó una vez que con el hombre encima, en un hotel del centro, este se zafó y le dijo: «podría perjudicarte». Samuel Barreto, en cambio, se la tiró varias veces. Gustavo creía que se aprovechaba de ella en un momento en el cual sus padres se estaban divorciando, y que ella, sin pensar mucho, se iba con el primero. Pero no: Samuel Barreto había sido claro: «si una mujer dice de ti que eres buena gente, estas jodido, compadre».

Gustavo fue testigo por lo civil. Estuvo con Rosa cogido de la mano durante toda la ceremonia, pero sin cambiar palabras.

Ricardo, vaya uno a saber si por esa misma época estaba tirado en el colchón de Damián festejando sus diecinueve años. La ciudad, abandonada a sus pies, lejos, como un animal arrinconándose bajo la noche.

El propósito de la reunión era juntar a los viejos amigos del colegio que empezaban a casarse de a pocos. Allí estaban pletóricos a un lado de la sala mientras, en el otro extremo, las jóvenes esposas se contaban sus cosas en voz baja, hasta que una de ellas reía, y entonces reían todas. Los compañeros de colegio empezaban a adquirir hábitos propios de las personas

que trabajan en los lugares correctos y les va bien. La vida era una aventura que valía la pena gozarla. La seguridad de tener los consumos a la mano les daba gran flexibilidad a sus movimientos. Cuando Gustavo llegó con Andrés ya varios estaban allí, y se servían estruendosos whiskies. Alejandro lo recibió con un fuerte abrazo y no le preguntó otra vez por qué venía sin Rosa; ya los demás lo fastidiarían a sus anchas, diciéndole: «pendejo, te estás escapando».

Gustavo estaba provisto de una coraza para soportar ese tipo de bromas. Sabía que le iban a formular las preguntas de siempre, pero esta vez con un nuevo ingrediente: ya no le dirían por qué no empezaba a trabajar como la gente decente, sino que les explicara en qué mierda estaba trabajando, que se los explicara y se dejara de misterios y cabronadas. Para eso estaban los amigos.

David y Jorge lo recibieron con esos abrazos que tanta falta le hacían, le desordenaron el cabello, le tironearon la camisa, le rociaron un poco de whisky por la cabeza, como era la costumbre cuando querían expresar sus afectos. Gustavo reconoció una grata sensación de alivio, de protección, y estaba dispuesto a olvidar en ese fin de semana lo que hacía en el cerro.

—Tiempo que no te dejás ver, maricón —lo recriminó David, mostrando su blanca dentadura de siempre—. Los amigos están acá, ¿o no te has dado cuenta?

—Es que está de rojo —intervino Alfonso—. Para con los comunistas de la universidad.

—¿Franco? Pero no lo puedo creer, si este patita es puro corazón —dijo Rafael.

Franco, que... Qué iba a explicar si él no lo tenía claro. Una sonrisa bastaría para dejar a todo el mundo desarmado, tal como había sido su costumbre cada vez que tenía que fijar posiciones. «Con una sonrisa conquistas al mundo», le decía su madre, «utiliza tu charming smile», y él modificó la consigna, con bastante éxito, en «con una sonrisa desconciertas al mundo». Sonreír, sonreír, esa era la verdadera consigna de guerra, el mejor instrumento de lucha para responder a todas las preguntas.

—Está de comunista, pues —insistió Alfonso—. Por eso es que no se deja ver.

—Pero si Gustavito es buena gente —intervino David—. No me lo jodan a mi filósofo favorito. De nosotros es el único que lee.

Alejandro se acercó con un vaso de whisky y se lo depositó en la mano.

—Para que chupes —le dijo.

Alejandro también tenía su sonrisa —tierna y sensible— e invitaba a la complicidad. Los amigos lo reconocían más por sus sonoras carcajadas, acompañadas siempre por un movimiento de piernas que parecían desajustarlo de la tierra. Pero Gustavo reconocía aquella sonrisa como una excelente manera de comunicar sus estados de ánimo. Durante toda su adolescencia rieron juntos, en todas partes y en todas circunstancias, a tal punto que la madre de Gustavo los bautizó como los de la risa floja. Ah, pensaría Gustavo en esos momentos, cuán fácil era reír por entonces...

—Estoy preparando algunos papeles para ver si consigo una beca —se atrevió a decir Gustavo—. Un cambio de aire no caería mal.

—Y adónde es bueno...

—París, quizá...

—Gustavito tiene buen gusto, qué se han creído ustedes. Parece huevón, pero pa'los cojudos.

—Allí van los rojos de la universidad —exclamó Alfonso—. A los franceses les encanta hacer las revoluciones, pero fuera de su casa. En Francia, ¡las huevas!

—No olvides la revolución francesa —respondió burlonamente Gustavo—. Esa la hicieron en su casita y tuvieron sus muertitos.

—Ese es el Gustavo que me gusta —gritó Rafael.

—Más trago —gritó David.

—Hace años de eso —respondió Alfonso—. Pero ahora, les gusta experimentar en otros países.

—¿Y a hacer qué? —le preguntó Andrés.

—A estudiar.

—¿Hasta cuándo, flaco? Ya acabó el colegio.

—Lléname el vaso, y que no joda.

—Lo que debes hacer es buscarte un trabajo. Oye, oye Jorge, por qué no le das una chamba a Gustavito... dice que se va a París porque acá no se puede trabajar.

—Lo que debes hacer —dijo Rafael— es buscarte un trabajo de verdad y casarte con Rosa. Ya estás grandecito para dar exámenes—. Hizo un gesto como si buscara las palabras, y añadió:

—Los exámenes se pasan en la vida, y a ti te están jalando, huevo frito.

Justo en ese momento se acercó Susana y lo raptó al rincón donde conversaban las mujeres.

—Vamos a hacerte un interrogatorio —le dijo— pero con cariñitos, para que nos cuentes...

Gustavo llegó al grupo de las jóvenes esposas cogido del brazo por Susana, e hizo un saludo general. Muchas de ellas eran sus amigas de toda la vida, que le dijeron al unísono, «así no, un besito», y Gustavo tuvo que reclinarse varias veces para besarlas en sus mejillas, reconociendo el olor de los perfumes y la fragancia que procedía de las raíces de su piel.

Estaban por fin casadas con los maridos que antes fueron sus novios y mucho antes sus enamorados y antes aún los guapos muchachos por los que suspiraban y se secreteaban entre ellas contándose sus afanes. Eran las señoras que ordenaban el mundo a través del suyo. Habían resultado ser unas eficientes amas de casa, bastante acomodadas, incluso modernas durante las mañanas —asistían a cursos de arte— pero demasiado conservadoras durante las noches. En todo caso, estaban allí, lindas, guapas, conservadas, elegantes, discretas, maravillosas, tal como Gustavo las recordaba de adolescentes. ¿Qué habían perdido? Poco. En cambio, habían ganado en conversación. Incluso, podría decir Gustavo, eran hasta más interesantes, en todas esas dudas y curiosidades tardías que mostraban delante suyo.

Gustavo siempre mantuvo la curiosidad de saber por qué razón no fue capaz de despertar en ellas el sentimiento de la pasión, si ese sentimiento era capaz de despertarse entre ellas durante el noviazgo. Estúpidamente pensó que no eran capa-

ces de sentir ardor y estaban concebidas para llegar vírgenes al matrimonio. Jamás se atrevió a preguntárselo, pero sí, sí recordaba escenas que daban a entender que también eran hembras calientes. Las esposas de sus amigos, las maravillosas esposas de sus amigos, sus amigas, estaban bien sentadas en el inmenso sofá de la sala.

—¿Y Rosa? —preguntó Elena, sin darle tiempo a respirar después de todos los besos—. ¿Por qué no la has traído?

En su pregunta había cariño, pero también recriminación.

—Creo que hemos terminado...

—¿Cómo que creo? ¡Estás loco! Rosa es una mujer extraordinaria. Así nomás no vas a encontrar una mujer que te aguante.

Gustavo sabía que esa era una virtud que las mujeres reconocían en Rosa, pero al mismo tiempo le incomodaba la idea de que él fuera un peso, un estorbo, una inutilidad que aquella mujer soportaba.

—Creo.. no sé... Tenemos planes...

—El único plan es casarse. Nada de plancitos con mi amiga —dijo coquetamente Patricia.

Ellas guardaban un aprecio especial por Rosa, a quien consideraban una mujer de grandes cualidades, que se hizo sola en la vida, cuidando de su padre y sus dos hermanos. Entre ellas, Rosa era la única que trabajaba. No eran muy amigas —íntimas, como decían— porque, además de no haber sido del grupo de adolescentes, a Rosa le gustaba estar entre los amigos de Gustavo, con quienes discutía y refutaba a través de sólidos argumentos.

—De repente terminamos —dijo Gustavo, y miró a Susana con sus ojos de alma en pena—. Digo de repente, porque no sé.

Tienes que trabajar para darle lo que se merece —dijo Elena—, Rosa no es exigente. No te va a pedir un Mercedes, una casa como esta, vestidos, viajes, fiestas, pero quiere que te organices. Es lo mínimo que pide una mujer.

—Habrá otras que quieren otras cosas —dijo Susana.

Susana era una mujer hecha a la vida. Hasta antes de contraer matrimonio trabajó en un banco, sabía perfectamente

de horarios y responsabilidades, de jefes y colectivos, incluso conocía otro tipo de gente, que le daba un aire de mundo que Gustavo supo reconocer rápidamente.

—No todas las mujeres son iguales —intervino de pronto Aída, una mujer raramente sensible, que Gustavo sentía cercana desde sus años de adolescente—. ¿No crees que hay una mujer para cada hombre?

Gustavo sonrió. Pero esta vez la sonrisa era su respuesta.

Aída era una mujer delgada, frágil, pequeña, de un rostro tremendamente expresivo. Gustavo la recordaba casi siempre enferma de los bronquios, de un asma que la hacía protegerse extremadamente en sus abrigos y le despertaba una ternura que, a pesar de su timidez, era difícil ocultar. Jamás habría de olvidar la vez en que después de haber ido al cine con todo el grupo, se sentaron en los columpios al fondo, en el jardín de la casa de una de sus amigas. Meciéndose, como si el tiempo no fuera a transcurrir jamás, conversaron de sus vidas, todavía no muy vividas, de sus pensamientos y sentimientos.

Lo que sí quería olvidar Gustavo, era la vez en que en una matiné no le cayó a Aída, no le pudo decir si quería ser su enamorada, cuando lo único que quería era decirle que estaba templadísimo; no estudiaba, se pasaba horas de horas con la mente en blanco, claro, en ella, blanco por ella, en esa edad que los grandes llaman torpemente la edad del burro. Y no le cayó porque no le salió la maldita palabra. Sus amigas lo habían planeado con esa habilidad que les es innata, sentándolos juntos, casi como para que le cogiera la mano de un solo descuido.

Gustavo detuvo la mirada y se puso a contemplarla. Milagrosamente conservaba el hálito intangible de una adolescencia traviesa, instalada ahora en una sedante adultez. Los maduros años de una joven. Y en sus ojos vio la curiosidad que existe por un amor que pudo ser, muy diferente de esa curiosidad por saber qué hubo del amor que fue, entendiendo que en esa curiosidad todavía había amor, un amor no tocado, no conversado, latente, para ser contemplado con sólo apagar los ojos.

X

Ahora Aída quería que Gustavo le dijera si él hubiera podido enamorarse y casarse con una de las amigas de toda su vida... con una de sus amigas que ahora eran las esposas de sus amigos... coherentemente instalados, porque desde un principio, ellas y ellos fueron capaces de reconocerse como iguales.

—A ver, hombre de mundo, cuéntanos de tus andanzas —dijo Elena—. Por lo menos tendrás historias que nosotros ignoramos. —Cruzó las piernas, hizo un gesto, y lo emplazó: Cuéntanos de tus barriadas.

—No seas pesada —dijo Patricia—. No es el sitio ni el momento para hablar de esas cosas.

—Pero sí de mujeres —insistió Aída. Le hizo un guiño y lo arrinconó aún más—: de las mujeres con las cuales puedes conversar.

Aparte de Rosa, Gustavo no conocía a ninguna. En su adolescencia y juventud las mujeres fueron un mundo inasequible debido a su enfermiza timidez. Aída pertenecía a esa esfera irreal de los sueños con una fantasía desbordante, sin ser capaz de decirle jamás algo o nada.

—Estás poniéndote aburrido —le dijo Elena—. Saca tu charme, dínos algo. Ilústranos. Hombre de libros y viajes.

—Decídetete —lo cuadró Aída, pero con una sonrisa.

Gustavo miró a Aída y le dijo:

—¿Te hubieras atrevido a salir conmigo?

Nadie tomó a la broma la pregunta ni la consideró una indiscreción. Las mujeres siempre desarrollan una complicidad grupal y guardan los secretos, cuando les parece conveniente, como las tumbas guardan a los muertos.

—Lo digo —continuó Gustavo— porque la mujer es quien, en el fondo, escoge—. Y tú bien sabes que el hombre sólo se atreve cuando la mujer le da a entender...

—¿En verdad lo crees así? El hombre seduce a la mujer, Gustavo —le dijo Patricia.

—Y tú no te diste el trabajo de hacerlo —respondió Aída—. La mujer necesita saber si están interesados en ella. Y tú siempre has estado interesado en ti.

Gustavo prendió un cigarrillo y anheló estar entre sus amigos, que reían y se tiraban unos a otros las yucas y las papas fritas. Jugar, olvidar, decir frases intrascendentes, recorridas tan sólo por el afecto. En cambio, allí estaba lidiando con estas mujeres, de pronto maduras por el matrimonio, interrogándose sobre el destino de las cosas.

—Puede ser verdad —dijo Gustavo sin convicción.

—Y buscas una mujer a tu medida —continuó Aída, de pronto tomando iniciativas, empujando conversaciones, sacando a la luz un mundo interior que Gustavo sólo atisbaba en secreto—. Una mujer que te permita vivir con tus defectos y no te los saque en cara y, por lo tanto, no te exija. Es verdad —continuó Aída— que las mujeres a veces les damos miedo. Ustedes creen que deben comportarse siempre como hombres ante una mujer, y eso les da miedo. Pero no seas tonto, Gustavo, acaso no crees que tus amigos esos no tienen miedo... La responsabilidad de ser hombre debe cansar, cuando la sociedad, sí, la sociedad, y no te rías, les ha enseñado a que deben comportarse como que lo saben todo y a todo tienen una respuesta. Pero tú quieres una mujer que te permita ser pobre y no exija todas las comodidades que crees que las mujeres piden. No todas las mujeres son como nosotras...

—Y Rosa no es de esas —añadió Patricia—. Rosa es de armas tomar.

—Las mujeres me hacen tomar consciencia de mi debilidad —dijo Gustavo.

—Eso suena feo —dijo Elena.

—Pero es verdad. Tendría que vivir para ellas. Darles lo que quieren. Hacer dinero para conquistarlas.

—Un hombre débil horroriza a las mujeres —dijo Elena—. A mí me gustan fuertes. Y si están bronceados, mejor.

—Y si hubiese aceptado salir contigo —le preguntó de pronto Aída, sin importarle lo que pudieran pensar sus amigas—. ¿Te hubieras atrevido? —Hizo una pausa y se respondió a sí misma—: creo que no.

Carlos y Aída regresaron a Gustavo a casa de sus padres. La reunión continuó su curso natural en el comedor de los

inmensos ventanales y posteriormente la gente se dispersó entre el bar y la sala.

Cuando llegaron a la casa de los padres de Gustavo, los ecos de una fiesta todavía se sentían por el vecindario. Eran las tres de la madrugada, y el local de los cesantes de una institución castrense hospedaba a unos personajes degradados por el licor. Dos individuos orinaban apoyándose entre sí contra un árbol, mientras otro discutía sobre la pertenencia de una hembrita, tirando al suelo una botella de cerveza.

—Este barrio se ha ido al diablo —dijo Gustavo—. Todos los sábados alquilan el local de los cachacos para matrimonios de segunda, con su Danubio Azul y todo...

—¿Y ya se han quejado? —le preguntó Carlos, apagando el motor y cerrando las ventanas—. Yo que ustedes me quejaría.

—Pero si son cachacos. Ante quién te vas a quejar. El general de la esquina lo ha hecho, pero está retirado. Ya no tiene vara.

—¿Y éstas quiénes son? —preguntó Carlos.

—Esas se vienen disfrazadas así desde el Rímac —contestó Gustavo—. La opereta criolla. Las nuevas perricholis. Se vienen en micro cuidando que no les pisoteen sus vestidos.

—Parecen payasas.

—Esos, fijo que buitrear.

—No seas cochino —dijo Aída—. Vamos, Carlos, estoy cansada. Es tardísimo—. Y volteó para despedirse de Gustavo. Pero antes lo miró en silencio, aprovechando que Carlos buscaba una estación que funcionara todavía en la radio, y le dijo:

—No me has respondido a la pregunta que te hice. ¿Lo hubieras hecho?

Gustavo le cogió la mano y permaneció en silencio.

—Sabes Gustavo —le dijo Aída— no me ha gustado nada lo que has dicho allá y acá. No has estado en una noche feliz. Pero te voy a decir una cosa: tampoco olvido la tarde que pasamos columpiándonos en el jardín.

Una vez fuera, Gustavo esquivó mirar a su alrededor. Su cerebro sólo retuvo el ruido del motor alejándose lentamente.

tres

LA RUTINA DEL PROYECTO se vio inesperadamente alterada por la aparición de la Coordinadora, constituida como frente de lucha de diversas organizaciones de Huáscar. El trabajo con las Juntas Vecinales fue hecho desde la parroquia, tal como estaba programado en la planificación de actividades, apoyando a unas dirigencias y ejerciendo la función opositora en otros casos. La zona de Los Perales, más afín a la parroquia, tuvo después de un año luz eléctrica. Gustavo trabajó con ahinco en varios periódicos barriales convocando a la población a que participara en las asambleas, y un Comité Vecinal programó cursos técnicos que se divulgaban en aquellas hojitas mimeografiadas.

Los cuatro miembros del proyecto que provenían de la universidad estaban concentrados en Los Perales, descuidando otras zonas, porque allí el trabajo era concreto, y varios de los dirigentes estaban ligados desde antes al ámbito de la parroquia.

Los Perales era una zona nueva en el cerro, producto de los trabajos de remodelación llevados a cabo dos años antes de que ellos llegaran con el proyecto. Estaba ubicado en la otra ladera, en su parte baja, contigua a Los Arboles. Pero para Gustavo se reducía a los hermanos Perales que, curiosamente, tenían el mismo nombre que el asentamiento, como si fuesen los fundadores: Pedro, Víctor y Kathy. Pedro era un robusto personaje, de amplia sonrisa, que realizaba las tareas eléctri-

cas en la parroquia, conocimientos que adquirió en uno de los cursos técnicos. Víctor era taciturno, y estaba allí como la sombra de su hermano. Y Kathy era una atractiva muchacha que iba a la parroquia como quien va a la universidad, a ver si aprendía algo, si encontraba algo, si podía salir del cerro o, al menos, entenderlo mejor. Tenía un cutis bronceado sumamente suave, no dañado por los vientos de tierra, y el pelo negro y largo.

Gustavo los tuvo como la referencia inmediata del barrio, porque Pedro era su segundo, su asistente, según la clasificación de la parroquia, quien iba a continuar con el trabajo del periódico en esa zona una vez que el proyecto culminara. Porque el proyecto tenía un plazo, y Gustavo debía dejarle la posta a alguien. No podía instalarse de por vida. El proyecto —no lo debían olvidar— le pertenecía a las organizaciones. La universidad y la parroquia estaban allí tan sólo para ejecutarlo, pero después, sí, después, se refinanciaría de acuerdo a una nueva etapa y versión, teniendo a las organizaciones de base como su eje fundamental.

Pero antes de que eso ocurriera, apareció la Coordinadora estremeciendo la rutina del proyecto, justo cuando alcanzaron armonizar estilos de trabajo de acuerdo a concesiones y vistas gordas.

Esteban Revilla sostenía una serie de volantes mientras discutía con Romano Pellegrini. Gustavo nunca lo vio tan irritado. Preguntaba por Alfredo Guerra, quería verlo, que llamaran al profesor Rivadeneyra, que lo trajeran al cerro aunque sea por una vez. Romano Pellegrini lo llevó a su despacho y le dijo a Gustavo que fuera por Alfredo Guerra.

—Los de Huáscar han empezado a joder —le dijo Gustavo a Abel Samaniego, que andaba paseándose por la parroquia—. Son los chinos.

—Dirás los cholos —respondió Abel Samaniego, mientras se pasaba una mano por el cabello, sin saber bien si para peinarse o despeinarse—. Esos son de la zona y le llevan una vieja bronca a la parroquia. Tienes que documentarte, Gustavo. ¿Qué te pasa?

—Sean quienes sean, están jodiendo. Esteban tiene unos volantes donde nos sacan la mierda. Se nos han prendido.

Alfredo Guerra se enteró por Juan que Esteban Revilla lo estaba buscando e hizo su ingreso, casi a la carrera, al despacho de Romano Pellegrini. Después de una larga conversación entre los tres, salió y dijo que le iba a informar al profesor Rivadeneyra, porque los de la parroquia convocaban a una reunión con los de la jerarquía, y entre ellos existían dos puntos de vista: los que no querían problemas (especialmente con los pobladores) y los que afirmaban que el trabajo parroquial era político, y que esos no eran pobladores sino militantes.

La Coordinadora convocaba, a su vez, a participar en el Paro Nacional que las fuerzas revolucionarias iban a llevar contra el gobierno reformista militar —ahora abiertamente reaccionario— contra la dictadura, y que se alinearan con las fuerzas verdaderamente populares y no con los infiltrados de la parroquia, que sólo buscaban confundir y dividir al pueblo. Que estuvieran alertas contra los gringuitos espías del imperialismo, no llamados por nadie y que se fueran a sus casas donde vivían, para reconocerlos como enemigos, y que no estuvieran en el cerro como si fuesen del pueblo.

—Son los chinos —dijo Esteban—. Quién habla de dividir. Ellos creen que son los dueños de la revolución. Y ahora creen que el Paro es suyo.

—Calma —le dijo Alfredo Guerra— son dos cosas distintas. No hay por qué mezclarlas. Son las consignas del partido, bajo la pantalla de esta Coordinadora.

Gustavo tenía noticias de la Coordinadora a través de Pedro que, si bien era de Los Perales, estaba cercano a los de Huáscar. Era verdad, la parroquia jamás intentó trabajar allá porque además de ser una zona alejada de sus dominios, nunca tuvo mayores respuestas por parte de las organizaciones. Pero ahora eran ellos los que se metían en sus terrenos, descalificándolos con volantes que iban desde la cima hasta la Riva Agüero. Eso tenía de muy mal humor a Esteban Revilla y lo obligaba a replantear el proyecto. No le importaba que fueran

ateos, dogmáticos, chinos, pero que compitieran con ellos por el significado del Paro le revolvía el hígado.

—Después de todos estos años con los militares encima, trabajando entre las sombras, por lo bajo, no hemos aprendido nada. Apenas sacamos la cara —decía Esteban Revilla— lo hacemos dividiéndonos.

Durante el gobierno militar hubo un intenso trabajo de parte de algunos partidos de izquierda por vincularse a las organizaciones barriales. Hasta esos años, los barrios no fueron considerados como zonas estratégicas. Todo el trabajo político se concentraba en los gremios laborales, ignorando el potencial de las áreas populares de la ciudad. Gustavo recordaba la existencia de dos grandes organizaciones que habían concentrado —centralizado era la palabra— el caudal popular de los barrios. Y, por más que intentaba entender, le fascinaba la existencia de una de ellas conocida como La Fantasmal, porque en realidad sólo existía a través de sus dirigentes que eran, a su vez, dirigentes de un solo partido político.

—Esos son unos oportunistas —decía Abel Samaniego—. Cuatro gatos metidos de dirigentes y creen que controlan parte del movimiento popular.

Ese movimiento popular era el que iba a protagonizar, por primera vez, las mayores acciones del Paro. Después de años de trabajo subterráneo, con organizaciones politizadas y con aquellas de madres, jóvenes y culturales (una gran pérdida de tiempo para algunos, pero fundamental para gente como Romano Pellegrini y Esteban Revilla), los chinos de la Coordinadora se la querían jalar para su lado.

El pueblo, el mundo o universo popular, se convertía de pronto en un inmenso movimiento: una especie de oleaje que arrastraba aquello del camino. A Gustavo le provocaba escalofríos la palabra, pero para otros, los entendidos, era un concepto, un concepto que daba respuesta a un hecho concreto y tangible: el pueblo en marcha, despertando, organizándose, combativo, en lucha, el pueblo, carajo, puesto de pie y caminando. Ese movimiento de la gran puta estaba en las barriadas y no solamente en las fábricas, como pensaban los políticos de décadas atrás; vaya que no, hasta las mujeres formaban parte

de ese movimiento, tenían su movimiento; y los jóvenes, los niños, todos eran movimientos y parte del gran movimiento. El cerro se movía lentamente, sacando a relucir unas enormes extremidades, una cara repleta de gestos, una musculatura que inyectaba fuerza y convicción a sus pobladores. Los pobladores también eran el movimiento, el movimiento de pobladores, el rostro popular en toda su nueva expresión y magnitud.

El Paro estaba convocado para el 19 del mes siguiente, y era la primera vez que se convocaba en el país a un Paro Nacional. Gustavo estaba prohibido por su madre de hablar de política en la casa, único lugar donde se atrevía a hacerlo, porque en el proyecto desbarraba con frecuencia. Gustavo no pudo convencerla de que la historia tiene un curso y de que en todas las revoluciones ruedan cabezas, más bien dale gracias a Dios, le decía, que acá sólo hayan rodado puestos de trabajo, y que mi padre todavía tenga una pensión con la cual vivir. Sus valores le enseñaron a respetar a los individuos, aunque sea a uno, y no podía entender que su marido, una persona honrada, hubiera sido perjudicado como si fuese un ladrón.

Bueno, a ese general que lo botó (y ni cuenta se habría dado que lo botó), lo habían botado ahora los de su misma sangre, los de su misma arma, los mismos de su uniforme, como si fuese una traición familiar. Y a este nuevo general, ahora, le hacían un Paro de la gran puta.

—El proyecto no tiene nada que ver con el Paro —argüía Romano Pellegrini—. Nuestra tarea es organizar a la población.

—Pero para qué —le preguntaba Esteban Revilla—. Tienes que entender, Romano, que el Paro se nos ha metido en el proyecto, sobre todo cuando los de la Coordinadora nos comprometen deslegitimándonos.

—¿Para qué se organizan, entonces? —preguntó Alfredo Guerra.

—Para obtener la luz, por ejemplo. Allá está el ejemplo de Los Perales.

—Y después, después qué...

—Ya habrá otras razones —respondía Romano Pellegrini—. El trabajo de promoción consiste en acompañar a los poblado-

res, en contribuir a sus organizaciones para que resuelvan sus problemas.

—No me digas Romano que estamos acá para organizarles su vida —intervino Abel Samaniego—. Ya están grandecitos.

—No creas. Las revoluciones que tú más admiras, Abel, las más radicales y extremas, también les organizan la vida a sus pueblos. Incluso se meten en sus vidas privadas. A veces, son más moralistas que nosotros. Pero que una cosa les quede en claro: este proyecto de promoción, acá en el cerro, producto de un convenio entre esta parroquia y la universidad, no los va a organizar para la revolución.

Por primera vez, debido a los volantes de la Coordinadora, los de la parroquia y los de la universidad estaban sentados discutiendo el espíritu del proyecto. Sí, esa Coordinadora, cuya aparición se parecía a la de un fantasma, era para muchos una organización sin bases reales, la fachada del partido, el brazo barrial de los chinos.

—Hemos llegado a un impasse —dijo Abel Samaniego— yo lo dije desde el principio, pero no me hicieron caso. Al proyecto le faltaba filo político, y ahora no tenemos cómo dar la cara.

—El veneno —dijo Esteban Revilla.

—El famoso venenito —insistió Alfredo Guerra—. Pero claro que lo tiene, y justo por eso es que los de la Coordinadora se meten con nosotros. Si sólo hiciéramos un trabajo pastoral, nos dejarían tranquilos. Pero nos estamos metiendo con las organizaciones y, para ellos, según su punto de vista y su olfato político, somos competidores. Les estamos arrancando su futuro mercado.

—Si hablamos de cara —intervino Romano Pellegrini— debo decir que la cara es la de la parroquia, y que la parroquia tiene una sola cara, y yo soy el encargado de que no se la cambien—. Por primera vez no cumplía su rol de observador y participaba activamente en la discusión. Debía, a su manera, dar una salida al llamado impasse y optar por una posición. —Yo estoy acá para que no se cometan desatinos —continuó— y Alfredo Guerra lo sabe muy bien, según los acuerdos a que hemos llegado con el profesor Rivadeneyra. Ni la parroquia ni la universidad se van a meter, en tanto instituciones, con el Paro.

A Gustavo la discusión le estaba agarrotando los músculos y le provocaba un sabor desagradable en la boca. Eran varias las horas que llevaban sentados allí, metidos en esa especie de establo que era la sala de reuniones, y miraba a cada uno de ellos sin descubrir lo que en realidad pensaban.

Alfredo Guerra estaba quieto, como esperando la orden; Luis Cárdenas, preocupado, movía los pies; Abel Samaniego, incisivo, tenía una consigna de su partido: involucrar al proyecto en el Paro, aunque no pudiera repartir volantes entre la población. De otra manera, los chinos se apropiarían del movimiento popular y todo el trabajo de años pasaría a otras manos, aunque fuese de la izquierda.

—La parroquia no puede estar en todo el cerro —dijo de pronto Romano Pellegrini, empleando un tono de voz que no permitía distinguir si lo decía como culpa o como excusa—. Pero alguien debe saber quiénes están allí. Les creo lo de la Fantasmal, en el caso de la organización centralizadora, pero acá debe haber alguien. Son de Huáscar. Y eso queda acá nomás.

—Pedro Perales dice que un tal Gil Bonilla es uno de los responsables —intervino Gustavo.

—¿Tú lo conoces? —le preguntó Romano Pellegrini a Esteban Revilla.

—De nombre.

—¿Ha venido por la parroquia?

—Por acá no ha venido.

—Pucha —exclamó— eso quiere decir que, después de todo, su trabajo se da entre los feligreses. Tanta discusión sobre la política y la revolución, y no son capaces de conocer el nombre de la persona que mueve todo esto en sus narices.

—Decidimos no trabajar en Huáscar —se defendió Esteban Revilla.

—Pero eso no significa desconocer la realidad —continuó Romano Pellegrini, cada vez más agresivo.

—Nuestro trabajo este año ha sido fortalecer las bases más cercanas.

—No me vayan a decir que Gil Bonilla es un fantasma que acaba de aparecer. Si quieren hacer política —continuó Romano

Pellegrini— averiguen quién es, qué hace, con quiénes cuenta y si en verdad es chino o no.

La posición de Romano Pellegrini había resultado clara para los demás miembros del proyecto. Por primera vez no ocultaba sus cartas o, mejor dicho, señalaba sus preferencias. A todos les quedó claro que el primer paso era hacer política doméstica, en el mismo cerro, por lo menos en el nivel de las averiguaciones o la información, como decían los politicólogos más modernos: la información es poder, si no pregúntale a los gringos, que no saben cuál es la capital del Paraguay pero sí todos los intrínquilis de nuestros países. Para Abel Samaniego, después de una larga discusión en el San Carlos, Romano Pellegrini era un gendarme, un cura pendejo, y el tal John Caselaw un agente de la CIA, en contacto con el profesor Rivadeneyra.

—Yo no he venido al cerro a hacer turismo —gritó hecho una verga en el San Carlos—, y menos por este sueldo de mierda. Allá ustedes que quieren ser sociólogos populares, sociólogos cristianos, sociólogos-sociólogos, carajo, pero este proyecto me parece una paja.

—Putá, que nadie te entiende —le dijo Alfredo Guerra—. Hablas de plata y de revolución como si fuesen la misma hembra.

—Vayan, vayan a confesarse con el gringo Juan, y de paso le cuentan todo a la CIA —insistió Abel Samaniego.

—Métete con los de la Coordinadora, si te crees tan ultra.

El San Carlos estaba repleto de gente, humo y gritos. Los cuatro estaban en un rincón, muy cerca al urinario. La avenida Grau dejaba el rigor de su tráfico y lo reemplazaba por un silencio cómplice; los kioscos de los ambulantes estaban protegidos de la humedad por unos inmensos plásticos. El San Carlos era un bar de gente de la zona —del parque, del cementerio, de las áreas antiguas de la ciudad— y de algunos trans-fugas, porque estaba bien ubicado, pero no lograban arrancarle su aire familiar, de entrecasa.

Gustavo se sentía a gusto allí; Alfredo Guerra recobraba la voz, el color y volvía a ser el muchacho alto y fornido que era; Abel Samaniego, en cambio, lidiaba con sentimientos

encontrados. Criado en un barrio de cantinas, ser revolucionario, para él, era una forma diferente de ser que los compañeros de su juventud: borrachos, simpáticos, lisureros, patas, patitas, pero sin consciencia política, alienados por el sistema, unos reaccionarios de la concha de su madre, que trabajaban, como gran mérito, detrás de las ventanillas de un banco.

—Igual que yo —le dijo Alfredo Guerra—. Yo también vengo de un barrio como el tuyo, y voy a visitarlos para chuparnos unas cervezas juntos.

—Visitar, qué tal concha —dijo Abel Samaniego—. Pareces visitador médico. Visitas el cerro, visitas tu barrio. Lo que pasa contigo es que has perdido tu identidad.

Putá, que el día había sido duro y la noche estaba todavía más caldeada. El San Carlos hervía a comida recalentada y el hambre no pudo impedir que los ánimos se mantuvieran calientes. Abel Samaniego estaba medio borracho y eso lo ponía de muy mal humor. Tenía la costumbre de mantener cierta altivez y un sentido del humor agrio, que la borrachera empañaba lastimosamente. Gustavo quería intervenir, pero no tenía ninguna idea clara. Luis Cárdenas guardaba silencio, pensando que como era el menor de todos, mejor era estar callado. Pero Gustavo dijo algo con sentido en una conversación de borrachos:

—Cuando las ideas están claras, se convierten en acción. Vamos a buscar al tal Gil Bonilla. Porque el Paro no está en nuestras manos, pero el proyecto, sí.

—Pareces detective —le dijo Abel Samaniego—. O hablamos de revolucionario a revolucionario, o te metes la lengua al culo. Yo no soy tira para andar husmeando lo que hacen... Eso se lo dejo a los curitas. En eso son los campeones.

Gustavo intentaba imaginar cómo diantres sería esa Convención a la cual se negaba a asistir porque era todo el sábado y todo el domingo, de corrido. Ya habían discutido bastante el otro día para amargarse más el ánimo. El trabajo con los pobladores era de noche porque de día trabajaban, ya lo sabía, carajo, y las convenciones eran los fines de semana porque... Ya sé, ya sé que los pobladores son de carne y hueso, que trabajan como bestias, se levantan al alba para agarrar su micro, viajan como animales dándose calor, y además tienen los cojones para asistir a las convenciones de pueblos jóvenes.

En el sofá de la terraza de los bajos Gustavo miraba aquel jardín abandonándose de a pocos. Desde la muerte de Damián sus padres no habían podido encontrar un buen reemplazo. Su madre se quejaba de la ausencia de jardineros por el barrio, y los vecinos, cada cual a su modo, se las ingeniaban para mantenerlos. Estaba cansado, con un fuerte dolor muscular. La casa resultaba grande porque las invitaciones que sus padres hacían antes eran cosa del pasado. La jubilación y los años que ambos llevaban a sus espaldas terminaron por alejar al curita de la risa floja, encantado de mostrarle el camino de la salvación a los ricos, porque, como él decía, alguien debe acordarse de ellos también. Y se engullía una empanada, y después otra, y a la hora del almuerzo empezaba sin esperar a que a todos les hubieran servido. Su tío Augusto Ibáñez estaba muerto: su cuerpo rollizo y colorado estaba muerto. Los almuerzos del domingo eran, pues, reminiscencias de otras épocas.

Rosa había desaparecido de su vida; y eso que le parecía imposible que pudiera suceder, se hizo verdad poco a poco. Estaba otra vez solo. No había pasado mucho tiempo, pero los cambios fueron los suficientes para hacerle sentir que la página estaba volteada o ya estaban en otro libro. Todos esos cambios lo dejaban sentado en el sofá, irreconocible, contemplando el jardín y pensando, carajo, en la Convención del próximo fin de semana.

Romano Pellegrini llegó a la conclusión, luego de consultarla con el profesor Rivadeneyra, que debían ir Esteban Revilla y Alfredo Guerra. Abel Samaniego estaba disconforme

con la actitud pusilánime del proyecto y se negaba a ir para espiar, como decía, y detectar adónde pateaba cada quien, cada grupo y sub-grupo, cada organización y cada dirigencia.

«Al diablo —pensó Gustavo mientras se arremolinaba en el sofá— parece que estuviera en una crisis juvenil y ya voy por los veintisiete años. Pero sin mujer, sin plata, con los viejos, en una chamba que no entiendo».

Su madre no se atrevía a preguntarle en qué andaba pensando. Lo veía como a un hijo grande pero sin camino definido, ensimismado, buen mozo, pero sin la risa de antes. Ni siquiera con la sonrisa de antes. Notaba que conversaba sin convicción, y era que la broma entre los cuatro del proyecto consistía en saber cuál de ellos se mimetizaría con el cerro. Quién no podría salir nunca más, y que los otros tres lo irían a visitar, después de años, y no serían capaces de reconocerlo. ¡Sería un poblador! Y la idea de que pudiera ser él lo atormentaba. Por esa mísera razón —seguro— se negaba a ir el próximo fin de semana a la Convención de pueblos jóvenes. «Mejor —pensó— me llevan con Gil Bonilla a una cantina». Ese era su lado popular, sí, pendejo, paternalista, pero no creas que eso te convierte en un revolucionario. Sí, ya sé, ya sé, trabajan toda la semana y...

Además, quién podría ser Gil Bonilla. En la universidad no hubo chinos o, seguro, andaban camuflados. El único que podría ser era Leonidas, un reservado provinciano de atildados movimientos y pulcritud en el vestir: de camisa blanca, con su documentación siempre en orden, su lapicero en el bolsillo de la camisa, pantalón gris y zapatos negros. Gustavo nunca supo racionalmente por qué la vestimenta delataba a las personas de acuerdo a su posición política. Recordaba a un maravilloso zambo que frecuentaba el programa de artes plásticas de la universidad que, en un momento de efervescente discusión política, demostró no ser un artista como los otros porque tenía un hueco en la suela de su zapato, y la mostró, orgulloso, como una prueba convincente de que era un radical, un chino, de repente. Gustavo empezó a reconstruir mentalmente a Leonidas en su recuerdo y comentó para sí que nunca lo había visto en blue jeans, por ejemplo, ni con camisa de colores. Almorzaba

donde el Ruso, una cafetería de misios donde se repetía el mismo menú. Leonidas era el único casado, aunque vivía solo en la ciudad, pues ella se quedó con su primer hijo en la provincia, mientras él culminaba sus estudios. Gustavo hizo una fuerte amistad con Leonidas, y después de un tiempo, ambos se dieron cuenta de que ninguno de los dos iba a cambiar su manera de pensar, pero que después de larguísimas conversaciones, Gustavo había aprendido de las tácticas guerreras del maoísmo, y Leonidas acerca de cinematografía, el hobby de Gustavo, afín a su personalidad retraída y tímida: las horas que se había soplado a oscuras en una matiné.

Gil Bonilla no podía ser como Leonidas. Los curas de la parroquia habían brincado de furia con los volantes que la Coordinadora repartió y Leonidas, en cambio, nunca dio motivo para que las autoridades de la universidad tuvieran algo contra él. Incluso, no participaba en las marchas contra la universidad porque decía, burlonamente, que esos dirigentes estudiantiles eran mesiánicos, cristianos, voluntaristas, y que la revolución, la verdadera, se haría con las masas populares. Gustavo nunca llegó a entender por qué Leonidas no consideraba revolucionarios a los de la universidad, ni por qué estaba en esa y no en la otra, donde sí estaban los chinos y las masas verdaderamente revolucionarias. Quizas, recordaba Gustavo en el sofá de la terraza de los bajos, era porque le gustaban demasiado las películas que él le contaba, y como el free cinema, por ejemplo, reproducía la vida obrera, pero en Londres, ciudad que tenía más encanto proletario que la que ambos vivían. Leonidas era un chino cultivado, en todo caso. Un chino al que le hubiera encantado, como a Gustavo, irse de parranda intelectual un rato a París. La idea del monte —pensaba Gustavo— era una posibilidad que se diluía con los meses, incluso con las semanas que pasaban tan lentamente en las aulas universitarias.

Además de Leonidas, Gustavo tuvo un gran aprecio por un chino que bien podríamos decir que era de verdad: un chino de aquella universidad localizada en las afueras, casi un reducto de chinos. Miguel Sotomayor, para asombro de Gustavo, era un chino cultivado, muchísimo más que Leonidas,

porque además del cine, le gustaba la literatura, la filosofía y la política. En verdad, a todos los chinos les fascinaba la política; eran chinos por políticos, su puerta de entrada al calificativo.

A Miguel Sotomayor lo conoció en una de esas cantinas del centro urbano, cuando se escapaba de casa, con permiso, por supuesto, pero se escapaba al fin y al cabo: salía de su barrio, cogía la movilidad, descendía en la plaza y enrumbaba hacia el antro, como le dirían algunos amigos politizados de su universidad. Allí también se hablaba del cerro, de otro cerro, no del proyecto, ni de Alejandro, ni del de Chaclacayo; se hablaba del cerro como del monte, donde algunos fueron, otros irían y otros ni de a vainas. Miguel Sotomayor tuvo la gentileza de ser prudente con Gustavo y jamás le tocó los temas que lo ponían nervioso. Cómo no ponerse nervioso con cerros que son montes y montes que son covachas, perseguidos por tierra y aire, hasta aniquilarlos. Miguel Sotomayor le reservaba un sitio a su costado, y la mesa adquiría una serenidad impresionante cuando hablaban de arte, sí, de arte, casi como si estuvieran con su tío Augusto Ibáñez, cagándose de risa. Ese tío glotón hubiera estado feliz recordando al Arcipreste, sin un cobre, pero satisfecho. Miguel Sotomayor lo hizo ir a su casa, un pequeño departamento, donde su mujer los atendía con ese calor de la provincia, pensaría Gustavo, porque la provincia era campo y el campo eran cerros y montes. Cuando tomaba en exceso, Miguel Sotomayor le preparaba una cama en el sofá, y Gustavo dormía imaginando el paisaje de los alrededores ensombrecido por las fachadas de edificios antiguos y trajinados. La noche en el centro antiguo tenía algo de gendarmería, aunque estuviese deshabitado. Ese chino de verdad, de esa universidad, en ese departamento, tuvo la gentileza de no hablarle jamás de ningún cerro.

Esto de la Convención debía tomarse con calma, se decía Gustavo. En todo caso, lo agarraba con el mismo estado de ánimo que lo cogían los acontecimientos en la universidad. Pensaba en la vez que se sintió un héroe cojudo, cuando lo llamaron a casa para decirle que fuera a votar, que las elecciones podían perderse si no ponía su voto revolucionario, y como

gran hazaña tomó su micro —casi fue capaz de pagarse un taxi para llegar a tiempo— y depositó su voto comprometido con el cual, seguro, ganaron por unos milímetros. Gran jornada. Grandes alegrías cuando lo vieron caminar con su paso cansino, casi jibado, pesándole todo por las espaldas.

Cuando su madre le preguntó por Rosa, Gustavo prefirió evadir el tema. Y es que todo se le iba juntando peligrosamente: trabajo, amor, política, amigos, se convertían en opciones que no apuntaban a un mismo camino, y todos tenían nombre y apellido: el cerro, Rosa, el Paro, Alejandro Pinillos... Desde que entró a la universidad lo empararon con la palabra revolución, y tú... y tú compadre... los dirigentes iban a las aulas de Letras a reclutar miembros para sus filas y Gustavo, medio dormido, medio despierto, medio cojudo y medio pendejo, los escuchaba a todos y no escuchaba a nadie. ¡Esa era la palabra! O estabas con ella o estabas contra ella. Pero luego se dio cuenta de que todos estaban con ella, a su manera, claro, porque tenía un valor en el mercado de las elecciones y nadie podía darse el lujo de no mencionarla, de no aparrarla. Gustavo llegó a pensar que la revolución era un hembrita que el país no podía culeársela del todo, y cuando se la brincara de verdad, encontraría por fin las respuestas a las preguntas que se venía haciendo. Montársela. Pero, caray, pensaba Gustavo, hasta en eso somos machistas, maldita palabreja que nos han zampado para hacernos creer que somos fuertes, como si las mujeres no tuvieran nada que hacer con la palabra revolución. Trató de recordar a las mujeres de sus épocas pasadas, gloriosas para quienes las recordaban, y no encontró a tantas comprometidas con la palabra revolución. Pero sí: sí había, y era mejor no pensar en ellas ahora, porque dónde estarían, con quiénes se habrían casado, pero cómo no recordar a aquella lidereza o a aquella otra, la que él seguía meditabundo por la berma del Puente del Ejército, la vez que fueron a ver a los guerrilleros liberados. Pero ya no estaba en la universidad, y a Rosa incluso esa palabra la tenía sin cuidado. Ella había sido criada para entender cosas concretas, tangibles.

La Convención se iba a realizar en el local comunal de Independencia. Los de la parroquia inscribieron como delega-

dos a Wily Núñez y a Pedro Perales; el primero, un joven provinciano, recogido por los curas a través de sus cursos técnicos de electricidad domiciliaria, y el otro un dirigente de absoluta confianza. La estrategia la amarraban Esteban Revilla y Alfredo Guerra, y consistía en acceder a uno de los cargos de la dirigencia de todos los pueblos jóvenes del cerro, conformándose así un hito histórico en la vida de los pueblos jóvenes, como era el de tener la primera Confederación de pueblos jóvenes distritales.

—Esos chinos no se van a comer toda la torta solitos —decía irónicamente Esteban Revilla—. Sólo se aparecen cuando la comida está servida.

Esteban Revilla había recuperado la frialdad del político que en el fondo era, y ahora todo en él se reducía a simples cálculos, a movidas, a jugadas, para atacar cautelosamente, sin ser vencido. Ese era el juego preferido: la política, con todo su sabor erótico, húmedo, salpicado de imprevistos y serruchadas de piso, fascinante, polvoriento. En los días previos al evento se le veía conversar con Alfredo Guerra, y entre ambos renacía la amistad que se tuvieron en el colegio. Alfredo Guerra y Esteban Revilla asistían como observadores del evento, sin derecho a voto. Y aquel día, Pedro Perales les mostró a ambos quién era Gil Bonilla: ese —señaló con el dedo— impecablemente vestido en su sencillez, tal como lo haría Leonidas hubiera pensado Gustavo de estar allí, con un pantalón gris y una camisa blanca, los colores perfectos para pasar solapa.

—Ese es —les dijo Pedro Perales.

—Y el otro —le preguntó Esteban Revilla.

—No lo conozco. Primera vez que lo veo.

Gil Bonilla conversaba con Ricardo a un costado de la entrada. Había pocos de la Coordinadora o, en todo caso, los de la parroquia no eran capaces de reconocerlos. Quizás estaban dispersos al interior del local, porque esa gente, como decía Esteban Revilla, parecen curas: no se sabe bien por dónde andan...

Adentro, la atmósfera empezó a enrarecerse; una abigarrada muchedumbre ocupaba parte del local, dejando apenas

unos claros. Esteban Revilla no le quitaba los ojos de encima a Gil Bonilla. Lo auscultaba en su intento de conocerlo, de saber si lo había visto antes, si podría vincularlo a alguien o a algún acontecimiento. Pero nada. O a un partido. Y nada. Primera vez en su vida que se topaba con él. Eso le produjo una gran desazón. ¿Hasta qué punto conocía el cerro de verdad? ¿Acaso el cura no estaba para conocer de memoria la vida de los demás? Se tranquilizó pensando que todavía no era un cura, pero, de todos modos, sintió un escalofrío al constatar que no era recibido como cura por todas las personas que estaban merodeando el local de Independencia, con el cariño y el respeto a quien, por sobre todas las cosas, tiene la misión de conducir las almas al cielo. En ese negocio, sus antecesores se habían granjeado la amistad de los nativos de estas tierras, prometiéndoles un mundo mejor después de la muerte. Pero, inmediatamente pensó: «esos eran los curas de antes, y los tiempos son otros. Mi misión, ahora, es arreglar los votos y poner a Pedro Perales en la mesa directiva».

Desde el colegio, los curas hicieron un excelente trabajo con él. Primero de su salón en los cinco años de la secundaria, de personalidad y buen deportista, era el muchacho idóneo para ser conquistado para tan grandes fines. El hermano Benito fue el encargado de visitar diariamente a su familia y convencerlos —cosa que no fue nada difícil, dado el aprecio que la familia tenía por los religiosos— de que Esteban estaba predestinado a seguir el camino de Cristo, mostrándoles las bondades del seminario y diciéndoles que, en este país, los curas no hacen sólo misas. Esteban Revilla no andaba vestido a lo cura, además, y sus estudios universitarios privilegiaron las ciencias sociales y los avatares de este mundo. Ya en las épocas del colegio había visitado las barriadas, y en ellas, después de años, se sentía como en casa.

Se preguntó si Gil Bonilla viviría en el cerro; si sería un poblador, y si sería más poblador que él mismo, cosa que no era difícil, pues el cura-poblador era un tipo especial de ser cura y de ser poblador. Además del local parroquial, la orden tenía la casa, una construcción sólida, de ladrillos cara vista, que estaba como colgada en la ladera más antigua. Constaba

de un gran ambiente que hacía de comedor, lugar de charlas y descanso. A su vez, tenía varios dormitorios, donde vivían por las noches los curas que trabajaban allí: Romano Pellegrini, Juan Caselaw, Micky Roberts y Esteban Revilla. «¿Será de acá?». Eso del brazo barrial del partido le pareció una posibilidad maravillosa para deslegitimar a la Coordinadora, pero observándolo bien, le pareció constatar que sí, que sí era del cerro. No le gustaban sus modales porque se parecían a los suyos. Era calmo, controlado, callado, reservado y apenas se dejaba sentir. Descubrió que estaba haciendo lo mismo que hacía él: dar órdenes, mangonear, controlar, y que las conductas de esos extraños personajes estaban programadas de antemano por Gil Bonilla, que apenas se movía. Y todo lo hacía sin expresar un solo gesto. Tal como lo hacía él.

Gil Bonilla preparó una estrategia bastante simple, pero eficiente. Consistía en desacreditar a los de la parroquia vendiendo la idea de que eran extranjeros, blanquitos, gringuitos, como los otros gringos que explotaban al país.

—¿Acaso viven acá? ¿Acaso se soplan esta pobreza? —les decía a los jóvenes de Huáscar, cuando los técnicos del Ministerio de Vivienda conformaban patrones entre la población para reubicar a aquellos que se instalaron en áreas de disputa legal—. Ellos no nos van a decir cómo es que tenemos que vivir. ¿A ver: creen que sí?

Ricardo encontró la compañía que le faltaba en el grupo de muchachos que se reunía en torno a Gil Bonilla. En los últimos meses estuvo demasiado solo, echado en su colchón después de dar infinitas vueltas en el microbús atravesando las vísceras de la ciudad. Estaba curtido, y su piel áspera y sucia, la cubría un pantalón caqui y una camisa trillada. De pronto dejó de ir por el barrio de los jardines, y el cerro se convirtió en su verdadera casa: en su barrio, en su soledad y su cansancio, hasta que frecuentó a los muchachos de Huáscar.

Gil Bonilla jamás fue capaz de imaginar la figura de su padre, ni el papel que hubiera podido desempeñar si no se hubiera marchado como lo hizo, sin dejar huella ni explicación. Vagamente lo recordaba como un fornido conductor de camiones interprovinciales, de amplia carcajada y bastante seguro.

Durante sus años escolares, estuvo al lado de su tía, una mujer idiotizada por las menudencias que despertó en él un profundo rechazo por el detalle. Su curiosidad innata lo trasladaba a pensar en las razones que estaban detrás de los acontecimientos domésticos, y a buscar una explicación a todo aquello que producía histeria en su tía.

Quizá por eso Ricardo logró despertarle una profunda curiosidad. Aquella escuela abandonada en San Pedro, cayéndose literalmente, hacía más dramática la figura de Ricardo. Ambos estaban perdidos en ese local carcomido por la humedad, y Ricardo era algo así como un musgo atravesado. Se dejaba jalar, no copiaba, intentaba obedecer. Tremendo huevo frito, a la vela, a la distancia, se le olía, pudo convertirse en el punto, pero tuvo la suerte de congeniar con Anselmo Ruiz; es decir, claro, Anselmo Ruiz fungió ser su protector, hasta cuchi-cheaban que era su monta, pero falso, Ricardo fue y será siempre un tipo con el cual no hay nada que hacer. Por eso, quizá, Gil Bonilla se interesó en su persona, y luego, fuera del colegio, se convenció de que podría ingresar a la organización que los hermanos Moreno promovían entre los más lúcidos jóvenes del cerro. Y no por inteligente, sino por intrascendente; tenía la virtud de pasar desapercibido.

Esa virtud era lo que más le interesaba a Gil Bonilla; descubrió que en su caso la figura del padre desempeñaba una extraña función, debido, entre otros factores, a que no gozaba de un sitio establecido. Jardinero de jardines dispersos, de diversos patrones, sin horarios ni tareas claras, era, gracias a su extraña libertad, una imagen gaseosa en la mente infantil de Ricardo. Damián era un padre a control remoto que nunca pudo mitigar la influencia de la familia del doctor Pinillos. Qué padre... carajo... lo que Ricardo tuvo fue un padrastro en ese doctor... un papito en su padrino... y una madre ultrajada por el mandil que jamás tuvo la osadía de quitarse, ni siquiera los domingos, el día de salida. El mandil cubría, además, su uniforme, esa especie de piel azul o ploma, debido a que tenía dos juegos, verdadera piel que la mantuvo en esa casa durante varios lustros.

Ricardo, en la especulación de Gil Bonilla, era un candidato de fuerza a la organización, institución mucho más válida que la universidad o la familia convencional. El Partido de los hermanos Moreno bien podría ser la familia que nunca tuvo, una collera disciplinada, una mancha dispersa pero en contacto, compacta, que diera vida a esa vida de porquería que era la suya. Tenía ya diseñado el plan que lo mantendría a su lado: venderle la idea de ingresar a la universidad sería el anzuelo perfecto: hacerle creer en su utilidad, para así, sin que se percatase, cogerlo de los huevos.

—Déjate de perder el tiempo —le había dicho en una oportunidad Gil Bonilla—. Cruzado de brazos te vas a la mierda más rápido. Parece que los ricos te han enseñado malos hábitos.

—Y qué puedo hacer, si llego cansado después de...

—Política. Política como yo —le dijo.

—¿Yo?

—Sí, tú... todos... Ya hemos conversado, Ricardo.

—Pero si no sé hablar —le respondió con los mismos argumentos de la vez pasada.

—¿Y qué? —lo interrumpió Gil Bonilla—. ¿Acaso esperas entrar a la universidad para hacer política? Entonces métete con los curas y anda a su academia pre-universitaria, a ver si aprendes a hablar bonito, como ellos...

—Me gustaría estudiar —le respondió, de pronto, Ricardo.

—Si quieres hago que ingreses.

—¿Y cómo?

—Todos meten a sus gentes a las universidades. Los ricos a las universidades ricas. Los partidos políticos meten a los suyos. Y si paras misio de contactos, como paras tú, pagas tus billetes para que te ingresen.

—¿Verdad que puedes? —le había preguntado Ricardo.

—Te puedo hacer ingresar a una que conocemos, y no bromeo en lo que digo: todos meten a su gente y nosotros también debemos hacerlo. Entiende Ricardo —le dijo alzando un poco la voz— acá hay que armar la bronca, pero con disciplina, nada de cada quien por su cuenta. Mira cómo ha terminado Anselmo, en la cárcel. El sacó la chaveta, pero solo. Y así no

es. Hay que andar en mancha. Quien te va a meter, si quieres, no soy yo sino la organización. ¿Entiendes? Yo te hago ingresar, pero sólo si la organización lo cree conveniente.

—¿De qué me hablas? —le había dicho Ricardo—. A veces me das miedo.

—Te has educado con el miedo, porque has estado solo. ¿Cómo murió tu padre?—. Hizo una pausa, lo miró bien a los ojos, y le dijo: —Solo. Solo porque trabajó para los ricos.

—Eso le dije yo...

—¿Y acaso alguien lo ayudó?

—El señor Pietro me dio para...

—Acá no hay señores —sentenció Gil Bonilla—. No me hables de señores. Si no los obedeces, no son nada. Son señores porque nos tienen pisados.

—¿Y los del micro? —le había preguntado Ricardo— esos quieren ser señores conmigo, me marean y me dejan trapo.

—Confía en la organización. A esos vamos a reeducarlos. Deja que la organización saque la cara para ver cómo todos se cuadran. Por ahora confía en mí, Ricardo. Ven a las reuniones, e ingresarás a la universidad.

—¿Gil Bonilla? ¿Cuál es? —preguntó Alfredo Guerra que acababa de llegar con la camioneta del proyecto al local de la Convención.

—Ese, el de camisa blanca.

—Todos tienen camisa blanca.

—Ese. El que está parado.

—Y ya hizo algo —preguntó Alfredo Guerra.

—Nada. El no va a hacer nada —le respondió Esteban Revilla.

—¿Y el otro?

—¿Quién será?...

Ricardo estaba parado a su costado como si fuese la sombra de Gil Bonilla. Había adquirido un aire hierático, cuyo rostro inexpresivo contemplaba el movimiento de los grupos. Entre ellos no se decían nada.

—Bueno —dijo Alfredo Guerra— ¿Ya está todo armado?

—Esto no es como la universidad, Alfredo —dijo Esteban Revilla—. Es una Convención para conformar la primera mesa

directiva de la Primera Federación de Pueblos Jóvenes del Cerro a nivel distrital, y no para el Tercio del Centro Federado.

—¿Entonces qué hacemos acá? —le preguntó Alfredo Guerra—. No me vas a decir que no conoces estas reglas de juego.

—Los partidos no están de acuerdo en varios puntos —dijo Esteban Revilla— y con esto del Paro están alborotados. No hay consignas claras. Después de tanto gobierno militar, nos han cogido desprevenidos.

—Pero algo claro debe haber.

—Lo único claro es poner a uno de los nuestros en la mesa directiva.

—Los partidos no saben nada de barrios.

—Por eso el proyecto es importante.

—Putá, de nuevo con la esquizofrenia. El proyecto sigue siendo el botín de la disputa entre todos los partidos. ¿En qué quedamos?

—El proyecto no tiene nada que hacer acá. Sólo tú y yo. Y para eso están Pedro Perales y Wily Núñez. Nosotros también tenemos nuestra gente y nosotros somos la fachada, de qué, ni me lo preguntes. Lo único que sé es que debemos poner a Pedro para no quedar fuera de juego.

Alfredo Guerra prendió un cigarrillo y se puso a contemplar las casas atiborradas en el cerro. Era una tarde a principios del invierno y el cielo estaba como sucio, meloso, cansado, y empezaba a cambiar algunos de sus tonos por otros igualmente sucios, melosos y cansados.

Esteban Revilla lo sacó de su ensimismamiento, y le dijo:

—Pedro Perales aceptó ir a la mesa directiva con Agustín Rojas.

—¿Cómo es eso? —le dijo Alfredo Guerra—. Explicámelos, porque ya no entiendo qué es lo que está pasando entre ayer y hoy.

—Hemos tenido que negociar, eso es todo. No hay más remedio, Alfredo —continuó Esteban Revilla, empleando un tono de voz que quería ser explicativo pero que en el fondo era enérgico—. Si queremos que esté Pedro, tiene que estar Agustín Rojas. No tenemos mayoría, entiende, somos tan sólo la parro-

quia, y ni siquiera estamos acá como tal. Ni siquiera somos el proyecto. Somos tú y yo, nada más.

—Pero eso quiere decir que los de la Coordinadora se van a infiltrar —dijo Alfredo Guerra.

—Tienen que estar —casi gritó Esteban Revilla—. Son una expresión de las organizaciones del cerro.

—Y ahora has cambiado tu manera de pensar.

—No; la realidad se ha mostrado tal cual es. Entiende, Alfredo, la Coordinadora existe, ese es un dato que no podemos obviar.

—Sí, y los chinos detrás.

—Ese es otro dato.

—¿En qué quedamos, entonces? —preguntó Alfredo Guerra.

—En que van los dos.

—Pero Agustín Rojas es un ultra oportunista puesto allí por su partido. Eso lo sabes tú, Esteban.

—Ya sé, pero imposible hacer otra movida.

—O sea que así están las cosas...

—Romano ha aceptado —dijo Esteban Revilla casi sin mover los labios—. Dice que es mejor tener uno adentro que a ninguno. En todo caso, dice que una vez dentro ambos se anulan. Romano es así —continuó Esteban Revilla— un hombre práctico, que pone sus ideas al servicio de los hechos y no al revés.

—¿Y Rivadeneyra? ¿Qué dice Rivadeneyra?

—El no sabe nada de esto todavía. El proyecto —desde el punto de vista de la universidad— está desligado del Paro y de la Convención de pueblos jóvenes. Digamos que todo esto es para Rivadeneyra política casera, donde te ensucias las manos, quieras o no. Y ellos las quieren tener limpias. ¿Entiendes?

—Suen a pendejada.

—Yo los entiendo —le dijo Esteban Revilla—. Ustedes no sabían nada de los pueblos jóvenes hasta que se metieron en el proyecto. Pero nosotros, les guste o no, estamos comprometidos con lo que ocurre acá. La Convención es importante para la parroquia. Y la parroquia es importante para la Coordina-

dora. Aunque nos saquen la mierda en sus volantes, saben que pesamos.

—¿Y Gil Bonilla a qué juega?

—Ya jugó y ya ganó. Lo sabe. Agustín Rojas es su hombre. Y lo utiliza bien. Sabe —continuó Esteban Revilla— que no puede ganar solo, y también sabe que deben estar dentro de la mesa directiva. La directiva les interesa poco, pero les conviene politizarla para su lado.

Esteban Revilla y Alfredo Guerra sintieron los primeros síntomas de que la reunión iba a empezar. Escucharon por el parlante la voz gangosa que ordenaba a todos sentarse, que dentro de poco se pasaría lista a los delegados de los pueblos jóvenes, que los compañeros escucharan atentamente las actas. La votación sería mucho después —una vez discutidos los puntos de la agenda— pero ya todo estaba amarrado de antemano.

—Gil Bonilla y ese patita están entrando —le dijo Alfredo Guerra a Esteban Revilla—. ¿Qué esperamos?

—Bonilla es de Huáscar, el otro no sé. Ellos deben estar, aunque sea de pantalla. Nosotros somos de la parroquia —o del proyecto— y no somos ninguna organización de base. Nuestra gente ya está adentro, Alfredo. Pedro Perales y Wily Núñez saben lo que tienen que hacer. Romano les habló anoche.

—Pero podemos entrar como observadores.

—Sí, pero en eso Abel Samaniego tiene razón —dijo Esteban Revilla—. Me jode observar. En todo caso, ya preparamos lo que va a pasar. —Hizo una pausa, sonrió para sus adentros, y continuó—: Gil Bonilla me mandó decir que Agustín Rojas acepta ir con Pedro Perales. Todo está en orden. Si quieres, podemos irnos.

De vez en cuando, y cada vez más, Gustavo se sentía estancado. Una extraña fascinación lo obligaba a observar su alrededor manteniéndole vivo el cerebro, como en esta tarde en que contemplaba el movimiento de la parroquia. Una serie de muchachos y muchachas formaban grupos y conversaban entre sí. Asistían a los cursos que en ella se organizaban o hacían cola para ser atendidos por uno de los curas, especialmente por Juan, el preferido de las muchachas. A todos —sin distinción de sexo— Juan los llamaba «hermanous», en una versión barrial de los tugurios norteamericanos, donde se llaman entre sí brothers. Sí, brother, al estilo de los colegios gringos en el país, los llamaba «hermanous».

Gustavo estaba recostado en un muro de piedras vivas, muy cerca a unas excavaciones que se irían a convertir pronto en nuevas aulas. El local del proyecto estaba al interior de la parroquia y, aunque sus tareas eran distintas —llevar a cabo la potencialización de las organizaciones de base a través de sus cuatro líneas de trabajo— nunca pudo zafarse de la atmósfera parroquial. La rutina era intensa por las tardes, cuando la juventud del cerro ingresaba a ella como si fuese un colegio o una universidad. Para algunos era como su hogar; es decir, para los muchachos sanos, no muy politizados aún, que irían descubriendo la realidad desde la parroquia. Muchos, suponía Gustavo, querían salir del cerro. Y lo mejor que podían hacer para lograr su objetivo era asistir a la academia pre-universitaria. Para las muchachas, en cambio, existía otra posibilidad, mucho más arriesgada, es cierto, pero no imposible: capturar a uno de los curas y convertirse en su esposa. Sí, ese era un gran salto, casi un salto triple y en ocasiones un salto mortal. Pero tenía un antecedente en el cerro: un cura español, de intenso pelo negro y magra contextura, aunque vital y trabajador, se enamoró de una de las muchachas y abandonó todos los juramentos. Esa experiencia había inyectado a las muchachas nuevos ímpetus para el ataque, y el punto preferido era el cura Juan, un excelente partido, un gringo, que no sólo podría sacarlas del cerro, sino del país. Los nacionales no tenían esa garantía, porque por más extraño y distante que pudiera resultarles Juan, los otros lo eran más: conservaban

la distancia de la clase social, el aroma irrefutable de haberse criado en barrios con jardines. Cuando discutían sobre si uno de ellos podría enamorarse de una de las hembras del cerro, Abel Samaniego decía que las huevas; Alfredo Guerra que sí; y Gustavo pensaba en esa posibilidad como algo tan remoto como atractivo, pero que jamás la hembra lo jalaría al cerro, y él no podría jalarla a su casa.

Gustavo estaba mirando cómo Kathy, la hermana de Pedro y Víctor Perales, conversaba con Juan. Sonrió pendejamente cuando recordó el comentario de su tía Clara, calificando de huachafitas a todas las mujeres de dudosa extracción y condición humilde que aspiraban a pescar o raptar a alguien como su hijo, por ejemplo. Para ella, recordaba Gustavo, la palabra huachafita no sólo denotaba mal gusto o gusto imitativo, sino ambición, aspiración, movilidad. Y todas esas mujeres se habían convertido en una amenaza pública, en una verdadera plaga con los cambios que pasaban en el país, donde ya ninguno de los pisos estaba seguro y todo, más bien, parecía irse a pique con sucesivos oleajes de desorden. ¿Cómo calificaría la tía Clara a esta huachafita de la Kathy? A ella sí que no la conocía, ni idea tendría de que existía, ni que en el cerro podría haber una muchacha como Kathy, ni que se llamara Kathy, huachafamente: delgada, esbelta, menuda, con su pelo negro brillándole siempre, con sus enormes ojos negros, mestiza, graciosa, fina, atractiva; sí, riquita era la Kathy, una rica hembra del cerro, como para protegerla de los desgraciados y sacarla de misia. Kathy pertenecía a esa generación que la tía Clara temía tanto, porque ya no quería ser llenada a la primera, trabajar como empleada doméstica, con educación secundaria completa; era de una barriada, sí, pero hablaba bien el castellano, sabía cómo y cuándo sonreír. Nada de cama adentro con el hijo de puta ese tirado encima.

Juan conservaba la costumbre de ponerse colorado cada vez que estaba delante de una mujer y eso, seguramente, despertaba más ilusiones entre todas ellas. Kathy parecía ser la preferida, pero Gustavo estaba seguro de su sólida vocación sacerdotal y contemplaba la escena algo deprimido. ¿Podría él casarse con Kathy? Hacía seis meses exactos que no veía a

Rosa y no se había tirado ningún polvo verdadero con una mujer (nunca se lo tiró) excepto en unas esporádicas visitas al burdel del puerto. «¿Dime —se decía— si hay contradicción entre ser promotor social en el cerro, jugar al Paro, dormir en la casa de sus padres, bajarse una botella en el bar de Alejandro y tirarse unos polvos en el burdel? ¡Arma, si puedes, ese rompe-cabezas!».

La relación entre revolución y sexo era uno de los temas favoritos de Gustavo cada vez que se iban al San Carlos. Abel Samaniego le gritaba en la cara que se casara, para que fuera un buen burgués de una vez por todas. El también se iba a casar, y viviría la atroz contradicción de estar casado y ser revolucionario. El único casado era Alfredo Guerra, pero su matrimonio le daba a su personalidad un cierto aire nostálgico, como si en él hubiese perdido toda su juventud. Gustavo llegó a la penosa conclusión de que si hubiese sido capaz de conquistar a una buena hembra, a una hembra con posición social y plata, no estaría en el cerro. Defendía esa tesis con cierta convicción, cuando ya estaban medio borrachos, diciendo que todos estábamos allí porque no éramos capaces de estar en otro lado. Alfredo Guerra lo entendía en parte, pero en sentido contrario: su matrimonio significó ascenso social, pero para qué... A él le seguía gustando la vida de su barrio, su gente, su mancha, su gallada... Sí; el matrimonio le arrebató una identidad, como le decía Abel Samaniego sin discreción alguna, y le entregó, en cambio, una vida privada sin comunicación con la realidad, la realidad, compadre, eres tú y el mundo, y el matrimonio como un proyecto de vida... Gustavo se replegaba en su silla cuando escuchaba esas justificaciones; su idea matrimonial era más carnal, lo que Rosa le daba, era una sabiduría a través de la carne, una espiritualidad material, y por eso le jodía más aún no habérsela tirado, no estar con ella ahora, haberla perdido, no haber sido capaz. Eso: no haber sido capaz.

En realidad, y esa era una de ellas, es que Gustavo tenía muy poco afecto por los proyectos, en tanto, pensaba, son construcciones mentales, intelectuales, masturbaciones imprecisas en su intención de construir un futuro. Le llamaba

profundamente la atención cómo es que Alfredo Guerra integraba, en su afán de mantener todas las piezas de su vida juntas, el proyecto del cerro, el político y el de su matrimonio. Y todo sin contradicción, por supuesto: la clave podría estar en la búsqueda de la armonía, evitando conflictos como trabajar con los pobres, hacer que los pobres accedan al poder y vivir en un barrio de jardines. El proyecto de vida, pasaba, pues, por el del matrimonio. La mujer escogida se convertía en la variable fundamental. La casita conyugal en el eje vertebrador, la rutina doméstica en la garantía de acercarse y cumplir las metas del proyecto. Gustavo se rompía la cabeza en el rompecabezas de su vida. *Toda una vida* fue, por un instante, su bolero preferido en La Herradura. Por esa razón, podría ser, el proyecto del cerro era mucho más consecuente entre los curas.

Mientras miraba cómo conversaban Kathy y Juan, Gustavo pensó si Aída hubiera sido capaz de casarse con él. «¿Habría sido capaz de dejarlo todo e irse a vivir al cerro?». Pero qué cojudeces estaba pensando, pensó: él tampoco estaba en el cerro, era un tráfugo, un extraño, un observador. «¿Y Rosa?». Ella sí estuvo con él, dio el paso, se atrevió a decirle no sueños más, huevo frito, acá estoy: calatéame. Amame. Júrame tu amor. Tóname la mano. Acaríciame el culo. Bésame las tetitas. Vayamos al cine. Leamos juntos. Dame alegría, acá estoy.

¿Cómo pensar en Rosa como parte esencial de un proyecto de vida? Basta y sobra con vivir juntos... o era más... qué era, caray, convivir, estar atados, dependiendo mutuamente; ¿amor?, ¿pasión?, ¿necesidad?, ¿interés? Y qué era para mi vida el proyecto del cerro, insistía en pensar Gustavo: ¿un trabajo?, ¿la manera garantizada de contribuir a la revolución?, ¿una forma de hacer política? La búsqueda del todo complica a las partes, eso sí que era cierto, y las enreda, las confunde, las agobia, las aprieta. O sea que todo adquiriría sentido si entendíamos el todo, todas nuestras partes, las más mínimas partes, consecuentes con la anhelada coherencia, la necesaria coherencia de nuestras vidas, la armonía, la plasticidad, la venerada articulación sanguínea en su recorrido

diestro por venas y arterias, corazón, verga y cabeza. Rosa era una parte y el cerro otra, no podía haber confusión. ¿Y la política?... La política era una metete intelectual con su pretensión fatua si tenía como tarea organizar coherentemente una vida. «¡Qué rayos importa mi vida!». Además, y no debía olvidarlo, Gustavo no fue capaz de retener a Rosa. Ese cuerpo bronceado por unas brisas maravillosas, provenientes de sabe Dios qué impresionante lugar, no estaba junto al suyo. Se fue con todo el proyecto o porque nunca lo hubo, imbécil. Proyectar es tener esperanzas, ¿verdad? O gozar de un presente capaz de convertirse en futuro. Proyectar es también dejar de ser uno y generar un otro o crear a otro, pero incorporando nuestros propios ingredientes. Nada de eso sería posible en su caso. Rosa no estaba no estaría, si alguna vez estuvo. Proyectar era una paja, eso sí, cuando conversaban sobre los proyectos, sean cuales fuesen: cerro, vida, matrimonio.

Estuvieron casi dos años, casi se la brinca en el sofá de su casa, pero: qué más, cuál era el otro paso, cómo empezar otra etapa, convencerse de que debía salir de su casa paterna, de esa construcción de más de treinta años, donde nació, creció, se hizo grande, débil, flaco, jibado, sin dejar que se despabilara, para asumir posiciones. «Rosa —pensó Gustavo— fue la única mujer talentosa que no mostró su fortaleza conmigo, a tal punto que me hizo olvidar lo débil que era. Eso, era una mujer que no exigía, haciéndome creer que yo era el hombre para ella. Pero a la hora de la verdad, empezó a exigir. También quería cosas y, sobre todo, que yo fuera el hombre».

Gustavo estaba haciendo tiempo para ir a dictar su curso de prensa barrial en Los Arboles. Luis Cárdenas pasaría dentro de un rato a recogerlo porque ni manejar sabía Gustavo. Ciertó: en microbús —como pensaba— no conquistas a nadie, menos a las mujeres de tus amigos del colegio y quizá ni a la misma Kathy. Luis Cárdenas gozaba manejando la camioneta del proyecto, y solía encontrar en esos cursos nocturnos una especie de aventura en sus cortos veintidós años. Vivía con su madre y sus abuelos, pero era mucho menor que Gustavo; años que se los hacía sentir a diario, como cuando, por ejemplo, le

decía que esto del cerro era un buen comienzo en su carrera universitaria, cuando para Gustavo, era un pésimo camino.

La camioneta hizo su ingreso al espacio público de la parroquia motivando que la gente se hiciera a un lado. Las muchachas abrían paso con un reservado respeto por el vehículo, el único que entraba y el único que había entrado a la parroquia. Luis Cárdenas lo colocaba de nariz contra una pared, bajaba de un brinco, cerraba la puerta de un portazo, y se enrumbaba al local del proyecto. En esta oportunidad llevaba una chompa de alpaca y Gustavo extrañó su clásica casaca blue jean. Los cuatro miembros del proyecto llevaban la misma ropa al cerro, como si fuese un uniforme; el único que le añadía un toque personal era Abel Samaniego: gafas oscuras o camisas estridentes.

«La traviata —pensó Gustavo— ha llegado puntual. Habrá que buscar otra vez a los pobladores para que vayan al curso de redacción y diagramación para poder cumplir con la actividad y así con la meta y así con el objetivo. El pendejo de Ernesto nos ha dicho que se puede cumplir con la actividad pero no con el objetivo y, a veces, se cumple el objetivo aunque no se haga la actividad. Puta, lo único que sé —continuó Gustavo— es que tengo que soplarle las dos horas y media con los pobladores durmiéndose. Deberían darme viáticos para unas chelas, pero los que van son mocosos y señoras».

Kathy Perales seguía conversando con Juan, a quien el rostro se le incendiaba como un bosque californiano, cada vez que ella le decía algo. Debía tener su voz, la Kathy, una voz muy personal, agradable, que lo churreteaba al cura Juan. Gustavo pasó muy cerca de ellos, les hizo una venia, y se dirigió al local del proyecto.

—Acá estoy, huevas —le dijo a Luis Cárdenas—. Has llegado puntual, de manera que nos toca recolectar alumnos.

—De allá vengo, cojudo —le respondió airado Luis Cárdenas, que siempre se preocupaba por todo, y esta vez con alguna razón—. Los de la Coordinadora han estado en el local de Los Arboles y han dejado estos volantes. ¿Dónde has estado tú?

—Acá —respondió Gustavo, desmereándose—. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Y no sabías nada? —Miró a todos lados, hizo como que buscaba, se mostraba agitado—. ¿Dónde está Esteban Revilla? ¿Romano? ¿Dónde está la gente?

—Al único que he visto es a Juan. Está allá, con Kathy.

—Han llegado al local de Los Arboles —continuó Luis Cárdenas— y han distribuido estos volantes entre la población. Es a favor del Paro, pero con sus consignas.

—Pero en el local no hay nadie —dijo Gustavo—. Deben estar más cojudos que yo. Los dejan donde no los van a leer. Y lo digo yo que les estoy enseñando a leer.

—Nos los han dejado a nosotros. Para que sepamos. No se meten con la parroquia, pero sólo están sus consignas.

—¿Y qué quieres que haga? —dijo Gustavo con desgano.

—Primero busquemos a Esteban.

—Creo que no está.

—¿Y Romano?

—No lo he visto. Quien está es Juan —repitió Gustavo.

—Juan está más perdido que alacrán en el desierto, compadre.

—Se han borrado, pues. Así son los curas, Lucho, primero amarran y después se hacen humo. Qué quieres: es lunes, sólo los lornas están en el cerro. Los demás hacen política a lo grande, y no van a estar dando la cara por gusto para que les preguntemos: y... qué tal la Convención... ¿salió Pedro?... y todas esas cojudeces.

—¿Y Abel Samaniego? ¿Y Alfredo Guerra?

—Es lunes, Luchito. Tú y yo hacemos las actividades, y ellos hacen los objetivos. Reglas son reglas. Y Abel... es lunes, pues, desde cuándo viene los lunes.

—Vamos, entonces —dijo Luis Cárdenas—. Tiramos una tasada y vemos si hay mancha para el curso.

En el trayecto, Gustavo recordaba la última clase en el local comunal de Los Arboles, dictada debajo de uno de los agujeros del techo, para iluminarse con la luz de la luna debido a que uno de los motores estaba dañado dejando a ese sector del asentamiento a oscuras. El recinto era bastante amplio, y en él se colocaron cuatro bancas donde se instalaban los alumnos del curso: unas señoras, unos niños y unos tres o

cuatro jóvenes disciplinados. Gustavo se lamentaba de no haber sido capaz de retener a los otros jóvenes después de las primeras clases. Fue a buscarlos sucesivas veces a sus casas; casi les rogaba para que asistieran, les explicaba su importancia, pero nada. Tocaba la ventana, la puerta, y si bien sabía que estaban allí, no daban la cara. En una oportunidad pensó en pagarles, porque yo, pensaba Gustavo, si fuese poblador, no iría gratis ni de a vainas a un curso de prensa barrial a las ocho de la noche. Y entonces volvió a pensar en ese enredo jerárquico metodológico propuesto por el profesor Rivadeneyra, como gran aporte a la promoción en las ciencias sociales, que eran las actividades, las metas y los objetivos; y en el intrincado cruce de posibilidades, por cierto: actividades que no conducen a metas y nos alejan de los objetivos (activismo); metas que no se traducen en actividades o metas sin objetivos y, claro, no deben olvidarlo, objetivos que carecen de metas y de actividades y, por lo tanto, ya nadie se acuerda. Todo era posible en el reino del cerro. Sí, señor. Búscale un objetivo a tu meta y una meta a tu actividad (si eres globalizante) o a la inversa, si eres pragmático, pero qué lo vas a ser, si chino pareces; guarda con los chinos, que también tienen sus metas-objetivos y actividades, pero con tácticas y estrategias.

—No sé para qué habrán ido —dijo Luis Cárdenas.

—¿Quiénes? —preguntó Gustavo.

—Los de la Coordinadora. Alfredo Guerra me dijo anoche que los curas habían atracado en ir con Agustín Rojas.

—¿Y ese quién es?

—Es de los chinos. —Hizo una pausa y continuó aprovechando de la ignorancia política de Gustavo—: la dictadura se va al tacho. Todos los partidos están reorganizando sus fuerzas. Y los chinos no pierden tiempo, saben que no han trabajado en los barrios y por eso se infiltran en las organizaciones de base. Tienen que negociar con la parroquia. Darles, pero negociar por lo bajo.

Todos éramos unos Maquiavelos barriales ahora, hablando de correlaciones de fuerza, hegemonía, grupos y sub-grupos, dirigencias, partidos, sacando nuestros cursos de ciencias sociales a la realidad.

—Hasta los reformistas hacen ahora trabajo en el cerro —continuó Luis Cárdenas mientras conducía como en su casa por las avenidas bajas del cerro, por momentos bien asfaltadas y por momentos agujereadas por cañerías rotas e inundaciones—. Acomodo de fuerzas, Gustavo.

—Mientras todo esto pasa —dijo Gustavo— lo que me jode es perder mi tiempo como profesor rural.

Gustavo pensaba, mientras veía las lucecitas prendidas del cerro hasta lo alto, en el colegio inglés donde se educó, obligándoles a usar gorra y jugar al hockey y al cricket, y les exigían hablar en inglés con sus compañeros durante el recreo. Y pensaba, mientras se iban acercando a Los Arboles, qué diablos hacía allí, enseñándoles y aprendiendo de los pobladores, porque la educación popular era eso, enseñar pero aprender, aprender de su vida, simultáneamente, y no creer que uno va con la verdad absoluta, a elaborar un periódico barrial; periódico que al mismo tiempo fuera hecho por los propios pobladores —de otra manera no tenía gracia, le dijo Esteban Revilla—, donde incluyeran las noticias de su zona, sus problemas, pero vinculándolos a la realidad nacional, con un filo político, pero sin meter la pata. Porque los pobladores, además de ser pobres, tenían la mente dislocada, estaban alienados, confundidos políticamente.

—Los chinos están perdidos —le dijo Gustavo al llegar.

—No son los chinos, en sentido estricto —precisó Luis Cárdenas—. Los de la Coordinadora son albaneses. Quien es chino es Agustín Rojas. De ese Gil Bonilla no sé nada, pero Rojas es chino. Los de la Coordinadora lo están utilizando.

—Como nosotros a Pedro Perales.

—Si quieres, sí. Pero Pedro es un poblador, y la parroquia trabaja en el cerro.

—¿Y el proyecto?

—Ya me convencí de que no existe —dijo de pronto Luis Cárdenas—. A veces funciona como la parroquia y a veces como la universidad.

—Y estos albaneses.

—De Tirana, pues —exclamó Luis Cárdenas disminuyendo la velocidad. Se sentía contento de poder explicarle a Gustavo

todas estas vainas políticas, porque en todo lo demás, Gustavo sabía más; más de la vida, más del dolor y del cansancio—. ¿Qué haces en el cerro, Gustavo —le preguntó— si no te gusta la política?

—¿Cómo que qué hago? ¡Trabajo! Trabajo de cinco a diez. Y me gano los frijoles por las huevas.

Por primera vez Luis Cárdenas lo miró con pena.

Gustavo se distrajo mirando a su alrededor, una vez que estaban fuera de la avenida asfaltada. Hasta Los Arboles se entraba por una callecita de tierra, espantando a los niños que jugaban allí. El barrio estaba casi en la zona plana y algunas de las viviendas trepaban lastimosamente por la nueva ladera deshabitada.

—Llegamos —le había dicho Luis Cárdenas.

El local comunal debió haber sido, en sus buenos tiempos, la casa de una antigua hacienda cuando esa parte de la ciudad era campo, todavía zona agrícola y probablemente verde. Impactaba por su escalera ancha y ambiciosa, petulante. Por su terraza a cierta altura. Y por la generosidad de sus espacios internos. Dos enormes árboles se conservaban intactos; de troncos duros, eran sólidos y frondosos. Antiguos y esbeltos, sobresalían desde la distancia como dos moles que se oponían a ceder ante la sequedad de esa tierra.

—Te imaginas esta casa en su esplendor —le dijo Gustavo—. Fijo que habrá sido testigo de numerosas fiestas. Y ahora...

—Franco, Gustavo —intervino bruscamente Luis Cárdenas— te noto perdido, fuera de foco. ¿Te pasa algo?

—Pucha, hasta los mocosos me cuadran —respondió risueño Gustavo—. Antes era yo quien te aconsejaba. El paso del tiempo, eso debe ser, las nuevas generaciones que se hacen campo.

—Tú fuiste mi jefe de práctica en la universidad, Gustavo. Eso no se olvida.

—¿Y?

—Que no se olvida. Eras bueno. Rivadeneyra te escogió a ti, y tú me llamaste a mí. Cierto, yo tenía experiencia en estos barrios, conocía a Micky y a Esteban, pero el que sabía relacionarse con la gente eras tú.

—No me pasa nada, muchacho. Pero lo de la Coordinadora, la Convención y el Paro me ha descuadrado. Todo se mueve por lo alto, y uno está de adorno. Y ahora esto de los chinos que no son chinos sino albaneses, y de Tirana, como me dices, y que Rojas es y no es... Puta, se parecen a César Hurtado, cuando decía en la universidad que era y no era y que estaba y no estaba... —hizo un alto para luego continuar—: Además está lo de Rosa. Desde que se fue ando solo, en el aire.

—Bueno, baja al cerro, por lo menos —se atrevió a bromearle Luis Cárdenas.

—Hagamos un plan antes. Si siguen allí los volantes, qué hacemos: los quemamos... armamos un chongo... o nos matamos de risa...

—Los volantes están. Quienes se han ido son los de la Coordinadora. Nadie los ha visto. Trabajan en la sombra.

—¿Entonces qué hacemos acá como dos huevos fritos sentados en la camioneta? —le preguntó Gustavo—. Quiero acción. Acción, pues.

Luis Cárdenas empezó a mirarlo como a un bicho raro. Gustavo jugaba, pero ocultaba una desazón que le amargaba el hígado.

—Si quieren revolución, debe haber héroes, muertes, decisiones y profundas tristezas. Pero acá no hay nada. Ese juego ya lo hice en la universidad, y mal. Pero ten cuidado, que esta mancha la va a empezar a jugar en la oscuridad. No vas a ver, no vas a entender, y tus nombres no van a servirte de nada. No podrás clasificarlos. —Hizo un alto y gritó—: ¡vamos por los albaneses, carajo!, aunque en verdad deberíamos ir a mi barrio o al tuyo y colgar a todos esos burgueses de los postes, así dicen, no sé por qué han escogido los postes... ¿No era así como amenazaba ese dirigente universitario? Pero en mi barrio viven mis viejos, Lucho, dos cochos hasta el perno, pero todavía vivos. ¿Los cuelgo a ellos? ¿Cuelgo al chino Felipe, que no es como tus chinos ni como Agustín Rojas, sino chico-chino, de carne y hueso, burrero como él solo, le encantaba el juego, se tiraba sus tragos y cerraba la chingana, que me conoce desde que era así, de chiquillo? Felipe —continuó Gustavo, acomodándose en el asiento de la camioneta— me llamaba el comunista

cuando estaba en el colegio, porque mi libreta era puro rojo, carajo, puro rojo, jalado en todos los cursos, y el muy pendejo me decía: «eres comunista por flojo; a los comunistas no les gusta trabajar». De allí me debe haber nacido la vaina —exclamó Gustavo—. Felipe paraba con el chofer del general que vivía al frente de su bodega, y entre los dos me tomaban el pelo, me hacían bromas, gastándome cariños, hasta que ya de grande, sólo iba por cigarros, unas chelas y algunos cachos, para acompañarlos. ¡Esa bodega era un garito! Los vecinos empezaron a quejarse, decían que en vez de bodega era cantina callejera. Y cuando llegaron los militares con su local social al costado, la fiesta de los borrachos era en la calle. El barrio se fue a la mierda, Lucho, y sólo los que seguían bacanes se mudaron. El resto, como mis viejos, se quedaron para morir en su ley. Ley seca, porque si no movieron a los cachacos, a Felipe lo sacaron de la esquina. Nunca mantuvo limpio su local. Y cuando Wong, otro chino, hizo de su bodega un imperio, yo lo fastidiaba a Felipe: «qué pasa, chino, te estás quedando». Y él me respondía que su filosofía —de la cual se jactaba— era que «hay gente que vive para trabajar y otra, como yo, que trabaja para vivir».

Felipe no es albanés —dijo Luis Cárdenas para seguirle la cuerda, comprendiéndolo, queriéndolo.

—Claro que no: es chino.

—Chino de acá.

—Como el perro chino, la raza que dimos al mundo, todo pelado.

—Estos son otros chinos —dijo Luis Cárdenas.

—De la universidad —dijo Gustavo.

—Ni eso: del cerro.

—Vamos a la bodega —dijo Gustavo— me ha entrado la nostalgia.

Ambos descendieron de la camioneta y caminaron hacia una bodeguita ubicada al lado izquierdo, a la cual se llegaba después de atravesar un inmenso terreno baldío. En esa zona se encontraban varias viviendas a medio construir. Luego de cruzar la pampa a oscuras, Gustavo y Luis Cárdenas ingresaron a un pequeño local atiborrado de objetos diversos; una vela

en el mostrador iluminaba el interior y el rostro de una niña arrodillada sobre un banco y con los codos apoyados sobre la madera. Bebieron dos gaseosas y compraron cigarrillos. Todo lo demás estaba oscuro. A lo lejos, Gustavo distinguió el local comunal, los dos árboles y la camioneta, rodeada por muchos que se trepaban y se bajaban. La niña del mostrador hacía sus tareas escolares. Su piel curtida por la tierra se mantenía suave, y sus dos ojos negros alumbraban tanto como la vela. Tenía su cabellera recogida en un moño. No los miraba. Estaba concentrada en lo suyo.

—Felipe —exclamó Gustavo aspirando el aire de la noche, dando la espalda a la bodega y a la niña—: ¿Dónde estarás, Felipe?

La oficina del profesor Rivadeneyra era bastante pequeña. Se encontraba en el segundo piso de uno de los recientes edificios del fondo, al cual se llegaba después de cruzar un pequeño jardín utilizado por los alumnos como desahogo a su intimidad, pues no tenía las dimensiones de los jardines del campus, y estaba como escondido. Su oficina no se diferenciaba de las de los otros profesores: todas tenían el mismo tamaño, sus nombres en la puerta, estantes, un escritorio, un par de sillas y una ventana que daba al jardín.

El profesor Rivadeneyra había citado a los cuatro miembros del proyecto que trabajaban por la universidad. Iban a evaluar la marcha del proyecto, la Convención, el Paro y ese nuevo fenómeno: la Coordinadora. Cuando Gustavo llegó, el resto estaba instalado en el recinto. Al saludar al profesor Rivadeneyra, Gustavo recordó al ex-dirigente estudiantil, cuando fue presidente del Centro Federado. A pesar de no haber sido nunca muy amigo de los mimeógrafos ni de ese olor a tinta perenne, recordó las polémicas que se llevaban a cabo

en las aulas. Cuando el profesor Rivadeneyra ejercía su cargo de presidente aparecía, por ese entonces, una nueva fuerza de izquierda en la universidad. Rivadeneyra fue siempre un alumno politizado, pero dentro del espíritu de la casa. Quizás hasta su cuerpo le ayudaba a no despertar demasiadas sospechas entre las autoridades: regordete, muy blanco, pulcro en el vestir y de un hablar cadencioso, sólo era peligroso porque, paradójicamente, era creyente. Las autoridades lo entendían como un caso extremo al interior de la familia, y cuando comulgaba, sonreían tranquilos. Muchos sostenían que los propios curas de su colegio eran los culpables de su politización al haber despertado en él una exagerada preocupación por los pobres, haciéndole olvidar que los pobres necesitaban de los curas para poder salvarse.

Rivadeneyra no tenía plena confianza en Gustavo, a quien postergaba constantemente y no le daba su pleno respaldo. Su hombre de confianza era Alfredo Guerra, y en él depositaba las decisiones importantes y la conducción del proyecto. Compartían una misma educación y una misma creencia: los cambios en el país no necesitaban pasar a través de los esquemas marxistas. En eso, los curas habían aportado lo suyo, y la universidad acogía tal camino como el más conveniente. Pero las peculiares alianzas en la Convención, fomentadas por Romano Pellegrini y Esteban Revilla para colocar a Pedro Perales en la mesa directiva, lo habían desconcertado. ¿De qué manera el proyecto se escapaba de sus manos, y en qué medida Romano le daba una nueva dirección? Rivadeneyra se caracterizaba por una capacidad de trabajo fuera de toda norma, y podía conocer y controlar todos los movimientos que, de una forma u otra, él motivaba, planificaba, dirigía.

Romano Pellegrini era, en cierta medida, su maestro. Todos los curas —como los de su colegio— eran sus insuperables maestros de la política, y él, qué duda cabía, era un discípulo aprovechado. Claro, repetía como ellos la gran broma, cuando le preguntaban si era jesuita, respondiendo «a veces». Los acontecimientos de la Convención —desde su instinto natural— superaban a Alfredo Guerra, al que, según su criterio, todavía le faltaba aprender mucho del teje y desteje de las relaciones

humanas. La decisión de Romano Pellegrini y Esteban Revilla dejó a la universidad en un segundo plano, sin iniciativas, teniendo que adaptarse a las nuevas e imprevisibles coyunturas que se iban a presentar. En ese momento, nadie estaba en capacidad de saber qué fuerza podían tener los albaneses, ni quiénes eran, y menos aún en el cerro. «Para entrar a Albania —decía un diplomático burlón— hay que abrir el portón del progreso, porque hasta el ferrocarril es considerado como enemigo proveniente del capitalismo occidental». Claro, desde la isla de Corfú —continuaba ese diplomático que irritaba al profesor Rivadeneyra— «se ven las lucecitas del siglo XIX, siempre y cuando no haya neblina». A Rivadeneyra le fastidiaban los izquierdistas cínicos y los cínicos izquierdistas, y su falta de humor era reemplazada por una dedicación al trabajo casi puritana. El diplomático —que enseñaba unos cursos de derecho internacional en la universidad— le tomaba constantemente el pelo. Como él, recibió una educación religiosa, pero le gritaba cada vez que lo veía: «los mejores frutos de la burguesía son sus mujeres y sus licores; cuando llegue la revolución, nos los vamos a repartir».

Pero los albaneses no eran ahora su preocupación de fondo, sino el simple hecho de que ni Alfredo Guerra, Abel Samaniego, Luis Cárdenas y Gustavo Ibáñez fuesen capaces de contarle qué diablos había pasado en la Convención del fin de semana pasado. Cuando Luis Cárdenas le había mostrado los volantes que encontró en el local comunal de Los Arboles, Rivadeneyra montó en cólera, no por lo que allí se decía, sino porque ninguno de los dos supo explicarle quién los dejó, cuándo, quiénes eran, dónde vivían, si tenían bases en el barrio, enlaces, carajo, para qué van al cerro si se les pasea el alma...

La preocupación de Rivadeneyra le pareció justificada a Gustavo, y le hizo pensar, una vez más, en el objetivo del proyecto. Después de años de trabajo ya debía saberlo, pero para él seguía siendo un trabajo, raro, pero un trabajo que lo alejó de Rosa y lo distanció de Alejandro. La concepción inicial de fomentar y potenciar a las organizaciones —sin suplantárlas— y contribuir a la tarea pastoral de la parroquia, tuvo buena

acogida entre las instituciones que lo financiaban. Hasta allí todo estuvo claro: ellos dejaban allí sus noches durante las semanas, desarrollaban sus actividades, y luego tendrían que irse. La parroquia era la que no se marcharía nunca: era parte de la zona, del paisaje, de la esencia del cerro. Pero la Coordinadora la había jodido toda, estaría pensando Gustavo, cuando Rivadeneyra alzó la voz y continuó haciendo sus preguntas.

Gustavo tardó una media hora larga para entender la finalidad de la reunión convocada por Rivadeneyra. Se disgustó consigo mismo, porque expresiones como «cualquier edad es buena para aprender», le recordaban a su padre. El silencio de Alfredo Guerra fue un buen indicador; si bien guardaba su reserva característica cuando hablaba Rivadeneyra, en esta ocasión su hermetismo le llamó la atención. «Cuando el río suena es porque piedras trae —pensó— y cuando se está callado es porque pronto va a reventar». Sí, Gustavo empezó a entender, y había que despabilarse. El proyecto tenía que reestructurarse para que llegara a buen puerto. Romano Pellegrini y el profesor Rivadeneyra tenían que haber hablado entre sí después de la Convención, porque eran de la misma familia, y nunca se tomaba una decisión sin explicársela aunque fuera después. La única manera de hacerlo era cambiando a algunas personas, un cambio de piezas, y Esteban Revilla, a pesar de su inteligencia innata, debía salir. Si bien lo único que hizo fue obedecer las órdenes de Romano Pellegrini, por haberlas obedecido era reconocido como quien las había ejecutado, ante la universidad, la parroquia, las organizaciones afines y ante la Convención. Se había expresado, mostrado, explicitado; debía salir, entonces, porque la lógica de la parroquia y de la universidad era ser sin ser y estar sin estar, nunca de manera que pudiera ser clasificada o encasillada. La alianza con los de la Coordinadora —o con los chinos— ya fuera coyuntural o táctica o estratégica, vaya uno a saber, Lucho, de esas palabrejas, desnudaban políticamente a Esteban Revilla. Pero lo que no sabía Gustavo era que los cambios debían ser equitativos, uno de la parroquia y otro de la universidad, para que no significaran un castigo para una de las partes, sino más bien un cambio de carácter técnico. Rivadeneyra se lo hizo saber a

Alfredo Guerra después de conversar con Romano Pellegrini, pero fue incapaz de comunicárselo a Gustavo, no sólo porque le resultaba arbitrario, sino por la amistad que se guardaban desde el inicio del proyecto.

En un viaje de trabajo por el Callejón de Conchucos, ambos habían aprovechado la soledad del camino para contarse momentos claves de sus vidas. Alfredo Guerra era un diestro conductor y Gustavo un excelente copiloto, situación que aprovechaba para maravillarse con el paisaje: unos Andes imponentes, unas quebradas sin concesiones, unos cascajos de piedra fina, los acompañaron desde Corongo hasta Sihuas. Ambos mantenían con sus familias una estrecha y extraña relación, como si sus casas fueran una raíz profunda que les daba sentido —un refugio que los protegía del mundo— y fuera de ellas sentían la terrible sensación que da la desolación. Gustavo recordaba perfectamente la descripción que le hizo del Conjunto Habitacional donde había vivido con sus padres antes de casarse, de aquella familia de cantantes, en el otro piso, y su amor de adolescente con la vecina. El aire seco de la sierra arañaba sus pulmones, descongestionándolos, y los hacía hablar con mayor naturalidad.

—Mi vida —le había dicho en esa oportunidad— no ha sido tan coherente como la tuya. Yo fui el último de tres hermanos y mis padres decidieron mandarme a un colegio religioso, mientras ellos fueron a uno del Estado. Para ti —continuó— esa diferencia no te dice nada, pero es distinto haber sido educado en un colegio donde tus hermanos no fueron. Me llamaban el azul, porque era más oscuro. Y en el barrio, cuando regresaba con mi uniforme, me llamaban pituco. Puta, ¡vaya uno a entender! Después, cuando fui a la universidad, mi enamorada no entendía a mis nuevos amigos. Tenía miedo de ir a las fiestas de la universidad. Decía que no sabía qué decir. Yo cantaba a lo Joan Manuel Serrat, y desde allí mi hembrita se me fue quedando. Al frente, a unas cuadras del Conjunto Habitacional, estaba el barrio de los cutatos, conocido por El Congo. Nos tenían una bronca de la gran puta, a nosotros, a los del Conjunto Magisterial, cuando nuestros viejos eran tan sólo maestros primarios. Tú sabes lo que significa ser maestro

primario en este país —le dijo a Gustavo con una expresión que quería ir aún más lejos—, pero no lo sabes como lo sé yo: mi madre leía, leía mucho, y era una especie de intelectual en el barrio. Mi padre, ya lo vas a conocer, se la pasó peleando por los derechos de los maestros. Pero en El Congo éramos los gringuitos, y en el colegio era el azul. Por lo menos, eso me dio fama de mechador, y en la universidad hasta una hembrita se enamoró de mí por mi color o por mi fama, qué sé yo.

Gustavo intentó unas miradas con Alfredo Guerra, para ver si le daban un poco de sentido a la reunión.

—Debo decirles que he conversado con Romano Pellegrini sobre algunos asuntos de interés para la marcha del proyecto. No deben olvidar que uno de los puntos claves es la transferencia del mismo a las organizaciones que hemos impulsado. Después de más de un año debemos empezar a planificarla, pero previendo los obstáculos que puedan surgir. Y uno de ellos es la Coordinadora, pero también la Federación Distrital de Pueblos Jóvenes del Cerro. Nosotros debemos saber quiénes van a ser sus dirigentes, y si ellos responden o no al espíritu del proyecto. No podemos arriesgarnos a entregárselo a una organización tan importante si en ella los dirigentes pertenecen a otros partidos políticos o entienden la política de otra manera. La parroquia debe saber si el proyecto va a estar ligado a su ámbito, y si las organizaciones que van a formar parte del proyecto están cercanas políticamente. Tengo entendido —continuó— que han surgido organizaciones partidarias de último minuto que pretenden hegemonizar la Federación Distrital. Eso nos pone en una situación sumamente difícil que es necesario evaluar, sobre todo si ésta se siente con el derecho de usufructuar y de dirigir el proyecto.

A Alfredo Guerra el profesor Rivadeneyra ya le había explicado por qué, durante la Convención, Esteban Revilla le dijo que todo estaba amarrado por Romano Pellegrini. La idea era que fuera Pedro Perales, totalmente legitimado en la zona, dirigente consumado de Los Perales, conjuntamente con Agustín Rojas que, si bien no era un hombre de la parroquia, tampoco lo era de la Coordinadora, y con Pedro Perales adentro podrían neutralizarlo y no dejarles toda la hegemonía a ellos.

La parroquia no podía regalarles la Federación, y menos aún a los de la Coordinadora. De esa manera la continuidad del proyecto estaba garantizada.

Al mismo tiempo, Rivadeneyra le explicó que Esteban Revilla tendría que retirarse del proyecto; Romano Pellegrini se lo explicó al mismo Esteban mientras planificaba la participación de la parroquia en la Convención, y Esteban obedecía como obedecen los soldados, sin dudas ni murmuraciones, como buen soldado de Dios que era.

Rivadeneyra sólo tuvo que explicarle a Alfredo Guerra lo que Romano Pellegrini ya había decidido y casi hecho. Romano Pellegrini se lo comía vivo en estos asuntos terrenales, y Rivadeneyra tuvo que aceptar que además de ser su maestro, fue su profesor en el colegio.

Mientras Rivadeneyra seguía explicando la tarea de transferencia del proyecto a las organizaciones barriales, Gustavo entendió que le había llegado su turno. Si sacaban a Abel Samaniego —pensaba— se van a armar conflictos partidarios serios, porque ahora que la dictadura está de salida, todos están sacando la cara. Rivadeneyra no va a crear un flanco por allí, y si bien no tiene nada que hacer con las posiciones de Abel Samaniego, no querrá pelearse con los de su partido. Luis Cárdenas es un buen promotor, conoce la zona, y no hace problemas. Pero si era él el elegido, qué pasaba: no pasaba nada. Estaba suelto en plaza, como un huevas tristes. «Como mi viejo —pensó Gustavo—: una pieza gastada e inútil, sin protecciones en ese monstruo repleto de pesadillas, ascensores, oficinas y papelería que es el Ministerio».

Gustavo nunca pudo olvidar el olor del Ministerio, aunque hubiera estado en tres diferentes inmuebles, como si viniera de un organismo descompuesto. Cuando lo acompañaba de chico lo hacía en el local principal, en el Ministerio de verdad, de varios pisos, conserjes, ascensoristas, secretarías, pasillos, oficinas, saludos a la volada, doctor, buenos días, buenos días doctor, y le fascinaba observar a la gente. Montgomery era un tipo alto y leal a su padre, pero de rango inferior. Muchos años después, cuando ya no trabajaba allí, su padre le confesó que en una oportunidad había tomado varios

tragos con Montgomery celebrando el nacimiento de su primera hija; esa confesión fascinó a Gustavo, porque por primera vez imaginó algunas escenas de su padre en el trabajo, cosa que nunca pudo hacer cuando era chico.

—Romano —continuó el profesor Rivadeneyra— dice que la parroquia va a enviar a Esteban Revilla a Jarpa, una comunidad en la sierra central. —Rivadeneyra había tomado el control de la conversación, hacía algunos altos muy bien estudiados, bajaba la cabeza, como era su costumbre, cada vez que quería demostrar que estaba concentrado en lo que decía y prosiguió: considera que necesita en esta nueva etapa del proyecto a una persona capaz de negociar antes que de enfrentar. Ha pensado en Juan, que además de estar fuera de todo compromiso político, es extranjero. De esa manera el proyecto recuperará su contenido técnico, y dejará de ser visto como un instrumento de algunos de los partidos de la izquierda que están apareciendo en esta nueva coyuntura.

Gustavo miró a Alfredo Guerra.

—Claro, esta etapa no va a ser fácil. Y nosotros, desde la universidad, no debemos cometer errores. —Rivadeneyra había aprendido que en la política los errores se pagan caros, y que era preferible no hacer nada antes de hacer algo que después pudiera lamentarse—. Yo preferiría —dijo en tono suave— que Gustavo no estuviera en esta nueva etapa. No porque no reúna las cualidades necesarias, que las tiene, y las ha demostrado, sino porque le faltan contactos en el barrio. Lo que necesitamos es un verdadero promotor; un concertador, alguien que ayude a Alfredo Guerra en la reestructuración de las relaciones y empiece de nuevo, de tal manera que Juan sienta que tiene poder y control sobre las situaciones, cosa que no ocurriría en caso de quedarse Gustavo Ibáñez, ya que ha estado antes como responsable de una de las líneas de trabajo.

—¿Y quién va a ser esa persona? —preguntó fríamente Gustavo.

—Pedro Perales.

—Pero si es mi segundo, mi asistente.

—Pero vive en el barrio. Es de la zona. Es dirigente. Y así iniciaremos el proceso de transferencia, que es lo que más nos

preocupa a mí y a Romano. Además —continuó— es un hombre de confianza de la parroquia y está en la mesa directiva de la Federación.

«Romano lo tenía todo pensado —se dijo para sí mismo Gustavo—; en ese sentido, es para quitarse el sombrero. No se ha equivocado en ninguna de sus jugadas».

—Es la persona indicada, Gustavo —dijo Rivadeneyra—. ¿Entiendes?

—¿Y yo adónde voy? —preguntó Gustavo ya sin vergüenza, sin orgullo, pensando en sus padres y en la posibilidad de quedarse en el aire. Le hubiera provocado pararse, mandarlos a la mierda, tirar un portazo, pero no lo hizo—. ¿Yo también voy a Jarpa?

Rivadeneyra sonrió triunfal y bonachón. Le gustó la manera de reaccionar de Gustavo porque le aumentaba su poder sobre los demás y porque aumentaba su poder sobre el propio Gustavo. Si nadie le decía a la cara un carajo bien dicho, quería decir que lo respetaban y le temían.

—No —le dijo—: serás mi asistente en el curso de Realidad Nacional. La experiencia ganada en el proyecto te va a ser de utilidad.

—¿En verdad lo cree? —le dijo Gustavo sin tutearlo.

—Romano me ha hablado de ti; dice que eres sensible y profundo, muy útil en la primera etapa, cuando era necesario ganarse la confianza de los pobladores, pero que en este momento, más político, sería conveniente reemplazarte por otra persona. Tómalo como es: nada personal, Gustavo. Ahora debemos actuar con pinzas.

Gustavo trató inmediatamente de recordar el rostro de su padre cuando él mismo tuvo que decirle esa mañana, durante el desayuno, que lo botaron del Ministerio. Era un rostro amarillo y demacrado, confundido. Quince años que estuvo allí, y ni siquiera conocía los hilos que se movían y se desataban hasta soltarlo a la deriva. Las movidas de piso. Las serruchadas. La sensación de inutilidad que acogotaba todo el cuerpo y que le provocó a Gustavo un conocimiento que no dejaría nunca jamás: la prescindibilidad de las personas, cuando hay que tomar una decisión.

—No debes tomarlo a mal —le dijo Rivadeneyra—. El proyecto es parte de tu carrera universitaria, que por cierto no termina aquí. Contará para tu currículum y para tu experiencia docente.

Cuando cambió de tema, Gustavo se percató de que ninguno de los tres compañeros del proyecto había abierto la boca. Qué iban a decir, también, si todo venía de lo alto, de Romano Pellegrini y el profesor Rivadeneyra. Una vez despachado el asunto, Gustavo supo que era uno de los puntos de la agenda y luego un aspa en ese número, un tema concluido con una raya borrando esa línea: Gustavo, cambio, Jarpa, transferencia, qué mierda diría... para pasar a hablar sobre cómo iba cada una de las líneas, puntos en la agenda que ya no tenían importancia pero debían estar allí, de otro modo, se pensaría que su punto, Revilla, Jarpa, Ibáñez y el curso de realidad nacional, era la pantalla del gran tema de fondo: los partidos en la Federación, el futuro del proyecto, la nueva refinanciación y etc., etc. y etc., hasta que te canses de repetirlo, huevo frito.

Quiso levantarse, pero no pudo. Le pesaban las piernas. Las tenía duras. Se quedó allí, sentado, con la mente en blanco. Pudieron haberle dicho que se marchara, que los demás puntos prescindían de él, pero tampoco lo hicieron. Entonces pensó en su padre una vez más, la vez que le dijo: «hoy no vas a trabajar; te han sacado del Ministerio».

A esa hora de la mañana el tráfico rugía como la traspicación de una bestia jalando su carreta. La neblina se diluía a lo largo de los edificios espaciados de la avenida, y Ricardo, casi por primera vez, entendió que los extraños a ese barrio no sólo se paraban en la esquina de los múltiples cruces sino que caminaban como él, rápidamente, hacia algún lugar de los

jardines. Lugares de trabajo que la modificación de uso de las viviendas convirtió en oficinas, centros médicos, hostales, comercios y diversos servicios.

A sólo seis cuadras de la esquina donde lo dejaba el microbús estaba esa universidad a la cual Gil Bonilla le permitió el ingreso. Ignoraba qué trámites utilizó, pero lo cierto es que sin estar convencido de haber dado un correcto examen, estaba inscrito en el primer año de ciencias administrativas.

Lo que ignoraba Gil Bonilla era que Ricardo conocía esa mansión, subdividida mil veces, para dar cabida a las aulas, desde niño. Se trataba de una enorme construcción a la cual ahora podía ingresar por la puerta principal, porque antes, sí, antes, todo era tan distinto: Juan Pablo había sido invitado a un santo infantil en el cual, según contó después, unos niños grandes fastidiaban a los pequeños jalándolos de una correa colocada alrededor del cuello como si fuesen perros. Juan Pablo lo contó de tal manera que Ricardo siempre le tuvo miedo a esa casa, como si fuese un castillo habitado por fantasmas. En otra ocasión acompañó a su madre a recoger al niño Juan Pablo, porque los señores eran amigos de la familia Pinillos. Recordaba cómo su madre jadeó un rato después de haber tocado el timbre para que se abriera el inmenso portón, una vez dentro, en el jardín delantero, temerosa de que saliera uno de los perros de verdad y le saltaran a la cara o le mordieran una pierna. Aquella vez, Ricardo sólo pudo mirar la habitación precedida por una salita de espera y un pequeño hall, cuando el mayordomo entreabrió la puerta y la dejó así, parada en la oscuridad, para ir a llamar al niño Juan Pablo. Esa luz que salió hasta el jardín lo encegueció y le permitió mirar de costado —como un mirón— lo mismo que miraba en la casa del doctor Pinillos. Antes, al tocar el timbre, su mamá lo empujó un poco y luego se colocó delante de él: cómo le fastidiaba cuando su mamá hacía eso, ocultándolo siempre, tapándolo, cubriéndolo con su uniforme o su mandil para que no le pasara nada. Y eso que era tan buena con su padrino, el joven Alejandro, que Ricardo llegó a pensar que el joven Alejandro podría haber sido el hijo clareado que su mamá hubiera deseado para ella.

Ricardo caminó las seis cuadras lentamente, tanteando el camino que lo llevaba a la misma casa, tratando de convenirse de que el tiempo no transcurría en vano, y de que si el tiempo existe, porque existe la historia, tal como lo explicaba el limpiacarros, la casa tendría que ser otra porque él mismo ya era otro. No tenía diez u once años sino veinticuatro. Si bien era lampiño, se afeitaba una que otra vez, y si no era alto ni corpulento, no era ni un niño ni un joven. ¿Qué era, en verdad, este Ricardo, vestido de calle, una camisa blanca, una chompa usada, un pantalón gris o azul, zapatos negros? ¿Cómo serían esos alumnos: parecidos a los de la universidad donde iba a comer sándwiches —altos, blancos, gritones, reilones— o como el muchacho del mostrador, que les decía que iba a una universidad no tan conocida, y estudiaba por las noches educación? «¡Estudiar educación! —le gritaba el limpiacarros— es una verdadera redundancia».

Cuando bajó del microbús en la esquina de la casa del doctor Pinillos reconoció al instante que esa casa no era la casa y, por lo tanto, él no era el Ricardo de los patios y los garajes, estudiando en su cuarto a escondidas con el profesor Ramos, cuando éste se daba una escapadita y dejaba solos al joven Alejandro y a su amigo Gustavo. La casa tampoco era el hostel de tres estrellas de hace un tiempo, cuando iba a trabajar en los jardines, haciendo lo que su padre, Damián, hizo durante toda su vida. El guachimán no le permitió detenerse por mucho tiempo y le preguntó, en cambio, qué es lo que buscaba, y que no, no era un hostel, era una oficina, que siguiera su camino, no podía mirar y menos entrar.

Por fin llegó a la universidad y se alegró cuando, a pesar de desconcertarse un instante, tropezó con una serie de carretillas ambulantes que se apiñaban a la entrada para vender cachivaches, cigarrillos sueltos, caramelos y chocolates. Se detuvo cerca de una de las carretillas para sentir seguridad, y cierto, aquellas señoras lo protegían con un ambiente que le era conocido y reconocido. Compró unas galletas de soda y empezó a comer una por una antes de decidirse a entrar. Gil Bonilla le había prohibido que conversara, recomendándole que observara antes de ser observado.

—Ese es el secreto de nuestro éxito —le había dicho, dándole una palmada fraternal—. Buscas tu salón e intentas reconocer al profesor Luis Zapatero. El va a ser tu único amigo. Tranquilo, anda tranquilo.

Para Ricardo, Gil Bonilla continuaba siendo un maravilloso enigma. No tenía una idea clara de cómo vivía ni en qué trabajaba, pues nunca lo vio trabajar, y más bien, le daba consejos de cómo comportarse en el comité de los microbuseros, con los choferes que le tocaban de turno, sobre todo con el responsable de disciplina. Ellos sentían un oculto temor hacia Gil Bonilla, hecho que agitaba aún más su imaginación. Gil Bonilla carecía de la edad necesaria para ser temido por esos rollizos microbuseros que puteaban a todo el mundo al interior de sus vehículos. Ricardo lo admiraba por su porte altivo y la serenidad de su carácter, pero ahora, desde el momento en que hizo posible su ingreso a esta universidad, su poder se hizo patente, porque tenía poder, lo inspiraba, de qué otra manera podría explicarse el hecho de estar inscrito allí y, por eso, casi lo reverenciaba. Ya no se debía sentir solo y menos aún desamparado en este mundo, en esta ciudad en la cual se desplazó siempre a hurtadillas, sin hacerse notar, una mancha reducida a los patios interiores, a la cocina, al garaje, y después a los jardines sin poder diferenciarse de los crotos o de los geranios ni del suche del jardín de los Romero.

Cuando cruzó el muro de la universidad se percató de que el jardín delantero estaba convertido en un terral pisoteado por cientos de alumnos. La casa no tenía el semblante austero que le daban las piedras de la fachada, y las ventanas sin cortinas dejaban entrever unas oficinas arrumadas de estantes y papeles.

Sintió alivio. Su cuerpo empezaba a relajarse y decidió entrar por esa puerta principal —ahora sin puerta— que conducía al interior del local. Eso es lo que ahora era: un local, un hormiguero de gente pululando, aplastando, avasallando los salones sin alfombrar, convertidos en una cueva húmeda y sin luz que lo hizo sentirse cómodo pues le arrebató su miedo, su recelo, para transformarse en un local sin cara, sin dueño, sin apellido y sin perros.

Mientras tanto, Gustavo sintió el escalofrío tenaz que da el reconocimiento definitivo de que su vida se deshacía. Cuando supo que Rosa había regresado con el enamorado anterior, ese que Gustavo sin saber cómo ni por qué había logrado destronar, sacándolo del camino de Rosa, la valiente Rosa que lo dejó por el albur, la inseguridad, el sentimiento, el amor, entendió que lo poco que tuvo se extraviaba para siempre.

La noticia se la dio Alejandro; alguien se lo había contado a Susana, alguien a Patricia, a Elena, no sé, Gustavo, todo se sabe en esta ciudad, qué quieres que te diga. Porque desde que terminaron, Rosa desapareció del mismo modo en que había aparecido: sigilosa, pausadamente, traída desde una quinta escondida junto al óvalo, al mar, a los parques secretos del malecón, donde Gustavo supo, por primera y última vez, del significado del amor.

Fue un golpe buscado el que recibió Gustavo. Y en esta oportunidad no valía emplear el dicho de Alfredo Guerra: «sarna con gusto, no pica». Su existencia básica no era otra cosa que la búsqueda idiota del dolor y el abandono, sin la fuerza de luchar por algo o por alguien, siempre confiado en que las cosas no cambiarían, tal como fue en la infancia: un mismo ritmo, una misma rutina, un mismo desenvolvimiento alrededor de un paisaje inmutable.

Gustavo había tardado mucho tiempo en reconocer que la infancia culminó cuando los vecinos dejaron de jugar en los techos y que los techos habían quedado ya abandonados, por siempre jamás, para dejar al vecindario en medio de un silencio aterrador porque ellos —los otros— ya estaban en otros asuntos y él debía correr a la carrera, llegar donde estaban, hacerse otra vez de un sitio.

Igual le sucedió con aquellos fugaces años de juventud; sí, fugaces, cuando otra vez, después del limbo, llegó al patio de la universidad en el centro antiguo de la ciudad y luego a los jardines cuidados del campus a estudiar sociología para convertirse en el motivo de las risas de sus amigos del colegio. ¿Dinos cómo se gana plata con ese cuento?, y se lanzó al descubrimiento de un mundo que se abría igual a una pulpa, plagado más de interrogantes que de respuestas: sacó la nariz,

la cabeza, el cuerpo, para devolverlo ahora rasguñado al mismo punto de partida. ¡Debía correr otra carrera! Pero el lastre no lo abandonaba y descubrió, así, el suave encanto de beber conversando, reconstruyendo la realidad alrededor de una mesa como el habitante nocturno que destripa los edificios de la ciudad. ¡Seis años en que no se decidió nunca a optar por ningún casillero de la realidad: un pie allá y el otro acá; uno en la calle y el otro en la casita, el bendito y maldito refugio! El refugio en el que estaba ahora sentado en el sofá de la terraza de los bajos, sin Rosa, sin el proyecto en el cerro, acompañado por los dos amigos del teatro envejecidos tanto como los muebles y por un jardín abandonado a los gatos de los techos.

—Está con ese, ese que estuvo antes que tú —le había dicho Alejandro.

Gustavo no lo conocía, pero siempre se lo imaginó a partir de una u otra mención fugaz por parte de Rosa. Le dijo, por ejemplo, que estuvieron a punto de casarse, todo planeado, el juego de comedor, el de la sala, la vajilla, todo eso le dijo, y Gustavo no soportaba la idea de ser feliz comprando todo de antemano para el matrimonio, pero le había gustado la decisión de Rosa de abandonarlo para empezar de nuevo.

Cuatro años con ella y no fue capaz de comprarle nada. Ni siquiera conversaron de comprar algo, y se le escapó, la dejó ir, irse, sí, se fue, se angustiaba Gustavo, se lo remarcaba Alejandro, lo ensimaban las esposas de sus amigos del colegio, todas ellas le decían: porque no corriste la carrera a tiempo cuando la juventud termina para sentar cabeza, hígado, culo y corazón.

Gustavo estaba, una vez más, sentado en el sofá de la terraza de los bajos esperando que sus padres descendieran del escritorio para comer el clásico jamón con huevo preparado por Cupertina, en una extraña demostración culinaria de adaptación a la comida americana. Los tres delante del televisor: padre, madre e hijo. Y Rosa —seguía pensando Gustavo— Rosa, un cuerpo bien hecho, duro, pequeño, diestro, hábil para las maniobras del amor, ahora pegado a otro cuerpo, que no era el suyo, y por el cual ella había en definitiva optado. Sí:

cerca de los treinta años los caminos cambian y se bifurcan y la juventud empieza a ser tan solamente un mapa de maravillosas anécdotas revividas mil veces, contadas mil veces, mil... La vez aquella en que salté como si fuese un felino —pensaba Gustavo— desde la mesa del bar Los Marcianos cuando unos intrusos nos armaron la bronca, cogiéndonos desprevenidos y totalmente borrachos, y caí como un plomo al suelo. ¡Mil veces!, ¡mil maravillosas veces! Y se la contaba a Rosa —rememoraba— para contarle historias que lo pusieran por encima de sus antiguos amores, incluso de él mismo, porque no fue capaz de comprarle ni una sartén, carajo.

¡Juventud, juventud! sin sistemas, sin entrar al sistema, fuera del sistema, pero entiende, Gustavo, debes comprar la sartén. ¿Pasó? ¿Realmente pasó? ¿Pasó como pasó la experiencia en el cerro? ¡Ah, el cerro! Sí: la experiencia en el cerro, la primera experiencia fuera de casa, la cara de incredulidad de Alejandro cuando le contabas tus experiencias en el curso de prensa barrial en Los Arboles, las caras de las esposas de tus amigos —que no se casarían contigo jamás por andar fuera de carrera, jugando en el cerro equivocado: ya jugaste a los bandoleros en el cerro de Chaclacayo, y ahora hay un cerro maravilloso en Las Casuarinas—, también había pasado.

Después de comer con sus padres el jamón con huevo preparado por Cupertina delante de cada una de las enclenques mesitas ante el televisor, decidió dar una pequeña vuelta por el barrio de los jardines, cuyas noches refrescantes tenían ahora el ingrediente de los movimientos sigilosos, de personas que esperaban colectivos o caminaban bajo los ramajes.

Al salir, tropezó con una ligera brisa congelada incapaz de remover las hojas de los árboles. Un ligero instinto casi lo llevó a encaminarse hacia las zonas ubicadas detrás del cine, donde su amigo Andrés lo acostumbraba llevar cuando eran adolescentes para levantarse a unas pampas. Su interés por ese barrio de edificios ajados y tenues lucecitas en las ventanas, venía desde tiempo atrás; caminaba por aquellas calles ruinosas plagadas de cantinas y bodegas-cantinas en las esquinas, olfateaba el olor de las frituras e imaginaba las intimidades en las salitas de sofás cubiertos de plástico. Pero

en esta oportunidad optó por caminar por el barrio de los jardines, tomando la dirección opuesta, pues necesitaba meterse un poco más en sí mismo. Las oficinas a esa hora ya estaban cerradas, y cuando se encaminó por la callecita que desembocaría en la avenida descubrió que la casa de un solo piso, tapada por una inmensa buganvilla, donde se detenía a escuchar el piano que tocaba la viejita que vivía en ella, todavía estaba allí; ahora como abandonada, pero resistía estoicamente el ruido del tráfico y el bullicio de los estudiantes al salir de esa universidad.

Mientras caminaba decidió que podría tomarse una cerveza en el bar de la pizzería, en la siempre reconfortante compañía del maestro Sánchez, un barman que hubiera podido ser cura o psicólogo por su innata tendencia a la reserva. Allí, sólo allí, conversaba Gustavo con su amigo Alejandro, y lo hacían desde que tuvieron quince años, aún en el colegio. Sentado en el taburete, y mirando el espejo y las botellas ordenadas, con la musiquita sentimental que acostumbraba poner Sánchez, se sentiría bien por un rato, mal un rato, solo un rato, sin brújula, con unos miserables billetes en el bolsillo.

La pizzería estaba semi vacía. Los mozos se ubicaban estratégicamente en las esquinas y Sánchez le sonrió apenas lo vio ingresar. Al cerrarse la puerta, después del empujón que le diera, olvidó inmediatamente la sequedad de ese edificio de tiendas y cafetines postrados que constituían el Conjunto Comercial donde se ubicaba la pizzería. Sánchez le colocó su cerveza como si fuese un brebaje para levantar los ánimos, y con su prudencia de siempre empezó una anodina conversación acercando lentamente la intimidad.

No pasaron ni veinte minutos cuando hizo su aparición un hombre pequeño, cojeando, totalmente borracho. Su aspecto de abandono no incomodó a Sánchez, que ya estaba dispuesto a darle un billete con el propósito de que se marchara al instante. De pronto, al tenerlo al lado, aspirando su olor, Gustavo volteó y no pudo dejar de exclamar, abrazándolo:

—¡Jacinto!, ¡Jacinto! Qué ha sido de tu vida, demonios.

Una cara mal tallada, una boca sin dientes, una cabeza con los pelos parados, se le puso al frente, muy cerca, y le dijo:

—Joven Gustavo, qué gusto verlo...

Gustavo lo ayudó a subirse al taburete contiguo, evitó que se cayera, le colocó las manos encima del mostrador y le dijo a Sánchez que trajera dos cervezas arequipeñas, porque él y Alejandro sólo tomaban cerveza arequipeña. Sánchez conocía de memoria la amistad de los dos, la larga data de su relación, porque Jacinto antes de trabajar como cuidador de carros en el Complejo Comercial, fue mayordomo en casa del doctor Pinillos.

Hacía tiempo que Jacinto no trabajaba como cuidador de carros ni como guardián en el Complejo Comercial, tiempo que Gustavo ni Alejandro lo veían en la pizzería, tiempo de su desgracia, sí, joven Gustavo, sí, usted no sabe —hablaban los dos al unísono, Sánchez y Jacinto— no sabe como este hombre ha destrozado su vida, mi vidita, papai, llegó al fango, al barro, al lodo, mi vidita, papai —secándose mocos, lágrimas, mojándose— con familia, vea usted, no le importó nada, mi hijita, papai, nada, tomar no más sabía, cualquier cosa, ay, papai, ay Jacinto...

—Qué diablos te pasó, carajo —le dijo Gustavo.

Jacinto intentó articular palabras, pero todas ellas se le escabulleron por esa boca desdentada, convirtiéndose en saliva y en interminables balbuceos, para después, levantando las cejas y abriendo los ojos, decirle:

—Me caí, papai, me caí de arriba, me hice esto —y le enseñó a Gustavo una pierna raquítica, envuelta en su pantalón color caqui.

—Se cayó por borracho —intervino Sánchez con dureza—, y por borracho el administrador lo botó de acá. ¿De qué si no Jacinto?

—Papai...

—¿Qué pasó, Jacinto? —le preguntó Gustavo sorprendido.

—Me caí, me caí, me caí —repetía Jacinto, como si fuesen las únicas palabras que fuera capaz de articular.

Gustavo no pudo evitar recordarlo en casa del doctor Pinillos cumpliendo las funciones del mayordomo, tarea que realizaba bien si consideramos que ni su físico ni su mente poseían la elegancia ni la rapidez para ejercer tales tareas.

Jacinto, recordaba Gustavo, provenía de la misma zona de Sarita y de la lavandera Irene y de la madre de Ricardo, de un valle generoso, rodeado de tierras ariscas, al norte del país. Su cara cetrina revelaba en aquella época una cierta picardía, una capacidad secreta para adecuarse a las circunstancias de aquella mansión y a las complicadas reglas de juego que se establecían entre el patio, la cocina, el garaje y la repostería, comarca que disputaba con el chofer Bernabé. Si Bernabé logró imponer su dominio entre el patio y el garaje, Jacinto lo hizo en la cocina y el comedor. Ciertamente no había nacido para mayordomo de residencias como la del doctor Pinillos, pero al doctor le gustaba su aire campechano, aun disfrazado de pingüino.

Gustavo le sostuvo la mirada y le preguntó:

—¿Dónde vives ahora, Jacinto?

—En Tawantinsuyo, papai; lejos, muy lejos de acá, en sitios que no conoces.

—Sí; sí, conozco. En Independencia. Al norte.

—En barriada, papai...

—¿Y cómo vienes acá, de tan lejos?

Sánchez intervino en su afán de ayudar a Jacinto y de decirle a Gustavo, de una vez por todas, que Jacinto era ahora un excremento humano, un residuo, una basura, una basura sin la bolsita de los supermercados: basura chacrera. Y sin quitarse sus anteojos ahumados, dijo:

—Su hija es profesional, imagínese. Enfermera. Y compró un terrenito en Tawantinsuyo, allá, por la Túpac Amaru. Jacinto también vive allá, de vez en cuando —bajó el tono de voz— y más tiempo es el que pasa por acá—. Hizo un alto, miró un rato a los dos, y continuó. —Pero este individuo que usted ve, prefiere estar en estas zonas porque conoce gente que le ayuda a mantener su vicio, le dan plata, porque lo quieren, y lo único que hace es gastársela en alcohol.

—Y me caí, papai...

—Se cayó —intervino Sánchez— cuando todavía trabajaba de guardián y tenía su cuarto. En esos momentos era una ayuda para su familia. Pero ahora, ahora da lástima...

—Me caí...

—¿Borracho?

—Loco, señor; loco. Toma días enteros. Hace poco se amanejó en las gradas de la Virgen del Pilar todo vomitado, hecho un asco. Esta gente es así. Su plata se la gasta en licor.

Gustavo sostuvo un rato a Jacinto que se resbalaba del taburete, indeciso entre darle algo de dinero o irse con él a seguir tomando a otra parte, a algún lugar, pero cuál, cuál lugar le daría protección a Jacinto arrojado de por vida de este Complejo Comercial y obligado a vagar por entre las sombras en este barrio de jardines, tan lejos de Tawantinsuyo.

«Tawantinsuyo» susurró Gustavo para sí mismo, el viejo imperio convertido en una barriada. ¡Qué ironía! Nadie sabe cómo va a terminar sus días. Tawantinsuyo es ahora el lugar donde vive el simpático Jacinto, ahora mutilado, con la cadera hecha mierda, la pata tembleque, mal soldada, porque este no muere le escuchaba decir a Sánchez, este cholo tiene más vidas que un gato con suerte, con lo que toma y como toma, es de puro hierro.

—Vamos —le dijo Gustavo, de pronto—. Sánchez va a cerrar dentro de poco. Te acompaño a que tomes tu carro. Sánchez también vive lejos, por San Martín.

«San Martín», volvió a pensar Gustavo, el morenito pen-dejo que sentó en una misma mesa a comer en un mismo plato al gato y al ratón. Por eso será que Sánchez es tan buen barman. Por eso estamos los tres acá conversando como si este país fuera de la puta madre, armonioso, compacto, integrado, democrático, y dale con las palabritas que zumban y zumban cuando hablamos de la patria. Como si fuésemos caballeros ingleses departiendo en su club privado acerca de las riquezas del Africa, porque no se puede negar que Jacinto tiene su estilazo sentado cayéndose del taburete como si fuera un Lord del Tawantinsuyo.

—Vamos —y cogió a Jacinto para que no se cayese.

—Papai...

—Vamos. Dile adiós a Sánchez.

El aire de la medianoche estremeció a ambos, pero a Jacinto le colocó una blancura en el rostro que Gustavo jamás le había visto, ni siquiera en aquellos remotos días en que tomaba lonche a diario en la casa de Alejandro o cuando lo veía

de regreso después de visitar a Rosa en sus épocas de enamorado.

—¿Cómo se va a tu casa, Jacinto?

—Cuando salgo, papai, ya no regreso.

—¿No? ¿Y qué haces? ¿Dónde duermes?

—Me recogen, papai.

—¿Quién?

—Mi hija, papai...

—¿Y cómo? ¿Cómo te encuentra?

—Viene y me busca. Ella sabe.

—¿Te recoge...?

—No sé, papai, duermo.

—Vamos, vamos al Superba que está cerca. Yo también estoy cagado y tengo ganas de hablar, aunque sea contigo Jacinto—. Lo miró un rato, lo cogió bien, y sabía que lo del Superba era una pérdida de tiempo, porque Jacinto estaría durmiéndose y lo que él diría sería un monólogo tardío, entre dos sombras.

—Tienes que desahuevarte, Ricardo —le dijo Gil Bonilla empleando un tono de voz duro para ver si perdía el aire desvalido y torpe que lo caracterizaba, aquél que soportó como parte de su estrategia de largo plazo, pero que ya llegaba a su fin—. Yo te ayudé a entrar en esa universidad y ahora te toca ayudarme a mí. Es fácil lo que te pido. Escúchame bien y no tengas miedo. ¿No me decías que estabas solo, harto de andar trepado en micros? ¡Yo te di la mano, Ricardo! Somos amigos, soy tu amigo, el único que tienes en esta ciudad de porquería. Pero yo no estoy solo, Ricardo. Detrás de mí hay una organización que será grande, muy grande. Detrás de mí no sólo hay gente: ellos son gente organizada, y el poder está en eso,

Ricardo, en saber que ninguno está solo y que nadie actúa por su cuenta. Quiero que me acompañes. Que estemos juntos.

Hacía tiempo que Gil Bonilla cuidaba de Ricardo como si fuese una persona indefensa y, aunque actuaba de ese modo, Ricardo empezó a sobar la idea de ser alguien en la universidad, viejo anhelo probablemente adquirido en la casa del doctor Pinillos y consolidado en aquellas conversaciones con el limpiacarros y el muchacho del mostrador. Cierto que ese muchacho tardaría siglos en ser alguien acá, pero el limpiacarros, por más desenfadado que fuese, estaba cagado fuera de la universidad. Ricardo no se tragaba esa historia de la universidad de la calle —ya ves cómo terminó Anselmo sus días: buenos botines de centavos los que se choreaba en La Clínica, y verás cómo termina ese zambo regordete y tocado de la mitra, hablando de Einstein y cojudeces por el estilo—. Tendría que aprenderse las tablas de multiplicar a como diese lugar, y si no lo hacía, se las copiaría del compañero de al lado o se las robaría. Cualquier cosa: pero la tabla de mierda me la zampo íntegra.

Gil Bonilla fue diestro para tenderle el anzuelo en el momento exacto, pero ahora estaba obligado a practicar una táctica más severa y compulsiva, porque de repente este Ricardo se la creía y se le escapaba, dejándolo fuera de su influencia. Eso no: años de inversión para dejarlo escapar, así porque sí, ni de a vainas. El trabajo político en el país era largo. El hambre ayudaba a tomar conciencia, pero al mismo tiempo era un obstáculo: mientras no fuera hambruna, obnubilaba, provocaba su tallarín, se me alienaban, querían su tajadita. Ya era momento que Ricardo empezara a producir para la organización. Su organización estaba en el cerro, además. El compañero Rojas estaba en la mesa directiva de la Federación Distrital, la parroquia estaba bloqueada, aletargada, sin iniciativas, a través de ese pacto subterráneo que le amarraba las manos, mientras a ellos no: avanzaban, estaban allí y allá, iban copando. El Comité de Microbuses pagaba sus cuotas para la causa y, aunque Gil Bonilla no conociera a ningún dirigente de rango, el más activo de los cuadros en el cerro era uno de los hermanos Moreno.

—Lo que te estoy pidiendo —le dijo— es que visites a esa familia Galderisi de la que me hablaste hace un tiempo. Que la visites como antes y te ofrezcas para trabajar. De jardinero o lo que sea...

—¿De qué va a ser? —respondió Ricardo molesto—. De mayordomo, no conozco otra cosa que pueda hacer en esa casa.

—La universidad queda cerca —continuó Gil Bonilla sin hacerle caso—. Diles que vas a la universidad, eso les gustará, son gente que cree en el esfuerzo personal, y querrá ayudarte trabajando sólo por unas horas. Sólo por unas horas, Ricardo.

Los dos estaban en una bodega en San Pedro y la noche invitaba a mirar de reojo a la ciudad que se despanzurraba por abajo. Corría un viento ácido, como si estuviese empujado por el monóxido de carbono de los ómnibus.

—Supongo que tengo que hacerlo —dijo Ricardo.

—Tómalo como un favor, no como una obligación.

—¿Y si no?

—Te darán cama y comida, Ricardo. Esa casa la necesitamos para la organización. No puedes seguir gastando energías en ir y venir de la universidad al cerro y, además, lo más importante es que la organización necesita un lugar dónde reunirse; un lugar que no dé motivo a sospechas, y este es el lugar: tu casa, porque los vecinos saben que está siempre vacía, y nosotros vendremos de noche, no más de dos o tres. ¿Te das cuenta?

—Cama y comida —repitió resignadamente Ricardo—. ¿Te acuerdas lo que nos decía Anselmo Ruiz?

—Anselmo Ruiz acabó en la cárcel, Ricardo. Y acabó en la cárcel por desesperado, por individualista, por ladrón, si quieres, porque no tenía una organización detrás. Una banda de rateros no es una organización —le remarcó indignado.

—¿Crees que me reconozcan?

—¿Quiénes? Son tus barrios, sólo tú los conoces bien.

—¿Y quién te ha dicho eso? —le preguntó Ricardo—. Allá no me conoce nadie.

—No creas... sí te conocen...

—¿Y tú cómo sabes que me conocen?

—No olvides que tenemos una organización, una organización con dos mil ojos y dos mil oídos—. Hizo un alto, intentó mirar a la ciudad para convencerse de que lo que decía era cierto, y le gritó: —oye huevón, hace rato que trato de explicarte una cosa y es hora que la entiendas. Somos una organización. No estoy solo. Conozco toda tu vida de mierda, allá y acá, en la casa del doctor ese, en el cerro y en la universidad. O te me desahuevas o te desahuevo.

Era la primera vez que Gil Bonilla hablaba en ese tono, y era la primera vez que Ricardo entendió que de donde estaba ya no podría salir.

—Y Gustavo Ibáñez —le dijo en un tono socarrón, pero malicioso—. Sí, Gustavo Ibáñez —repitió Gil Bonilla para hacerle sentir todo el peso de su poder, de su información, de su organización, infiltrada hasta en los lugares que Ricardo creía sólo suyos, dándole un secreto orgullo, pero no: ahora Gil Bonilla le daba a entender que conocía hasta la más miserable de sus vísceras, a ese Gustavo Ibáñez, el tipo que trabajó en el cerro y lo sacaron los curas por mequetrefe, por pituco, por no ser militante, por rosquete, por burgués pobretón, sí, el mismo, Ricardo, el hijo del señor Ibáñez, a ese viejo no le decían ni doctor ni don, sólo señor, Ricardo, le decía Gil Bonilla, lo jodía Gil Bonilla, donde Damián iba a regarle sus jardines, a sacarle las macetas, a podarle la madre selva y el jazmín, sí, Gustavo Ibáñez, el amigo del joven Alejandro, de tu padrino, Ricardo. ¿O no? ¿O me equivoco? ¿O he dicho algo mal? ¡Dime! ¡Responde, huevas! ¿Me he equivocado? ¿Conozco o no conozco al huevo frito de Gustavo Ibáñez?

—Sí, así es.

—La familia Galderisi te va a reconocer, te va a aceptar, te va a dar trabajo, cama y comida. Hazlo por mí Ricardo.

Y Ricardo permaneció en silencio observando los techos de las casas que estaban debajo de la escuela en San Pedro, unidas entre sí de tal modo que parecían una sola construcción, como un organismo encerrado que respiraba al unísono, un enorme mamífero enlazado a las piedras y tablas del cerro que eran las casas y la piel.

—¿Y de dónde sabes tanto?

—Yo también he ido a la universidad, pero por unos años. Lo más importante lo aprendí en la organización. En sus escuelas. Los maestros son los mismos, pero enseñan otras cosas.

—¿Qué? ¿Qué les enseñan? —preguntó ansiosamente Ricardo. Pensaba en ese Einstein, en el limpiacarros, en si lo que ese tipo sabía era realmente importante y valía la pena. En las tablas de multiplicar. En lo que retenía de la universidad.

—Ya lo sabrás. Y tú, ¿tú qué aprendes en la universidad? Cojudeces, seguro que cojudeces. Esas universidades son una mecedora, Ricardo, te tienen dando vueltas como en el microbús, pero la diferencia es que en la universidad te la crees. Al final te vas a dar cuenta cuando tengas que ir donde Galderisi a pedirle una pega porque chamba no vas a tener. Como tu amigo el limpiacarros...

—No me vas a decir que también lo conoces...

—De nombre. Tú me contaste, y todo queda grabado en esta cabecita. Pero a quien sí conozco... aunque no me creas... es a... adivina a quién conozco, Ricardo... A... a Jacinto... Sí, a Ja-cin-to... y lo conozco bien.

—¿A quién?

—A Jacinto.

—¿Quién?

—Qué ingrato que eres, Ricardo. Te acuerdas del doctor Pinillos, de su hijo Alejandro, del huevas de Gustavo Ibáñez, y no te acuerdas de Jacinto. ¡Olvidadizo! Te olvidas de los de tu sangre, de los de tu raza, de los de tu clase. Hacía lo imposible por defenderte del mocosito ése, como se llamaba carajo, Juan... Juan...

—Juan Pablo.

—El mismo. ¿Te acuerdas ahora?

—Muy poco. Tiempo que no lo veo. Desde que me fui... yo... además él se fue antes... déjame ver...

—Pero te quería. Jugaba contigo. Lo hacía en el patio, pero jugaba contigo. Y tú, maricón, querías meterte a la sala, chupaculos.

—No me insultes —dijo Ricardo.

—Te jodo. Eso es todo. Te hago recordar. ¿Te acuerdas?

—¿Cómo lo conoces?

—De casualidad, como todo...

—¡Cuenta!

—Vive borracho, el miserable. Chupa todo lo que encuentra. Es una porquería, el viejito. Está cojo. ¿No te da pena? ¿No te da pena saber cómo terminan los de tu clase? ¿Ah? ¿Tu padre? ¿Jacinto? Todos se van a la mierda antes de morirse, Ricardo.

Ricardo se quedó callado.

—Vive en Tawantinsuyo, y fijo que no conoces dónde queda, sólo muchas el recorrido del micro y tu barrio ése... Vive con su hija, que nos presta su casa para las reuniones de la organización.

—¿Y tú qué hacías allá?

—Tawantinsuyo queda en Independencia, Ricardo, pero no es lo que los burgueses llaman pueblo joven, pueblo joven, Ricardo, es para ellos la mierda, donde tú y yo vivimos, este cerro. Tawantinsuyo es una urbanización popular; la gente compró el terreno y no lo invadió. Su hija es enfermera y compró un terreno, construyó una casa y ahora nos la presta para nuestras reuniones. Así quiero que seas, Ricardo. Gente del pueblo, con el pueblo y para el pueblo. ¡Nada con esos cabrones! ¡Generoso! ¡Recibe y da! Y no como estos viejos borrachos por tus burgueses, que les encanta verlos hechos una porquería.

—¿Lo has vuelto a ver?

—Cuando está. Pero está borracho. Dormido en un rincón.

Ricardo no sabía si seguir admirándolo como siempre o por temor, porque se teme a quien conoce de nuestra vida y cuando uno no conoce absolutamente nada de la suya. ¡Qué poco conocía Ricardo! Vivía a expensas de los otros, obligado a delegar o a obedecer, integrándose bajo la premisa de aceptar órdenes. Sí: Gil Bonilla lo apabullaba con fines concretos, insinuándole que no tenía escapatoria, que su vida estaba disecada, analizada, interpretada, manoseada por miles de manos.

—Estamos en varios sitios —dijo Gil Bonilla—. Mira la ciudad —le ordenó—. ¿Qué ves? Mira: duerme como puta cansa-

da. ¿Ves algo? ¡Nada! Pero por abajo —dijo mientras miraba a su alrededor, olfateando, hurgando— pero por abajo la estamos aflojando, infiltrando, vamos a quitarle el piso, la hundiremos, sí, poco a poco, como mastican las hormigas, los piojos, las cucarachas, nos vamos a zampar por las cañerías, y cuando quieran matarnos, eliminarnos con sus baygones, van a morir asfixiados, porque somos más, más, y sobreviviremos... —Gil Bonilla controló su entusiasmo y recobró su serenidad habitual—. Sí, Ricardo, te estoy pidiendo un favor, un favor que ya es casi una orden: quiero que estés en un sitio en esta ciudad, en un sitio reconocido por nosotros, así como Esther en el Hospital, como Rojas en el cerro, como tantos, haciendo cada uno lo suyo, pero juntos, con nosotros.

—¿Y dónde quieres que esté? —preguntó Ricardo mirando a la ciudad.

—Con la familia Galderisi.

Gustavo salió del Superba con los ecos de una conversación desordenada golpeándole la cabeza. Jacinto quedó tumbado con medio cuerpo sobre la mesa, después de escucharlo monologar sobre sus conocimientos del cerro que él, por supuesto no conocía, desconcertado al principio y aburrido después. Jacinto estuvo interesado por saber de Alejandro y sus hermanas, pero Gustavo le dijo que a ellas las veía muy eventualmente y que Alejandro vivía en otro cerro, pero de la puta madre, en medio de jardines y piscinas, y que se habían encerrado bajo muros y puertas para no ser asaltados por los del otro lado del cerro, que era como su cerro, uno a la espalda del otro, siameses, odiándose como los siameses cada vez que uno iba a un baño de oro y el otro a un baño tapado de mierda, cuando uno tira con una mujer lavadita y el otro con una mujer sin dientes, como tú, Jacinto, cuando uno va en auto y el otro

a pata, tirándose, zamaqueándose, los cerros, Jacinto, los cerros, hay unos albaneses que son unos concha de sus madres, y unos curas recontra pendejos, Jacinto, hasta que vio cómo roncaba el cojo este, tirado, babeando y decidió callarse, mirar, y luego salir, tomar aire, ver la noche, la ciudad que se vestía para hacerle a un nuevo día.

El aire de la madrugada congeló inmediatamente su rostro; una tenue garúa mojaba el asfalto y cuando atravesó el paso a desnivel un silencio duro se agolpó en su pecho. A esa hora no circulaban vehículos y se encontró, de pronto, después de andar unos metros, delante de la casa del doctor Pinillos convertida en qué, caray, no sabría decirlo. Allí conoció a Jacinto. Alejandro y él le tuvieron siempre una profunda simpatía a pesar de no ser un mayordomo criollo, pendejerete, sino un serrano enano, de voz baja y hablar pausado, incapaz de articular correctamente las palabras. Lo recordaba con su mirada lista y también tumbado encima de una de las mesas del Superba. No habían hablado de Ricardo —pensó Gustavo— qué raro, porque de joven los veía siempre juntos en los interiores de aquella casa, en el patio, que, más que patio, era un corredor falso o un falso hall en el cual estaban los cuartos de Sarita, de Asunta, de Jacinto y el de Ricardo con su madre. Un pulcro y ventilado callejón diseñado por un arquitecto consciente de los espacios y las funciones de las personas.

La noche le traía los recuerdos de su barrio de antes: quieto, ordenado, como si fuese un paraíso de laureles; un jardín mantenido por esos jardineros en bicicletas viejísimas que tomaban lonche en las casas para recuperar energías y seguir pedaleando hasta el infinito. Esa casa que estaba contemplando con un cigarrillo en la boca también se la tragó la ciudad, casi como la suya, con la diferencia de que la suya se la había tragado con las personas dentro, con él y sus padres, y ésta estaba vacía. Alejandro, bien casado, había renacido; el pobre huevas tristes de Gustavo, en cambio, creyó equivocadamente que todo iba a seguir igual como si estuviesen viviendo en el cielo y no en esta tierra de piedras y lodo, casi por una eternidad. La ciudad no entraba en detalles: pisoteaba, cercaba, aplastaba. Su pobre viejo le daba la posta, y él, nada.

Perdido en su propio barrio zamaqueado, era incapaz de reconocerlo. Hubiera dado lo imposible por ingresar a la casa de Alejandro, recorrer esos salones oscuros y cerrados, el escritorio de sofás de cuero, jugar en la silla giratoria a dar vueltas y vueltas, como si fuesen gerentes o banqueros o simples muchachos divirtiéndose con el zumbido del aire que sacaban sus movimientos. ¿Recuerdas Alejandro? Cruzar el pequeño corredor de los retratos hasta llegar al porche, ¿porche?, y después abrir la puerta de vidrio para aspirar el aire de la noche cerca al puente de la piscina... pasear por la cancha de tenis, el canchón, la canchita, el espacio que servía de escenario a las caminatas de ambos conversando con todo el tiempo a su disposición. Esa casa devorada por los avisos luminosos clavados en su fachada se había ido dejándolo solo con esa noche. Y si me tiro en las gradas de la entrada a dormir la resaca... ¿qué diría Sánchez? ¡Enrique Sánchez! ¡Rey de barmans! Cómo se comportaría Sánchez en el Superba, en aquel bar sin barra, lleno de borrachos de verdad, y no de eventuales parroquianos esperando su pizzita para llevársela a su casita y comérsela con su mujercita, un domingo por la noche porque no hay empleada en casa y la vida moderna y es más fácil así, Sánchez... ¡Sánchez en el Superba, Jacinto en la Virgen del Pilar y yo acá, en las gradas de la casa del doctor Pinillos! ¡Rosa!, ¡Rosa! Debe haberse casado para dar el paso adelante, paso que hay que dar, adelante, siempre adelante, como el arquitecto que botaron los militares en una madrugada como esta. Los militares que botaron a mi viejo del Ministerio, los militares que se botaron entre ellos, Rivadeneyra que me botó a mí, Romano Pellegrini que botó a Esteban Revilla, cambios y recambios, sacaderas de mierda, Jacinto que lo botaron del Centro Comercial, mutilado, borracho...

Cuando abrió la puerta de su casa le fue más fácil distinguir ese aire a cerrado que tenía el recinto plagado de objetos tan temerosos del vacío. ¡El refugio! Estaba en el refugio, en su casa, en sus mismas vísceras. Escuchó sus pisadas al subir las escaleras, la tos intermitente de su padre en el dormitorio, el ruido de las cañerías y se tumbó en su cama, casi sin desvestirse. Cama de hijo de familia, de soltero, estrecha, dura,

fría, y se tapó hasta el cuello para sentir el calor de su propio cuerpo y olvidar el cuerpo ajeno y distante de Rosa.

Después de unos días, Gustavo se reencontró con sus antiguos compañeros del proyecto en la oficina del profesor Rivadeneyra. Su radio de acción estaba reducido a su antiguo barrio y a la universidad, cuyos extensos jardines eran una prolongación de aquellos de las casas de su barrio. El rutinario y agónico viaje en el microbús lo envejecía prematuramente; bien sentado en los tramos finales del recorrido, le fastidiaba la algarabía de los estudiantes. Su ánimo taciturno se le impregnaba en la ropa y aquellos gritos entusiasmados le recordaban, sin proponérselo, a la gente de su pasado, cuyos rumbos empezaba a desconocer, y los imaginaba más hechos, más cuajados, más sólidos y contundentes.

El curso de Realidad Nacional lo preparaban entre el profesor Rivadeneyra, él y Lorenzo Chocano, y le era imposible dejar de sentir que estaban acartonando al país y su realidad. La realidad se les escapaba por los cuatro costados. Ese temor de infancia y juventud volvía a atormentarlo, ahora que descubría al país como una realidad extrema y apabullante. La universidad era un paraíso impecablemente cuidado por diligentes jardineros, y la tímida y remecida sacada de nariz mediante el proyecto en el cerro —entendida ahora como una etapa concluida en su carrera profesional— le había mostrado el país de piedras y polvaredas que no sólo lo hacía estornudar, sino sentirse fuera de sitio.

Bajó del vehículo después de entregar la cantidad exacta al cobrador que lo miraba con odio impaciente, y se decidió a cruzar la pista e ingresar a la universidad por el inmenso portón que da al programa de Artes Plásticas. Fuera quedaba el rugido áspero de la ciudad.

El profesor Rivadeneyra estaba hojeando unos papeles sentado en su escritorio con la vista parcial de uno de los jardines a su espalda. Alfredo Guerra y Luis Cárdenas lo imitaban. Pronto Gustavo se enteró de que Abel Samaniego no vendría a la reunión convocada por el profesor Rivadeneyra, y en la cual Gustavo se sentía como un intruso, alguien que perdió las claves y los supuestos de la conversación, porque ya

no pertenecía a esa experiencia compartida. Aprovechando el silencio recordó cuán fácil se pierden los lazos cuando se deja de hacer la misma cosa a la misma hora todos los días. La travesía que era el recorrido escapatorio de la parroquia a la bodeguita en la Riva Agüero, no les pertenecería más. Era recuerdo, motivo de risas y anécdotas, y había regresado —desinflado— al nivel de la realidad. Con qué rapidez las cosas se instalaban en el pasado, y miró una vez más y contempló esos rostros compenetrados en unos folletos, en unos boletines amarillos, cuyas inscripciones mantenían a esas tres personas en un hermético silencio.

—Estamos entre dos fuegos —sentenció de pronto el profesor Rivadeneyra, sin levantar la vista, como era su costumbre cada vez que quería dar a entender que estaba preocupado—. Han logrado colocarnos en el centro de los blancos.

Rivadeneyra casi hablaba solo, otra de sus costumbres, pues estaba acostumbrado a dar órdenes. Desde su escritorio en la universidad controlaba el proyecto del cerro en cada uno de sus aspectos, y ahora analizaba la actual situación, su coyuntura.

—Romano ha sido claro en decir —continuó— que la parroquia no debe ser confundida con un partido político, ni siquiera como su expresión, aunque comparta sus puntos de vista o sus ideales. Por eso está desesperado con la bomba que le han colocado en la puerta, cosa de nada, una molotov, creo, una bomba casera, doméstica, pero que compromete a la parroquia en luchas donde no debe de estar.

El profesor Rivadeneyra levantó la vista por primera vez, pensó en lo que iba a decir, y después de unos segundos muy bien controlados dijo:

—¡Ustedes tienen que saber quién ha sido! De otro modo, no sé lo que hacen allí.

Gustavo empezó a incomodarse al ignorar las razones por las cuales estaba en esa reunión. Ignoraba lo que ocurría en el cerro, en el resto de la ciudad, en el país, que revisaba en textos útiles para la bibliografía en su curso de Realidad Nacional. ¿Habría —se preguntaba a sí mismo— una razón para ir más allá de la avenida México? Cuando el Volkswagen estaba hecho

leña, había una razón: un maestro barato, honesto, o un taller de reparaciones que utilizaba piezas robadas y las vendía a la mitad de precio. ¿Tendría una gila que viviera por allá? ¿Tomaría su micro, la visitaría, se sentaría en su sala, como se sentaba en la sala de la familia de Rosa; le tomaría la mano, luego la besaría y le cogería la pierna?

A Gustavo le encantaría saber si el profesor Rivadeneyra se haría las mismas preguntas que él se hacía a sí mismo. Rivadeneyra —conjeturó— nunca habla de hembras, cree que en el cerro sólo viven pobladores, pueblo, sectores populares, como una mancha sin rostro, sin corazón, sin hígado, vergas o vaginas. ¡Pueblo sin mujeres! ¡Sin arrechura! Pueblo como motivo para hablar de política, como si a ellos les interesara cómo es que pensaba Rivadeneyra políticamente, como si ellos quisieran lo que Rivadeneyra pretendía darles desde su escritorio. Dime con quién andas y te diré quién eres... Dime con quién te casas y te diré quién eres... Gustavo alzó la vista y tropezó con un rostro trasparente, pálido, colocado en un cráneo ovalado, pulido finamente, en el cual la cabellera era un jardín recortado.

Rivadeneyra esparció los volantes sobre la mesa de su escritorio, se levantó de su asiento y apretujando su pipa con furia, dijo:

—En estos folletos nos tratan de gringos imperialistas, de reformistas, de la CIA, de cabrones militares.

—Son unos cuantos —intervino Alfredo Guerra— sin bases reales. Se han infiltrado en el cerro utilizando como fachada a la Coordinadora y a la Federación.

—Por eso mismo es que existen. No me interesa el número. Lo cierto es que están, y no en cualquier parte: en la mesa directiva, y todavía nos sacan la mierda en estos volantes.

—Romano...

—Romano o no, Esteban o no, ustedes también tienen la culpa. Pero el problema que hoy quiero saber —dijo enfáticamente— es que me digan quién desde adentro está en contacto con la Coordinadora.

Ninguno respondió a la pregunta de Rivadeneyra. Ninguno podía y ninguno salía de su asombro. Desde cuándo

Rivadeneyra podía imaginar que uno de ellos —y cuál— podía ser de la Coordinadora.

—Quiero que piensen quién de la parroquia está con ellos.

—Pucha, nos asustaste —dijo Alfredo Guerra—. Creí que pensabas en nosotros.

—Por lo menos conocerán a los feligreses. A la gente que trabaja con nosotros en el proyecto.

Gustavo, Alfredo Guerra y Luis Cárdenas se miraban entre sí con asombro, casi atónitos, desconcertados, y Gustavo pensó por qué no estará Abel Samaniego en esta reunión. ¿Rivadeneyra estará pensando en él? ¿No le tendrá la confianza necesaria? ¿Estará haciendo una pesquisa, este pendejo desde su escritorio, sonsacándonos? ¿Sabrá de nuestras borracheras en el San Carlos? Gustavo guardó silencio y escuchó a Alfredo Guerra.

—No sé a qué se refiere, profesor.

—Digo si saben si alguno del proyecto está en contacto con los de la Coordinadora. Ahora los tenemos en casa, carajo. Ya no están solamente en Huáscar, están sentados en la mesa directiva de la Federación y, desde allí, se nos van a zampar al proyecto si ustedes no se avisan un poco.

Rivadeneyra no acostumbraba hablar en ese tono, pero esta vez lo hizo intuyendo el peligro de una infiltración en el proyecto del cerro, peligro desconocido que actuaba sin forma precisa, utilizando fachadas, coberturas, plataformas, volantes, impresiones que capaz eran hechas en el mismísimo mimeógrafo del proyecto. Le disgustaba, como analista político que era, desconocer ese nuevo movimiento sin nombre y apellido que pretendía dejarlo fuera de juego, sin campo de acción, arrimado a la pared.

La Junta Militar concluía y daba lugar a que una serie de partidos políticos volvieran al escenario público, a la arena, desde las tradicionales derechas hasta las nuevas izquierdas, todas conocidas al dedillo por el profesor Rivadeneyra, lúcido analista, muchos de ellos amigos de su padre, compañeros de la universidad, diversas generaciones pugnando por hacerse de un sitio en el renovado espectro de la política nacional. ¡Las nuevas caras de la política nacional!, como escribían los perió-

dicos. Las mismas caras de siempre, ¡carajo!, como decía la gente. Unos reaparecían desempolvados, apolillados, retocados: mira cómo ha envejecido, después de doce años de estar metido en su casa o en sus negocios.

Doce años de silencio, de ocultamientos, y ahora hablando como loros en los programas contratados de la televisión, preparando campañas, buscando escaños, pidiendo a gritos que la gente —el vulgo, la mancha, el pueblo, los pobladores— los reconozcan. ¡Soy yo, caramba, yo! ¿Me recuerdan? ¡Hice la Vía Expresa! ¡Construí Conjuntos Habitacionales! Quién, a ver, sino yo, hizo toda esta retahila de cosas... enumerando, cifras a la mano, datos a la vista, cuadros, estadísticas... ¿Me recuerdan, mierdas?

Las izquierdas también tenían sus líderes que salían en la pantalla chica cargando banderas de viejas campañas, unos gordos, unos flacos, unos demasiado gordos, otros demasiado flacos, enfermos algunos, unos jóvenes que se abrían cancha, todos conocidos por el profesor Rivadeneyra que los analizaba, los interpretaba al interior de un espectro amplísimo de candidaturas, un culo, un chuchón de alternativas, en mítines, en plazas, en la televisión, pero a estos, a los del cerro, ni en pelea de perros los había visto. ¿Albaneses? ¿Qué? ¿Qué le pasó al analista, al politicólogo, al Gino Germani de la política nacional?

—Son cuatro gatos —repitió Alfredo Guerra—. Prescinden de las organizaciones populares. ¿Cómo vamos a conocerlos? ¡Nadie los conoce!

—Yo conozco perfectamente a los cuatro gatos —intervino con aire de burla el profesor Rivadeneyra—. Los conozco desde que era así, cuando estuve en la universidad, he trabajado con ellos. Pero éstos —le señaló con el dedo a Alfredo Guerra— le han tirado una bomba al local del proyecto. Casera, lo que quieras, pero suena. Suena y tiene un mensaje preciso que no logro descifrar. Serán los cuatro jinetes del apocalipsis, si quieres, pero no voy a estar tranquilo hasta no saber quiénes son.

—Creo que no es para tanto —dijo Alfredo Guerra.

—Una bomba, una bomba, carajo, y Romano está hecho una verga. Sus superiores lo han mandado llamar. Y la universidad está de por medio, Alfredo, yo, el proyecto, todos estamos metidos en esto, y quieres que no le dé importancia. ¿Qué les pasa, carajo?

—¿De quién debemos sospechar? —dijo Gustavo.

—Yo les estoy preguntando a ustedes.

—Saber de primera mano es imposible —continuó Gustavo—. Sólo nos queda sospechar y, lamentablemente, no hemos pensado en esa posibilidad. No creo que estén pensando en Abel Samaniego —dijo sin levantar el tono de voz— y quisiera saber por qué no esta acá con nosotros. Y, más bien, por qué estoy yo que no trabajo en el proyecto.

—Abel Samaniego no está en esta reunión —respondió el profesor Rivadeneyra— porque él milita en un partido político, pequeño, pero partido al fin. Confío en él como miembro del proyecto, pero no como miembro de su partido. Lo que quiero es que observen a la gente que va a la parroquia, a sus segundos, a los que más tiempo están, y me digan si uno de ellos podría estar en contacto con la Coordinadora.

—No entiendo lo de Abel Samaniego —insistió Gustavo—. ¿Podría explicarnos?

—Mira Gustavo, y esto va para los tres. Estamos ante una coyuntura política bastante difícil. Después de doce años de gobierno militar, el regreso a las elecciones conlleva que todos los partidos traten de hacerse de un sitio en la nueva realidad nacional. En la izquierda, que es donde nos movemos, nadie sabe muy bien quién es quién. Todos han estado trabajando clandestinamente, haciendo su propio trabajo partidario. Pero ahora, a la luz de los nuevos acontecimientos, salen. Y yo no quiero que Abel Samaniego cruce información entre este proyecto, que es universitario, con lo propiamente político y con los de su propio partido. No quiero que esté acá, ahora, cuando hablamos de la Coordinadora. ¿Quién me dice, acaso, que su partido no pudiera estar en negociaciones con ellos, los albaneses o los chinos...?

—Entonces no confía en Abel Samaniego —dijo Gustavo.

—Políticamente, no. Y eso es importante que lo sepan: un trabajo de promoción tiene un aspecto político ineludible, que no podemos negar. En ese sentido, y sólo en ese sentido, no confío en Abel Samaniego. Y acá estamos hablando de política. Quiero que me digan —se puso colorado, como que se desinfló un poco— quiénes son, carajo. En este asunto no hay gente de fuera. Ellos son del cerro. Tienen un enlace en la parroquia. Y a ustedes se les pasea el alma. ¿Entendido?

Les ordenó que se fueran y le trajeran la información lo más pronto posible.

—Vayan al cerro, cabrones, abran los ojos, díganme quién se nos ha infiltrado.

cuatro

RICARDO TOCÓ EL TIMBRE del garaje de la familia Galderisi y se puso a esperar pacientemente a que la doméstica la abriera con recelo. Conocía las costumbres y el caminar cansino de la empleada, una buena mujer que dejó en ese hogar sus buenos quince años de vida. Ricardo miraba cómo el parque de al lado recibía la mañana con somnolencia, dejándose calentar por el sol desteñido, protegido apenas por unos cuantos árboles. La enredadera del jardín de los Galderisi se descolgaba como si fuese una mujer parada en su balcón en la plenitud de su belleza. Hacía exactamente cuatro años de la muerte de Damián y cuatro años que Ricardo no veía a don Pietro ni a la señora Hilda ni tocaba la puerta falsa para meterse con su bicicleta.

Las instrucciones de Gil Bonilla eran precisas: hablar con tono medido, lastimoso, sin dejar de lado ese aire a familiaridad del cual debía sacar todo el provecho posible, a veces con cierta altivez y también con cierta sumisión. Gil Bonilla le hizo saber que a la gente como Pietro Galderisi le gustaba sentirse mejor que los otros, y los empleados de su confianza eran aquellos que jamás cuestionarían su posición ni pretenderían modificar el orden de sus relaciones.

Ricardo esperó un rato, como estaba acostumbrado, a que le abrieran la puerta falsa; luego esperaría sentado en un banquito de los rincones de la repostería. Conocía bien los horarios de don Pietro: lectura de periódicos y revistas en su

escritorio antes de salir a almorzar con algunos amigos. Pietro Galderisi prácticamente descansaba en esta ciudad —en realidad descansaba siempre— pues sus hijos se habían hecho cargo de sus negocios, y con una mentalidad moderna y pragmática los hicieron crecer de manera considerable.

La empleada le anunció a la señora Hilda la llegada de Ricardo. Don Pietro no tardaría en recibirlo.

—Ricardo Sifuentes —escuchó de pronto Ricardo—. Qué sorpresa, qué agradable sorpresa. ¿Dónde te habías metido, muchacho?

Ricardo tropezó con la imagen de un anciano bien conservado, extremadamente delgado (porque se preocupaba mucho de su salud y de lo que debía y no debía ingerir a sus horas precisas), canoso, sonriente, y lo comparó, sin querer, con el recuerdo ya nebuloso de Damián: sin dientes, puro hueso y pellejo (pero distintos), reducido, y no pudo dejar de comparar cómo envejecía uno y el otro. Pietro Galderisi casi lo abraza, pero se contuvo. No lo hizo pasar a ningún sitio de la casa y lo atendió en la repostería como un gesto de familiaridad.

Ricardo había desarrollado una particular sensibilidad a todo este tipo de detalles; según el lugar que lo atendían, la gente lo colocaba en una extraña, pero siempre clara escala de valoraciones. La idea de que uno tiene un lugar en la vida lo obsesionaba desde niño, y claro, la repostería era su maldito lugar.

—¿Y qué has hecho todo este tiempo, muchacho? —le dijo don Pietro Galderisi con una indudable calidez y afecto.

Ricardo le contó su vida a grandes trazos, tratando de no alejarse de las indicaciones de Gil Bonilla, sin entrar en detalles que lo pudieran comprometer. Le contó acerca de sus trabajos en los microbuses, comentó a la pasada su vida en el cerro, y por fin le dijo que haciendo muchos sacrificios logró ingresar a la universidad.

—A la universidad —exclamó don Pietro Galderisi—. Eso sí es un mérito, muchacho. La universidad significa que estás en contacto con los grandes pensamientos de la humanidad—. Claro, don Pietro Galderisi no podía dejar de pensar en las universidades italianas, por las cuales sentía gran respeto, a

pesar de que muchas de ellas eran comunistas. La universidad de Bologna, inmersa en esa historia de piedras sólidas que era la ciudad, con sus columnatas, le impedía imaginar la calidad de la universidad a la cual asistía Ricardo.

—Mi universidad no queda muy lejos de acá —puntualizó Ricardo, tratando de ser lo más ambiguo posible—. Sé que no es una gran universidad, pero aprendo, y podré ser alguien en la vida.

—De eso se trata, muchacho —volvió a exclamar don Pietro Galderisi—. De eso se trata. De superarse. Es un mérito, un verdadero mérito. Y tengo mucho gusto que hayas venido a visitarme, ahora que eres todo un universitario.

Don Pietro Galderisi lo observaba para ver si Ricardo era el mismo muchacho de antes, aquel que estaba encargado del cuidado de su jardín. Pensó en Damián, y en cómo este país estaba cambiando. Para bien, por supuesto, porque de lo que se trata es que más gente tenga educación y contribuya al progreso de este país que, a su manera, sentía como suyo. Después de mirarlo de arriba a abajo, le dijo:

—¿Y cómo ingresaste?

Ricardo sintió que lo agarraban desprevenido, pero sin pensarlo mucho le respondió explicándole que tenía la costumbre de estudiar por las noches, que en el cerro existía una parroquia donde funcionaba una academia pre-universitaria y, con unos amigos, se propusieron ingresar a la universidad.

Don Pietro Galderisi guardaba una gran admiración por todos aquellos que tenían el ansia de la superación. Su vida había sido eso: una constante lucha por llegar a las metas propuestas, desde que sus padres llegaron a estas tierras en sandalias, con los pies en la tierra, a buscarse y a hacerse y a labrarse un porvenir.

—Y sigues viviendo en el mismo sitio, como me cuentas —dijo don Pietro Galderisi—. Era un cerro, ¿no?

Ricardo pensó que este era el momento para dar el siguiente paso, casi un zarpazo, pero finamente elaborado.

—Sí —le respondió— en el mismo sitio. Pero usted sabe, don Pietro, que el cerro donde vivo queda muy lejos de la universidad. Por eso me atrevería a pedirle si usted me pudiera alojar

en su casa a cambio de los trabajos que usted considere que puedo hacer. El viaje es muy largo y caro. Me gustaría trabajar como jardinero o mayordomo en su casa y poder ir a la universidad caminando.

Don Pietro lo miró un rato fijamente y pensó que el país estaba realmente cambiando. De Damián a Ricardo el tiempo se acortaba; entre generación y generación, las cosas se volvían distintas. Observó aquel cuerpo mediocrementemente alimentado, con el pelo color negro chivillo, su tez cobriza, sus sesenta kilos y su metro sesenticinco envueltos en una camisa blanca, parchada pero limpia. ¿Quién era, realmente, este muchacho que tenía delante suyo en la repostería de su casa a las once de la mañana un día miércoles diciéndole que estaría dispuesto a trabajar en lo que él considerara necesario para ir a su universidad a pie por las noches? ¿Era un adulto, un joven, un joven adulto o un adulto revejido o un muchacho, simplemente?

—¿Por qué? ¿Qué quieres ser? —le preguntó de pronto don Pietro Galderisi.

Ricardo no podía caer en la trampa. Pensó que don Pietro tenía todo el derecho de dudar, porque no estaba convencido de si era un jardinero, un mayordomo o un universitario. Cómo, cómo caray se le puede demostrar a una persona lo que uno quiere ser sin que piense en lo que uno es. Tuvo la sensación de que don Pietro escarbaba en su alma buscando la verdad que sus palabras pretendían expresar. La presencia de la señora Gloria en la repostería, reforzaba las dudas de don Pietro Galderisi. Ella era una antigua cocinera que moriría como tal, y trabajaría el resto de sus días en esa cocina, en esa repostería, en ese patio, sirviéndolos.

—Quieres ser universitario —le dijo—. Y para ayudarte trabajarías como jardinero o mayordomo...

—Sí —le respondió Ricardo.

La señora Gloria también lo miraba raro, lo olía, lo escudriñaba y lo sentía distinto. Un muchacho distinto. Un mayordomo distinto.

—Yo quiero ser universitario —repitió Ricardo— pero para serlo tengo que trabajar como jardinero o mayordomo.

—¿Y qué estudias?

—Contabilidad.

—¿Dónde?

—Acá cerca, en la gran avenida de los laureles, a cuatro cuadras de la familia Pinillos y de la familia Ibáñez.

—¿Has estado trabajando donde ellos todo este tiempo? ¿Los has visto? Vamos, Ricardo Sifuentes, dime la verdad —exclamó de pronto—. La verdad, esa es la primera condición.

—No; he trabajado de cobrador en un microbús, como le dije. Desde que murió Damián no he regresado a la familia Ibáñez. Y el doctor Pinillos se ha mudado. Paso por su casa, y es un hostel, creo, una oficina.

—Y la universidad, la universidad es comunista —le preguntó serio don Pietro Galderisi—. Me has dicho que no es muy buena. Y si no es buena, debe ser comunista.

—Estudio contabilidad, don Pietro. Yo no sé de esas cosas. Hay pocas huelgas y la gente quiere estudiar.

A don Pietro Galderisi se le vinieron todas las universidades a la cabeza, y de pronto empezó a sospechar de todas ellas. Lejos estaban las imágenes de orden y paz dentro de los claustros estudiantiles, y en cambio las imágenes de la caballería clausurando la universidad del Estado, entre los gobiernos de Leguía y Sánchez Cerro, se le agolparon en la mente.

Don Pietro Galderisi era un comerciante autodidacta; aprendió a gustar del arte y las letras como una forma de entretenimiento alturado que lo sacara de las cuentas y las rendiciones de cuentas, aun cuando ellas se acumulaban con el correr de los años en grandes cuentas bancarias. Últimamente la universidad era sinónimo de caos; e incluso las privadas donde iban sus nietos, estaban contagiándose poco a poco de ese espíritu revoltoso. Ni siquiera se podía enviar a los nietos a Estados Unidos, porque allá la droga y el sexo impedían una formación bajo los cánones que consideraba indispensables. Miró a Ricardo y a la señora Gloria y sintió desazón. Qué país, qué país...

—Me has hablado de cerros, de microbuses, de Comités, qué es todo eso Ricardo...

—No sé, don Pietro. Mi vida. Yo quiero progresar. Esa universidad no será muy buena, es una casa, una casa grande convertida en universidad, pero allí puedo estudiar.

—Ahora la recuerdo. Es una inmoralidad que hayan convertido una casa en universidad sin tomar la precaución de pensar que iba a haber mucha gente en un lugar residencial como es éste. ¿Y cuándo quieres empezar a trabajar con nosotros?

—Apenas se pueda.

—¿Mañana?

—Gracias, don Pietro.

—¿Y hoy? ¿Dónde vas a dormir hoy?

—En el cerro. Casi no tengo cosas. Un amigo, Gil Bonilla me las va a cuidar en mi ausencia.

Y sintió que había cometido una indiscreción mencionando el nombre de Gil Bonilla. Gil Bonilla no debía existir, no debía tener nombre, procedencia, lugar, forma, talla ni peso. Olvidó lo que le dijo al despedirse:

—Y no olvides, Ricardo: yo no existo para nadie.

Mientras tanto, Gustavo se despedía de Alfredo Guerra y Luis Cárdenas en uno de los jardines de la universidad. El aire enrarecido por la neblina no le impidió ver con claridad sus siluetas caminando hacia la playa de estacionamiento donde estaba la camioneta del proyecto. Pudo haberles propuesto tomarse una bebida en la cafetería de Ramón, pero algo terrible lo contuvo: ya no formaba parte de sus problemas y preocupaciones, de sus pensamientos ni de sus movimientos. Esa sensación era parecida a la muerte, porque las conversaciones no los unían como antes, las palabras eran otras, la Coordinadora, la Federación, los Albaneses o los Chinos, el Cerro, en definitiva, dejó de pertenecerle.

Caminando, sin rumbo fijo, Gustavo revivía la sensación de estar fuera de carrera, recordando en aquel lugar a los personajes de tantas actividades políticas y deportivas, que ya no estaban allí. Rivadeneyra se le presentó íntegro, en plena actividad, en las pugnas políticas de aquellos años. Seducido por el poder, era quien mejor representaba a las personas con voluntad de gobierno desde el Centro Federado. «Y nosotros

—en todo caso ellos, pensaba Gustavo— todos aquellos que irrumpieron belicosos, como la alternativa marxista en la universidad de los curas, dónde estaban, qué hacían ahora». Gustavo caminó hasta la cafetería de Artes y encontró al Piojo, un antiguo compañero de estudios, convertido en profesor de economía. La universidad era aún un claustro parecido al edén de los cuentos, desde donde el país era analizado, examinado, comentado, criticado. Mientras cambiaba saludos con el Piojo, Gustavo temió dar la imagen de una persona acabada. Nadie esperó mucho de él, pero él sí mucho de los otros. En el rostro enjuto del Piojo, hundido, con unos ojitos pícaros y profundos, se mantenía el brillo de las antiguas jornadas, que muchos creyeron eternas, válidas, y que debían prolongarse hasta el infinito a cuenta y riesgo de ser considerados inconsecuentes... Esa era la palabra, la palabra pronunciada mil veces: ¡hay que ser consecuentes, compañeros!

Pero cómo se podía ser consecuente y al mismo tiempo coherente con nuestra mísera evolución biológica: gordura trivial, calvicie vacua, dolor a los riñones o hinchones a la próstata. Peor aún: cómo se podía ser consecuente y al mismo tiempo coherente con los cambios en el país. Los militares se iban después de doce años; los viejos partidos tradicionales regresaban desconcertados a su democracia; las nuevas izquierdas recién buscaban nombres para sus organizaciones con el propósito de ponerse al día...

El Piojo reía zamaqueándolo con afecto; le contaba que le iba bien, sí, bien, había descubierto a una hembrita extraordinaria: una computadora, Gustavo, parecida a las geishas, pura ciencia, pura tecnología.

—¿Y tú? —le dijo.

—Allí, con Rivadeneyra.

Gustavo pensó encontrar una actitud desaprobatoria, pero no; a pesar de que Rivadeneyra fue en sus años de estudiante el líder más visible de los enemigos de los marxistas por sus posiciones reformistas, hoy, en la nueva coyuntura, estaba en las izquierdas. Sí: y él, Gustavo, estaba en el mismo limbo de siempre, lugar que nunca le desagradó del todo por ser el lugar favorito para no estar al medio de las tormentas y

los conflictos, de los conflictos de clase, Gustavo, de los tuyos: tus pobres viejos a la hora del almuerzo, de Alejandro, de Rosa. El conflicto, recordaba Gustavo, era la esencia de la política, del gobierno, del poder.

—¿Has visto a Javier? —le preguntó Gustavo, casi como un acto reflejo, como una manera de buscar un sitio, como una manera de volverse a colocar en carrera.

—Poco. Estoy metido en la universidad. Pero sé que estuvo con los sindicatos pesqueros.

—¿Y ahora?

—Ahora no sé.

Durante los doce años de los militares, los que no estuvieron con los militares estuvieron fuera, sacando periódicos, armando células, repitiendo lo que decían en la universidad, usando apodos de combate, preparándose, vinculados a sindicatos, trabajando con mineros, adiestrándose para una acción futura.

—¿Y tú? —volvió a preguntarle el Piojo.

Gustavo no sabía por dónde comenzar a contarle algunos de los aspectos que merecían ser contados; ninguno lo merecía, ni siquiera la experiencia del cerro, pobre cojudez con lo que otros estarían haciendo, supongo, supongo, sí, Gustavo suponía que los otros estarían metidos en algo serio. Ah, Piojo, exclamaba para sus adentros, si mis viejos han envejecido, yo también. ¿Seré otro, más ducho, más formado, más maduro? ¿O qué? ¿Seguirá Javier repitiendo sus discursos con las mismas palabras concatenadas como lo hacía en las aulas? Esto no es un show, Gustavo, se decía a sí mismo, pero tienes que pensar en tu público o en el público, como los artistas, esos cabrones que siempre piensan en su público cautivo y le dan gusto y le dicen lo que quieren oír. ¿Los políticos-artistas? ¿Rivadeneira un artista? Seguir llamándose Piojo era una manera de ser consecuente —con su facha, con su apodo, con su computadora— pensaba Gustavo mientras tomaba asiento, miraba el barullo a su alrededor y pedía a la volada un café o una gaseosa, lo que sea.

De esa universidad, su universidad, nuestra universidad, qué cojones, saldría lo más graneado de la intelectualidad

del país, ahora que la del Estado está que da pena y las noveleras se disputan el mercado mediante un eficiente marketing: clase alta-media-baja, pretensiones, costos, formación, mi universidad, pensaría el Piojo o Gustavo, era un edén que convocaba a las mejores hembritas de nuestra sociedad. De la derecha y de la izquierda. Para todos los gustos hay. Gustavo hacía lo imposible para no pasar por un viejo, un hombre acabado, es decir, sin luz en los labios. Siempre jóvenes y siempre bellas, la universidad era para ellos el más implacable de los espejos del tiempo. Amplios jardines, gorrones, acequias, contrastaban con las universidades de locales dispersos, como cañerías incomunicadas. Era un prestigio ser un egresado de esta mierda, pensaba Gustavo; la envidia que da, y los mecanismos de justificación que despierta entre aquellas hembritas sin background, sin ese feeling de la atmósfera familiar con bibliotecas y hemerotecas, incluso entre los egresados enrolados en las filas de la izquierda, buenos pitucos a la hora de las decisiones, de las elecciones, de las opciones... y justificando y justificando, dice la muy sapa, a ésa no quise ingresar... El Piojo estaba relajado porque acababa de entender un nuevo programa, nada menos que el word perfect, un mundo perfecto-coherente-consecuente-encajado en la pantallita con un ratoncito, para darle movimiento a las cifras, esa apple como para comérsela de un mordisco; sí, mi manzanita, mi mujer perfecta en este mundo imperfecto, el Piojo estaba feliz. Tranquilo, maravillosamente amigo, le dijo a Gustavo:

—Comenzará a pensar en su candidatura. Fijo que Rivadeneyra también va a lanzarse. Todos, ya verás, van a lanzarse. Son doce años de espera y el turno le toca a nuestra generación. Los militares han prometido elecciones para dentro de dos años.

—¿Quién? ¿Javier?

—Todos, compadre. ¿Cuál es la diferencia entre unos y otros?

—Nos hacemos viejos, Piojo —masculló Gustavo.

—Ponte las pilas, porque hasta tú puedes ser candidato.

¿No me dices que andas con Rivadeneyra? Hasta puedes tener tu curul, compadre.

La cafetería de Artes empezó a llenarse cada vez más de unos alumnos bullangueros que pedían gaseosas o cafés, todos con sus vestimentas juveniles o sus mandiles de artistas, con las manos sucias por el trabajo.

—Si digo que estos me hacen sentir viejo, voy a decir una cojudez —dijo Gustavo.

—¡Y la has dicho! —exclamó el Piojo.

—¡Una cojudez!

—Una raya más... Qué importa...

—Y ni saben quién es Javier ni Rivadeneyra...

—¡Hasta que sean diputados!

—Y serán unos viejos como mis viejos. Para mí —dijo Gustavo— los diputados son siempre viejos. Y serán como los amigos de mis viejos.

—No te obsesiones, Gustavo. Es otro turno, es todo.

Y lograron sacar una sonrisa antes de verse expulsados por los alumnos que irrumpían como una bandada de... de cualquier cosa... no te esfuerces en buscar comparaciones...

Kathy Perales llegó con alguna tardanza a Tawantinsuyo donde tenía concertada una reunión en la vivienda de Esther. Se trataba de una construcción de material noble, a la cual todavía le faltaba el piso. Difería poco de las otras viviendas, y todas ellas, en conjunto, formaban un macizo bloque de cemento, color grisáceo, y se confundían con las pistas, la tierra y el cielo.

La vivienda de Esther estaba algo alejada de la carretera y Kathy demoró más de la cuenta preguntando por la dirección. Cuadras, bodegas, esquinas confusas, paraderos de microbuses, paraditas, restaurantitos callejeros, perros, polvaredas, manzanas, más manzanas con diferentes números, sectores, pueblos enteros, pueblos jóvenes amalgamados. Kathy an-

daba cómoda por esas calles, más anchas que las del cerro, pero siempre familiares. Por esos sitios los hombres no se metían con las mujeres ni las paraban siriendo, metiéndoles letra o la mano. Kathy estaba acostumbrada a soportar las mandadas en las partes antiguas de la ciudad, pero acá, en el cerro o en Tawantinsuyo, en las barriadas, caray, se le respetaba.

Su contextura física era compartida por muchas mujeres de su edad y guardaba cierta correspondencia con estos nuevos barrios: fina, delgada, estilizada, liviana, sobresalía una cabellera negra. Usaba pantalones, una blusa y zapatillas blancas. En invierno, la protegía una chompa de alpaca. Cuando llegó, Esther la recibió cariñosa, a pesar de la parquedad a que se habían acostumbrado para manifestar sus emociones.

Esther y Kathy eran la nueva versión de la muchacha popular de las ciudades del país, vaya clasificación, pero necesaria para entender cómo la belleza había sido esquiva a las muchachas antes de que Kathy apareciera en la vida del cerro. Ser intrínseca, tradicional y hereditariamente fea, debe ser espantoso. Chata, chueca, chola. Con ese pelo trinche, desobediente, rebelde, sin ondulación ni matiz. Kathy y Esther habían logrado poseer una belleza a primera vista, sin necesidad de estar aguantados. Qué tal concha: las indias eran ricas si uno estaba tres meses sin culear en los Andes. Ser vista de arriba a abajo, por los cuatro costados como fea, jode. Me importa un rábano su gusto, parecían decir ambas con sus zapatillas; delgaditas, menudas, flexibles, imponían su belleza más allá de los confines de las barriadas, la propagaban como referente estético, como ganas, libido, pero cuidadito con tocar gratis, saca esa mano. Jacinto, desde su destrucción, fue capaz de concebir una hija apta para despertar pasiones. Y Kathy era una tentación: riquísima, sonreía sin soltar la carcajada, casi sin despeinarse. Si los militares fueron capaces de quitarle todo a la oligarquía, menos su belleza, sin ser conscientes, dejaron aflorar otra belleza, la popular, en esas muchachas que atravesaban las barriadas, tomaban sus microbuses, asistían a los cursos de las academias y politizaban su cuerpo en cuerpo y alma.

Esther no estaba de buen humor porque Jacinto volvía a estar comprometido en andanzas de tragos y dormidas callejeras. Tuvo que ir a buscarlo a ese Centro Comercial que le traía los ecos de unas pesadillas atroces, cuando de niña, ella y sus primos cuidaban hasta altas horas de la noche los automóviles de aquellos señores. ¡En cuántas noches de humedad soportó estar paradita esperando un par de monedas! Y eso, durante años. Y después tuvo que soportar a Jacinto cuando llegaba borracho al cuartito de guardián donde todos dormían juntos. El olor del cuarto no lo olvidaría nunca: húmedo, a cerrado, a orín de gato. Cuarto con olor a chola. A sirvienta. Se lo remachaban en la cara sus amigas de la escolita fiscal que quedaba a dos cuerdas. Cuarto con olor a buitre, a borrachera. Y Jacinto arrastrándose hasta la cama donde su madre le hacía un sitio o la sobaba o se le tiraba encima, y ella mascullaba sí no sí no, qué qué, pensaría Esther hasta el final de sus días.

El mérito fue suyo, solamente suyo, y de nadie más: terminar el colegio, ingresar a la escuela de enfermeras, practicar, soportar, practicar en los turnos de las noches y casarse con ese tipo respetuoso, silencioso, de modales moderados, que acostumbraba merodear por la escuela pacientemente, luego enamorarla como mujer, sí pensaba Esther, como mujer: respetándola, cuidándola, porque no tomaba, no fumaba y leía mucho... leía cosas que ella no entendía pero que no le importaba no entender... y ahora estaba allí, cuando Kathy Perales hizo su entrada. Era mejor que Jacinto. Sin duda era mejor. Ah, Jacinto, tuvo que ir a regresarlo después de buscarlo por los lugares conocidos, traerlo a casa, bañarlo, hacerlo dormir, despertarlo, cachetearlo, gritarlo, zamaquearlo, regañarlo: borracho, papá, borracho, orgulloso de su hija, de su hijita, moldeada en barro.

En esa casa vivía Esther con su esposo y Jacinto. Jacinto vegetaba en uno de los rincones cuando no desaparecía hacia el Centro Comercial, su ámbito natural, su hábitat, su lugar de procedencia. Cuando Kathy lo vio tumbado en el rincón distinguió una sombra hablando sola, quejándose, diminuta, estática.

—No podremos estar a solas —dijo Esther—. Mi padre está borracho y no tengo dónde llevarlo.

Al rato hizo su aparición Gil Bonilla. Kathy Perales se lo presentó a Esther y a su esposo sin entrar en mayores explicaciones, diciéndoles solamente que era la persona sobre la cual les había hablado: el encargado de las zonas posteriores del cerro, en Huáscar.

Gil Bonilla actuó con naturalidad, basándose en sobreentendidos y confiado en que Kathy Perales les habría contado todo lo necesario a Esther y a su esposo. La reunión tenía un propósito preciso: establecer contactos entre Gil Bonilla y Esther, entre el cerro y Tawantinsuyo. El esposo de Esther era conocido como El Callado. Pero, además, la reunión tenía como segundo propósito —más ambiguo y dilatado— la incorporación de Ricardo Sifuentes desde la casa de Pietro Galderisi, donde estaba trabajando desde hacía meses. Kathy Perales le contó a Gil Bonilla que Esther conocía a Ricardo Sifuentes desde que era una niña, que Jacinto le tuvo siempre gran aprecio desde que se conocieron en la casa del doctor Pinillos, que conocía toda su historia.

—Parece que el mundo es chico —dijo Gil Bonilla cuando tocaron el punto de Ricardo Sifuentes— y que nadie se nos escapa. Yo conozco a Ricardo bajo otras circunstancias. Usted conoce a Kathy Perales por su trabajo en el hospital y también a Ricardo. Ahora debe presentarnos a su esposo.

—Mi esposo es una persona de total confianza. Fue él quien me abrió los ojos para entender este país. Fue él quien me reconoció como mujer, como mujer capaz de pensar y hacer lo que las personas hacen. No puedo decirle más, porque tiene un cargo importante en la organización. Su célula sabe de esta reunión, pero no quiere que dispongamos de mayor información.

—Y de Ricardo —preguntó Gil Bonilla cautelosamente— ¿qué conoce?

—Hace muchos años que no lo veo. Quien más lo recuerda es mi padre —y volteó, sin hablar, hacia aquel rincón donde esa sombra era Jacinto y Jacinto era su propia sombra.

—¿Es de confianza su padre?

—Está borracho.

—Los borrachos no me gustan.

—Pero es mi padre y está en su casa.

—¿Podemos conversar?

—Sí; él no oye y no entiende nada de lo que conversamos.

A Gil Bonilla le gustó el tono de Esther. Su estilo de hablar era entrecortado y seco. Una nueva manera de ser mujer, estaría pensando Gil Bonilla, más hecha a la lucha, a los secretos, a la reserva, sin temores, sin cojudeces. Pensó que la gente así era de la organización. Gente con ideas claras, sobria, trabajadora.

—¿Cree que Ricardo la recuerde?

—Si le dice que soy la hija de Jacinto.

—¿Jacinto lo recuerda?

—¡Claro!

—¿Conoce usted a Gustavo Ibáñez?

—¿Al amigo del joven Alejandro?

Gil Bonilla descubrió ese error en Esther, pero se lo perdonó. Pensaría que algunas cosas de la infancia no se olvidan ni se borran fácilmente.

—¿Y Jacinto conoce a Gustavo Ibáñez?

—Sí; sí lo conoce, desde que trabajaba en casa del doctor Pinillos.

—¿Y conoce usted a Alejandro Pinillos?

—¿Al hijo del doctor?

—Sí.

—Años que no lo veo.

—Pero lo recuerda...

—Un poco. ¿Usted lo conoce?

—Ricardo Sifuentes me ha hablado —dijo Gil Bonilla.

—Es su padrino —dijo Esther.

—Es verdad: fue su padrino.

—¿Ya no lo es? —preguntó Esther.

—Ricardo Sifuentes es ahora un miembro activo de nuestra organización —dijo Gil Bonilla.

—¿Y por qué me hace usted estas preguntas? —dijo Esther, aun sabiendo que la disciplina era fundamental en la organización y que Gil Bonilla tenía un cargo lo suficientemente impor-

tante como para preguntarle todo lo que considerara conveniente. Por esa misma razón El Callado se mantenía callado, escuchando y aceptando el rango de Gil Bonilla en esta oportunidad, en esta precisa reunión.

Pero Gil Bonilla se lo explicó:

—Queremos saber todos los contactos de Ricardo Sifuentes en esa zona. Queremos saber cuál va a ser su radio de acción. Como usted sabrá, Ricardo Sifuentes goza de una situación privilegiada al conocer a todas esas personas: a las familias Pinillos e Ibáñez, a la familia Galderisi, a las familias Sayán y Romero o Labarthe... todas las que me ha mencionado.

—Y todavía no se puede saber para qué...

El Callado la miró y Esther no tuvo más remedio que disculparse.

—Todavía no puedo decirle más. Pero Ricardo Sifuentes va a estar en contacto con ustedes y nosotros; es decir, con Tawantinsuyo y el cerro.

Kathy Perales escuchaba atentamente la conversación sin dejar de perder su aire enigmático, a pesar de su sencillez. Era joven, atractiva, acostumbrada a escuchar más que a hablar. Estaba allí acompañando a Gil Bonilla, presentándolo, introduciéndolo, funcionando como nexo. Si bien no eran muy amigas —Kathy y Esther se guardaban un profundo respeto— se habían conocido hace poco, cuando ella trabajaba en la Carretera Central y Esther en un hospital de Vitarte.

—Se trata de tener gente de la organización en sitios claves —dijo Gil Bonilla—. En sitios insospechados. Y también en casas de gente rica, viviendo con ellos, escuchándolos, husmeándolos, siguiendo sus pasos: horarios, rutinas, contactos, negocios, ingresos, viajes, todo. Ojos y oídos, zampados en sus entrañas. Ricardo Sifuentes en casa de la familia Galderisi. Tú, Kathy, en la tienda. Esther, en el hospital. Y hay más gente... Hay mucha gente en muchos sitios... Campanas, contactos, enlaces, mayordomos, amas, guardianes, policías, empleados, mucha gente. Yo tengo bajo mi responsabilidad a la gente de Huáscar. Y también la tarea de establecer contactos. —Hizo un alto, y miró a Esther—: yo tengo la tarea de saber todo de ustedes: de Esther, de Ricardo Sifuentes, de la familia

Pinillos, de la familia Ibáñez, de la familia Galderisi y de su padre.

—¿De Jacinto?

—Sí.

—Pero es un borracho.

—Quiero saber todo: cuándo se emborracha; dónde; con quién; quiénes lo conocen en ese Centro Comercial. Todo, no sé si he sido claro.

La vida de Kathy Perales había sufrido cambios inesperados desde el momento en que Romano Pellegrini sospechó, en cierta medida, que estaba detrás del cura Juan.

Kathy era una de esas muchachas que se encontraba entre dos mundos: el cerro y la ciudad, íntimamente entrelazados en recorridos diurnos y nocturnos, en viajes a academias de ingreso, clubes sociales, siempre a mitad de camino entre sus expectativas y las posibilidades que este país ofrecía. En verdad, no eran muchas, y las cantidades de amigas suyas que se enrolaban en el circuito de las empleadas domésticas, estudiando su secundaria durante las noches, terminaban otra vez como domésticas o como empleadas a destajo en un supermercado.

La parroquia resultaba una excelente oportunidad para establecer contactos; otro tipo de vida, donde la conversación predominaba sobre la acción. Su hermano Pedro estaba trabajando en el proyecto y era muy probable que concluida la etapa del convenio con la universidad, lograra estabilizar su situación. Kathy estaba aprendiendo mecanografía y aspiraba a convertirse en la secretaria del proyecto. Tenía su facha moderna: rara vez se le veía con falda y sus apretados pantalones dejaban intuir unas piernas delgadas y bastante largas para su tipo. Su tipo: pucha, ya no tenía el tipo indio que tanto preocupaba a los europeos que financiaban el proyecto, y solamente su cerquillo la aproximaba a esos rasgos casi asiáticos de las montañas de este país. Su piel era extremadamente suave; su manera de hablar susurrante; su risa una tímida demostración de alegría que temía convertirse en fiesta o en risa abierta y transparente.

John Caselaw, el cura Juan, resistía la tentación vestida con recato, cuyo secreto encanto radicaba en ser una mujer del cerro que uno podría pasear por todos los rincones de la ciudad sin mayor reparo. Ella lo escuchaba siempre con mucha atención. Lo acompañaba en sus viajes a las diversas zonas del cerro, estaba a su lado en las tareas parroquiales y su voz era indispensable para todos los cursos de música en la línea de arte popular.

Los días domingos era una compañía taciturna de la soledad de este gringo de Chicago que llegó al país a trabajar en la parroquia y ahora, desde la salida de Esteban Revilla a Jarpa, ocupaba su lugar. Desde ese momento, Kathy Perales se convirtió en una preocupación para Romano Pellegrini, y entendió que Juan no podía estar mucho tiempo al lado de esa muchacha extremadamente desconcertante para la paz y el futuro del proyecto.

Las movidas de Romano Pellegrini fueron, como siempre, sigilosas. Hacía cambios que parecían naturales, y sacó de sus puestos a Esteban, y a Kathy; en realidad, a ella no la sacó de ningún lado, simplemente impidió que estuviera en un lugar preciso, ya fuera en la parroquia o en el proyecto. Mantuvo en su cargo a la secretaria y contrató a una nueva asistente, que muy bien pudo haber sido Kathy. Pronto entendió que ya no tenía expectativas en ese sitio, que su posición al interior del mundo de la parroquia se hacía rutinaria e intrascendente, y que debía buscar otro lugar para aspirar, llegar a ser, en esta ciudad que no era sólo el cerro y sí esas luces que se expandían por las noches hasta que se perdiera la vista.

Cuando dejaron de verla, Alfredo Guerra, Abel Samaniego y Luis Cárdenas divagaban en el San Carlos acerca de su destino. Imaginaban las más diversas situaciones, predominando la más corriente entre las conversaciones entre hombres: se la habían tirado, la habían llenado, y la pobre Kathy estaría dando a luz en algún hospital, para perderse para siempre en las noches de la ciudad. Puta, que si las hembras no se quedan tranquilas, se joden. Al cerro, lo que le pertenece al cerro. El destino de Kathy estaba escrito desde el mismo día

en que optó por los pantalones y dejó a un lado las faldas recatadas encima de las rodillas.

—Sí, pues, comérsela es una cosa y casarse otra —exclamaba Abel Samaniego en el San Carlos—. Acaso el cura José María no colgó los hábitos para casarse con una pobladora —se preguntaba a sí mismo, pero sólo para exclamar después—: ¡pa' cojudos los curas y los bomberos!

—Métete en su cabeza y piensa como ella —especulaba Lucho— y vas a ver que pronto llegas a una conclusión muy sencilla: ¿qué saca de nosotros?

Cada vez que conversaban sobre Kathy en el San Carlos, Gustavo recordaba lastimosamente a su tía Clara, a esa señora ya envejecida que tenía un odio secreto por las mujeres y consideraba que todas, todas, eran unas putas encubiertas. Aspirantes, interesadas, materialistas, deseaban el dinero de los hombres, ser sus amantes —eso no importaba— si con eso lograban algo de su dinero, de su seguridad. La pobre Kathy, y por qué pobre, se preguntaba Gustavo, estaba lejos de poder aspirar a ese dinero, pero sí podía, en cambio, aspirar al amor de la única persona capaz de verla como persona: ese gringo fuera de lugar, metido en el cerro, cuyo único problema era ser cura. El hecho de que Alfredo Guerra o Abel Samaniego fueran criados en unas Unidades Vecinales no significaba que podían escoger a Kathy como mujer, porque sus vidas, más allá del lugar de infancia, estaban cortadas por el simple hecho de haber ido a la universidad, y a esa universidad: la de los jardines, los contactos, los curas, los financiamientos, los grados y los postgrados reconocidos por la sociedad.

Después de la reunión en casa de Esther, Kathy Perales regresó utilizando el mismo camino hasta la estación de los microbuses. De allí, se dirigió al cerro. La ciudad se sumergía en un gris incoloro confundiendo cielo y fachadas, sin otro color que el de un alma ennegrecida. Había aprendido a hablar poco y bien. De la parroquia debió aprender que nada es fácil, que los lugares de las personas se ganan con trabajo lento y medido, muy bien calculado, y que expresar sentimientos era un error, muchas veces imperdonable. Que lo importante era pensar con pocas ideas; buscar el camino más corto a la meta.

Por eso, de la reunión retuvo lo esencial: formaba parte de un grupo coordinado por Gil Bonilla y El Callado; Esther, Ricardo y ella estarían en contacto, obedecerían esas órdenes, tendría tareas que hacer, y no debía preguntar por qué, las causas o las razones: estaba en un sitio, tenía su lugar, eso era importante, y lo que hiciera redundaría en su bien, en el de los demás y en el del país.

El único enigma, por el momento, era Ricardo Sifuentes. No tenía mayor información, excepto que estaba en casa de la familia Galderisi. Galderisi, sí, ese nombre le sonaba bien: a helados, a dinero, a verano, a gente blanca y bien vestida.

Kathy alcanzó un asiento al fondo del micro y se puso a cabecear. Cuando el cobrador se le colocó cerca lo miró un rato y luego sacó las monedas exactas de su bolsillo. Ambos sonrieron un instante, y Kathy le demostró, sin mayor esfuerzo, que pertenecía a esas zonas de la ciudad: a los mercados pegados al asfalto, a las carretillas, a las comidas de la calle, a la tierra, al cerro, a ese mundo que sacaba una sonrisa, la necesaria para estar de pie y vivos. Siguió cabeceando hasta que llegó a la Riva Agüero. Estaba, de nuevo, en su antiguo barrio, el que siempre quiso abandonar y nunca pudo. Gil Bonilla le asignó como vivienda la casa de Ricardo Sifuentes, arriba, en San Pedro, junto a la bomba. Allí sería útil.

Desde que Romano Pellegrini le demostró, sin decírselo, que mejor no estuviera rondando por la parroquia porque no conseguiría nada de lo que andaba buscando, Kathy Perales decidió salir del cerro. Sus padres no estuvieron de acuerdo, pero entendieron sus razones: quizá, entre los pobres, una mujer sola era mejor que una mujer en la casa haciendo las tareas de la doméstica, pero sin recibir nada a cambio. Muy pronto entró en contacto con personas de su provincia y logró un puesto en el mercado de Vitarte. Antes, en el mismo sitio, trabajaba los domingos vendiendo comida cerca a la plaza principal. Se trataba de un lugar concurrido de la ciudad, atravesado por la Carretera Central, donde los camioneros compraban siempre algo. Después de un tiempo, logró alquilar un puesto y después, incluso, darse maña para asistir a unos cursos de contabilidad en el mismo Vitarte. Estaba decidida a

permanecer sola. Si algo le enseñó la parroquia fue a comprenderse a sí misma, y eso incluía comprender el nuevo significado de su facha y de su cuerpo: no podía ser la pieza de esos hombres trabajadores pero gritones, que trabajaban entre camiones y factorías; no podía ser embarazada un domingo cualquiera, en esas fiestas que terminaban bajo las ruedas de los automóviles; no le interesaba la maternidad y los hijos eran sólo un escollo para lograr algo en esta vida metida entre frutas y verduras. Entendió que su cuerpo —delgado, fino, flexible— atraía a los hombres pero les daba un cierto resquemor. Y que el secreto de la relación con ellos era hablar poco y siempre de dinero o de nuevos negocios, especialmente para adquirir la mercadería en el mercado central. Ellos serían socios, compañeros de ruta, gente con la cual se iba mitad a mitad, sujetos de crédito, calculadora en mano. Kathy había aprendido la lección de la parroquia: los gringos no son cholos y los cholos no son gringos. Y acá, había que liar con los cholos. Sí; de igual a igual, sin lisuras, sin levantar la voz, sin temblar, sin dar a entender que los necesitaba para meterse a la cama, porque la cama les daba poder, fuerza, energías, y ella debía mantener la relación como una correlación de fuerzas, Esteban; sí, lo había entendido, conservando el vínculo que a ella le daba autoridad, Abel Samaniego: el cerro, el cerro le daba esa fuerza necesaria para doblegar a los hombres, y no como pensaba ese Gustavo, que las mujeres son hembritas que hay que proteger: no, Gustavo, nunca te gusté, y si desperté en ti esa horrible sensación de protección, que no estoy dispuesta a soportar ni a entender, mejor olvídame, ándate donde tus hembritas que se quieren casar con el que les dé seguridad.

Kathy Perales logró hacer una vida sumergida en el trabajo durante todo el tiempo que estuvo en Vitarte, hasta que se encontró con uno de los hermanos Moreno. Cuando la reconoció, se acercó hacia ella, y le contó los detalles necesarios para que lo recordara. Si bien lo había visto poco, sabía que era de la zona de Huáscar. Aceptó conversar sobre cosas que no estaban vinculadas a los negocios, pero pronto entendió que Moreno le estaba hablando de otro negocio, un negocio al principio oscuro, confuso, de ideas, y que no tenía la intención

de cortejarla o llevársela a la cama. Entonces, casi todas las semanas, conversaron y conversaron hasta que conoció a Gil Bonilla.

¡Vamos...! La vida, entre otras cosas, es también el transcurrir de una o varias conversaciones, entre dos o más personas, casi siempre entre dos personas, una que habla, otra que escucha, ambas que se conversan, porque aparte de estar, actuar, mover las situaciones y las circunstancias, conversamos sobre esas situaciones y esas circunstancias: sobre cómo estás, cómo te va, cómo te ha ido, qué haces, piensas o sientes: bien... mal... allí... más o menos... y la vida, mientras conversamos, se detiene sin detenerse, mientras hacemos un alto, retrocede, recurre, recupera, intercala, avanza... de tal modo que la amistad entre Gustavo y Alejandro —desde un buen tiempo— se había convertido en una sucesión de citas para conversar, enterarse de sus vidas, darse ánimos, y botar la piedra de los recuerdos.

De tiempo en tiempo, Alejandro invitaba a Gustavo a pasarse un sábado entero en su casa, o se citaban en la pizzería para conversar en la compañía cómplice del barman Enrique Sánchez, quien, desde su particularísima ubicación detrás de la barra, era capaz de distinguir las sutiles diferencias entre ambos. No es que Alejandro fuera lo opuesto de Gustavo, pero sus vidas sí eran distintas.

Alejandro, nerviosamente, le contaba su experiencia de empresario en su fábrica en la Carretera Central, donde a diario compartía ese bullicio de vehículos y tráfico y negocios que iban desde las cumbres hasta el océano. Estaba orgulloso de tener su propio negocio, si bien empujado económicamente por su padre, bajo su estricta responsabilidad. Sí; Alejandro estaba contento de poder trabajar en el país, dar trabajo a la

gente, llevarse bien con ella, escuchar a los comunistas, pero bajo las reglas de la fábrica y no de la plaza pública. Pensaba que en las fábricas se piensa distinto, cuando la máquina aprieta el ritmo de los días y los descansos pueden ser unas cervezas en uno de los kioscos respetando que uno es el propietario y los otros los trabajadores. Cuando conversaban, trataba de aplicar los conocimientos que adquirió en un college de los Estados Unidos, un college católico de artes liberales, donde aprendió más de los poetas romanos que de las artimañas para controlar a los proletarios muertos de hambre de la Carretera Central.

Gustavo no se alarmó cuando Cupertino lo comunicó con Alejandro. Ciertamente que hacía tiempo que estaba perdido, pero Alejandro siempre lo llamaba después de unos meses sin verse. El tono de su voz tenía un ligero nerviosismo, y lo citó en la barra de la pizzería a las ocho. Gustavo estaba leyendo en el escritorio de su padre y no tenía inconveniente alguno en asistir a la cita. Estiraría las piernas, tomaría aire, dejaría de lado todos esos retratos de antepasados suyos que lo contemplaban con malicia, e iría a conversár con su amigo.

Cuando llegó fue recibido por la sonrisa de Sánchez y diez minutos después aparecía Alejandro cargando un maletín de trabajo. El tiempo, el maldito y bendito tiempo, parecía que los cogía a ellos dos también. Les arrancaba energías, vitalidad, cabellera, descolgándose del rostro una piel seca, una sonrisa esquiva, una mirada que no tenía ya la transparencia de antaño. Alejandro quiso empezar con unos prolegómenos acompañándose de una cerveza, para terminar confesándole, antes de lo pensado, el contenido de una carta anónima, una nota, un papel, carajo, una amenaza que acababa de recibir apenas unas horas antes. No le había contado a Susana para no alarmarla. Lo llamó a él, a Gustavo, y ahora que lo tenía sentado a su lado se sentía molesto, disminuido, torpe.

—Una amenaza —exclamó Gustavo, asombrado.

—Debe ser. Léela, por favor, léela y dime de qué se trata...

Gustavo sostuvo un papel en el cual, escrito a máquina, se le comunicaba concretamente que debía abonar una cantidad de dinero. La razón no se precisaba. Era una colaboración

que los empresarios de la Carretera Central estaban en la obligación de dar por la explotación de los trabajadores en el país, explotados por él, y que debía —como una manera de castigo— recompensar. «Devolver» —era el término empleado— lo que le pertenecía al pueblo.

Cuando Gustavo leyó el párrafo final entendió la palidez de Alejandro. La amenaza era que si no lo hacía, atentarían contra su negocio, y después lo eliminarían. Eliminar, sacar, matar... en vano intentó Gustavo buscar una palabra equivalente, en su afán de encontrar un nuevo dato, una información mayor, una clave, a esa nota fría, redactada escuetamente. Pero lo que más lo aturdió, incluso más allá de la posibilidad de que asesinaran a su amigo, fue la indicación de cómo debía Alejandro entregar el dinero: en efectivo, en billetes grandes, en un sobre colocado debajo del extremo derecho de la barra donde estaban ahora los dos sentados, carajo, en la barra de la pizzería, el primer viernes del próximo mes.

—Saben toda mi vida —gimió Alejandro—. ¿Quiénes pueden ser? ¿Quién sabe que venimos a conversar a esta pizzería y a esta barra? ¡Los obreros ni saben que esto existe!—. Y mirando a Sánchez le pidió otras dos cervezas.

—¿Aquí? —exclamó Gustavo.

Alejandro intentó decirle a Gustavo que le explicara todo este asunto: él no sabía nada de política —eso lo sabes tú, Gustavo— a él no lo conocía nadie, no era hombre público, jamás aparecía en los periódicos, llevaba una vida reservada —por convicción y modo de ser—, sin problemas en la fábrica, y el país, Gustavo, por lo que tengo entendido, se encamina a recobrar el sistema democrático. Prometen elecciones dentro de un año, la izquierda incluso anuncia su participación, incluyendo a los comunistas, se barajan candidatos, listas, quiénes... quiénes pueden ser, Gustavo...

—No sé, Alejandro. Verdad que no lo sé.

—Tienes que explicarme, carajo...

—Yo tampoco sé de política. Y menos de este tipo de amenazas. ¿Y cómo sabes que esto es política, y no cosa de simples rateros...?

—¡Pero cómo saben que vengo acá! —exclamó Alejandro, tratando de controlar su nerviosismo—. Y además, venimos poco. Una vez cada dos o tres meses.

—No pensarás que soy yo —trató de bromear Gustavo, pero lo hizo mal, sacándole a Alejandro una de esas sonrisas de costado que mostraban fastidio en lugar de alegría.

—No; no estoy pensando que eres tú, huevón, pero sí alguien que me conoce bien.

—¿Crees que son gente cercana?

—Me conocen bien, eso sí sé.

—¿Disfrazados de políticos? —le preguntó Gustavo en su afán de esclarecer la diferencia entre los puros pendejos solapeados y los políticos que hacían su aparición en sus vidas.

—Tú que andas metido en esos círculos deberías explicarme —dijo Alejandro—. En la universidad, en el cerro, en ese proyecto... algo debes saber, Gustavo.

—Al cerro no voy desde hace un año, compadre... Y la universidad es un antro de pitucos. Pero si quieres puedo averiguar...

—Averiguar qué... Tengo un mes para decidir si les doy la plata o no. Lo que me jode es que si se me prenden tengo que darles todos los meses, como si tuviera mucho y como si ellos trabajaran como la puta madre.

—Primero debemos averiguar si son políticos o simples rateros— dijo Gustavo—. Eso es lo primero.

—Sí, huevón, y mientras tanto, me matan.

—Debes mantener la calma, Alejandro...

Alejandro volteó para mirarlo y después de unos segundos trató de hallar una explicación:

—¿Acaso, antes, los guerrilleros no se iban al cerro para hacer la lucha armada...?

—Putá, Alejandro, eso era antes y era otro cerro. En todo caso, en varios cerros. En un chuchonal de cerros. Al que yo voy es una barriada, en la ciudad.

—Peor todavía —dijo Alejandro— eso significa que tenemos al cerro en casa.

—De las guerrillas hace muchos años, Alejandro, cuando estudiábamos en el colegio —trataba de explicarle Gustavo,

recurriendo casi a sus notas del curso de Realidad Nacional, para ver si Alejandro entendía un poco de lo que pasaba y pasó y distinguía las etapas, los períodos, los momentos históricos—. El ejército las derrotó en Mesa Pelada, amigo, y a los sobrevivientes los tiró de los helicópteros, incluso fue motivo de una obra teatral —divagó Gustavo, tratando de levantarle los ánimos y de que dejara ese nerviosismo que lo estaba contagiando—. Las fuerzas armadas las aplastaron, Alejandro, las mismas que hoy nos gobiernan y las mismas que los volverán a aplastar si se alzan otra vez. No te preocupes, toma tu cerveza y tranquilo...

—Pero tú mismo me dijiste que fuiste al Coliseo del Puente del Ejército la noche en que festejaban la liberación de muchos de esos guerrilleros. Incluso recuerdo tu broma cuando me contaste que los habían liberado en el Puente del Ejército... Y que el ejército mismo los sacó de la cárcel. ¿Y dónde están ahora Gustavo? A ver: dime, ¿dónde están? ¡Ah! dónde... dónde...

Sánchez rondaba por la barra sin saber qué hacer, atónito por el tono de la discusión que rompía la tradicional composición del lugar. Alejandro pidió dos cervezas más, y una pizza: cualquiera.

—¿Y qué hago? —le preguntó súbitamente Alejandro.

—¿Te han puesto fecha límite?

—¿No has leído? El primer viernes del próximo mes...

—El primer viernes del próximo mes —repitió Gustavo releyendo la nota.

—No sé qué hacer. Pero creo que no voy a pagar a la primera. Quiero ver qué hacen... Qué pueden hacer... y de repente me dan una pista de quiénes son y cuán poderosos se creen.

—¿Y te irías de viaje? —sugirió Gustavo.

—¡Qué gracioso! —exclamó Alejandro—. Creía que eras de izquierda, Gustavo. Y lo primero que me recomiendas es huir, marcharme del país.

—Es que a veces marchándose —explicaba sonriendo Gustavo— uno puede seguir siendo de izquierda.

—Para no estar en la candela. Cuando las papas queman.

—Porque si te quedas en el país —continuó Gustavo— serás de derecha, tarde o temprano...

—¿Quién te entiende? Has estado metido en un cerro para acabar convirtiéndote en derechista.

—Por eso estoy en la universidad: un hueco neutral, híbrido, tranquilo. De centro, Alejandro, eso: de centro. Ni acá ni allá. Como las malaguas, sobreviviendo entre las aguas tibias, y cuando están frías, me voy ...

—Ustedes los llamaban gusanos —exclamó de pronto Alejandro, colérico por las divagaciones de la conversación, y porque Gustavo no le explicaba nada.

—Bueno —sentenció Gustavo—: si no puedes ser de izquierda en tu país, es mejor marcharse.

—Esos son tus problemas, no los míos. Yo tengo plata invertida en este país. ¡He metido plata, Gustavo! ¡Inversiones! ¡Maquinaria! ¡Computadoras! Gente trabajando, que no puedo dejar en la calle... Familias que dependen de mí... No crees que sería más fácil sacar toda mi plata y meterla en un banco de Suiza y vivir de los intereses en Miami... Miami no, carajo... en la Costa Azul... con Brigitte Bardot, y tus intelectuales, hablando de este país, de este y no de otro, y de cómo se va a la misma mierda... ¡Eso es más fácil! Pero yo trabajo, y me gusta, en la Carretera Central, en Ate-Vitarte.

—Y vives en tu cerrito...

—Putá, Gustavo, te llamo como amigo, y en vez de ayudarme me metes puyas.

—Será que estoy corrompido en la universidad. Así nos hablamos siempre. Sacándonos nuestras contradicciones al aire.

A Gustavo no le gustaba el tono que estaba adquiriendo la conversación, porque, en el fondo, le desagradaba ser visto por los amigos del colegio como el único que no tenía dinero, como un pobretón inteligente, pero pobretón, sobre todo eso: una persona que dilapidaba sus mejores años sin hacer nada concreto, haciéndose pasar por progresista; hasta allí llegas, le dijeron una vez, izquierdista afrancesado y eso, con las justas, porque ni a Francia has ido.

Alejandro se percató de que lo había golpeado cuando le dijo que no tenía respaldo económico y por eso podía quedarse o irse del país cuando le diera la gana, porque detrás de esa mención estaba su padre, aquel anciano honesto que vivía de su jubilación rodeado de una platería prestada de los antepasados de su esposa, pero sin plata sonante para mudarse de barrio ahora que estaba degradándose a pasos agigantados. La cocina dañada —pensaba Gustavo— la tenía funcionando a medias, con los aparatos eléctricos de hace veinte años y el auto: el auto, la elegante carcocha tan bien conservada como si fuese el único bien que podía heredar este izquierdista zángano, romántico, cojudo e idealista.

—¿Qué hago? —repitió Alejandro. Y él mismo se dio la respuesta—: vendré ese viernes, vendré contigo, sin la plata y veré qué pasa. Por lo pronto, estamos en nuestro terreno.

—¿Y si todo no es más que una broma? —insinuó Gustavo—. Además, ¿cómo piensas reconocerlos? Si viene un obrero, por ejemplo.

—Dicen que no debo estar.

—¿Y si estás, pues?

—Yo estaré. Y si lo taso, se jode. Acá, en todo caso, no pueden hacerme nada.

—Esta amenaza me parece una cojudez de aprendices —dijo Gustavo—. Una banda de principiantes.

—Con la dictadura nadie conoce a nadie, ni a los que se han llevado la plata, con o sin uniforme. Hay un culo de nuevos ricos —casi levanta la voz Alejandro—. Lo que pasa es que tú paras en otros ambientes, pero la reforma agraria mandó a la mierda a algunos, pero forró a muchos.

—¿Y a ti por qué se te prenden? ¿Tienes o no tienes?

—Tengo lo de siempre. Pero, ¿por qué yo?

—Esta es una banda —exclamó Gustavo—. No les des ni mierda. ¿No será un marido cornudo? Tú frecuentas la carretera, compadre.

—Yo por lo menos conozco mi negocio, pero tú no sabes nada de lo que cocinan los comunistas.

Gustavo pensó un rato en los esfuerzos que hacían los de la universidad por desarrollar nuevos conceptos —izquierda,

nueva izquierda, reformistas, populistas, revisionistas, y todos, además, de nuevo y viejo cuño— para superar lo de comunista a secas. Como le decía su tía Clara, cada vez que lo veía en un club o en casa de su primo bien bronceado, semiborracho, hablando de cine-clubes, de libros, tú, de comunista, no tienes nada, Gustavo, porque esa palabra no encaja con esta casa ni con este jardín y menos aún con esta piscina, y sí con la plaza Dos de Mayo, con palabras como Federación, Central, Plataforma, aunque ella no supiera de esas existencias, y su facha lo asociaba más bien a palabras como tabladillo, bocadillo, monagillo. La tía Clara se la agarraba con Gustavo para mantener ese orden de blanco y negro, iluminado, soleado, chaclacayeano, en aras de convertirse en gris oscuro con su presencia desganada, que tan mal iba con el cielo azul clásico.

—¿Piensas en algo? —le preguntó Alejandro.

—En la nota.

—Si son amateurs, los veremos acá. Pero eso sí, Gustavo: ese viernes venimos los dos. Y si son comunistas, tendrás que escoger: o ellos o yo.

El profesor Zapatero le entregó a Ricardo una nota en el pequeño hall de la universidad. Ricardo la guardó en el bolsillo sin emitir gesto alguno. Luego, se dirigieron a clase rodeados de los alumnos. Ricardo seguía al pie de la letra las indicaciones de Gil Bonilla: jamás conversar con Zapatero, no hacer preguntas en clase, pasar desapercibido.

Su experiencia en la universidad estaba, sin embargo, bastante menguada por las constantes responsabilidades en casa de don Pietro Galderisi. Aquella doble vida lo aturdía y le daba a su ánimo un aire deprimido. A Pietro Galderisi empezó a incomodarle su actitud y, aunque no tenía un motivo serio que reprocharle, por momentos entendía su presencia en

los diversos lugares de la casa como una intromisión no deseada. El jardín y las tareas de limpieza las realizaba con pulcritud, pero cuando debía asumir las funciones de mayordomo—colocando la mesa o atendiendo a los privilegiados invitados—don Pietro Galderisi creía reconocer un cierto aire de desagrado.

Las veladas en casa de Pietro Galderisi eran íntimas, nunca más de tres o cuatro parejas de gente mayor ligadas al mundo de la cultura; intelectuales, señoras de la sociedad, de modales refinados, cuya conversación giraba en torno a las actividades artísticas de la ciudad—pobres, esmeradas, llenas de esfuerzo—que juzgaban con benevolencia, o acerca de viajes recientes que maravillaban o molestaban a Ricardo, especialmente cuando don Pietro Galderisi enumeraba espectáculos romanos de su última visita.

Don Pietro prolongaba estas reuniones hasta el mes de abril, pues siempre le gustaba usar su encantador jardín para recibir a sus invitados. Durante tres meses radicaba en el país, pero siempre prolongaba sus estadías hasta abril o mayo. Aquella velada estuvo recorrida por un prematuro viento otoñal que encantó a sus invitados, pues refrescaba sus conversaciones sin despeinarlos. Ricardo reconoció inmediatamente al padre de Gustavo, al señor Ibáñez, en cuyo jardín Damián trabajó por años. Raro que no fuera reconocido, aunque, claro, quien iba era Damián y no él, y de eso hacía mucho tiempo. Las escasas veces que se encontraron fue al interior de su jardín, cuando acompañaba a Damián a podar la madre-selva del fondo.

Don Pietro se lo dijo después, a la hora del café, porque las cenas en su casa eran sumamente metódicas: de ocho a once, un breve aperitivo, un excelente plato de fondo rociado de buen vino, postre, café y bajativos. El señor Guillermo Ibáñez lo saludó con cariño una vez que don Pietro le explicara que se trataba del hijo de Damián, y Ricardo no pudo dejar de pensar qué injusta era la vida cuando le enumeró todas las virtudes de su padre. No podía dejar de pensar en la nota que le entregó el profesor Zapatero esa misma mañana y que guardaba en el bolsillo como un secreto que nadie debía cono-

cer. Pensaba en la orden concisa expresada con una parquedad que le impedía, al mismo tiempo, calcular sus consecuencias: acompañar a Jacinto hasta la esquina de la pizzería y quedarse allí, esperándolo y constatando que ingresara y luego saliera para ir en taxi a la plaza Dos de Mayo. Eso, el próximo viernes, dentro de exactamente siete días, a las once de la noche.

El señor Ibáñez le formuló varias preguntas que Ricardo empezó a responder con vaguedades, sobre todo cuando se referían a sus estudios en la universidad. Guillermo Ibáñez era un hombre atildado, prematuramente envejecido, pero sano, amante de las artes, siempre y cuando tendieran a la armonía, al orden, y organizaran los sentimientos. En los buenos años, gustaba armar unos rituales en torno a las artes: después de una buena función de teatro le gustaba ir a un restaurante y alimentarse discretamente pero con calidad; o a una cafetería, a gozar de un buen chocolate caliente. Las sesiones musicales que organizaba en su casa en compañía de dos o tres parejas, eran precedidas de un aperitivo y seguidas de una excelente cena. Por eso, las veladas en casa de don Pietro Galderisi le levantaban el ánimo, sobre todo ahora que su señora no andaba bien de salud y su pensión de jubilado no le permitía darse gustos espirituales. Allí se reencontraba con sus amigos y con los temas de conversación alturada, siempre sensibles, aunque él no viajara, escuchaba con atención las anécdotas de don Pietro Galderisi o de Federico Guzmán y Carrillo. Qué importaba que no hubiera tenido la suerte de ver a Darío Fo en persona, como sí la tenía Don Pietro (se contentaba con las adaptaciones de algunos grupos locales) o las últimas películas de Federico Fellini, que antes venían a la ciudad, y ya no.

Su hijo Gustavo lo tenía desilusionado. Ese muchacho bueno pero volado, distraído, perdido, no fue capaz de aceptar la beca a Francia, cuando la tenía ganada, y hacer allá lo que nunca pudo y deseó tanto: ser un estudiante en la Ciudad Luz, frecuentar el Louvre, admirar las obras de arte, atravesar los puentes y recorrer los jardines. Mirar el mundo, hijo, aunque sea mirarlo por mí: el Sena, los buquinistas, los libros viejos... caminar por las calles de D'Artagnan, ese símbolo de la amistad leído miles de veces durante su adolescencia en calles que

ahora tienen otros nombres y casas demolidas por la guillotina del tiempo.

El señor Guillermo Ibáñez nunca pudo realizar aquel sueño que empezó en el colegio religioso ubicado en la plaza Francia, cuyas campanas, para ir a clases, escuchaba desde el comedor de su casa de la calle Pacay. París era un mapa abierto en su imaginación; a través de la biblioteca de su padre conoció a todos los escritores franceses. Gustavo no sólo heredó ese gusto europeizante, filtrado en la atmósfera familiar, sino la incapacidad de llevar adelante ese sueño. Guillermo Ibáñez nunca se preguntó a sí mismo, cuánto y hasta qué punto, su personalidad, construida como todas las personalidades, influyó en la de su hijo, pero esas indagaciones son propias de los hijos y no de los padres. Un padre quiere más al hijo, pero el hijo lo observa, lo analiza, lo escudriña y lo despedaza. Guillermo Ibáñez intentó llegar a París a través de Gustavo, y que le contara acerca de lo que él sólo pudo leer; que oyera a la Piaf (aunque estuviera muerta) y que nunca fuera como el profesor Alex Peres, quien desde su habitación en el jirón Washington, gesticulaba en un acento francés tan pulcro y perfecto, que sólo provenía de ese jirón y de ningún otro lugar.

Pensando en Gustavo, y rodeado de los cuadros de don Pietro Galderisi, miró a Ricardo con extrema curiosidad y le preguntó con candor si conocía, por ejemplo, el teatro Municipal, la iglesia de San Francisco, el Museo Antropológico, y a cada pregunta Ricardo movía negativamente la cabeza, y Guillermo Ibáñez, más candoroso aún, le empezó a dar direcciones, a aconsejarle, como era su costumbre de pedagogo clandestino, de que fuera, porque no concebía la educación sin un profundo afecto por el conocimiento humanista, aunque estudiara... qué era... qué estudias, muchacho... ciencias... administrativas... contabilidad... esas cosas raras o nuevas, modernas, demostración viva de que estaba en otro tiempo, en otra ciudad, en otro país.

Ricardo lo escuchaba ensimismado, aunque la nota del profesor Zapatero, estrujada en su bolsillo, lo desconcentraba. Don Pietro Galderisi lo disfrazó de pingüino durante esa velada; un saco blanco y amplio le adornaba el tronco; un

pantalón negro, puesto a regañadientes —la señora Hilda se lo exigió— y zapatos negros completaban su indumentaria. Prácticamente, ambos hacían un alto en uno de los rincones de la sala. Guillermo Ibáñez paseaba su mirada por cada uno de los adornos, y Ricardo no sabía cómo sostener la bandeja en una sola mano. Lo escuchaba sin atención. No reconocía ningún nombre o lugar que le mencionaba, pero seguía cautivado por la melodiosa voz del señor Ibáñez, quien andaba recordando a un doméstico que tuvo en casa para dar presencia a sus cenas de antaño.

Sí; era Basualdo, un muchacho provinciano que su esposa aceptó en casa sin recomendación, porque confió en su mirada transparente. Después de unos meses, Basualdo se hizo amigo de los amigos del joven Gustavo, quienes le prestaban libros, instruyéndolo, hasta que se marchó en busca de mejores horizontes. Ricardo miraba impacientemente al señor Ibáñez, y el señor Ibáñez estaba incapacitado para reconocer una clave siquiera en ese rostro oscuro, oscurecido por la escasa iluminación de la sala. Entonces, de pronto, el señor Ibáñez no tuvo más remedio que reconocer sus divagaciones como parte de una formación ambigua, poco rigurosa, que formaba parte de un conocimiento disperso, diletante, tal como se enhebra la tradición. Empezó a confundir planos, espectáculos, personajes, capítulos, museos, conventos, callecitas, hasta que la historia del ministerio se le vino encima con toda la papelería de los expedientes en curso. Esa pesadilla lo cogía de sorpresa, y Ricardo, observando la palidez de su rostro, estuvo por ofrecerle algo, pero sólo movió torpemente la bandeja.

Una vez en su cuarto, Ricardo relejó la nota varias veces y luego la rompió en cientos de pedazos, arrojándolos en el excusado. Tardó en dormirse y lo hizo recreando imágenes lejanas, imágenes que lo devolvían a la repostería del doctor Pinillos, convertido otra vez en un niño asustadizo, escuchando cómo reían a la hora del lonche el joven Alejandro y su amigo Gustavo: su padrino, y el amigo.

Y recordó, también, los dos libros que Basualdo leyera con avidez en la biblioteca del joven Gustavo, tal como se lo contara el señor Guillermo Ibáñez. ¿Cuál de los dos sería él:

Barrabás o El enano? ¿Quién sería Barrabás? Entonces, se quedó con el enano.

Ese viernes la pizzería estaba repleta de gente, como seguramente se la imaginaría Gil Bonilla. Alejandro y Gustavo hicieron juntos su ingreso. Sánchez los reconoció al instante, a pesar del barullo, y mientras agitaba una coctelera se dio maña para saludarlos. Ambos se sentaron en los taburetes cerca a la barra, pusieron los codos en el mostrador, tal como lo hacían desde tiempos inmemoriales, dándole la espalda a todos los que estaban sentados en las mesitas del local.

Gustavo notó que Alejandro estaba más tranquilo de lo que esperaba, quizá sintiéndose protegido por el número de comensales o por el tipo de gente que había allí o, simplemente, por estar sentado con su amigo en la barra de su pizzería. Eran las diez de la noche, y Alejandro no traía abundante dinero en el bolsillo. La cuenta la pagaría como se deben pagar las cuentas en el mundo moderno, Gustavo: con tarjetas, y no con billetes.

Después de un rato, Alejandro volvió a insistir en la conversación de la vez pasada, a ver si Gustavo era capaz de explicarle la situación política del país. Ultimamente ya no conversaban de sus recuerdos de adolescencia, y lo que más intrigaba y angustiaba a Alejandro, era la política, la religión, la muerte y el más allá. A Gustavo le encantaba recordar. Prácticamente era su pasión, su refugio y la razón de su vida: recrear esos pasajes repletos de vitalidad que fue su adolescencia y no este presente que le remarcaba todo el tiempo que esos tiempos se marcharon para no regresar.

El Paro —hablaba Alejandro— había sido contundente, como él mismo lo comprobó en la Carretera Central, en su fábrica y en toda esa área de la ciudad, la vez que la pista

estuvo repleta de piedras. Sí; pero de eso hacía varios meses; obreros despedidos, fábricas tomadas, sí, Gustavo, de acuerdo, medidas de fuerza, los militares están de salida, pero y qué... Qué hemos logrado para sacar a flote este país.

—He hablado con otros empresarios de Ate-Vitarte y me dicen que no han recibido ninguna amenaza. Que estoy loco. Que me tome unas vacaciones, porque cuando venga la democracia no voy a tener tiempo de gastarme el dinero. Puta, Gustavo —le dijo casi gimiendo— dime quiénes son esos que me quieren robar...

Sánchez se acercó sigilosamente y dudó entre ofrecerles una pizza o un par de cervezas más. Los veía preocupados para ser viernes, y de pronto distinguió a Jacinto que hacía su ingreso, Jacinto, un día viernes, qué tal concha, casi exclama Sánchez, a éste se le da la mano y se va hasta el codo. A pesar de ser un borracho, Jacinto conocía perfectamente las costumbres de la pizzería y jamás se atrevió a entrar, así porque sí, un viernes a las once de la noche. Sin perder tiempo, Sánchez se alejó de Alejandro y Gustavo, y le dijo a Jacinto:

—Hoy no, Jacinto, hoy no puedes entrar.

Alejandro y Gustavo lo miraron sorprendidos, pero contentos de verlo, sobre todo Alejandro que no lo veía hacía una punta de años.

—¡Mi querido Jacinto! —exclamó Alejandro— estás hecho un desastre, hombre. ¡Mírate esa boca sin un solo diente! Pero vente para acá; vamos, te invitamos un trago.

—Acá no —interrumpió Sánchez—. Una vez que empieza, no hay quien lo pare. Por favor, señores —y era la primera vez que Sánchez los llamaba señores— comprendan, hay normas que debemos respetar.

—¡Vamos! —exclamó Alejandro— sólo un trago. Una cerveza. Por los buenos tiempos, Jacinto. ¿Pero qué diablos te ha pasado? ¡Estás cojo!

Jacinto estaba congelado. Lo único que recordaba es que debía pedirle permiso al barman ese para ir al baño, cruzar el pequeño bar, meterse por el callejoncito que da a un lado a la cocina y al otro al baño, orinar, si podía, salir, recoger el sobre, salir, e irse con Ricardo caminando hasta la avenida para

tomarse un taxi. Era fácil. Era ingenuo. Era cojudo. Pero era sencillo de retener, Jacinto. Sobre todo si se ignoraba de qué trataba el asunto, y si Alejandro respetaba el acuerdo de no estar presente en la pizzería.

—Iba al baño —dijo Jacinto, como excusándose.

—Anda, anda nomás —le dijo Sánchez.

—Y después me tengo que ir —dijo Jacinto, mirando a Sánchez, a Alejandro y a Gustavo.

—Pero rápido —le dijo Sánchez—. Después te pica el diente.

—¡Cuál diente! —exclamó Alejandro—. Si pareces un viejo de noventa años, Jacinto.

Jacinto se excusó con una sonrisa que puso en blanco y negro sus carnosas encías, y se dirigió hacia el baño. Allí, una vez dentro, sintió la fragancia de los orines cruzándose con el de las pizzas horneándose al otro costado. Estuvo más tiempo del debido; contemplaba el pequeño espejito, los dos urinarios y las blancas losetas heladas. Pensó en Ricardo, a quien no había visto llegar, pero sabía que estaba en la esquina esperándolo, y en cómo le diría que no había visto ningún sobre debajo de la barra cuando fue al baño. «Ojalá que no se le ocurra entrar» pensó, y se acercó donde estaban sentados Alejandro y Gustavo.

—Qué milagro un viernes por acá —le dijo Sánchez—. ¡Y sano! En qué mes estamos —fingió preguntarse en voz alta— ¿en octubre o en abril? En abril, caray, pero si en ese mes no hay milagros —exclamó esta vez, como no era su costumbre, y lo palmeó en el hombro estirándose encima de la barra, mientras Alejandro y Gustavo lo ayudaban a subir al taburete—. Acá tiene su cerveza, señor Jacinto.

—Jacinto Mejía —respondió Jacinto— mayordomo de la residencia del doctor Pinillos. Doctor Manuel Alejandro Piniillos, un verdadero doctor, padre del joven Alejandro Pinillos Dawson.

—Ya —dijo Sánchez—, ahora toma tu cerveza. Y pórtate bien, que es viernes—. Y se puso a atender a unos muchachos.

—¿Te lleva bronca Sánchez? —le preguntó Alejandro.

—No le gusta que me vean cuando hay gente. Al administrador del Complejo tampoco le gusta verme por acá. Pero este es mi...

—Has hablado como un caballero, Jacinto —volvió a intervenir Sánchez—. Pero ya no eres un mayordomo. ¿Qué eres ahora? ¿Qué haces a estas horas por acá, en lugar de estar con tu hija en Tawantinsuyo.

—Un borracho, joven —respondió nervioso—. Un borracho mantenido por mi hija.

—No exageres tampoco —le dijo Alejandro. Se sentía cómodo, más relajado. La presencia de Jacinto lo hizo olvidarse de sus problemas, de la hora y del sobre—. Sólo es una cerveza. Para hacer tiempo. Gustavo y yo estamos esperando a un hijo de puta a que venga a las once, y ya son las once y quince.

Jacinto se puso pálido y se zampó el vaso de un solo trago.

—Suave —le dijo Gustavo—. Así, nos vamos pal' Superba.

—No les dije: se va hasta el codo —intervino Sánchez.

—Estaba con sed —se excusó Jacinto—. La cerveza es como agua, papai.

—Papai, papai, cada vez que chupa le da por hablar como serrano. Y es que la cabra tira pal'monte en un par de segundos —se rió Sánchez.

—¿Quieres otra? ¿La del estribo? —le preguntó Alejandro.

—Mejor me voy, papai —dijo bruscamente Jacinto—. Sólo quería ir al baño.

—Y adónde es bueno —lo interrogó Sánchez, a quien le había salido una personalidad detectivesca, criolla, favorecida por sus clásicos lentes oscuros—. Así sanito, un viernes, eres sospechoso. Pero es mejor que te me vayas yendo. Acá los caballeros tienen una cita y usted, don Jacinto, puede incomodar.

—Me voy nomás —dijo Jacinto—. Me quedo en una cantinita en Lince...

—Allá vamos —dijo de pronto Alejandro—. Esta noche me rompe los nervios si sigo pensando en lo mismo. Mañana compro un boleto para mí y mi familia y me borro por un par de meses. ¡Tanta vaina! Olvida esto, Gustavo. Vamos a dejar

a Jacinto en su cantinita, y calabaza, calabaza, cada uno a su casa.

Salieron por la puerta de vidrio hacia una humedad pre otoñal que los obligó a soportar un escalofrío en toda la piel. Jacinto no pudo ocultar su nerviosismo y empezó a hablar precipitadamente, sin que ninguno de los dos lo entendiera. Miraba hacia todos lados tratando de avisarle a Ricardo que se fuera, que no había encontrado ningún sobre y, más bien, encontró al joven Alejandro en persona. En carne y hueso, carajo. Ese niño que dejó de ver cuando se convertía en adolescente era ahora un señor semi calvo, de movimientos pausados, con gafas y hablar inquieto. Mientras atravesaban el patio del Conjunto Comercial Jacinto pensó en huir. Pero pronto se dio cuenta de lo descabellada que era esa idea. Si el niño Alejandro era un señor, él era un viejo. Un viejo reducido, de piernas cortas, de tórax endeble, casi un enano desdentado, flaco, un monstruo. ¡Cómo correr! ¡Cómo escapar! De pronto vio a Ricardo junto a una carretilla de golosinas y cigarrillos sueltos. Sintió que el muchacho ni se movía y que no podía decirle «corre». Ricardo obedecía órdenes precisas de Gil Bonilla: esperar a Jacinto y acompañarlo en un taxi hasta la plaza Dos de Mayo. Alejandro y Gustavo se estaban acercando donde Ricardo, casi cargando a Jacinto, abrazándolo y despeinándolo en sus muestras de afecto. Cuando los vio, empezó a caminar lentamente de espaldas y luego apuró el paso hasta desaparecer.

Jacinto respiró cuando dejó de verlo y les dijo a los dos:

—Mejor voy solo, papai...

—No, hombre —respondió Alejandro—. Vamos a tomarnos un trago en memoria de los viejos tiempos. Te llevamos en el auto.

Después de unos minutos, los tres estaban al interior de un Fiat color mostaza rumbo a Lince. Bajaron cerca del cine Ollanta e ingresaron a un ruidoso barcito contiguo pintado de celeste que respondía al nombre de Río Mantaro. Los rostros cetrinos de los parroquianos estaban iluminados por una luz fluorescente; bebían cervezas, hablaban casi gritando, hacían tiempo para estar borrachos.

—O sea que aquí es donde te malogras —le dijo Alejandro.

—No papai, acá me caliento el cuerpo, nomás.

Entraron y pidieron tres cervezas grandes. Alejandro empezó a hablar de sus planes inmediatos, de su viaje recién decidido —su hijo era un niño apenas, su mujer estaría feliz con un cambio de aire— y toda la historia esta sería cosa del pasado en unos cuantos meses. Después metió unos billetes en el bolsillo de la camisa de Jacinto y le dijo:

—Para que te calientes bien. Y para tu taxi. Toma hasta que el cuerpo aguante.

Le dio una palmada a Gustavo para que se parara y le dijo:

—La plata es lo de menos. Con unos cuantos cobres Jacinto puede chupar tranquilo. Lo que me jode es cuando me quieren robar. Si en este país todos dieran lo que deben, no me parecería mal.

Jacinto se quedó mirando hacia un punto fijo clavado en la pared una vez que Alejandro y Gustavo se marcharon del lugar. Era una postura que lo iba caracterizando después de haber tomado unas cuantas gotas de alcohol. Pero esta vez estaba demasiado rígido, muy derecho, casi tieso, pegado al respaldar que hacía las veces de separación entre los cubículos. En ese pequeño cobertizo vacío sintió protección, calor, refugio. «Donde habrá ido Ricardo —pensó—. Desapareció como un gato. Qué habrá en ese sobre que tanto me refregó Gil Bonilla que lo cuidara y se lo trajera sin abrirlo». Gil Bonilla, el amigo de su hija, nunca le hablaba, y esta vez hasta le alzó la voz: entiende Jacinto —le dijo— ese sobre contiene algo sagrado; lo recoges, lo guardas dentro de la camisa allá en el baño, luego sales y buscas a Ricardo. ¡Entras y sales!

Jacinto temía regresar a la casa; además, era tarde y la noche estaba húmeda. No le provocaba tomar, porque pensaba en Gil Bonilla y en su hija, y no entendía bien cómo ellos conocían a Ricardo, el muchachito hijo de Damián y de la buena de Emilia, que en paz descansen. Pidió un trago corto y soportó las bromas del mozo que sabía que al tener dinero —vio cuando Alejandro le metió unos fajos en el bolsillo de la camisa— se lo gastaría esa misma noche.

La casa del doctor Pinillos se le apareció iluminada entre los fluorescentes de la cantina. Aquella construcción de 1936, de techos altos, tenía sus espacios demarcados; de un lado, las salas, el comedor, el hall y el porche; de otro, la repostería, la cocina, el patio y el garaje. Dos historias que se juntaron una sola vez, una única y maldita vez, cuando Emilia, la buena de Emilia, que no mataba una mosca, se vengó de Juan Pablo porque ese niño martirizaba a Ricardo. Se olvidó que era la mama del joven Alejandro, que conocía a la señora desde que ella era una muchachita y que el joven Alejandro era el padrino de su hijo. Emilia soportaba todo, hasta que se enteró que una vez a Ricardo lo calatearon entre unos amigos del niño Juan Pablo, le pusieron encima sus ropas, lo llevaron al cine y lo obligaron a que se declarara a una de las chicas de su grupo. ¡Y sólo tenía trece años! Ricardo tuvo que hacerlo. De otro modo, lo habían amenazado con calatearlo en plena calle. La chica —que era una niñita de trece años— casi lo abofetea en pleno cine, cuando Ricardo tartamudeando le dijo si quería ser su enamorada... Sus amigas la cambiaron de sitio, y Juan Pablo tuvo que explicarles que era el hijo de su empleada, un muchacho raro, lleno de ideas, y que no le dijera a su mamá. Ricardo regresó corriendo del Orrantía, se quitó las ropas del niño Juan Pablo, la casaca, la camisa, los mocasines, le contó a su mamá todo, todo le contó llorando. «¿Dónde se fue Ricardo?». Emilia lo pensó fríamente, lo calculó, lo meditó, y después de unos meses decidió dejar la casa y abandonar a la familia.

Jacinto decidió no regresar esa noche. Lo increparían, zamaqueándolo, creerían —ya creía conocer a Gil Bonilla— que se había quedado con el sobre o que lo habría perdido, y eso no se lo perdonarían. Jacinto nunca fue bruto, y no le costaba imaginar las reacciones de Gil Bonilla. Ese es un mal pensado. Tendría que regresar —tarde o temprano— y contarles la verdad. ¿Cuál era la verdad? ¿Qué sé yo de todo esto? Soy un borracho sin trabajo, cojo, viejo, gastado, mantenido por mi hija. Pero ella está dominada por ese Gil Bonilla. ¿Qué hago?

—Chupa en paz, borracho —le dijo el mozo casi al oído—. Se te ve con muñecos desde temprano. Estás que hablas solo, serrano. Se te ha trepado rápido esta noche. Vamos a cerrar

dentro de poco, pero al fondo tienes tu colchón. Chupa tranquilo, choche... Ya sabes que Río Mantaro es como tu casa. Si quieres te pongo el wayno para que te acompañes...

Jacinto masculló un gracias confuso. Escupió algo. Se pasó la mano por la cara. Intentó una sonrisa. Pero lloró. Lloró y le dijo:

—Déjenme dormir por esta noche, papai; por esta, lo juro, no tengo donde ir, no hay carro ya, y si voy me van a pegar, ya no tengo hija que me defienda, papai, ya no me quiere, ya no, cojo, me dice, borracho, me dice, que por mi culpa murió mi señora, esta noche, un colchón, no voy a ensuciar, corto nomás he tomado, no voy a ensuciar...

—Calma, cholo, calma. Ahora duermes y mañana barres. Le echas aserrín a esta huevada y la barres bien. Después te vas donde tu hija y le explicas quién eres. Pero eso sí: cuidado con buitrearle el colchón, cholo cochino.

Jacinto le dio las gracias y se recostó sobre la mesa.

Gil Bonilla estaba en casa de Ricardo esperándolo. Sentado en una silla enclenque, en el espacio central, convertido en una especie de desván de papeles, folletos, libros y propaganda, contaba los minutos que llevaba de retraso. La casa quedaba muy cerca de la cima, en San Pedro, y Gil Bonilla pensaba que Damián debía ser un cojudo, porque siendo uno de los primeros invasores, no pudo escoger un lote mejor situado. La casa no despertaba sospechas entre los vecinos, aunque Ricardo ya no viviera allí, porque Gil Bonilla se encargó de administrarle sus horarios: un uso predominantemente nocturno, allí sólo iban él y Kathy, y parecía más un jato que una casa, un boliche de dos amantes que no incomodaban a nadie. Ni siquiera iba el secretario de la federación, Agustín Rojas, porque su cargo lo convertía en un hombre público hasta

en los confines del cerro. Rara vez prendían la luz, y parecía más un hueco casi a oscuras, utilizado por personas que iban a dormir. Ricardo sólo iba cuando Gil Bonilla lo llamaba a través del profesor Zapatero para darle instrucciones precisas o pedirle información acerca de Pietro Galderisi o Alejandro Pinillos.

Estaba hierático, como era su costumbre; rígido, sin hacer gestos. Ricardo debía llegar allí a eso de la una de la madrugada, buena hora. Los vecinos dormían y sólo algunos perros ladrarían siguiendo los pasos de Ricardo al subir las escalinatas del cerro. «Este debe aprender a ser puntual —pensó Gil Bonilla al constatar que era la una y diez—. Si no aprende por las buenas, aprenderá por las malas». Miró una vez más su reloj y decidió recostarse un rato sobre la tarima.

Ricardo se bajó a la volada del microbús semi vacío en la Riva Agüero y se puso a andar lentamente con las manos en los bolsillos. Las entradas a ese cerro eran como bocanadas de niebla atravesando las construcciones más sólidas del barrio; viviendas que eran también bodegas o cantinas, ferreterías, farmacias, peluquerías, se apostaban a lo largo de la avenida anegada por aguas negras, construcciones todas ellas color carne, barro, protegidas por rejas, de dos o tres pisos.

—Qué mierda pasó —exclamó Gil Bonilla cuando escuchó ruidos dentro de la vivienda—. ¡Cuenta, cuenta! —incorporándose al instante, mientras Ricardo prendía la luz—. Apágala, huevón. A oscuras, mejor. Vamos, habla —le volvió a exigir, excitado—. ¿Traes el sobre?

—No traigo nada.

—¿Nada? ¿Y Jacinto? ¿Qué hizo el viejo ese, entonces?

—Todo esto ha sido un plan de mierda —dijo Ricardo, dándose una autoridad que no tenía, pero dadas las circunstancias, y el peligro que pasó, creyó conveniente sugerir—. El viejo se encontró con Alejandro Pinillos y Gustavo Ibáñez en la pizzería esa. Creo que no había sobre, porque salieron juntos, abrazados, como si fuesen amigos del alma.

—¿Con quiénes?

—Con Alejandro Pinillos y Gustavo Ibáñez —repitió Ricardo—. No sé cuáles son tus planes, pero ellos estaban allí. Y casi me chapan, carajo.

—Amarra el perro —gritó Gil Bonilla—. Aquí, el que da las órdenes soy yo, ¿entiendes? Sólo yo. Y si esto ha salido mal, hay una instancia donde lo discutiremos.

—Hablaban, reían, parecían contentos...

—Borracho de mierda —exclamó Gil Bonilla—. Mi culpa ha sido confiar en un borracho. No se puede confiar en los borrachos para hacer la revolución. Este viejo es capaz de vender su alma por un trago. Ojalá, por su bien, que no se haya ido con la plata a tomar por allí.

—Estoy en la obligación de decirte —dijo Ricardo— que si yo voy a estar metido en una de estas cosas de la organización, me explican antes de qué se trata. —Antes de que Gil Bonilla lo interrumpiera, Ricardo prosiguió—: no me parece justo que arriesgue mi vida en algo que no sé de qué se trata. Es mi derecho.

—La organización, Ricardo —le dijo Gil Bonilla empleando un tono de voz paternal—, tiene instancias, y todos no pueden estar al tanto de los planes. Es por nuestra propia seguridad. Los errores se discuten en las instancias correspondientes.

—Sí, pero el error ha sido confiar todo en Jacinto.

—Nadie sospecha de Jacinto —respondió Gil Bonilla—. Y si lo chapaban, no llegarían muy lejos.

—Alejandro Pinillos no es un cojudo —dijo Ricardo.

—No ha obedecido las indicaciones.

—¿Y por qué habría de obedecerlas?

—Lo amenazamos.

—Es el primero. Recién van a tener miedo cuando hayan matado a otro empresario.

—Así me gusta, Ricardo, estás aprendiendo. Y lo mataremos si no obedece las indicaciones al pie de la letra.

—¿Y por qué no me dijiste que se trataba de Alejandro Pinillos?

—Porque no lo consideramos prudente. Las órdenes se dan sin decir los nombres. No puede haber lugar para sentimentalismos, Ricardo.

—Pero por lo menos para mi seguridad. Si hubiera sabido, no hubiera escogido la pizzería. Allí está en su zona. Debemos sacarlo. Llevarlo a Vitarte, donde está su fábrica, donde no se sienta seguro.

—Todo eso vamos a discutirlo. Por ahora, debemos saber dónde se ha metido este viejo de mierda. Mañana iremos a casa de Esther.

—Estoy cansado, Gil. Hoy día tuve que ayudar a lavar, a secar, a ordenar, como le gusta a la señora Hilda después de una de sus comidas. No le gusta que lo dejemos para el día siguiente...

—Calla —le increpó Gil Bonilla—. No me hables justo ahora de tus cojudeces de mayordomo. Mañana iremos a la casa de Esther, preguntaremos por Jacinto y después tengo reunión con la célula para explicarles lo sucedido. Si te gusta la cocina, ¡no me lo cuentes ahora!

—Tengo que contarte cómo me siento allá, en la casa de Pietro Galderisi. Tú me has puesto allí, y parte de mi vida es importante que la sepas.

—¿Quieres que sepa cómo te va como mayordomo?

—Es que soy mayordomo —exclamó Ricardo.

—Eres un revolucionario, entiéndelo.

—Que trabaja de mayordomo.

—Que se hace el mayordomo...

—El otro día estuvo en una de esas comidas el papá de Gustavo Ibáñez, donde trabajaba Damián.

—Y... qué de bueno se trae ese viejo reaccionario —lo interrumpió Gil Bonilla—. ¿Vas a contarme de él, también?

—Conocía a Damián. Estuvimos conversando un rato...

—Viejo democrático. Conversa con los mayordomos. ¿Y qué te dijo?

—Lo conocía. Y me gusta recordar a Damián.

—Mayordomo rosquete. ¿Acaso fue al entierro de tu padre? ¿Acaso ha venido alguna vez al cerro? ¡No! No lo conocía, Ricardo —levantó la voz Gil Bonilla—. ¿Qué te contó que tú no supieras? Ese viejo reaccionario lo conoció como jardinero. Y a ti, a ti ¿cómo te miraba? ¿Como mayordomo? ¿Eres mayordo-

mo, acaso? Piensa cuando te mire como revolucionario, vas a ver cómo se moja los pantalones.

—Tú me has puesto allí, para que te cuente.

—Yo no —lo corrigió Gil Bonilla—. El Partido.

—¿Cuál?

—¡Cómo que cuál! El único. El que va a hacer la revolución en este país. —Hizo una pausa, lo miró un rato, se levantó de la tarima donde estaba sentado, y continuó con un tono de voz más suave—. Tú no eres mayordomo, Ricardo; eres un revolucionario. Ese viejo, como los otros, no nos conoce. No sabe lo que somos. Lo que llevamos dentro. Ni lo que pensamos o sentimos. No sabe de lo que somos capaces. Nuestro odio. Nuestro furor. ¿Entiendes?

Hizo una pausa, lo contempló de arriba abajo, y le preguntó:

—¿Tuviste miedo?

—¿Miedo?

—Sí, miedo. ¿Qué crees que ha sido esto, carajo? ¿Un juego? ¿Crees que estamos jugando a la revolución como los niñitos de la parroquia? No, Ricardo, esta acción es un experimento. Tenemos que probar gente. ¿O creías que el Partido va a confiar en un borracho?

—Quieres decir que no era en serio...

—Lo va a ser.

—¿Y nos has arriesgado? Allí estaba Pinillos.

—¿Acaso te vio?

—Pero pudo...

—Ya verás cuando el Partido actúe.

—¿Y esto qué es?

—Un ensayo. Tómallo como una manera de comprobar en quién se puede confiar.

—¿Desconfías de mí?

—Mira, Ricardo, esto no es para rosquetes. Detrás mío está la célula, y detrás de la célula, el Partido. Sin él no soy nadie. Y sin mí, tú tampoco. Retén eso. Ahora duerme. —Lo miró sereno, y añadió—: a Pinillos también lo conocemos ahora.

Gustavo todavía era capaz de reconocer el apacible encanto de su barrio muy empezada la mañana. Y, más aún, a mitad de mañana, después del ajetreo de quienes iban a trabajar, sobre todo ahora, cuando la avenida de los árboles donde estaba su casa era testigo de los pasos agitados de todos esos extraños peatones. ¿Le jodía esa gente? ¡Bah!, cómo iba a joderle si —en verdad o mentira— eran los que se suponía había trocado por sus compañeros de barrio y colegio. Por un momento, mientras deambulaba, creyó encontrarse en otro tiempo de su vida, cuando iba con Andrés López, el hijo del guardián de la casa contigua, a pescar renacuajos en las acequias. Quietud. Poca gente. La sensación de que la ciudad no circulaba por esas calles adornadas de árboles. Andrés López se graduó de maestro y abogado. Primero de maestro, pero como le pareció poca cosa, inició sus estudios de leyes. Andrés López, el estudioso hijo del guardián que se emborrachaba zapateando huaynos estaba, ahora, a qué dudarlo, mejor instalado que él. ¿Le jodía? ¡Bah!, Andrés López era un recatado muchacho de tez blanca —un serrano blanco, blanquísimo, buenísimo, estudiosísimo— que nunca tuvo vergüenza de su padre, conocido tan sólo como López, el gordo López, el grasoso López, el trasnochador López, aprovechando todos los interiores de esa casa abandonada por su propietario, un iqueño que vivía allá y no en la ciudad. Aferrado a su casa y a su calle —Gustavo la llamaba su calle— vivía ahora un momento torpe y ridículo, paseando a esas horas de la mañana cuando uno se siente particularmente inútil.

Alejandro debía haber partido a Estados Unidos para desintoxicarse de esa historia de chantajes. Jacinto estaría borracho en alguna de esas cantinas liquidándose el fajo que le pusieron en el bolsillo de la camisa. Jacinto, Jacinto, cómo

entrar al mundo que bulle en tu cerebro, incapaz de expresarse fluidamente en castellano. ¡Papai! ¡Papai! ¡Dónde estoy! ¡Dónde estarás, pues, viejo, pero no me buitrees el colchón! Jacinto barre el aserrín tiritando, limpiándose la saliva que le incomoda por pegajosa. ¡No! ¡No! ¡Qué va! Este Jacinto puede llegar a su casa. Jacinto tiene miedo. Miedo a su hija. El avión despega y Alejandro debe contemplar este cielo gris en toda su amplitud y significado. Alejandro se acomoda en el asiento y lee las indicaciones de no fumar, ajustarse el cinturón y mantener el asiento derecho. Su mujer y su hijo contemplan la ciudad por la ventanilla. ¿Pedro? ¿Por qué le puso Pedro a su hijo? Jacinto se mete a una chingana: huye, corre, corre, cae... busca el hueco y entra. Entra a varios huariques antes de ir a la plaza Dos de Mayo. Los microbuses rugen. La gente pasa encima de Jacinto que está parado en una de las esquinas. Ya no pueden robarle porque se lo chupó todo. Todo, todito, papai. Los árboles de su barrio arrojan unas florecillas amarillas anunciando el otoño de esta ciudad sin lluvias. No pidas que los árboles cambien de colores como en Ottawa, maricón huachafó: mira cómo descienden lentamente las florecillas amarillas y ensucian las veredas y los techos de los automóviles. Esa es la sensación del tiempo en esta ciudad: escabullidor, pegajoso, solapeado. Pero envejeces. Gustavo camina lento, paseándose, por la cuadra diecisiete de esa avenida apacible donde antes vivía su abuelita y ahora han construido un edificio de la guayaba con ascensores de vidrio. Jacinto se introduce en un microbús. Alejandro ya puede fumar su cigarrillo: está arriba, muy alto, encima de las nubes que asfixian esta ciudad. Jacinto busca aire, desesperado: son la seis de la tarde, está sucio, ríe sin motivo, lo pisan, lo empujan, no lo ven, es un enano. El vehículo se bambolea como un animal preñado y enfila hacia el Cono Norte, a las barriadas, todas grises, casas a medio construir. No; no han bombardeado la ciudad, gringo huevón, le explican los promotores: la están haciendo. La gente refriega sus cuerpos con el de Jacinto. La gente está en todos lados: afuera y adentro, irrumpe en el microbús que persigue a un culo de microbuses y es perseguido por un chuchón de microbuses. Gil Bonilla me está persiguiendo. Jacinto persigue

a su hija. Puta, casi lo empotran contra el vidrio, la mano no alcanza el fierro traspirado, Jacinto necesita aire. Gustavo pasa por la residencia de los Mendoza y reconoce una vivienda casi abandonada. Allí solamente vive un viejo ciego tanteando las paredes. Pero vive, piensa Gustavo. Piensa en su hija. En su sonrisa. En su cabellera castaña cruzando los ríos en las afueras de esta ciudad, donde de pronto todo se pone verde. Los años pasados son verdes. En cambio, la casa de su abuelita es esta masa de cemento enterrándola con sus libros y bellas querías. Allí vive un miembro de la Constituyente: tiene su chofer, su carro, sus pendejadas. Jacinto tiene la nariz pegada al vidrio y mira la ciudad parecida siempre en cada una de esas casas. «Un cambio de aire», le dijo Alejandro a Gustavo. «Un rato nomás, porque mi país es este, y si no puedo ser de izquierda en mi país, seré de derecha, pero en mi país». Jacinto pide aire y Gustavo aspira el olor que las florecillas amarillas desprenden al caer hacia el asfalto. Reconoce el olor de los geranios, especialmente entre las cuadradas doce y diecinueve. Jacinto baja del microbús deslizándose entre las piernas. Su cojera se agranda. Espera a que el microbús reanude su marcha y contempla a la gente que lo rodea. Esa avenida es una carretera, carajo. El camino a la casa de su hija. Quiere cruzar. Cae, se levanta, pierna del carajo. No vio nada, nada de nada, no oyó el ruido, no sintió dolor, pena, consciencia, fue una embestida, Jefe, lo arrojó varios metros, así de rápido, Jefe, un borracho, creo, un vagabundo, un choro, después lo aplastaron otros, lo masacraron, Jefe, uno detrás de otro, son como animales, bestias de carga, mano de obra barata, y después de un rato, de un rato, Jefe, lo taparon con periódicos, un bolondrón, Jefe, los carros tenían que abrirse, un burdel, sí, Jefe, usted es el primero en venir: nadie lo conocía, el micro ni cuenta se dio, cuál, cuál sería, a esa hora hay un culo, todos son de la misma línea y todos están hechos mierda... Jefe.

El tiempo estaba pasando, ni idiota que fuera Gustavo. Lo sentía venir e irse, con el mismo aspecto de la muerte, como dicen los viejos: rozándome.

El proyecto del cerro culminó en el plazo fijado y sólo Abel Samaniego se quedó con los curas redactando un diagnóstico que incorporaba la historia del cerro, las primeras invasiones, los yanaconas y la conformación posterior de las diversas zonas, incluyendo los trabajos de remodelación y las organizaciones de base, centralizadas en la federación. Romano Pellegrini utilizó todas sus armas renacentistas para mantener —sin pelearse— a los dirigentes de la Coordinadora fuera del ámbito de la parroquia y del proyecto. Incluso reía: «la sartén tiene tan sólo un mango; y ese mango no lo vamos a soltar». Bajo esa premisa contundente, algunas de las organizaciones afines a la parroquia se fueron incorporando al proyecto, siempre bajo la dirección fantasmal pero convincente de Romano Pellegrini. Pedro Perales estuvo a cargo de la línea de prensa barrial; su hermano Víctor se hizo cargo de la línea de recreaciones juveniles —en una ampliación de la línea de música y arte popular— y otros pobladores asumieron las líneas de audiovisuales y coyuntura política. Juan Caselaw era el principal responsable y sólo cuando tomó unas cortas vacaciones para visitar a su familia en Chicago, la parroquia se percató del encanto que despertaba sobre la población. Pero ni siquiera por eso Romano Pellegrini volvió a pensar en Kathy Perales, aunque sus hermanos fueran sus dos brazos en la conducción del proyecto.

El profesor Rivadeneyra alcanzó uno de los curules en la Constituyente, y era considerado un izquierdista responsable debido, quizás, a su lenguaje moderado e incluso académico. Mediante un tono sereno enumeraba una a una las deficiencias de este país y la necesidad de una transformación profunda que modificara sus injustas estructuras, pero sin especificar cómo ni cuándo. Se había dejado unos bigotitos ralos, que sólo le aumentaban la edad, pero él creía que le daban un aspecto de respetabilidad necesario para acompañar el rumbo de sus ideas y divagaciones. Se compró lentes nuevos, usaba ternos a la medida y se convirtió en una de las escasas personas

con la cual la derecha podía conversar. La Constituyente fue una excelente ocasión para escribir libros sobre la Constituyente del año 33 y sobre la importancia de la vida parlamentaria en un país como este caracterizado por tantos y traumáticos golpes militares. Leyes orgánicas e inorgánicas atravesaban el cerebro del profesor Rivadeneyra, y su formación de sociólogo se vio enriquecida con elementos que provenían de las ciencias del derecho y en algunas oportunidades —escasas, es cierto— de las ciencias de la economía.

Mientras Alfredo Guerra y Luis Cárdenas sacaban adelante otro proyecto de promoción —esta vez en un barrio menos trajinado y de geografía plana, al noreste de la ciudad— la opinión pública pudo volver a reencontrarse con los políticos de antaño, expulsados del escenario público por más de doce años de dictadura militar. Gordos, encanecidos, calvos, hacían su reaparición en este momento crucial para la vida de la nación en que se pondrían sobre el tapete las nuevas reglas de juego a través de la Gran Carta Magna, a la cual deberían referirse todas las leyes y todas las conductas públicas de los ciudadanos. Izquierdas, derechas, centros, centro-izquierdas, centro-derechas, estaban reunidas en ese recinto de los Padres de la Patria planeando el futuro de este país a través de artículos e incisos, tarea que fascinaba a Rivadeneyra, quien hablaba en su casa ante amigos que ahora eran los amigos del Constituyente Rivadeneyra. ¡Por supuesto que nunca olvidaba a los pobres! Pero en sus conversaciones saltaban a la vista las anécdotas del recinto de la Plaza Bolívar y los intrínquilis que se movían desde sus sótanos hasta los curules. De ese Hemiciclo que estuvo cerrado durante doce años y fue remodelado, pintado, refaccionado, modernizado para dar cabida a cientos de personajes importantes para los cuales la política era sinónimo de oratoria.

En el cerro, Abel Samaniego descubría que los partidos de las izquierdas estaban a la luz del día tratando de reconocer a sus representantes, y a los representantes de todos esos partidos, tendencias, alas, sub alas, pero que en el Hemiciclo eran los Señores Constituyentes. Algunos llegaron con el respaldo de sus propios militantes, pero otros, como Rivadeneyra,

utilizando una serie de argucias y habilidades y componendas y alianzas para poder representar alguna de las alas de los numerosos partidos.

Gustavo terminó por apagar el televisor durante la campaña previa a la Constituyente, cuando el gobierno militar cedió horas gratuitas a cada uno de los partidos. Estaba fuera de carrera: sin cerro, sin Rivadeneyra (que, obviamente, asistía menos a la universidad) y sin Rosa, hacía unos meses que se había casado y le contaba Alejandro que estaba encinta. Mientras miró por la televisión esos programas contratados reconoció a varios representantes del viejo partido de su tío; a los veteranos líderes del veterano partido del país; a sus amigos izquierdistas; al líder liberado por los militares gesticulando con una camisa a cuadros y una soga alrededor de su pantalón; a izquierdistas comunistas que no conocía; a todos, uno por uno, hasta que no soportó los comerciales: chispas de la vida, hembras desplegando abundantes cabelleras; oportunidades para adquirir el terreno esperado en nuevas y vigorosas áreas de la ciudad; viviendas amobladas; gaseosas al pie del mar; dinero, Gustavo, vamos, entiéndelo, el país se está moviendo otra vez, a ponerse las pilas, a ver, las expresiones del lenguaje también permiten analizar el recorrido del tiempo: bomba, sale caliente, ponte mosca, una cervantes, una chela, ¡y al polo!, vamos, Gustavo, la tierra se mueve, los pisos se mueven, tu padre vive de esa miserable pensión y la inflación se lo come vivo, tu madre enfermó: mírala, la cara está agrietada, la gente que vivía en tu barrio está cómodamente instalada en esos otros nuevos barrios —prende la televisión y recuerda sus nombres, cojudo: Villas, Viñas, Portales, Arcadas— donde hubieras podido vivir con Rosa, pero ya se casó y espera un hijo, un hijo, Gustavo, bien tirada que debe estar, bien gozada, huevas tristes, y estás más viejo, viejo no, un poco más viejo, eso es todo, como más gordo, más pesado, lento, duro, amargado.

Gustavo estaba en la terraza de los bajos escuchando a Vivaldi y sus cuatro estaciones, que le recordaban solamente el invierno del Marqués de Bradomín. No soportó haber perdido a Rosa. Incluso recordó haber estado parado en la esquina

de su casa contemplando la luz encendida del escritorio, donde acostumbraba acompañar a su padre, hasta verla apagarse. «Perdí la carrera, el ritmo, el momento». En la vida hay carreras y carreras: uno debe ganar la final y no las eliminatorias. Pero una carrera no tiene sentido si no existe la meta. Ese es el punto final que da sentido a todo lo anterior, y lo anterior sólo tiene razón si se orienta hacia ese punto final, lejano y estimulante. La jabalina en el aire entre dos puntos diminutos, esbelta en su recorrido arqueándose en el aire y entre los vientos. La respiración acompasada del maratonista: cuarentidós kilómetros entre el nacimiento y la muerte. Gustavo vivía sus treinta años sentado en el sofá de la terraza de los bajos. Otra carrera perdida, y pensó en Samuel Barreto casi con obsesión: «a la mujer uno se la tira en el momento preciso o no se la tira jamás. Y para eso no hay libros, Gustavo, sólo olfato».

El olfato de los políticos, de Rivadeneyra, de los militares, de los grupos sociales, del sociólogo, de la tierra removida con sus lenguajes y gesticulaciones, mítines y aplausos, caravanas y comerciales. Eso le faltaba a este buen Gustavo, que de bueno era cojudo. Saber venderse, ponerse en el mercado, marketearse, mostrar su mejor lado, ángulo, perfil: un braguetazo, un contacto, pero si lo tuvo todo, todo: hasta el curita O'Brian iba a la casa los domingos, y si el río suena es porque piedras trae... o almuerzos excelentes...o uno que otro personaje influyente... para qué crees que voy a las embajadas... dice Rivadeneyra... todo es política... somos animales políticos... y no me cites a Aristóteles que me pongo hecho una verga...

A sus marcas, listos: y el pistoletazo al aire zumbó en los oídos de Gustavo paralizándolo. Epocas pasadas y arrastradas por este país que era otro sin necesidad de las anunciadas revoluciones en los claustros de su universidad. Sí; la nueva situación requería de nuevas piezas, algunos recambios, otras tácticas, habilidades: introducir a las izquierdas al mercado de la política nacional, acostumbrarlas a las comodidades de la burguesía, darles sus autos, sus cocteles, sus embajadas alfombradas hasta la puerta de sus jardines, unos viajesitos para que se despejen de tanta cojudez que han acumulado por años

en esas universidades desvencijadas y cagadas y recontracagadas, sus sueldos al ritmo de las inflaciones y las alzas del costo de vida: tenerlas contentas, dejémonos de vainas, que barriga llena y se acabaron los problemas, por lo menos le llenamos la panza a unos cuantos.

Gustavo tuvo la sensación de que debía levantarse del sofá, pero no encontró una razón lo suficientemente válida para hacerlo. El teléfono ya no sonaba: nadie vendría a buscarlo para ir a la playa o al estadio o al cinema; nadie llamaba a nadie en esa casa de fantasmas, y Alejandro, el fiel, el amigo, se aireaba por los Estados Unidos desde hacía unos meses. Sus padres estaban en el escritorito hojeando revistas francesas que les mandaba don Pietro Galderisi de uno de sus viajes —pasadas, pero en francés, pasadas, pero de espectáculos que nunca pasan, Guillermo— y decidió quedarse un rato más así, remoloneando en el sofá, ensimismado, convenciéndose de que estaba allí, y mientras lo estuviera, esa casa reposaría en sus cimientos.

La orden estaba dada. Gil Bonilla era el encargado de transmitirla y Ricardo Sifuentes de ejecutarla. Otra vez se insistía en ese muchacho indisciplinado, pero no podía echarse a perder un trabajo de años. El Partido necesita cuadros formados en todos los aspectos fundamentales: ideológica, política, militarmente. Gil Bonilla había sido cuestionado después de su actuación en el asunto de la pizzería. La célula consideró que actuó apresuradamente, con el propósito de ascender en la jerarquía de la organización. En verdad, la coordinación fue entre algunos miembros de la célula, especialmente con los hermanos Moreno, quienes defendían la tesis de ir preparando cuadros en la ciudad, en los barrios populares, y no solamente en el campo. Tarde o temprano nuestra guerra

va a tener que darse en esta ciudad, decían, contradiciendo la tesis fundamental de ir avanzando, desde el campo a las urbes. Cuando analizaron los pormenores del asunto de la pizzería, saltaron una serie de incongruencias, como apoyarse en un borracho, en un muchacho que recién se iniciaba en la organización, y coordinados por una célula urbana, por lo tanto, periférica al Partido.

Sin embargo, la conducta de Ricardo Sifuentes era un motivo central de preocupación entre los dirigentes de la célula. El asunto de la pizzería lo colocaba, en cierta medida, en conocimiento de los alcances del Partido, y podría echarse atrás al saber que Alejandro Pinillos había sido víctima de una de sus amenazas. En todo caso, después del informe de Gil Bonilla, se llegó a la conclusión de que estaba bastante cómodo en casa de Pietro Galderisi, a tal punto que lo contrató, después de saber que estudiaba ciencias administrativas o contabilidad, esas huevadas burguesas, en una de las empresas de sus hijos. Había que ponerle rápido el punto sobre las íes, o se lo ganaban para el otro bando. Y pensar que era la persona ideal —meditaba uno de los hermanos Moreno—: pobre, abandonado, mestizo, flaco, con educación secundaria, sin rumbo, perdido en esta ciudad cuando Gil Bonilla empezó a trabajarlo políticamente, desde hace años, en San Pedro, en nuestro propio cerro. El país rechazaba a ese tipo de gente: era el plus, al cual se le debía dar vuelta cada tres meses para que no tuviera su estabilidad laboral. Y ahora Pietro Galderisi quería corromperlo, comprarlo, darle trabajo. No podían perderlo. Y menos ahora que puede hablar. El Partido lo colocó en esa universidad trafeada, ubicada en pleno corazón del barrio de los jardines. Ellos le dieron orden y sentido a su vida: cama, protección, comida, y ahora se hacía el que no tenía tiempo, que estaba agotado, que Galderisi lo quería jalar a trabajar con uno de sus hijos, como asistente. Zapatero debía explicarle que si estudiaba allí no era para tener un cartón y mostrarlo ufano. No: la universidad no era el canal para ingresar al sistema laboral sino para mandarlo a la mierda. Si eso no le entraba en la cabeza, Zapatero le ajustaría los tornillos.

El plan era simple, pero requería tiempo. Gil Bonilla lo fundamentó de la siguiente manera: la única forma de tener cuadros preparados militarmente es usando la fuerza. En todo caso, debe haber un adiestramiento entre los cuadros urbanos, si bien ellos no son numerosos e importantes. Ricardo Sifuentes goza de la total confianza de Pietro Galderisi y podría quedarse —como que ya lo ha hecho— de guardián de la casa durante uno de sus viajes a Europa. La casa sería ideal para la organización, pero corremos el riesgo de perderla si la robamos o la utilizamos para algunas reuniones. No podemos liquidar de ese modo un trabajo que tiene futuro.

Cuando justificó el plan de la pizzería, Gil Bonilla tuvo el respaldo de los hermanos Moreno, a pesar de las incómodas comparaciones de que fue motivo con aquellas escaramuzas de intelectuales universitarios desconcertados y despistados que culminaron sus días en las páginas policiales o como personajes de novelas de política ficción. Expuso, sin perder su nervio, su carácter de ensayo, para constatar la reacción de Sifuentes. Pero, ahora, la idea de tenerlo de enlace en casa de Pietro Galardesi lo colocaba otra vez en una posición expectante. Allí, bien zampado, introducido como cuña, el plan adquiriría fisonomía cuando abrían mapas con los cuarenta distritos de la ciudad, clavándole aspas y cruces. El cerro cobraba dimensiones mágicas y su capacidad interna latía debajo de las rocas recubiertas de tierra.

Gil Bonilla complementó su fundamentación enumerando las necesidades económicas de la organización para crecer, especialmente la célula del cerro que, de esa manera, podría dedicarse a un trabajo político e ideológico, mientras el Partido lo considerara oportuno. Gil Bonilla sería la única persona comprometida en el asunto Pinillos. El responsable de Ricardo Sifuentes. Y Ricardo Sifuentes haría exclusivamente lo que él ordenara.

Gil Bonilla entendía la posición de la organización: crecer selectivamente, escogiendo muy bien a cada uno de los miembros y respetando las instancias de responsabilidad y jerarquía. En verdad, era poco lo que Gil Bonilla conocía de la organización, pues su radio de actividades estaba circunscrito

a la zona urbana y, dentro de ella, al cerro. Estaba bajo las órdenes de los hermanos Moreno. Y ellos mismos sabían poco de las ramificaciones de la organización en otras partes del país.

En los años que llevaba al interior de su célula, Gil Bonilla aprendió a controlar sus emociones y a no dar rienda suelta a sus impulsos. Su idea era introducirse en las mansiones de los ricos, y no estar solamente en las universidades, parroquias de barrio, organizaciones vecinales. Cuántas noches mirando el cielo de la ciudad desde la cima del cerro imaginaba cómo se desmoronaría ese cascarón de yeso, desde donde asomaban unos edificios como esqueletos raquíticos colgados a la manera de los ahorcados. Toda su vida había transcurrido en ese cerro. Desde que su padre desapareció un día después de partir en uno de sus acostumbrados viajes a las provincias, vivió en compañía de una tía, que luego se marchó dejándolo solo. Los hermanos Moreno lo convencieron de que ingresara a la Coordinadora de Huáscar, arguyendo que la parroquia era una cabronada, los curas unos mentirosos y los investigadores sociales unos gringuitos estafadores. Moreno lo convenció dándole comida y algunos libros:

—Para que alimentes cuerpo y cerebro —le dijo— y puedas defenderte con las manos y las ideas.

Cuando estuvo en la Coordinadora, se le encargó que trabajara políticamente a Ricardo Sifuentes: acompañarlo, guiarlo.

El plan de Moreno había sido aceptado pues no comprometía a la organización en su conjunto. Era marginal, casi delincuencial, y debía conservar ese significado. En caso de que no funcionara, la organización seguiría intacta. Los únicos comprometidos eran Gil Bonilla y Ricardo Sifuentes, dos desconocidos, dos hampones, y por esa misma razón recurrirían a los servicios de Anselmo Ruiz.

—Sí, Bonilla —le dijo Moreno— Anselmo Ruiz hará que todo este asunto sea policial y no político. Nosotros tenemos su dirección. Vamos a establecer una cita con él y le contarás que tenemos un negocio que ofrecerle. Está de pastelero en Santa

Cruz perdiendo su tiempo. Pero qué chucha, es asunto suyo y no nuestro. No harás nada que yo no te ordene.

Cuando Gil Bonilla fue a Santa Cruz, extrañó las multitudes de las áreas antiguas de la ciudad, aquéllas que lo hacían sentirse cómodo, uno más, parte de un movimiento confuso y anónimo. Al bajar del microbús, se topó con una iglesia y se dirigió por la calle La Mar hacia un local conocido como El Max, bastante ventilado según la descripción de Moreno, donde sentada alrededor de unas mesas la gente del lugar conversaba, bebía cervezas y escuchaba música. Gente del pueblo, pero podrida, le dijo Moreno. Paqueteros, fumones, comerciantes al menudeo, que eran los primeros en caer en las redadas.

Mientras caminaba, lo desconcertó el profundo olor a mar de esa zona de la ciudad: un alocado olor a prendas interiores le socavaba los nervios. El oleaje, la neblina, la tenue garúa de mediados de año era una musaraña que le abatía el alma. Santa Cruz era una antigua zona de rancherías que resistieron a las urbanizaciones de las clases medias, como si fuese un lunar colgado en el rostro de una de esas blanquitas que nunca se podría comer.

«El Max», se dijo a sí mismo Gil Bonilla cuando se encontró delante de ese establecimiento de un solo piso, descolorido, en una de las esquinas de La Mar. Verificó el nombre con su papelito y decidió entrar lentamente, como alguien que lo hace por primera vez.

Conocía a Anselmo Ruiz desde las épocas del colegio, pero suponía que habría cambiado sustancialmente, sobre todo después de pasar algunos años en cana. Según Moreno, era la misma persona de siempre, y decidió sentarse en una de las mesas del fondo, alejado de la rocola. No tardaría en llegar, pues Gil Bonilla decidió hacerlo con unos minutos de anticipación, de modo que sería Anselmo Ruiz y no él quien se diera el trabajo de mirar y reconocer. Los microbuses que transitaban por esa avenida eran el único ruido que no pertenecía al barullo de la cantina.

Bastante cerca, en otra mesa, unas ocho personas en atuendo deportivo tomaban unas cervezas después de jugarse un partido de fulbito. Gil Bonilla fácilmente se dio cuenta de

que no eran personas de la zona, ni respondían a la descripción que Moreno le había dado de los parroquianos. No le gustó. Supuso que eran unos blanquitos que se refrescaban después de su deporte semanal. Ignoraba sus nombres, pero oyendo su conversación, se percató de que eran profesores de alguna universidad de la ciudad: Diablo, Indio, Fogoso, Alcachofa, qué vaina, pensaba Gil Bonilla, parecen nombres de una organización clandestina o de unos pitucos solapados. Discutían, sin orden alguno, del país, de la Constituyente, del resultado del partido de fútbol, del campeonato nacional, de Rivadeneyra, y empezó a escucharlos con un relativo interés. Sí, allí estaba también Gustavo Ibáñez. Mira lo chico que es este mundo. Mirando con su cara de cojudo, fumaba un cigarrillo y participaba tímidamente de la conversación.

Cuando llegó Anselmo Ruiz no le fue difícil reconocerlo. Seguía con ese alicaído color cobrizo en todo el rostro, estaba delgado, y tenía el cabello excesivamente corto. Vestía una chompa de color indefinido, gris seguramente, y pantalones azules. Gil Bonilla levantó su brazo y Anselmo Ruiz se acercó hacia la mesa con sus lentas y largas zancadas.

—No me vas a decir que quieres entrar en el negocio —le dijo mientras le alargaba una mano—. Siempre fuiste mi ídolo, Bonilla, de lo chancón que eras. ¿Te has vuelto loco, rosquete o millonario?

—El mismo de siempre —contestó Gil Bonilla, mientras lo invitada a sentarse con un movimiento de manos—. Un amigo.

—Guarda, guarda... acá no hay amigos Bonilla.

—¿Camaradas?

—Mientras no sean maricones, va. O compinches...

—La misma vaina. Lo que quieras.

Gil Bonilla volvió la mirada hacia la mesa de Gustavo Ibáñez. Estaban en lo suyo, sumergidos en una conversación caótica, sin ilación, traspirando y bebiendo y discutiendo cada vez en voz más alta.

—¿Los conoces? —le preguntó Gil Bonilla.

—De bisté. Vienen los jueves. Son zanahorias. No le entran al cuento, y se la pasan mirando sus rocas para que no se los tiren.

—¿Traen billete?

—Son misios. ¡Misios blancos! Hablan cojudeces.

—De política... Los he tasado.

Gil Bonilla hacía esfuerzos por hablar en el idioma de Anselmo Ruiz, aunque supiera que no le salía naturalmente. Era un intelectual a su manera. Un hombre del Partido. Leído. Con su propia jerga.

—¡De fútbol! Pero yo paro poco por acá. Mi zona son los callejones, donde van los fumones pitucos. A la vuelta nomás, cuando les da miedo ir a Renovación. La cosa es hueva, compadre: manyas un autazo de esos dar un par de vueltas, y ampayas que es uno de los fumones. Luego baja uno, le haces el negocio y se largan. Hasta vienen con hembragues bien tizas—. Hizo una pausa, miró un rato a la mesa de Gustavo, pero sin voltear la cabeza, como si tuviera ojos en la nuca—. Y... qué te trae por estas zonas —le dijo— si quieres te dateo, si andas misio... O quieres que te cuente mi vida en la cana...

—Un negocio, Anselmo.

—Ahora sí se pone buena la cosa. ¿Y cuál es ese negocio?

—Más tarde. Ahora conversemos, nomás.

—Entonces pórtate con un par de chelas.

—Las que quieras.

—¿Y cómo supiste dónde ando?

—En el cerro. Allí se sabe todo.

—¿Y cómo van las cosas por allá? —se interesó de pronto Anselmo Ruiz, que desde el día en que fuera atrapado no había vuelto a regresar a ese lugar de infancia y adolescencia, basura y nostalgia, orines regados—. ¿Cómo va la mancha? ¿Hay alguien en cana?

—No —respondió Gil Bonilla.

Se miraban dudando de sus existencias, y buscaban un recuerdo común capaz de emparentarlos. Anselmo Ruiz pudo, durante los años en que estuvo detenido, recrear la vida de su barrio, pero tuvo que aprender a comportarse como los muchachos de las áreas antiguas de la ciudad. Los del cerro eran los de las barriadas, provincianos, serranos. La Clínica era, comparándola, un jardín de infancia. Durante esos años hizo

contacto con esta gente que ahora le daba empleo, chamba barata, pero chamba, cuñado.

—¿Cuál es la movida? —volvió a preguntar Anselmo Ruiz—. No me vas a decir que andas caído de amigos.

—Sabemos a qué te dedicas.

—No serás tira, maricón.

—Un amigo, ya te dije.

—En cana aprendí que no hay amigos, Bonilla.

—Piensa en los del cerro.

—¿En San Pedro, en la bomba, en el colegio, en Sifuentes?

—¿Por qué Sifuentes? —preguntó desconcertado Gil Bonilla.

—Era un huevo frito, y tu protegido. ¿O eras su monta?

—Esbozó una sonrisa y pidió otra cerveza—. Este mundo es de los mal pensados, Bonilla, y si has venido hasta acá a gastarte unas horas conmigo, es porque algo te pica. Desde que me hiciste llamar con uno de los Moreno, ya saqué mi cuenta. ¿Qué quieres, pues?

—Un trabajo.

—Eso cuesta.

—¿Cuánto?

—Depende.

—Es sencillo. Quiero que nos contactes con un reductor.

—¿Un reductor! Acá, en la zona, tienen su gente.

—Queremos uno.

—¿Quiénes quieren?

—Los del cerro.

—¿Y eso cómo se come, Bonilla? El cerro es una zona de pejerreyes.

—Te explico. Quiero que asaltes una residencia, la limpies con toda la técnica que sabes, y después que le vendas las cosas a un reductor. ¿Me sigues? Te daremos tu tajada.

—Pa'qué tanto rollo, tanta vuelta, cuñado...

—Robarás cosas finas, rápidas de darle curso. A nosotros nos interesa el billete. Es todo.

—¿Y la residencia es cosa fácil?

—No va a haber nadies.

—¿Un regalo?

—Te va a caer. Tú haces la chamba y te borras.

—¿Y qué le digo al reducidor después? ¿Qué ustedes le van a robar el billete?

—Eso es asunto nuestro.

Anselmo Ruiz lo miró sorprendido, tratando de reconocer en ese rostro inmutable algún signo de vida que lo emparentara con San Pedro. El Max continuaba impregnándose de humo, la musiquilla evaporaba sus voces, densas como el susurro calado en el aire salino.

—No —dijo de pronto—. La zona tiene sus reglas y soy bien manyado. Fijo que me han ampayado hablando con un extraño.

—La cosa está decidida, Anselmo. Espera a que te digamos la fecha, la hora, las indicaciones. Sabemos dónde vives, el nombre de tu conviviente, tus puntos...

—¿Quién mierda eres, Bonilla?

—Un... No; un compinche. Y recuerda, el cerro es asunto terminado. No volverás a pisarlo. Pide otra, que hace frío. Y ahora cuéntame un poco más de tu vida, compadre, algo que no sepamos—. Y empezó a pasear la mirada por todo ese recinto descascarado, hasta tropezar con la cara de Gustavo Ibáñez. Lo vio cansado, recostado en la pared, las piernas estiradas, sumergido en un sopor, ridículamente vestido de corto. —Vienes poco por acá, ¿no?

—Casi nunca.

—Que sea la última vez. Y ahora cuenta, cuéntanos de ti...

Alejandro regresó de los Estados Unidos después de estar visitando distintas ciudades durante tres meses. Incluso se animó a ir hasta Vermont, donde estudiara hace tiempo administración de empresas en un college de artes liberales. Allí estaban intactos los mismos edificios de ladrillos colorados —le

contaba a Gustavo sentados en los taburetes del bar de la pizzería, bajo la cómplice compañía de Enrique Sánchez—. Nada cambia en esas universidades, como si el tiempo no existiera. Pero existe, Gustavo. Fui con Susana al Red Dog, un bar-restaurant-pizzería-dancing, y no encontré a ninguno de mis amigos, ni cojudos para seguir allí después de tantos años. Había caminado con su mujer y su hijito por los mismos sitios donde de estudiante solía ir, incluso por aquellos que le recordaban a Shirley Capella, una gringuita pobre que vivía con su madre en una zona de convoyes, en compañía de su hermano que arrojaba las latas vacías de cerveza por la ventana y se escarbaba los dientes con un cuchillo. Gringos pobres —Gustavo— los primeros pobres que vi en mi vida, y en los Estados Unidos.

Alejandro ya le había contado acerca de Shirley Capella en otras oportunidades, pero ahora se explayaba como movido por un sentimiento de culpa incapaz de soslayar. Salía con todos los muchachos del college para ver si agarraba a uno de ellos, como era la expectativa de su madre. En esas épocas no era necesario disputársela, porque una vez salía con uno y en varias oportunidades con otro. Shirley Capella era de todos, y de ninguno. Como las chuchumecas de Lince —pensaba Gustavo, mientras ingería un bocado de esa pizza a la americana, cuyo olor inconfundible acompañaba siempre sus conversaciones—. Había pasado por la misma esquina donde una vez la encontró tirada allí, toda buitreada, a eso de la medianoche. Siempre sintió compasión por ella, especialmente cuando conoció a su familia. Y no había sido capaz de levantarla, limpiarla, acompañarla de regreso donde su madre. Lo único que hizo fue buscar un taxi, arreglarle el pelo y pagarle su carrera. Su carrera —pensó Gustavo, cuál carrera... dónde...—. Gustavo lo escuchaba con atención, pero quien no ha salido nunca de este país ignora tantas cosas que no es capaz de entender. Su padre insistía tanto que aprovechara esa oportunidad de ir a Francia para ventilar su cabeza, especialmente su cabeza, y se diera el tiempo necesario para colocar cada asunto en el lugar que le correspondía. Miraría todo distinto. Le daría a cada cosa el peso correspondiente, y no como ahora, alterándolos y alte-

rándolo a él. Los treinta años le pesaban, diciéndole que los juegos podrían convertirse en dramas. Ya ni siquiera jugaba con fuego —porque quema, le decía su padre, y si juegas a ser Jesucristo (lo diría por el cerro, la parroquia, los curas) acabarás crucificado—. Las rebeldías no iban con su cuerpo, las jergas lo identificaban con otras generaciones, otras propuestas o proyectos de vida ah, sí, proyectos de vida, como una vez le dijo Alfredo Guerra apenas se hubo casado, porque Alfredo Guerra fue siempre el único casado del proyecto del cerro. El amor como proyecto de vida era una idea que Gustavo no logró entender, y le era difícil distinguirlo del proyecto del cerro, o del proyecto político de una de las ramas de la izquierda o del proyecto personal del profesor Rivadeneyra. El amor: hogar e hijos. ¡La risa! ¡La alegría! Recordaba el departamentito de Alfredo Guerra recién empezando: los objetos eran chiquitos, nuevos y gozados cuando se usaban. Mercedes y Alfredo tenían la costumbre de invitar por lo menos una vez a la semana a Gustavo durante las épocas del proyecto en el cerro, un día, cualquiera, abrían sus corazones, sus latas, extendían la mesa, ponían menestras y limonada. Alfredo Guerra le decía: «donde comen dos, comen tres». Y bajo esa consigna Gustavo se acostumbró a ingresar con Alfredo Guerra a su casa a eso de la una, escuchar su grito diciendo: «¡llegamos, hace hambre, qué hay de bueno!», y a mirar la sonrisa de Mercedes antes de disponerse a colocar la mesa.

—Y... —lo palmoteó Alejandro— ¿cómo te va a ti? ¿Ya tienes hembra?

—El mercado está escaso —repetía Gustavo.

—Pero debe haber una. ¡Una! Una sí hay...

—Una es lo más difícil, porque supone todo.

Pero la pizzería existía, felizmente, para que esas conversaciones se pudieran dar, y Sánchez estaba allí como mudo testigo del paso del tiempo.

—¡Ah —exclamaba Gustavo—, vida esta! Es una carrera contra el tiempo. Pasa y pasa. La partida fue hace rato y ni siquiera se adónde voy...

—Cásate y ten hijos. Existen plazos, compadre, y el truco está en hacerles caso. Si yo estuviera hueveando como tú, me

sentiría mal; hay que trabajar, hacer dinero, buscar la comodidad, y esperar una vez tranquilamente.

—Rosa ya se casó y espera uno —dijo Gustavo con un cierto humor negro.

—Pero hay otras.

—Siempre creí —trató de explicar Gustavo— que casarse era una traición. Que casándome dejaría de ser yo para ser parte de la otra persona. Y de esa manera no podría hacer lo que debía hacer.

—Cojudeces —dijo Alejandro—. Si no mírate como estás...

—Ya sé. Pero eso creía.

Y entonces Gustavo se puso a pensar en aquella vez que, caminando con Rosa por el malecón de la ciudad, se desmayó en plena discusión cuando decidían si iban a casarse o no. Rosa repetía innumerables veces que no pretendía obligarlo, pero quería saber para atenerse a algo. Esa era la palabra: atenerse. Y mientras él le decía que la adoraba, que había aprendido a amar y ser correspondido, ella lo miraba esperando la palabra exacta: sí, sí se casarían, o no, no lo harían. Y si la respuesta era no, sería para siempre.

—Cojudeces —repitió Alejandro.

—Y miedo. Miedo de no poder hacer feliz a la otra persona. De ser el más débil. Porque qué cosa supone casarse: supone que se está en capacidad de hacer feliz a la otra persona. Y yo no estoy seguro de poder hacerlo. Para eso hay que tener seguridad en uno mismo, confianza, dinero.

—Dinero —repitió Alejandro—. Cojudeces.

—Y racionalización.

—¿Qué?

—Razones. Parches. Excusas.

—Cojudeces.

—No me casé con Rosa para no fallarle... No fallar, Alejandro. ¿Entiendes? No fallar en el amor, en el trabajo, en la profesión. No perder la carrera. Eso: no perderla.

—¿Y quién gana la carrera?

—Quien encuentra la meta.

—Esa la pone cada quien, Gustavo. No te me hagas el cojudo. Ni yo podré ser como tú ni tú como yo. Acéptalo. Cada quien tiene su propia carrera y su propia meta.

—Pero puedes correr la carrera equivocada. Eso es lo que me preocupa, porque creo que estoy queriendo hacer aquello que no me nace o, para decirlo de otra manera, no estoy en condiciones. Todo me da miedo: la revolución, el cerro, los albaneses, el proyecto, no tirarme bien a Rosa... ¿Me entiendes? Puta, que es confuso. Soy inseguro, qué quieres que haga...

—Cojudeces —repitió Alejandro—. Pareces un adolescente, y tienes treinta años, carajo. La meta es la muerte, el resto es la carrera. —E hizo un alto que desconcertó a Gustavo, que estaba metido en la conversación, aunque la conversación también le daba miedo—. ¿Sabes que murió Jacinto?

El cambio brusco desconcertó a Gustavo.

—¿Jacinto? ¿Estás cojudo?

—Sí, Jacinto. Me lo dijo su hija. Me mandó una carta pidiéndome plata para el entierro.

—¿Jacinto?

—Pero yo estaba en los Estados Unidos.

—Estaba raro esa noche que lo encontramos acá —dijo Gustavo—. Pero de allí a morir, puta...

—¿Te acuerdas de su hija?

—Hace años. La que cuidaba carros.

—¿Y cómo chucha sabría mi dirección?

—Está en la guía.

—¿Y mi nombre?

—Se acordará, pues...

—Jacinto iba a acabar así tarde o temprano —intervino Sánchez, mientras colocaba dos cervezas sobre la barra—. Se lo dijimos varias veces. Es una pena, pero un alivio para su hija: ella llevaba todo el peso de la casa.

—Tú la recuerdas, Sánchez —le preguntó Alejandro.

—Cuando vivían acá. Pero Jacinto me contaba de ella. Trabaja en un hospital. Es una mujer seria. Jacinto me contaba de ella.

—Jacinto —repitió Alejandro.

—Putá —repitió Gustavo—. Nadie sabe cómo va a terminar.
—Jacinto sabía —dijo Sánchez.

Mientras esperaban a Ricardo, Gil Bonilla fundamentaba sus ideas contra el sentimentalismo como muestra de la debilidad del carácter. Nada debía distraerlos de la única idea que movilizaba todas sus acciones: nada, ni siquiera la muerte de Jacinto despedazado por los microbuses en la Túpac Amaru. Esther tuvo que dejar de llorar después de soportar los trámites de reconocimiento en la morgue. Lo hizo abiertamente durante el entierro y después de manera solapada. La célula no le permitía exteriorizar su pena y ni siquiera Kathy Perales fue una compañera en esos momentos.

Kathy Perales había aprendido a comportarse estoicamente. Si bien vivía en el cerro, no visitaba a su familia y estaba completamente alejada de lo que sucedía alrededor de la parroquia. Vivía de noche, y recibía a Gil Bonilla en la vivienda de Ricardo para tratar asuntos estrictamente correspondientes a la célula.

Gil Bonilla les explicaba que iba a haber muchas muertes. Que era necesario prepararse a soportar todo tipo de bajas y heridas y contratiempos. Lamentaba el deceso de Jacinto, tal como lo dijo, pero ninguno de los tres tenía culpa alguna en aquel penoso desenlace. Su preocupación ahora era Ricardo Sifuentes. Desde hacía algún tiempo su comportamiento era demasiado laxo, y asistía rara vez a las reuniones de la célula alegando que trabajaba en casa de Pietro Galderisi, y la universidad le exigía un mínimo de dedicación. El profesor Zapatero le había entregado la nota de Gil Bonilla y ahora lo estaban esperando.

Cuando Ricardo llegó, Gil Bonilla lo saludó fríamente. Esther buscó la manera de que le contara la última vez que vio

a Jacinto, pero ya Gil Bonilla estaba hablando sobre la necesidad de respetar la disciplina interna como única manera de contribuir a la organización. En eso era un experto. Poseía el raro don de impartir miedo o seguridad, según los casos, y parecía no tener vida propia: ni mujer, ni hijos, ni padres, ni amigos, ni necesidades que no fueran las de la organización.

Ricardo aparentó un sentimiento de tranquilidad, y una vez que todos estuvieron sentados alrededor de la mesa, dijo:

—Me llamaron con Zapatero. ¿Algo urgente?

—Para nosotros todo es urgente —respondió Gil Bonilla—. Y debo decirles a ustedes que Esther ha cometido un grave error enviándole una carta a Pinillos pidiéndole plata para el entierro de Jacinto. Para eso estamos nosotros. La organización es nuestra vida. Nada debe ocurrir fuera de ella.

—Sí —trató de intervenir Esther...

—Para eso está la organización —repitió Gil Bonilla.

—Estaba sola en esos momentos. Mi esposo tuvo que salir por asuntos de la organización fuera de la ciudad; no sabía qué hacer... No tenía plata... ni siquiera para el entierro.

—Nada debe alejarnos de la disciplina —insistió Gil Bonilla—. La vida privada pertenece a la revolución. Y eso vale para todos nosotros, incluso para ti, Ricardo.

—Lo sé —dijo Ricardo.

—Si Esther ha actuado impulsivamente, tú lo haces con fatiga. Con egoísmo. Sólo piensas en tu persona, y ambos merecen una rectificación.

Ricardo se acomodó en su silla y se dispuso a escuchar a Gil Bonilla tal como era su costumbre, pero esta vez con un ligero aire de suficiencia que revelaba el respaldo que le otorgaba trabajar para Pietro Galderisi. Gil Bonilla se percató de ese respaldo económico y psicológico, y optó por cortar camino. Se paró bruscamente, caminó por el cuarto semi vacío y sintió que la ausencia de ese testigo mudo, Jacinto, le daba más soltura para hablar. Pero a pesar de ello, prefirió darle la palabra a Ricardo.

—Quiero que nos cuentes —le dijo— de las costumbres de Pietro Galderisi.

—¿Cómo? —preguntó Ricardo.

—Sus costumbres: qué hace, sus horarios, sus manías.

—¿Para qué?

—Cuenta, nomás.

Ricardo se mantuvo callado un rato, y de pronto no pudo distinguir las imágenes que se agolpaban cuando vivía en casa del doctor Pinillos, en San Pedro y en casa de don Pietro Galderisi. Las confundió por un instante. Pero pronto se dio cuenta de que en casa de don Pietro Galderisi existía un hálito de libertad inexistente en los otros lugares. Los dos ancianos llevaban una vida extremadamente ordenada y austera, comían poco, ligero, y a sus horas. Salían con frecuencia, y el chofer, en todo caso, sabía más que Ricardo adónde iban, con quiénes salían. Les gustaba, a pesar de su edad, ir a las playas del sur, a un club que Ricardo sólo conocía por las menciones en la mesa. Don Pietro acostumbraba ir vestido de blanco y con un pintoresco sombrero de verano. La señora Hilda, en cambio, iba ya en ropa de baño, pero cubierta con un atuendo de felpa. Durante los meses de verano, su rutina era invariable: salían con el chofer a eso de las once, almorzaban en el club y luego regresaban a eso de las cuatro. Dormían. Y a las siete o salían o escuchaban música.

Ricardo tenía innumerables horas libres para dedicarse a sus estudios y cuidar del jardín. Don Pietro Galderisi depositó en él toda su confianza, y sentía que el ritmo de la casa marchaba por sí solo, no porque la señora Gloria estuviera allí, sino por la imperceptible e invalorable presencia de Ricardo. Gil Bonilla empezó a sentirse incómodo mientras Ricardo les narraba las costumbres de Pietro Galderisi, sobre todo cuando éstas no encajaban en la imagen truculenta del patrón que cholea a sus empleados. El paternalismo de Pietro Galderisi le parecía peor al trato que muchas familias de la clase media les daban a sus sirvientes. Ese hijo de puta lo tiene cogido de los huevos y ni cuenta se da: lo tiene allí, pero en la repostería; lo hace creer que son iguales, pero nunca lo sienta a su mesa. Y mientras lo sirve, Ricardo cree que los dos son exactamente lo mismo.

—¿Siempre la señora Gloria se va a su pueblo cuando los Galderisi se marchan? —lo interrumpió Gil Bonilla.

—Sí; son sus vacaciones.

—Y te quedas solo en la casa.

—Sí.

—¿Y cómo es la casa?

—Como todas.

—Como todas, no. ¿Acaso es como esta? Cuéntanos cómo es, Ricardo.

Cuando Ricardo empezó a explicarles la casa de don Pietro Galderisi, se dio cuenta de que le ocurría lo mismo que cuando vivía en la casa del doctor Pinillos: sólo reconocía como suyas las partes que usaba. Pero a pesar de ser igual a ellos, se dio cuenta de que algo los separaba: era capaz de distinguir-las, reconocerlas, olerlas y percatarse de sus diferencias.

La casa era una casita, una casota dirás, sí, pero cuyos tamaños no eran excesivos y estaba adornada como si fuese una casita (hasta de campo o a la europea), conceptos que Ricardo no podría utilizar pero se afanaba por encontrarles equivalentes. No tenía esas ventanas enormes llenas de rejas de otras casas del barrio, y sí un jardín delantero rodeado de un muro blanco, de tamaño mediano, cubierto de plantas. Una vez dentro, el jardín se diluía por los costados y uno se encontraba ante una puerta de madera —no de vidrio ni con rejas— que soportaba una aldaba de fierro negro, como si fuese un colgajo, y un farolito al costado. Los interiores eran serenos, pausados, casi filosóficos. Los adornos que sólo podía limpiar la señora Gloria —sus manos tenían la confianza de la señora Hilda— eran pequeños, muy pequeños, y estaban en unos nichos o sobre las mesitas, cubiertas de largos trapos —cómo explicarlo— manteles, pero no como los de la mesa para comer; los cuadros eran oscuros, iluminados por unos focos que daban directamente a las imágenes, imposibles de ver si uno no se acercaba, como lo hacía don Pietro cuando se los mostraba a sus amigos, sacándose los anteojos. Había un cuadro que le impresionaba a Ricardo, una enorme pintura de una mujer extremadamente bella que no estaba en ningún marco, en ningún cuadro, sino pintado sobre la pared. Era el orgullo de don Pietro Galderisi. Cuando habían cenas en su casa todos los invitados estaban obligados a verlo, a reconocerlo, aunque

lo hubiesen visto varias veces. El pintor era un borracho —dijo Ricardo—, un borracho de pisco, según oyó decir a los invitados; pero un genio, un hombre del pueblo, como nosotros, que no tenía educación. Gil Bonilla lo miró como diciéndole «vamos, vamos, cuenta lo importante y no las cojudeces», pero Ricardo estaba entusiasmado con la mujer del cuadro, que mirada de frente y de costado, con las manos apoyadas en su regazo. Ese pintor fue un boxeador, decía, y enamoró a todas las mujeres de dinero de esta ciudad. Pero era un borracho, y murió joven. Todos los invitados miran ese cuadro que está en la pared, y don Pietro Galderisi no deja que nadie lo toque, ni la señora Gloria. Tiene un poco de polvo, pero nadie puede limpiarlo.

—Al diablo con ese cuadro —interrumpió Gil Bonilla, mirando a Esther que estaba conmovida con la historia del pintor borracho, pensando seguramente en Jacinto, sentimentalismos, porquerías, y vamos al grano: —al grano —gritó— al grano, Ricardo.

Entraba poco a los dormitorios, que eran escasos: el de ellos, el escritorio de los bajos, donde don Pietro acostumbraba encerrarse por las tardes, y los demás estaban clausurados: eran de sus dos hijos, hoy casados y prósperos.

—¿Con cuál de los dos trabajas?

—Con el del negocio de los helados.

—Helados... Cuéntame de eso...

—Recién he comenzado. Ayudo al contador.

—Y cuántas cuentas hay...

—Voy hace unas semanas, Gil.

—Unas semanas... Eso nos interesa. Quiero que nos hagas comentarios mensuales de cómo van esas cuentas.

—Yo no tengo que ver con la plata. Voy a ayudar como mensajero entre las diversas tiendas...

—Y cuántas tiendas hay...

—Cuatro.

—Alguien de ustedes las conoce —preguntó Gil Bonilla mirando a Esther y a Kathy Perales.

Nadie las conocía; claro, esos helados no llegan a las barriadas, pedazo de cojudos, pensaba Gil Bonilla. ¿Acaso allá comían marcianos —esos helados caseros de aguas negras—

acaso allá, Ricardo...? Este muchacho estaba completamente mareado, perdido, hablando de flores, macetas, adornos, cuadros, juegos de mesa, de té, platos de fondo, de entrada, Ricardo, los cubiertos se colocan así, el vino se sirve así, y las cucharitas de café, por la izquierda, luego por la derecha, a las señoras y... hasta las huevas —pensaba Gil Bonilla— o le damos acción ahora o se nos va a la mierda.

Gil Bonilla lo interrumpió y empezó a hablar de la necesidad de que la célula mantuviera la disciplina interna. Lo que Ricardo nos acaba de contar —dijo— es un buen ejemplo de cómo la organización se está infiltrando en las entrañas de los ricos. Mientras hablaba, Ricardo sintió que se iba desinflando, casi no recordaba lo que les explicó, pero notaba que sus caras lo miraban con desagrado, como si fuese un miserable. Y era un miserable, porque después de todo tenía su cama, su ducha, agua caliente. Comía en la cocina, pero la señora Gloria lavaba su plato. Arreglaba el jardín, pero se refrescaba con la manguera. Era un sirviente de lujo, un doméstico papaya, un huevas tristes que se ablandaba con los meses y sería incapaz de afrontar una situación adversa, dura, conflictiva. Los amigos de don Pietro Galderisi lo saludaban con cierto afecto y reconocían su voz por el teléfono, diciéndole cómo estás, Ricardo, está don Pietro en casa...

Cuando terminó la reunión, Gil Bonilla le dijo a Ricardo que lo esperaba el próximo domingo en su casa de San Pedro. Era urgente. Ninguna excusa. Al mediodía, allá. Gil Bonilla consideró que el momento de tomar la decisión había llegado. Ricardo Sifuentes era un laxo, un híbrido, y lo mejor sería vaciarle la casa al italiano ése, robársela íntegra, que Ricardo se quedara como guardián justo hasta que regresara de viaje Galderisi, y luego se fuera, ya como clandestino a una célula o a la mierda de la ciudad.

Alejandro Pinillos no estaba dispuesto a tomar las precauciones que su esposa Susana le recomendaba. Ultimamente habían sucedido una serie de secuestros y robos a residencias que le otorgaban cierta validez al chantaje que tuvo algunos meses atrás, a pesar de su forma artesanal y hasta ridícula.

Alejandro se aferraba a lo esencial de su personalidad: la bonomía, su carácter bonachón que le granjeaba la simpatía y la confianza entre sus trabajadores. Se jactaba de no tener sindicato y de ayudar a todos, sin distinciones, cuando fuese necesario. Y siempre era necesario, porque los percances no faltaban, y él los recibía en su despacho, una oficina sin arreglo alguno, y sin puerta. Acostumbraba tomarse unas cervezas con ellos en un kiosco cercano a la fábrica, muy cerca de la Carretera Central. De pie o sentados en unos banquitos, conversaban sobre el trabajo y el país; de la necesidad de sacar el país adelante, porque de otro modo, como le decía a Gustavo, saco mi plata y vivo de los intereses.

Desde siempre, Alejandro tuvo una atracción por el mundo de los sirvientes, y en las épocas en que vivía en el barrio de los jardines, más eran las horas que estaba en la repostería que en otros lugares de la casa. La relación que mantenía con su mamá Emilia era de una intimidad total. Hizo todo lo posible por ayudar a Ricardo en sus estudios, pero en lugar de lograr su propósito lo angustió con las innumerables veces que le hacía repetir las tablas de multiplicar. Para Emilia, Alejandro era el motivo principal de sus preocupaciones; pensaba primero en él, lo atendía, lo cuidaba, especialmente cuando era niño, pues Alejandro sufría de ataques de asma que lo dejaban inutilizado durante semanas. Gustavo recordaba todavía la vez en que los amigos lo desvistieron la noche de su boda con Susana, y estaban dispuestos a hacerlo descender las escaleras hasta la sala totalmente desnudo. Quien intervino con fuerza en esa ocasión fue su mamá Emilia y Asunta, quienes a punta de insultos sacaron a todos los amigos del colegio y empezaron a vestir a Alejandro. Emilia lo había visto desnudo desde que nació, cuando era niño, de joven, y ahora no resultaba secreto alguno verlo desnudo el mismo día de su boda.

Esa mañana, Alejandro estaba mirando la ciudad desde el pequeño balcón de su dormitorio. Se sentía protegido en su habitación, en esa urbanización, en ese cerro, prácticamente cercado, primero por arbustos, luego por muros, murallas que incluían la parte alta y dividían ese territorio de las barriadas que se apiñaban al otro lado de la ladera y se desagregaban por los arenales hasta perderse, al fondo. Estaba bañado, afeitado, vestido, desayunado, todo lo que un hombre normal, un empresario al menos, hace y repite rutinariamente todas las mañanas. La ciudad estaba despierta desde hacía rato: podía distinguir los feroces microbuses que atravesaban la gran avenida que llevaba hacia el sur, y si afinaba el oído, la respiración de las personas apretujadas. Debajo de aquel pequeño balcón reposaba el jardín de su casa, una alfombra verde decorada con arbustos superpuestos en el terreno inclinado. Entre el jardín y la pista había un cerco igualmente verde, cuya protección era mínima, pero no importaba porque se estaba dentro, dentro del cerro, como si fuese un redondo vientre materno en el cual Alejandro se sentía protegido. De ninguna manera iba a asistir a los cursos que unos profesionales ingleses impartían a los empresarios nacionales para protegerse de asaltos y secuestros; tajantemente se lo había repetido a Susana, que no entendía todavía cómo es que podía tomar despreocupadamente cerveza con los trabajadores de la fábrica. Dos semanas atrás la fábrica vecina a la suya sufrió un asalto por parte de unos delincuentes que, sin duda, tenían contactos con algunos de los obreros. El empresario, un amigo suyo, estuvo tirado en el suelo durante dos horas, mientras los delincuentes esperaban el camión del dinero: toda la gratificación de diciembre. Y, a pesar de que había ocurrido a sólo unos metros de su fábrica, Alejandro se empecinaba en vivir con naturalidad, en este país, que todavía no sabe lo que quiere.

Alejandro se puso encima una casaca ligera, abandonó su habitación, cruzó la cocina, salió al patio, y se dirigió por el jardín posterior hacia su automóvil. Luego, descendió la cuesta, tomó unos caminos cortos y abandonó el cerro, después de hacerles un saludo a la ligera a los guardianes de la caseta. Estaba en la ciudad: a esa hora, el tráfico amenguaba y se

dirigió hacia la gran avenida, luego tomó la vía de evitamiento, y enruabó hacia la fábrica. En pocos minutos, el paisaje urbano se modificaba con gran rapidez. La resolana en esos meses se mezclaba con la neblina y dejaba asomar un conjunto de viviendas que se sobaban, unas a otras, en los cerros continuados. Por lo menos seguía las instrucciones de Susana, que le había dicho que si no quería asistir a los cursos de los profesionales ingleses, por lo menos manejara con las ventanas cerradas y los pestillos puestos. Prisionero en su automóvil, Alejandro pensaba en los días en que bailaba y tomaba cerveza con los del pueblo, allá, en el norte, en las cantinas que daban al mar. Gente buena, natural, fresca, espontánea, eso era lo que le gustaba a Alejandro. Y ahora, ahora, iba asfixiándose en su automóvil para que no le robaran, no lo asaltaran, porque Susana le contaba una serie de historias, toda la ciudad se contaba historias acerca de los múltiples atracos: te arranchan los aretes con orejas y todo; te ponen un cigarrillo encendido en la mano cuando el semáforo está en rojo y allí te roban el reloj; te rompen el vidrio a pedradas y cuando te bajas del auto se trepan varios y te dejan tirando cintura en medio de la carretera. No te detengas nunca, le imploraba Susana, cuando veas piedras en la carretera, cuando te desinflen las llantas con clavos, porque unos metros más lejos te están esperando para golpearte la cabeza con unos fierros, robarte todo lo que llevas puesto, y matarte si no tienes nada. Ni que fuera Nueva York, le respondía Alejandro, ni que estuviéramos en el Central Park, porque allí sí que te asaltan por diversión o para culearte por las huevas. Los cerros se le presentaban como unos gigantes dispuestos a aplastarlo en cualquier momento; le parecía que estaban ladeados por la cantidad de peso humano que soportaban, por las construcciones apiñadas y el olor que se agrupaba en el mercado de frutas, cuando el automóvil se introducía por los cruces a desnivel y desembocaba en la Carretera Central rumbo ya a la fábrica.

Cuántas veces había conversado con Gustavo acerca de su pasado, contándole que no era lo mismo haber nacido con plata, si quieres llámame marxista, pero es puro sentido común, porque la plata no es solamente billetes sino un estilo de

vida. Sí, Gustavo, le decía Alejandro, desde que naces naces distinto: con Emilia, con Asunta, con Bernabé, con Jacinto, con Ricardo... pero también con algo que defender. Por lo menos yo, se tranquilizaba Alejandro, trabajo y doy trabajo, y si por eso me quieren llamar reaccionario o de derecha o un hijo de puta, no se las voy a regalar, pero tampoco voy a quedarme con los brazos cruzados. Gustavo trataba de entender —y entendía— los sentimientos que Alejandro guardaba en su relación con la gente del pueblo, como le gustaba llamarlos, del pueblo sin que sea peyorativo, del pueblo porque son sencillos y buenos y generosos, esta gente es generosa, Gustavo, el pueblo de nuestro país es noble.

En su fábrica, Alejandro tenía dos hombres de su confianza que, como le dijeron en una oportunidad a Gustavo, es una confianza puesta a prueba, porque a la primera, a la primera que se la quieran hacer, el señor Alejandro se la quita para siempre. Huapaya era el encargado de todos los trámites relacionados con el manejo de la camioneta, e incluso con los de su vida privada, llevando y trayendo, cargando, trasladando, en una relación de múltiples relaciones, pues no era chofer ni mayordomo. Huapaya era el compañero infaltable durante las horas de la fábrica y sus anexos; una especie de amigo cuando no estaba con sus amigos ni cuando estaba en los otros lugares a los cuales Huapaya ya no podía ingresar. Pero eran numerosas las horas en que estaba con Huapaya, en que reían juntos, hablaban del país, de sus familias, salían a almorzar y revivían ambos una relación igual y desigual, con las reglas puestas sobre ninguna mesa.

La otra persona era Percy Quispe, un muchacho despierto y más bien blanco, pequeño, que necesitaba andar vestido con saco y corbata para penetrar en los insondables corredores y laberintos de las dependencias públicas. Tenía labia, y la necesitaba, pues su trabajo consistía en trasladar papeles y cheques y giros y una serie de documentos abstractos, empleando para ello una habilidad y una seguridad en sí mismo puesta siempre a prueba. Huapaya y Percy Quispe se sabían distintos, a pesar de que reconocían una procedencia común y un barrio. Ambos llegaban, de manera distinta, a la intimidad

de Alejandro: uno, a través de su risa y franqueza, durante los trámites de bienes inmuebles, y el otro a través de su capacidad de infiltrarse en los sagrados monumentos de las finanzas y la legalidad.

Percy Quispe no le temía a ninguna persona y a ningún lugar, porque tenía la virtud de saber cuál era su sitio, sí señor, jamás se le pasaba la mano, pero siempre estaba allí. Todas las puertas debían abrirse, y se abrían. En eso consistía su trabajo, en lograr que se abrieran, esbozando una sonrisa, en su terca tenacidad para esperar durante horas cuando no se abrían, para deslizarse, pasar desapercibido, sacar una firma, escalar los innumerables peldaños que llevaban hacia la gerencia, rodeado de conocidos, de amigos, de cómplices. Alejandro los ponía siempre de ejemplo cuando discutía con Gustavo en la barra de la pizzería. Eran el testimonio fiel de la generosidad y nobleza de este pueblo, que no le meterían nunca una puñalada por la espalda ni le quitarían el piso para que se fuera a la mierda. Si querían dinero, debían pedirselo, explicándole las razones, sus necesidades, el porqué... Sí, Gustavo, todo tiene un porqué, y no nos cuesta nada escucharlos.

A su vez, ambos le permitían demostrarle a Gustavo que en el país se estaba trabajando, claro, trabajando, de lunes a viernes, produciendo, poniendo el hombro, pero con un jefe, y ese jefe soy yo, pues. ¿O no? El jefe es quien tiene la plata. Y si esos delincuentes, porque eso es lo que son, me la quieren robar, yo voy a defenderme. O me iré. Pero este es mi país, Gustavo, y de aquí no me mueve nadie.

Mientras Gil Bonilla le hablaba, Ricardo pensó, de pronto, sin proponérselo, en el limpiacarros y en el muchacho que atendía detrás del mostrador en aquel restaurantito-garaje, como si tuviera la necesidad de estar cerca de alguien. En esta

ciudad no conocía a mucha gente que fuese como él, con la sola excepción de los miembros de la célula. Se sentía prisionero, siguiendo las indicaciones de Gil Bonilla. Cuántas veces Gil Bonilla le había repetido que esa era su vida, una vida consagrada a una gran causa, la causa, la única, hacer la revolución en este país que se pudre por todos lados. Si no somos nosotros, quién... enfatizaba Gil Bonilla. Quién... A ver dime... Mira cómo están las cosas alrededor para que te convenzas: los partidos que se llaman de izquierda no tienen disciplina y se pelean entre ellos, ahora que los han comprado con el cuento de la Constituyente, los tienes a todos preocupados por no perder el puesto y el dinero que ganan. ¿Crees que ellos van a hacer la revolución? ¿Crees?

A Ricardo le molestaba no entender lo que la gente le decía. Recordaba al limpiacarros en el afán de saber si lo que decía era verdad o no, importante o no, porque a pesar de prestarle atención no entendía lo que estaba diciendo con esa facha de seguridad mal hecha a su cuerpo, y que motivaba tantas bromas entre los estudiantes de esa universidad. Desde niño estuvo convencido de que no entendía las cosas como los otros: las malditas tablas de multiplicar repetidas y repetidas mil veces con su padrino, el joven Alejandro; el limpiacarros divagando sobre la relatividad de Einstein, aprendidas de paporreta, seguramente, en esa biblioteca popular del partido donde iba todas las noches, según confesión propia. Y el profesor Zapatero no se interesaba en constatar si entendía o no sus clases, porque estaba allí puesto por Gil Bonilla. Solamente don Pietro Galderisi había depositado su confianza en él, y le ofrecía trabajar con su hijo como asistente en uno de sus locales, pero a Gil Bonilla le fastidiaba eso, no se lo permitía, y Ricardo empezó a sentir cólera, a molestarle que le dijeran lo que debía hacer.

—Tenemos una tarea importante —enfatizaba Gil Bonilla—. Y tú tienes una responsabilidad con nosotros.

Estaban en su vivienda donde no quedaba ningún rezago de Damián. La convirtieron en una especie de cuartel invadiéndola de libros y folletos, que desaparecían durante las noches, cuando los repartían entre los diversos asentamientos

del cerro. El colchón estaba arrumado en uno de los rincones, y daba la sensación de ser usado fugazmente, en entresueños. Una mesa, al centro, era el mueble principal. Allí, bajo la tenue luz de un foco, los miembros de la célula discutirían sobre cosas que Ricardo jamás entendería. Algunas prendas revelaban que Kathy Perales asistía a esas reuniones. De vez en cuando descubría una chompa, una blusa, una chalina.

—En este asunto sólo estaremos nosotros: yo, tú y Anselmo Ruiz —dijo Gil Bonilla.

—Anselmo Ruiz —preguntó sobresaltado Ricardo—. ¿Lo has vuelto a ver?

Gil Bonilla le contó que la organización lo necesitaba para algunas tareas concretas, pero que Anselmo ignoraba de qué se trataba ni le interesaba saber.

—Anselmo Ruiz nos es útil en algunas ocasiones —le dijo.

—¿Y dónde está?...

—No puedo decir.

—¿Pero qué hace? ¿Salió de la cárcel?

Sin entrar en detalles, le resumió a la ligera algunos aspectos de la vida de Anselmo Ruiz. Midiendo bien las consecuencias de sus palabras, le informó que tenía una ventaja sobre el resto: conoce de armas, sabe usarlas, tiene experiencia suficiente para cuidar de sí mismo. Casi sonriendo, le contó que había aprendido su lección; se había convencido —y en carne propia, recalcó— de que solo no se llega a ninguna parte. Y eso —añadió— lo sabe hasta el pájaro: que con sus propias alas no vuela muy lejos.

Gil Bonilla no iba a entrar en mayores explicaciones sobre la tarea que le tenía asignada a Ricardo. Esperaba de él obediencia, sí, obediencia, disciplina, y para eso estaba ahora recordándole que debía hacer lo que el Partido planificaba. Aunque ni él mismo conocía a los líderes de su organización, les tenía respeto. Una oscura intuición le decía que ellos practicaban el orden entre los miembros, incluso en sus vidas privadas. Estaba convencido de que nada, absolutamente nada, estaba fuera del Partido. Y que esa iba a ser la garantía de su éxito. En tono pedagógico Gil Bonilla le explicaba que este país no sería capaz de resistir una movilización ordenada,

disciplinada, planificada, porque no tendría la fuerza suficiente para hacerle frente. Y Ricardo —tú también— sería capaz de integrarse a ese movimiento para que su vida tuviera algún sentido.

—Qué te ofrece esta ciudad —le decía— sino miseria... Qué te ofrece Pietro Galderisi: unos centavos, mientras se llena los bolsillos con tu trabajo... Ni siquiera vas a probar los helados, y si los pruebas, lo harás sentado en esa cocina con la señora Gloria.

Ricardo sabía, por boca de Gil Bonilla, que esta sería la última vez que vendría al cerro. Por el momento no lo querían ver por acá. Ni de noche. Para nada. Debía estar, durante los meses que Pietro Galderisi estuviera en Europa, en su casa, metido allí, casi sin salir. Gil Bonilla le había repetido varias veces durante esa reunión, que debía ser un clandestino; un clandestino, Ricardo, es una persona desconocida, sin rostro, sin pasado, sin voz, sin presencia, como si no hubiese existido nunca. ¿Entiendes? Así son los líderes de nuestro partido: no tienen huellas, no tienen cara. Ni yo, ni yo los conozco. Así vas a ser tú. Polvo. Aire. Vas a hacerte aire, vas a desaparecer.

Ricardo debía estar asustado, pero el tono empleado por Gil Bonilla era suave, casi paternal. Le invitaba a pensar en el pequeño jardín de la casa de Pietro Galderisi, en esos corredores verdes que rodeaban la casa para desembocar en el gran jardín interior y convertirse, lentamente, en el patio de las reuniones veraniegas; en las enredaderas que cubrían los muros, en esas florecillas que vivían y morían de acuerdo a las estaciones sutiles de la ciudad, apagándose cuando se les torcía el tallo como si fuese un cuello que no resiste el peso del cuerpo. Entonces empezó a sentir un alivio que le resbalaba por la espalda y le relajaba todos los músculos; cambió de posición, estuvo escuchándolo un rato con relativa atención, pero su mente se introducía en la sala y el comedor de aquella casa que, a punta de vivir en ella, se había convertido en su propia casa. Un clandestino escrudiñando los adornos, reconociendo cada uno de sus detalles, imitando a don Pietro Galderisi en su adoración por los floreros que venían de ciudades lejanas, porcelanas que tenían todas un nombre, y casi un apellido; los

tallados de madera, los cuadros, sí, los cuadros, contemplaría a esa mujer dibujada en la pared como si no hubiera muerto nunca, mirándonos comprensiva, incluso a él, porque cuando estaba por allí sentía que lo miraba con esos ojos marrones, de pelo algo desordenado.

—Un clandestino, Ricardo —repitió Gil Bonilla—. Esa es ahora tu condición.

Ricardo no podía hacerle ninguna pregunta, por esa razón continuó divagando, extraviándose en pensamientos y recuerdos que lo condujeron hasta la casa del doctor Pinillos, donde también fue un clandestino, de acuerdo a la definición que le daba Gil Bonilla. No le resultaría difícil desaparecer si nunca había aparecido antes. Cuando cruzaba la repostería para dirigirse a la cocina o subir por la escalera oculta hacia el cuarto de las costuras, nadie, ni Juan Pablo se daba cuenta. Pensó que quizá se debía a su tamaño, a que era casi un niño, pero no, pronto se percató de que siempre fue un clandestino, cuando acompañaba a Damián en algunas tareas en los jardines de los vecinos, cuando iba de compras con su mamá, cuando merodeaba los patios y el corredor de los sirvientes, ni siquiera el chofer lo reconocía. Era un gato, manso, es cierto, pero como todos los gatos sacaría las garras en algún momento. Un gatito, un gatito cojudo, muerto de frío, trepado en los techos.

De pronto, dejó de mirar a Gil Bonilla, y empezó a mirarse a sí mismo. Era como si estuviera fuera de su cuerpo, con la capacidad de observar a esa persona sentada en esa silla, recostada en el respaldo, escuchando a esa otra persona que se paraba para caminar por el cuarto mientras movía los labios pausadamente, sin acompañarse de gesto alguno. Miró bien y pudo reconocer a un ser de color ambiguo, casi oscuro, de pelo muy negro, con una mirada que tendía a mirar hacia abajo. Delgado, la camisa le quedaba siempre grande. Se recordaba montado en la bicicleta como si no tuviera peso, muy ligero, dispuesto a alzar vuelo si pedaleaba rápido. En el microbús, trepado en el estribo, recibiendo las bocanadas de aire contaminado, los humos de los ómnibus y las indignaciones o indiferencias de las gentes. Sentado al fondo en aquellas aulas acondicionadas de la universidad, escuchando al profesor Za-

patero. Caminando durante horas por el barrio de los jardines una vez que había terminado de regarlos y se iba respirando la fragancia de la tierra mojada, sacándole en el verano un murmullo de insectos, de pajarillos enanos, que se refrescaban en las hojas húmedas. Caminando, caminando, reconocía todas las casas que le cerraban las puertas, que lo hacían pasar por las puertas falsas, que lo dejaban en el dintel, separando repostería de comedor, patio de terraza, corredor de hall, y empezaba a tomar fuerzas para treparse en el microbús de la empresa Perales para regresar al cerro. Esa persona que estaba mirando como si fuera un extraño, subía los peldaños sin fuerza, pateaba las piedras, aspiraba la tierra que salpicaba con los pies. Orinaba, antes de llegar a su vivienda, junto a los postes. Cuando era chico y vivía con Damián, ambos iban a defecar junto a la basura, se acucillaban y pensaban en tantas cosas, o miraba hacia abajo, entre las dos piernas, cómo caían en la tierra. Ya no estaba escuchando a Gil Bonilla que empezaba a repetir las mismas ideas como si su discurso hubiese culminado, y sólo era cuestión de repetirlo innumerables veces para que entendiera bien, muy bien, y para siempre.

El malestar de Gustavo, superpuesto en diversos planos, le agriaba el humor y diseñaba en su rostro ese gesto desagradable. Conservaba intactas las cicatrices de acné adolescente, y su cuerpo, rígido, irradiaba un detonante reprimido. No era capaz de acercarse naturalmente a la mujer; el sexo, asunto esporádico de burdeles, lo visitaba en la compañía de algunos colegas más jóvenes de la universidad.

Durante ese tiempo no hizo más que imaginar la vida conyugal de Rosa de acuerdo a las descripciones que Alejandro se encargara de transmitirle. Alejandro prácticamente se había trasladado financieramente al extranjero, pues, aparte de

algunos inmuebles familiares, conservaba pocos intereses en la ciudad. La fábrica fue alquilada a un grupo de empresarios sin rostro, administrada con bastante eficiencia. Con su familia se hallaba feliz fuera de esta urbe —así la denominó, para asombro de Gustavo— invivable.

Le dolía en el alma la felicidad mediocre de Rosa, pero recapacitaba, preguntándose qué porvenir era capaz de ofrecerle, estando como estaba, como ahora, haciendo tiempo en su cubil para asistir a una reunión convocada por el profesor Rivadeneyra. El departamento era un departamentito encantador, arreglado con esmero; no, esmero no, la palabra era cariño. Rosa y su esposo, o Rosa a solas, pusieron todo de sí para hacer de ese departamentito el huequito tan anhelado. Quedaba en una callecita silenciosa muy cerca a una arteria céntrica, a la mano, a la mano de qué Dios mío, a la mano del mundo, pues, pelotas, tremendo huevo frito: de Gálax, de uno de los Wong, de varios cinemas, galerías de arte y hasta de un bingo, de repente, mascullaba Gustavo, convenciéndose de que con la bodega de un chino basta y sobra; bodega de barrio, alma, esquina de barrio, como la suya, la de Felipe Lam, clausurada y refaccionada y embellecida para convertirse en una probable boutique.

Colocaba, modificaba y alteraba las piezas de la descripción de Alejandro, negándose a aceptar el momento en que debía imaginar a Rosa y su hijo, un varoncito, según le contó Susana. ¡Rosa está regia! No para culeársela, seguro, sino con la belleza plácida y placentera de la maternidad, sobre todo sin la obligación de trabajar, porque seguro conmigo hubiera tenido que irse en microbús a una de esas escuelitas a enseñar idioteces a los niñitos que heredaron las idioteces de sus padres. ¡Estaba espléndida! Su marido era atento y Rosa supo reconocer y valorar todos aquellos rasgos que antes, al estar con Gustavo, puso momentáneamente en duda.

La universidad —divagaba Gustavo— se estaba lentamente pareciendo a un cementerio europeo, en cuyos jardines, en lugar de tumbas se esparcían aulas. En sus tiempos, las manifestaciones estudiantiles le estimulaban pocas rebeldías. El Centro Federado era un oscuro y apiñado recinto con olor a

mimeógrafo, en cuyas paredes languidecían los líderes de antaño. Gustavo estaba a gusto en su cubil. Revisitaba los textos del semestre y releía según los subrayados. Lorenzo Chocano gozaba de una beca de dos años en Londres, beca que pudo ser para él o para Lorenzo, y fue para Lorenzo, porque su padre envejeció definitivamente sin hacer realidad el sueño de cartearse con su hijo en una intensa y vigorosa correspondencia con París. Además, ya qué mierda. Sentía la obligación de acompañarlos y la misa de una —acá o con el padre Constancio— pasó hace rato, pelotas.

Rivadeneira lo había citado a eso de las once para revisar el texto que redactara Abel Samaniego sobre la experiencia en el cerro. También asistirían Alfredo Guerra y Luis Cárdenas. Qué flojera, reverenda flojera, se lamentaba Gustavo, volverse a reunir solamente para gratificar la obsesión de Rivadeneira cuando él ya no mantenía ningún lazo laboral con aquellos dos promotores y el cerro era una experiencia concluida; el pasado del proyecto, como la conciencia, nivel desde el cual se generaban —premisa básica— las transformaciones socio-políticas en el asentamiento. Alfredo Guerra y Luis Cárdenas estaban en el lado noreste de la ciudad, en una barriada de planicies infinitas, mientras Gustavo se aconchaba en sus clases. Enconchavarse sin concha, sin hembra, sin la humedad del amor. La universidad era un excelente invernadero ahora que la garúa se empozaba en los vastos jardines, aún capaces de levantar nostalgias entre algunos colegas. Los alumnos lo contemplaban como a una persona ni joven ni vieja, ni soltera ni solterita, menos aún solterón; sólo un hombre solo. Eso espanta a las mujeres, debería pensar Samuel Barreto si lo viera, cuyos consejos en lugar de apaciguarlo, lo excitaban, sobre todo porque le mostraban en carne viva sus limitaciones. «Con una sola hembra que tengas, caen veinte; úsala aunque sea de anzuelo». Sí, caray, el pescadito se marchó hace tiempo, dejándolo varado al borde del peñasco como a un verdadero pejesapo.

Cuando hizo su ingreso a la oficina del profesor Rivadeneira no le fue difícil percibir esa atmósfera solemne que caracterizaba a las reuniones del proyecto en los recintos de la universidad. De pronto, toda la geografía de lodo y olores

conservados se evaporaba por el arte y la magia con que el profesor pronunciaba el nombre de cada una de las zonas, barrios o sectores del distrito, cuando se desprendió de la jurisdicción del centro antiguo, dejando al cerro como su nervio vital y símbolo de un movimiento incesante de actividades alrededor del mercado; nombres, que con sólo pronunciarlos aterrorizaban a los otros sectores de la población.

Gustavo tuvo la precaución de recoger una abundante bibliografía sobre la zona; tesis universitarias, ensayos sesudos, planos y propuestas de jóvenes arquitectos, incluso trabajos de algunos gringos preocupados por los avatares de vivir en un cerro, trabajar robando o intercambiando productos de segunda o tercera mano. Esos estudiosos norteamericanos eran, por lo general, antropólogos ávidos por analizar, desde el presente, los más inauditos recovecos del pasado; indagar en el ánimo de aquella población criada en la más pura atmósfera de las serranías, hoy conviviendo dentro del alma tugurizada de la ciudad. Las historias de vida fue la metodología privilegiada, elaborando, así, un prolijo periplo que culminaba en las esteras del cerro, convertidas luego en viviendas de ladrillo y cemento, pero apretujadas, subdivididas, oscuras, terrosas, humedecidas por una curiosa soledad raspando entre el bullicio de los vecinos.

Gustavo no pensaba en esos asuntos cuando escuchó la voz del profesor Rivadeneyra irrumpir en el silencio de la oficina y, más bien, se esforzó por reconocer en el tono quebrado de su voz el indicio de algo, algo que intranquilizaba al profesor. Era cierto, tal como le advirtieron Alfredo Guerra y Luis Cárdenas, que sus ocupaciones de constituyente lo alejaban del proyecto, andaba mucho más metido en perfilar artículos sobre la educación y la vivienda, temas en que súbitamente se había especializado. Pero su voz transmitía un tono grave y a la vez nervioso. Gustavo no podía dejar de percibirlo, y cuando vio que separaba el texto de Abel Samaniego de esa ruma bibliográfica, pudo reconocer en su rostro el tímido aviso de la angustia.

En escasos segundos posó su mirada en cada uno de los tres personajes convocados y pronunció lentamente las pala-

bras yanacona, yanaconaje, y preguntó, ahora sin mirar a ninguno, si sabían qué era, quiénes eran, cómo llegaron al cerro. Claro, imbéciles: había leído, subrayado y analizado el libro de aquel antropólogo *Yanaconaje y reforma agraria...* Claro que sí, y además, él mismo había escrito sendos volúmenes sobre la reforma agraria, desde sus tareas como investigador de la universidad, aclarando, polemizando y proponiendo la idea de que el país era otro desde ese mismo momento, un veinticuatro de junio, día del indio, ahora del campesino, en que se promulgó la ley de Reforma Agraria... Pero: ¿y los yanaconas, los yanaconas cómo se colaron en el cerro?

Con el libro en la mano refrescó algunos puntos históricos que lo enviaban directo a la sociedad andina, prehispánica, donde también, y por qué no, se dieron múltiples maneras en las que el poder local y/o estatal aprovecharon servilmente el trabajo humano. El mismísimo Cabello Valvoa metía su cuchara afirmando que en tiempos del Estado Inca los grupos adscritos a esta situación recibían la denominación de *yana*. Sin embargo, según la versión de la élite inca, transmitida a los cronistas europeos, se remontaría a gente acusada de «rebelde», entre comillas, además.

Gustavo Ibáñez y Alfredo Guerra empezaron a rebuscar en algunos textos indicios que dieran pistas y aclararan la presencia de yanaconas en el cerro. Los yanaconas eran los individuos y el yanaconaje el sistema, pero ya lo sabía el profesor, imbéciles, regados en el campo, en la sierra y en la costa, aquí cerca nomás, en Chancay, en Cañete, valles periféricos a la ciudad. Revisaron leyes, se percataron de la existencia de Congresos, incluso existían dirigentes yanaconas, pero: ¿yanaconas pobladores; yanaconas en el cerro: yanaconas de la coordinadora? Huáscar... Huáscar debió ser un tremendo cojudo, empezó a reirse para sus adentros Gustavo, mientras pasaba hojas sin sentido, buscando a un concha su madre escondido en la historia del cerro que, Abel Samaniego, con su espíritu prolijo, remontaba hasta sus orígenes, cuando unos yanaconas del fundo de doña Isabel Panizzo viuda de Riva Agüero, decidieron invadirlo en el preciso momento en que las tierras se convertían en cemento y el fundo en una ciudadela

humeante de excrementos y esperanzas, palmo a palmo en su lucha contra las fuerzas del orden.

A Gustavo se le desmoronaba, mientras recordaba el asunto de los yanaconas, el imperio incaico; también allí estaba arraigado el sistema de servidumbre, tanto, que en el momento inmediato a la prisión de Atahualpa, los curacas regionales ofrecieron, entre sus presentes, al mismísimo Francisco Pizarro, un buen número de yanaconas. Estaban en la condición de siervos permanentes y como tales cumplían funciones productivas específicas, adscritos al servicio de las huacas —releía Gustavo mientras hablaba el profesor Rivadeneyra—, de curacas regionales y locales, de funcionarios estatales o a una familia de la nobleza imperial. La pérdida de por vida de la libertad de trabajo los convertía en siervos permanentes y hereditarios. «Putá, que en el imperio ya habían cholos», sonrió algo agrio.

El profesor Rivadeneyra se recostó en su asiento y contempló la blancura del techo. Guardó minutos de silencio, para luego desesperarse:

—En todo el texto, ni académico ni de promoción, no hay una sola pista que nos permita deducir quiénes son los miembros de la Coordinadora. ¿Es acaso un trabajo de sistematización de la experiencia?, ¿tiene alguna utilidad política? Felizmente Romano ha sido lo suficientemente inteligente para conservar el proyecto en el ámbito de la parroquia, porque si la cosa fuese con ustedes, fijo que los chinos o los albaneses se habrían apropiado de las cuatro líneas y de toda su infraestructura.

—Profesor...

—Imbéciles, eso es lo que son. Ni promotores ni políticos. Me descuido un minuto en mis labores de constituyente, y son capaces de echarlo todo a perder. ¿Y ya saben quiénes son esos yanaconas? No los del libro, no los de la historia, quiero conocer a los yanaconas de la historia redactada por Abel Samaniego. ¿Entendido?

—Acá dice que son yanaconas japoneses —intervino Alfredo Guerra—. Las migraciones asiáticas en el campo se localizaron en los valles de la costa, cerca a la capital, así como en el

ámbito donde está ahora el cerro, áreas verdes en aquellos años.

—Los de la Coordinadora son chinos, no japoneses. Me importa un carajo la historia por la historia. Lo que hemos hecho es promoción, trabajo con organizaciones, político, promoción en el sentido amplio, no academicismo o ensayos, porque lo que ha hecho Abel Samaniego es recopilación de datos sin filo político, sin propuestas, sin metodologías, pero lo más grave, lo más increíblemente grave, sin poder detectar a los chinos de la Coordinadora.

Bien sabía, sin embargo, sobre el impacto del grupo japonés en el desarrollo de la hacienda y el auge del yanacónaje. Pero qué mierda importaba ahora tener un conocimiento histórico, si los de la Coordinadora eran chinos y no ponjas. Era cierto, rememoraba el profesor Rivadeneyra: el 3 de abril de 1899—tal como lo mencionaba ese libro—llegaron a la capital 832 colonos japoneses, primer contingente contratado por las haciendas azucareras. Cada uno, aparte de un pequeño adelanto, había recibido chaqueta y sombrero marcados con las iniciales de la compañía Marioka. Y en 1903, bajo nuevos términos, llegó el segundo contingente conformado por 894 trabajadores. Un tercer contingente de 800 miembros llegó en 1906. Hasta 1922 habían ingresado al país 83 contingentes integrados por 20,000 personas. En 1928, el administrador de la hacienda Cuyo declaraba: «mayor cantidad de yanaconas, mayor extensión cultivada y mayor rendimiento, ésta es mi fórmula».

Lo que no podrían saber los miembros del proyecto, ni desde la universidad o la parroquia o desde la piel o entrañas del cerro, era adónde se fue Ricardo Sifuentes, o dónde estaba, y menos aún las ideas o pensamientos que atravesaban su cerebro. Gil Bonilla se mantuvo en su decisión de prohibirle el ingreso a San Pedro. Ni hablar de asistir a clases a la universidad; Zapatero se lo haría saber a la primera. Ningún jardín. Ni un descanso con el limpiacarros. Estaba tajantemente prohibido dar vueltas nocturnas por el barrio y solamente debía permanecer encerrado, clausurado, como un clandestino, en casa de don Pietro Galderisi.

—Nadie conocerá tu hueco —le dijo Gil Bonilla—. No existes.

¿Pero alguien podría ingresar a su cerebro desnudo, exactamente igual a como estaban la sala y el comedor, los dormitorios, la repostería o los baños? Porque la casa de don Pietro Galderisi fue arrasada con la perfección de una ventisca nocturna, llevándose de raíz los enseres y símbolos de aquella residencia. Ricardo Sifuentes gozaba de los utensilios elementales. Dormía en el cuarto intacto de la señora Gloria. Sólo conservaba el aroma de las plantas, muestra tangible de que alguna vez los señores platicaban con sus invitados sobre las maravillas europeas y los desconcertantes sucesos de este país. Ni siquiera le fue permitido ver cómo descolgaban o recogían o guardaban los objetos en inmensos sacos de yute o en cajas, cuyas tablas de madera se clavaban entre sí en dolorosos silencios. Lo encerraron en el cuarto de la doméstica. Prohibido distinguir la cara de Anselmo Ruiz o la de sus ayudantes, tres jóvenes delgados y diestros en el arte del embalaje. Al final, cuando todo estaba vacío como su cerebro, Gil Bonilla le abrió la puerta, lo hizo salir, le explicó el tiempo que debía permanecer en la residencia, le señaló la comida que le dejaba, como para siete semanas, tiempo que Pietro Galderisi tardaría en volver. Ricardo Sifuentes se marcharía unos días antes.

Qué importaba, en medio de esa discusión, que Gustavo interviniera señalando cómo fue que con la conquista la situación y función de los *yanacuna* cambia radicalmente. Los encomenderos españoles, siguieron considerando *yanacuna* a quienes encontraron como tales, aunque extendieron la denominación a todo individuo que, por alguna causa, no fuera miembro de alguna encomienda o reducción. Y qué importaba, carajo, que durante las tres primeras décadas, en pleno chongo de las guerras civiles, se confundieran los términos de «sirviente», «indios de servicios» y *yanacuna*.

Gil Bonilla sí debía visitarlo, pero con sumo cuidado, dos días a la semana. Su intención, tal como le explicó, no era vigilarlo, sino ayudarlo en caso de encontrarse en problemas. No le iba a ser difícil acostumbrarse a la soledad o al vacío, si consideramos las horas que pasó encerrado durante su infan-

cia, para que no fastidiara ni perturbara el orden natural de la casa del doctor Pinillos. Su madre era sumamente nerviosa, por eso, por esa razón, sólo por eso, hijo, aunque no entiendas, le cerraba el pestillo del cuarto y lo dejaba allí. ¡Para que no fastidiara! ¡Para que no joda! ¡Para que no lo jodieran! Bernabé y Jacinto se acordaban, de vez en cuando, que esos chillidos ocultos correspondían al niño, y desde la ventana le hacían saludos. Le hubiera encantado salir de paseo en el Mercedes que manejaba Bernabé, una vueltita al bebe, ¿bebe?, ¿en el patio? Gil Bonilla se hubiera molestado si Ricardo le hubiera contado una de esas historias, historias que no recordaba, felizmente, pues pertenecían al subconsciente, a la prehistoria del recuerdo, antes de la palabra. ¿Dónde habitarían esos recuerdos? ¿En qué cerebro? ¿En el de ahora, sumido en el colchón de la señora Gloria, en su cuarto, exacto al de Emilia, entre el patio y la cocina —bien funcional el pendejo del arquitecto, calculador— oliendo a orines, a sus propios orines, denso colchón mezclado con algodón y aserrín? Tendido, Ricardo observaba a la Virgen clavada en su cuadrito encima de la cama. ¡Gil Bonilla le hubiera sacado la mierda...!

Ricardo se acostumbró a dar algunas vueltas alrededor de la sala y, sin darse cuenta, el retrato de esa mujer pintada por el pintor borracho de pisco se le ponía al frente. Era hermosa. Era la única mujer, la única señora, la única dama, en mirarlo a los ojos. Que no le quitaba los ojos. Que no le corría. Ni lo reprimía por hacerlo. Al contrario, esa mujer de cabellera rizada, pero extensa, que privilegiaba el color marrón sobre cualquier otro, tenía una dulzura en los labios fascinante. Ahora que no existía ningún otro objeto en la sala ni en el comedor, se veía resplandeciente. Su mirada recorría todas las paredes desnudas, porque ni siquiera Anselmo Ruiz fue capaz de sacarla y llevársela. Era su mujer. Su experiencia de mujer, y ahora podía tocarla con sus manos inútiles y toscas, ensuciarla o limpiarla, si así lo creía conveniente, sin la prohibición de la señora Hilda que prefería las inmaculadas manos de la señora Gloria. Llevaba el banquito de la repostería, su banquito, y se trepaba para estar a la altura de su rostro; entonces, la besaba, se frotaba contra ella, intentaba coger

esas manos sobre su regazo, y en su afán de asirlas, descascaró la pared, deshizo los dedos, rasgó su vestido, escarbó, desfiguró su rostro a besos, buscándole los labios con ansiedad, esa carnosidad lograda a través de la técnica de ese pintor extraordinario, según Pietro Galderisi, entreabiertos, como queriendo susurrarle una serie de historias de su pasado y de su alma. Ricardo nunca dudó que quiso decirle tantas cosas... Durante las recepciones la contemplaba de lejos, y cuando los invitados se acercaban y metían sus inmensas narices, sacándose los lentes para mirarla mejor, como que se la estaban quitando y violando, y Ricardo, celosamente, se enfurecía. Pero ahora todo es distinto. Era suya. Suyo lo que quedó de ella: un rostro desfigurado, una cabellera parcialmente ladeada, unos labios heridos, un cuello despintado, un vientre hundido y unas manos bellas pero deshabitadas, de las cuales intentó, en su afán, hacerla suya, ahora que estaba tan solo y abandonado como cuando lo estaba en su cuarto en la casa del doctor Pinillos, con Bernabé y Jacinto haciéndole adiós al otro lado de la ventana.

A Gustavo sí le interesó recordar, sin embargo, que desde su origen la condición de *yana* tuvo una connotación vinculada al desarraigo o proceso migratorio. No le importaba irse mentalmente de la reunión, siempre lo hizo, además, durante el colegio y en esta misma universidad, porque a partir de la conquista y ocupación españolas, el grupo de yanaconas creció en porcentaje dentro del total de la población indígena; dentro del nuevo sistema económico su fuerza de trabajo quedó totalmente a disposición del encomendero a quien pertenecía como «servicio».

Ricardo sintió un impacto terrible cuando escuchó el irritante sonido del timbre anunciando a una persona inesperada, porque Gil Bonilla acostumbraba llegar después de la medianoche, y eran tan sólo las siete. Durante el día, Ricardo atendía a gente como él; canillitas, pordioseros, carteros, pero a esta hora nunca sonaba el timbre. Volvió a escuchar el silbido del ruido. Se acercó a la ventana y descubrió al señor Guillermo Ibáñez, provisto de un abrigo insólito para la ciudad, una chalina y un sombrero pequeño, difícil de describir, una especie

de gorra, y no de paja como acostumbraba Damián. Sonó una tercera vez. Debía abrir, se decía Ricardo, porque de otra manera el señor Ibáñez empezaría a preocuparse. Abrir, sin dejarlo pasar. Optó, entonces, por la puerta falsa. Desde allí sería más fácil conversar en esa tierra de nadie, entre la calle y la casa, entre el garaje y los inicios del patio. El timbre sonó por cuarta vez. Corriendo, empezó a calmarse, y se dirigió a la puerta atravesando la repostería y la cocina. Cuando llegó al garaje, tomó aire, y la abrió.

—Buenas noches, señor...

—Buenas noches, Ricardo —respondió calmadamente el señor Ibáñez—. Creí que no había nadie. ¿Me permitirías pasar? Vengo a recoger unas revistas que me manda el señor Pietro; unas revistas de Europa.

—No hay revistas, señor...

El tono lastimoso del señor Ibáñez desconcertaba a Ricardo, ignorando cuánto daño hace no la edad, en este caso, ni la enfermedad, sino la inseguridad de los movimientos. El señor Ibáñez continuaba amarrado a la vida a través de estas revistas francesas que le enviaba Pietro Galderisi durante su estancia europea, en pleno verano, huyendo de estas briznas húmedas empozadas en las costillas de nuestra ciudad.

—Yo las reconozco —dijo esta vez con tono más seguro—. Vienen envueltas por el correo. Son francesas... —casi disculpándose, casi pidiendo permiso para leerlas, casi para ponerse al día en sabe Dios qué espectáculos—. El señor Pietro me ha escrito diciéndome que venga por ellas durante su ausencia.

Don Pietro Galderisi estaba suscrito a revistas francesas, italianas e inglesas, pero a Guillermo Ibáñez solamente le interesaban las francesas. Gentilmente, le ofrecía su lectura ahora que gozaba directamente de esas reseñas con las cuales su amigo se contentaría. Guillermo Ibáñez las guardaba, las cuidaba, y se las devolvía a su regreso; en verdad, se las devolvía por gusto, porque Pietro Galderisi le contaba oralmente, durante esas veladas, los sucesos culturales de toda Europa.

Qué podía imaginarse el señor Guillermo Ibáñez que, según el Censo Agropecuario de 1961, el yanaconaje existía en el país distribuido desigualmente en sus tres regiones.

—Ver cuadro I —se atrevió a decir Alfredo Guerra. Allí podrán ver que había 18,916 yanaconas que controlaban 96,408 hectáreas de tierra. Y esto lo dice el Instituto Nacional de Planificación. Su Dirección Nacional de Estadística y Censos, aunque sea en mimeo. Si quieren más precisión —continuó— podremos observar que el mayor número de yanaconas se encuentra en la sierra; en la costa, en cambio, donde prosperaba el yanaconaje moderno, no llegaban a los 3,000. Pero en esta región —señaló con el dedo, sin dirigirlo con precisión a ninguno de los tres oyentes— las parcelas yanaconizadas conservaban una extensión promedio bastante más significativa que en la sierra, además de ser tierras mucho más productivas.

—Déjame ver... —dijo el profesor Rivadeneyra, interesado pero preocupado de alejarse del tema—. Lo que pasa es que Abel Samaniego no vincula a los originarios yanaconas japoneses con la evolución socio-política y organizativa del cerro. El asunto de la Coordinadora tiene un tratamiento aislado, sin conexión ni con el pasado ni con el presente.

—Déjame revisar... —dijo el señor Ibáñez, e ingresó encojiendo su cuerpo, bajando su cabeza por la pequeña puerta del garaje.

Estaba en ese espacio con olor a grasa y aceite, sin pintar que es el garaje. El automóvil de la señora Hilda estaba cubierto por un inmenso plástico que lo protegía de la humedad. Más al fondo, como si fuese la luz al final de un túnel, vislumbró el patio. Acercándose, fue incapaz de reconocer la cocina, pues no había en ella ningún olor. Ricardo lo cogió del brazo y le impidió el ingreso.

—Yo se las busco, señor. Ya me acordé...

Pero el señor Ibáñez había dado el paso necesario para empezar a sospechar que algo podría suceder en la casa de su amigo; todavía no era capaz de imaginar absolutamente nada, porque Ricardo, Ricardo Sifuentes, era el hijo del buen y leal Damián, quien había regado su jardín y todos los jardines del

barrio, cuando la avenida se enorgullecía de sus laureles. Se detuvo un instante en la cocina, husmeó la repostería, vacía, sin aliento, y por fin apareció en la sala despedazada, sin un solo cuadro, mueble, adorno, alfombra, nada de nada, pero de nada: el retrato del maestro aparecía desfigurado ante su rostro asombrado, sin labios para articular palabra; los labios descascarados mezclaban sangre con yeso, y la cabellera desordenada se ensuciaba con otros colores previos, los de fondo, antes de que el pintor amigo de los Galderisi se dignara a pintarla allí gratis porque así era de generoso este borracho, Bonilla.

—¿Y esto? ¿Qué es esto? —retumbó su voz, con un aplomo totalmente insólito. ¿Qué es esto, Ricar...?

—Lo que ve, señor.

—¿Qué es esto? Exijo que me respondas, ¿qué es esto?

—Han robado la casa...

—¿Qué...?

Paseándose, dando vueltas, hurgando, buscando, se encontró de pronto Guillermo Ibáñez con la exclusiva compañía de Ricardo Sifuentes.

—Ricardo... ¿Qué pasó acá?

—Ricardo Sifuentes Lara. Así, como suena. Ese soy yo. Mi nombre. ¿Quiere saber qué pasó acá? —Por primera vez levantó la mirada y repitió la frase: ¿quiere saber qué es lo que pasó?

—Lo exijo —exclamó el señor Ibáñez.

—Pues bien: le han robado toda la casa a don Pietro.

—A la policía. Déjame llamar a la policía.

—Han robado todo. No hay teléfono. Lo arrancharon de sus tripas.

—Con razón no podía comunicarme. Pero has debido avisarme. Has debido avisarle a los Sayán o a los Labarthe.

—La han robado.

—Vamos a la policía. Vamos a la policía —repetía nerviosamente el señor Ibáñez, acalorado, quitándose la chalina y el abrigo—. Acompáñame.

—No puedo salir.

—Vamos —gritó—. Vamos. Vamos, ¿entendido?

—No puedo salir.

—Vamos...

—Es una orden.

Ricardo empezó a dar vueltas alrededor del señor Ibáñez, descolocándolo, incomodándolo, acechándolo.

—No puedo moverme de esta casa.

—¿Pero qué es esto? ¿Estoy, acaso, ante un ladrón? Ricardo: ¿estoy con un ladrón?

—Es una orden.

—Voy a la policía.

—Nadie sale. Nadie.

—¿Estás loco? ¿Qué ha ocurrido acá, Dios mío! —exclamó el señor Ibáñez, de pronto tomando consciencia de que su vida es este país lo confrontaba con sucesos de esta clase; imposible evadirse, difícil escapar de la realidad, temeroso como era de poner los pies en la tierra, lo espantoso que era ir al Instituto de Seguridad Social a hacer su cola, esperar la respuesta en la ventanilla, conversar con los viejos jubilados, hacer cuentas, sí, cuentas, en su escritorio, encorvado, sumando y sumando cantidades ridículas, con la pena que lo observaba Gustavo al descender las escaleras y verlo allí, en el escritorio, hasta el escritorio se reducía, carajo, para el mercado, para la luz, para las salidas, felizmente existían esas revistas ilustradas en ese papel maravilloso... felizmente existía Pietro Galderisi.

—¿Me estás amenazando, Ricardo? —preguntó de pronto, en un tono que mezclaba la incredulidad con el temor. Sí; empezó a tener miedo, un miedo real, ante una situación desconocida, descontrolada, inesperada.

—Soy un clandestino. No ha debido venir. No ha debido venir. Es una orden.

Miedo, espanto, terror. El señor Ibáñez tuvo un miedo innato al simple hecho de vivir y convivir con la gente, entre su trabajo, entre sus relaciones, entre sus parientes. Había despertado en él la incómoda certeza de la víctima: a diferencia del resto de los humanos, nunca pudo imaginarse como el agresor, y sí como quien recibe, quien es dejado de lado, la escoria de las argollas y las movidas. El arte, don Pietro Galderisi, las revistas francesas, los recortes teatrales, su hijo, cuando no conversaba de revoluciones o la universidad, menos

aún del cerro, eran perfectos caminos que conducían a la armonía.

—Soy un clandestino —volvió a repetir Ricardo, sacándolo de su ensimismamiento.

—¿Vas a dejarme salir? —De pronto volvió a adquirir un ligero aplomo, emplazándolo—: Voy a la policía.

—Soy un clandestino. Es una orden.

—Entonces voy solo.

En ese momento, al profesor Rivadeneyra le importaba poco la historia de Nikumatzu Okada, quien desplazó a los chinos y que entre 1924 y 1941 adquirió paulatina importancia hasta dominar la región, convirtiéndose en el símbolo del impacto asiático en el valle. Le importaba un carajo la historia narrada pausadamente por Alfredo Guerra, de cómo, enganchado como bracero, Okada debió llegar al país en 1903, iniciándose en el trabajo agrícola en una hacienda de la costa norte. Pero algo debía interesarle, aunque no lo demostraba, su mini proceso migratorio que lo llevó de Cañete a la sierra y de allí a Chancay. Lo cierto, lo verdaderamente cierto, es que Okada aparece en el valle en 1909 como peón «regador» en la hacienda Palpa, y su jornal era de un sol diario. Se ganó la confianza del patrón cumpliendo su papel de peón a cabalidad. En 1910 se asoció con un connacional de apellido Motonishi para dedicarse al comercio de carne. Más tarde se hizo cargo del tambo de la hacienda y logró algunas parcelas en yanacónaje. Hasta 1923 el ascenso de Okada fue lento pero regular... En la hacienda Palpa adquirió dos tambos, un cinema, una fonda y un hotel. En setiembre de 1923... fue interrumpido por el profesor, quien, parándose, detuvo su historia casi de un grito: «estamos acá para hablar de cosas serias y no de cojudeces perdidas en la historia del país. Como promotores son unos imbéciles...».

Ricardo lo cogió, entonces, del cuello, mostrándole un cuchillo de cocina. Lo llevó al cuarto de la señora Gloria, lo introdujo sin explicaciones y cerró la puerta con llave.

—¡Ricardo! ¡Ricardo! ¡Sácame de acá, Ricardo!

—Por su bien, señor. Quédese callado.

Regresó hacia la sala sin hacer caso a los gritos del señor Ibáñez que, seguramente, empezó a cansarse por la suavidad con que repetía su nombre. De pronto dejó de escucharlo. Miró el rostro del retrato y extrañó su sonrisa cómplice, sus labios susurrantes, tan cercanos, tan bien delineados, y se percató cómo, definitivamente, había muerto. La había destrozado, liquidado con sus propias manos. Fue capaz de hacerlo. No pudo controlar el repentino impulso de la sobrevivencia y se había volcado como un poseído, demencialmente, a la tarea de arañarla y desfigurarla.

—Domingo Claros Mejía, de Caqui, es representativo del estrato más pobre. Nació en Paccho, serranía de Chancay, en 1907, donde vivió hasta los veinticinco años. Ahí trabajó, conjuntamente con su padre, la pequeña parcela familiar que sólo comprendía una fanegada de tierra de riego temporal...

—Ricar... —escuchó cómo una voz distante intentaba pronunciar su nombre—. Ricar... Sifuentes Lara...

Esa noche, acompañado del silencio, estuvo consigo mismo. Debía olvidar al señor Ibáñez; olvidar que vino, que estuvo acá.

—Acá no hay nadie. Ni la mujer esa. Ni el señor —repetía en voz alta—. Soy un clandestino. Cuando venga Bonilla, cuando venga... Nadie, no soy nadie... estoy solo. Ni el señor ese, ni don Pietro...

Ricardo esperó dos noches más caminando, recostándose y durmiendo en la sala para hacer suya la decisión tomada después de encerrar al señor Ibáñez en el cuarto de la señora Gloria. No había opuesto resistencia y Ricardo estaba desconcertado por su silencio. Volvía a mirar el retrato haciendo esfuerzos por imaginárselo como había sido antes de la destrucción. Esa belleza petrificada en la pared lo sacaba de sus sueños cuando lograba quedar dormido. Lo espiaba. Le declaraba un amor tenue, sobrecogido por la humedad de los ambientes vacíos.

«Desaparecer, desaparecer, sin dejar huella» se repetía Ricardo. Sin ir más al cerro, a la bomba, a San Pedro. O a la universidad. Desaparecer... Pero estaba la ciudad, la inmensa ciudad de millones de gente; sus desoladas avenidas del centro,

sus plazas congestionadas a las horas punta, sus esquivas avenidas de laureles. Estaban las barriadas despojadas a lo largo y ancho del arenal. Y el río dejaba correr entre sus aguas residuos de gente. Iría, desaparecería, escaparía... No eran iguales a estos jardines, pero podría recurrirse. «Soy un clandestino». Y eso sí que lo era.

*Escrita en Lima y
Mount Vernon, Iowa,
entre 1987 y 1991.*

Se terminó de imprimir en octubre de 1991 en el Taller Gráfico
de Asociación Gráfica Educativa, Tarea
Av. 6 de Agosto 425, Jesús María
Lima - Perú

caracol (1977), *Oficio de sobreviviente* (1980), *Buen lugar para morir* (1984), *Antiguos papeles* (1987), todos ellos volúmenes de poesía. En 1985 el Grupo Ensayo, bajo la dirección de Luis Peirano, escenificó su obra en un acto *Tabla de multiplicar*. Colabora regularmente en las revistas *Caretas*, *Debate* y *Quehacer* sobre asuntos deportivos o con crónicas sobre la vida cotidiana y el ámbito de la cultura.

Aficionado al fútbol y a la natación, puede encontrársele, eventualmente, en la tribuna sur del Estadio Nacional o en el Campo de Marte. *Por la puerta falsa* es su primera novela.

Huevo frito es una popular y burlona manera de llamar a la persona quedada, sin capacidad de iniciativa o decisión, y la característica que Sánchez León atribuye a Ricardo Sifuentes y Gustavo Ibáñez, dos de sus personajes medulares; el punto de partida de una serie de historias tragicómicas e íntimas reflexiones basadas en el desencuentro de sus estilos de vida, opciones y proyectos. Utilizando el humor sarcástico y la prosa fluida, *Por la puerta falsa* nos introduce al humeante universo urbano, en el preciso momento en que la violencia política envía sus primeras señales de existencia a la sociedad peruana. Un proyecto de promoción en una antigua barriada es el detonante que permite transitar, en un escenario removido por incesantes cambios, por la desgarradora evolución de la juventud a la adultez, las demandas del amor, el deterioro paterno, la lealtad de la amistad, los goces y frustraciones del sexo. Asumida como montaje de historias que se entrelazan, la novela nos pone en contacto con una vida cotidiana que se transforma en situaciones límite, y lleva al lector hacia un enigmático desenlace.